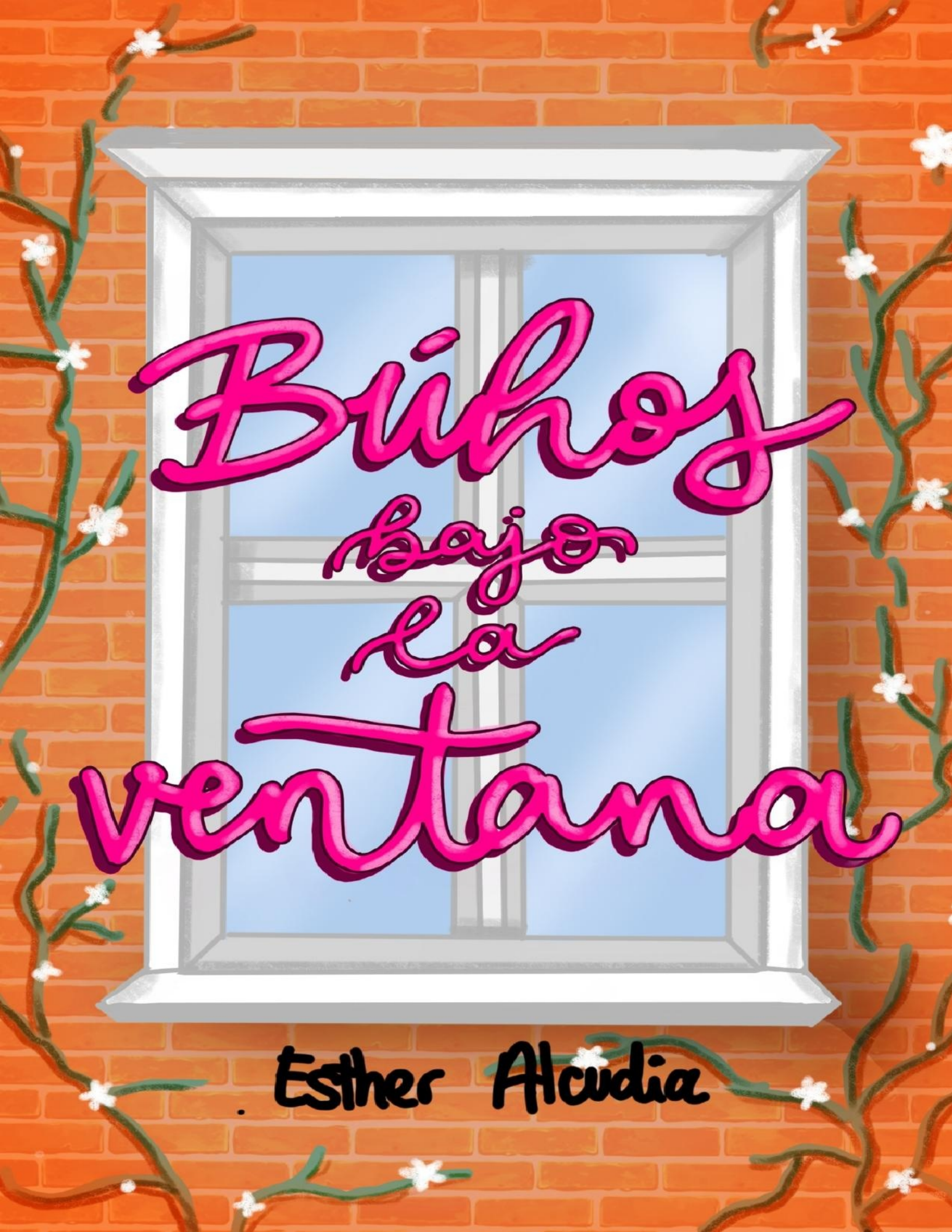

Búhos
bajo
la
ventana
Esther Alcudia


Bichos
bajo
la
ventana
Esther Alcudia

Búhos bajo la ventana

Esther Alcudia

Sello: Independently published Título: BÚHOS BAJO LA VENTANA

Esther Alcudia © 2024

Ilustraciones: Lucía Alcudia

Cubierta: Nefelibata editorial.

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Dicen que cuando conoces al amor de tu vida el tiempo se para... Y es verdad. Lo que no dicen es que cuando vuelve a ponerse en marcha, se mueve aún más rápidamente, para recuperar el tiempo perdido...

-Big fish-

PRÓLOGO

Chicago, año 2006.

Querido Edward.

¿Cómo te va por Telluride? ¿Estás bien?

Seguro que sigues ocupado y no puedes contestar a ninguna de mis cartas, pero te echo de menos. Mucho. El único aliciente que tengo en esta ciudad es recibir la correspondencia todas las semanas. Salgo corriendo cuando Rosita nos trae todas las que deja el cartero, pero hace tiempo que no llega ninguna para mí y eso hace que me sienta muy mal.

Ojalá volviéramos a tener diez años porque entonces seguiríamos juntos. Ojalá nunca nos hubiéramos separado.

Hoy no te voy a contar cómo me va en Chicago porque estoy muy triste, Edward. Quisiera tener el superpoder de dar marcha atrás al tiempo. ¿Sabes por qué? Pues porque no te habría oído y nos hubiéramos fugado los dos juntos.

Seguro que hubiéramos salido adelante.

¿Por qué no lo hicimos, Edward?

¿Quieres saber qué soñé la otra noche? Te lo contaré.

Estábamos los dos junto a una cabaña de madera muy bonita, con Becky ladrando y corriendo. Si la hubieras visto, estaba como loca saltando por la pradera. Todo el prado estaba lleno de margaritas y los dos nos reíamos mucho. No parábamos de reír. Tú me hacías cosquillas y dábamos vueltas por la hierba. Después entrabamos en la cabaña y nos sentábamos junto a la chimenea, los dos abrazados con nuestra perra a los pies. Me ibas quitando las hojas que se habían quedado pegadas a mi abrigo y luego me besabas la nariz. ¡Parecía tan real!

Pero entonces desperté y me di cuenta de que no era verdad y me puse a llorar.

Te echo mucho de menos. Por favor, contéstame cuando puedas. Te estaré esperando.

Tu amiga que nunca te olvida.

Victoria.

Victoria



CAPÍTULO 1

LA COMIDA DE LOS

DOMINGOS

Quince años después…

Último día de la semana. Y como todos los domingos, toca comer con mis padres. Viven a las afueras de Chicago, en una casa de lujo. Reconozco que, a

mí, salir del asfalto, me cuesta, no lo puedo evitar. Soy de ciudad, qué le vamos a hacer. Me gusta el tráfico, el bullicio de la gente de día y de noche. Odio los bichitos del campo… Las arañas... ¡Arg!

Vivo en un apartamento en el centro de la ciudad y adoro cuando el ruido de los coches entra por la ventana, sea la hora que sea de la madrugada. Además, tengo la suerte de vivir en la calle más larga de todo los Estados Unidos, en el número veinte de Western Avenue, nada más y nada menos que veintitrés millas de longitud. Una pasada, ¿verdad?

Cuando era pequeña vivíamos en Telluride, un pueblecito de montaña del estado de Colorado. Tengo recuerdos muy bonitos de aquellos años, aunque son pocos. Mi abuela

Margarita, por parte de madre, era española, pero se trasladó a Estados Unidos por amor. Cuando conoció a mi abuelo no dudó en seguirlo hasta su ciudad natal, desafiando incluso a sus padres. La abuela siempre fue muy atrevida para cómo eran las costumbres de la época. Se casaron y abrieron un pequeño hotelito rural. Me encantaba estar allí. Me lo pasaba de maravilla ayudando en todo lo que podía, hasta que nos mudamos a Chicago un año después de que mis abuelos fallecieran.

Mis padres llevan más de treinta años casados. Los dos nacieron en Telluride. Se conocían desde pequeños y cuando cumplieron quince años se hicieron novios. Mi padre empezó trabajando de cajero en un banco del pueblo, pero al cabo de unos años le ofrecieron un puesto para entrar en una sucursal más grande, y hoy en día, es director de uno de los mejores de Chicago. Y Quety, encantada de dedicarse a «sus labores», que no son otros que ir a la peluquería dos veces por semana; los martes y los sábados, un día a la manicura y pedicura; los lunes, y el resto de la semana va al gimnasio —o gym, como lo llama ella— y después a tomar el brunch con sus amigas. Una vida muy dura, lo sé.

Desde que nos mudamos a Chicago me convertí en una chica de ciudad, así que me cuesta bastante volver a «lo campestre», y lo cierto es que la casa de mis padres está más cerca de parecer eso que otra cosa. Pero cualquiera le dice a Quety que no voy a comer.

El verdadero nombre de mi madre es Enriqueta, pero ella siempre ha pensado que el apodo que se puso es mucho más elegante. Así que para todos es Quety.

Incluidas sus dos hijas. La explicación que nos da es que está tan joven, que todo el mundo piensa que es nuestra hermana mayor, por lo que si le llamáramos «mamá» sería confuso, además de que sería una gran pesadumbre para ella. Ni siquiera deja que mi sobrina la llame abuela. Según dice, la hace más mayor de lo que es. Pero no solo eligió para ella un

nombre sofisticado —en sus propias palabras—, sino que a mi padre también lo rebautizó como Freddy, que no es sino la versión refinada de Alfred. En fin, que ya estamos acostumbradas. ¡Qué le vamos a hacer!

Acabo de llegar. Aparco mi Mercedes AMG SL en la puerta y me coloco bien el pelo. Llevo la camisa arrugada del camino en coche, por lo que me la estiro para no dar un disgusto a Quety. El aspecto de una persona es su carta de presentación. Eso siempre lo ha dicho mamá, y en este caso, y sin que sirva de precedente, le doy la razón. Es lo primero que ven de ti. Eso y tu supercoche cuando llegas a cualquier sitio, claro.

—¡Hola, Rosa!

—Hola, niña. Pero ¡qué guapa estás!

—Eres tú que me ves con muy buenos ojos, Rosita.

Le doy un beso a la mujer que nos crio a mi hermana y a mí. La adoro. Ya está muy mayor y debería haberse retirado, pero ella dice que mientras pueda no dejará a mis padres.

Los ve como si fueran sus hijos y a nosotras, como sus nietas.

—Dame tu chaqueta que te la cuelgo. Tu hermana no ha llegado todavía, así que te preparo algo de beber mientras esperáis a que llegue.

—Gracias. —Le doy la chaqueta y le beso en la cara.

Escucho los pasos y por el ruido de los tacones sé que es ella. Mi madre.

—Victoria, ya te iba a llamar por el retraso. —Mamá pone los ojos en blanco—. ¡Hija, llevamos cinco minutos con los platos en la mesa!

—Quety, te dije que iba a retrasarme un poco. Además, falta todavía Alexia. —

Me acerco a darle dos besos sin rozarle la cara para no quitarle el maquillaje. Aunque, con

sinceridad, creo que no sería tarea fácil teniendo en cuenta el número de capas que lleva encima.

La única cosa por la que sí me gusta venir a casa de mis padres es porque no me tengo que arreglar tanto como cuando voy a trabajar. Algo menos y eso en el fondo, es un alivio.

Me tiro de lunes a viernes con trajes de chaqueta, maquillada y peinada de peluquería. Pero hoy es domingo y no estoy en el despacho ni tengo ningún juicio a la vista.

Hoy toca llevar ropa más casual. Alexia dice que mi ropa informal, cuando no voy al despacho, es la misma que usa ella para ir de invitada a una boda. En fin, mi hermana siempre ha sido una exagerada. Yo siempre le digo que eso lo heredó de nuestra abuela española. Todo el mundo en España dice que los andaluces son unos exagerados. No creo que llevar una camisa de Hugo Boss, unos tejanos de Valentino y unos Manolo Blahnik, sea nada del otro mundo.

Trabajo en uno de los despachos de más prestigio de Chicago. Tenemos fama de ser implacables y de no perder ningún caso. Y lo cierto es que es así. Se pueden contar con los dedos de las manos los que hemos perdido.

Allí también trabaja Sebas, mi exnovio. Lo dejamos hace seis meses. El motivo de nuestra ruptura fue el hecho de que le pareciera bastante interesante una de nuestras becarias. Tanto como para encontrármelos en el despacho a los dos retozando medio desnudos encima de la mesa. A ella la despedí, lógicamente, pero de él no pude deshacerme tan fácil. Estamos juntos en los estatutos del despacho. Los dos, junto a varios colegas más, llevamos el bufete. Cada uno está especializado en un orden jurisdiccional y no se nos resiste ningún caso. Estudié Derecho porque no me dio la nota para lo que yo quería, que era Periodismo. No era mala estudiante, pero los últimos años bajé la media y no llegué a lo que pedían.

Bueno, eso y que mi profesora de Matemáticas me dejó con un cuatro setenta y cinco para recuperar en septiembre. Y

así, estaba claro que tenía pocas probabilidades de conseguir plaza, y aunque al

principio no era la carrera de mis sueños, con el tiempo me gustó aprender tantas cosas que a diario veía. Pero si soy sincera, lo que a mí me gusta, en realidad, es la fotografía. Mi padre me regaló una cámara de fotos cuando cumplí catorce años. Una profesional. Fue el mejor regalo de todos. Para mi madre, en cambio, fue un disgusto, porque ella no quería que me desviara de lo que deseaba para mí, que siempre fue que me dedicara a la abogacía. Según decía, con la fotografía me iba a morir de hambre, pero que en la facultad de Derecho había muchos chicos de buena familia. No pensaríais que lo que quería era que fuera una excelente abogada.

Cuando mi padre le dijo que yo debería hacer lo que más me gustara, le respondió: «Freddy, por favor, no me discutas la educación de Victoria, que ya sabes que todo lo hago por su bien».

Así que nada. Tengo la fotografía como un pasatiempo.

Algunos fines de semana me escapo para hacer fotos distintas. Y cuando vengo a la casa de campo de mis padres, aprovecho para hacer algunas instantáneas más bucólicas.

—¡Hola, papi!

—¡Hola, cariño! —Mi padre me achucha en sus brazos.

Siempre ha sido más cariñoso que mi madre con nosotras y con mi sobrina. Y no es que Quety no lo sea, es que ella tiene otra forma de ser. Eso y que, además, mi padre no corre el riesgo de perder la sombra de ojos y lápiz de labios de la cara por ninguna demostración de cariño.

Suena varias veces el timbre. Debe de ser Alexia, mi hermana.

—Rosa, ¡¿puedes ir a abrir?! —grita mi madre desde el salón.

—Ya voy yo, mamá. Rosa está ocupada en la cocina.

Voy hacia la puerta que están aporreando. Seguro que es Alexandra, mi sobrina. Es una traviesa de cuidado.

—¡Hola, enana! —Se tira encima de mí y caigo al suelo.

—¡Alex, por favor, deja a la tía que acabamos de llegar!

—¡Déjala, que esta niña se merece una guerra de cosquillas! —Le meto los dedos por la barriguita y empieza a reírse a carcajadas.

—Cuñada, te veo bien —me saluda Peter, el marido de mi hermana.

—Yo a ti también, cuñadito.

Mi hermana y él llevan siete años juntos. Se casaron cuando Alexia se quedó embarazada. No estaba muy convencida de pasar por el altar, pero no se atrevió a decirle a mi madre que había tenido un desliz con el chico con el que llevaba un mes saliendo. Literal. Hacía un mes que salían y ya tenía una falta. Todavía hoy, no me ha explicado cómo se quedó embarazada a los dos días de salir con él. No es que sea una cosa imposible, pero no es el estilo de Alexia, quizás el mío sí, pero el de ella no. Pues eso, que cuando era más que evidente que su aumento de peso, no se debía a haberse pasado con la comida, tuvo que confesarles a mis padres que estaba embarazada y que se casaba.

¡Qué disgusto fue para Quety!

No solo por no poder organizar la boda del siglo, sino también porque el futuro marido era repartidor en una empresa de catering. El hecho de que no fuera el dueño de dicha empresa pesó bastante en el drama familiar de aquellos días.

Hoy en día, lo tolera, pero no le tiene especial cariño.

Bueno, tampoco es que le tenga mucho más a los demás.

—Pasad, que ya está lista la comida.

Mi madre los invita a pasar con su mejor sonrisa. Creo que no se llevaría el premio a mejor actriz de cine, aunque la hubieran nominado. Todavía le cuesta disimular el disgusto de que Peter forme parte de nuestra familia. ¡Siete años después, madre mía!

—¡Abuela!

—Quety, hija, Quety, te lo he dicho muchas veces. —La niña la mira con la misma cara extrañada de siempre. No entiende nada—. No me importa que lo

hagas de puertas para dentro, pero no quiero que se te escape en la calle. La abuela es Quety, que es más bonito, ¿de acuerdo?

Mi sobrinita asiente. ¡Pobre!

—¡Mamá, por Dios! ¡Que tiene seis años!

—¡Ay, Alexia! ¡Qué más da! Tiene que aprender desde pequeña. —La mira de arriba abajo—. Hija, ya podías haberte vestido un poco más elegante. Al menos con clase, aunque sea informal, como Victoria.

—Ya, mamá, yo también te quiero. —Pone los ojos en blanco y se sienta en la mesa después de darle un beso a papá.

Mi hermana siempre dice que ella es el patito feo para mamá. Yo le digo que no, pero en el fondo siempre la trata así, y la verdad es que no me parece bien que la compare continuamente conmigo. Vale que yo tengo un estilo innato, y puede que Alexia pase más de la moda, pero tampoco es para que se lo restriegue por la cara todo el tiempo.

Nos sentamos en la mesa todos juntos con este buen ambiente que tenemos siempre.

Lo dicho, me encantan las comidas de los domingos.



CAPÍTULO 2

FETICHES

Estoy esperando que llegue Julia. Hemos quedado para comer, como cada jueves. Es mi mejor amiga. Y podría decirse que casi la única que tengo, sin contar con Alexia, mi hermana, que también lo es.

Julia trabaja en una tienda superexclusiva en el centro de Chicago. Luchó mucho por conseguir que la contrataran. Allí hacen un casting de belleza para vender

ropa. Fue alucinante la cantidad de pruebas que tuvo que pasar para que la cogieran. Por supuesto, debía de entrar en la talla más pequeña que tenían a la venta. Ese fue el primer requisito. Y como era evidente, entró. Mi amiga es muy guapa. Tiene el pelo pelirrojo y unos enormes ojos verdes.

Es de las que cuando van por la calle, más de uno prefiere sufrir un dolor de cuello con tal de no perderla de vista. Pero con independencia de su perfección por fuera, lo es aún más por dentro, porque tiene un corazón que no le cabe en el pecho. Solo tiene un defecto que ha convertido en su objetivo en la vida: «Pescar a un marido rico». Según ella, cuanto mayor sea mejor, si es más de ochenta perfecto, así

no estará para muchas fiestas en la cama. Esa es la explicación que te da cuando te dice la razón de semejante gusto «senil».

Está convencida de que alguno de esos clientes (forrados) que acuden a la tienda, se enamorará de ella, se casarán y comerán perdices. Lo malo es que puede que la que acabe dándole de comer esas perdices sea mi amiga por falta de movilidad del pobre señor mayor (forrado, eso sí).

En la tienda donde trabaja Julia, te puedes encontrar desde la mismísima París Hilton hasta la actriz de moda del momento. Poca gente puede permitirse comprar la ropa allí.

Bueno, yo voy alguna que otra vez, aunque tampoco es que tenga la economía de una de esas famosas. A pesar de que según mi hermana no todo el mundo conduce un coche de cien mil dólares como yo. Y es cierto, pero también es verdad que el despacho nos va muy bien —gracias a nuestra fama de implacables—, por lo que no veo mejor forma de gastar el dinero. Me encantan los deportivos.

Reconozco que es uno de mis vicios junto a la ropa y los zapatos caros. Mis preferidos ya sabéis cuáles son. Por supuesto, los Manolos Blahnik.

—Casi no llego, ¡madre mía!

Julia llega corriendo con sus tacones de dieciocho centímetros. Nos damos un beso y nos sentamos en la misma mesa de todas las semanas.

—¿Muchos clientes pesados hoy?

—Quita el plural. Solo uno. El mismo pesado de siempre.

Demasiado joven para mí, ya lo sabes —me dice mientras la veo ponerse colorada.

Cuando miro hacia la izquierda, viene a nuestro encuentro el motivo de que su cara se haya puesto roja como un tomate. Es Alan, el camarero del bar al que

acudimos todos los jueves después del trabajo. Sabemos —

las dos, que conste—, que él está colado por ella y mi amiga, aunque no lo quiere reconocer, siente lo mismo, pero es una cabezota y tiene unas ideas que, a pesar de que la quiero porque es como si fuera mi hermana, me gustaría poder quitarle de la cabeza. Pero es inútil.

—Hola, Vicky —me saluda Alan y después dirige su mirada a ella con una sonrisa que delata lo que está pensando—. Hola, Julia. ¿Qué os pongo, chicas?

—A mí ponme una cerveza —le dice ella con una caída de ojos digna de una princesa Disney.

—Yo quiero un agua con gas.

—¡Marchando las bebidas, chicas! Os dejo la carta por si queréis ojear los nuevos platos del chef.

—Gracias, Alan.

Mi amiga observa a su camarero favorito mientras este se pierde detrás del mostrador.

—¡¿Hola?! —Empiezo a reírme cuando veo que no me está escuchando.

—¡¿Qué?!

—¿Cómo que qué? ¿Que cuándo vas a aceptar su invitación?

—No digas tonterías, Vicky. Ya sabes que pienso que a pesar de que está muy bueno —me contesta mientras sigue observando como él pone las bebidas en la bandeja—, y de que no me importaría comérmelo de merienda y repetir en la

cena porque soy consciente de que es muy sexy,… yo tengo otras metas en la vida. No pienso pasar miserias.

—¡Sigues con la absurda idea de casarte con uno de esos viejos babosos que van a comprar a la tienda! —Ella asiente

—. A veces el amor puede llenar tu vida más que cualquier otra cosa, sobre todo lo económico. Deberías saberlo.

—Venga, Vicky, tú hablas solo de amor porque lo haces desde otro nivel. Tú eres la que conduce un Mercedes y yo, en cambio, tengo que vender mi ropa interior usada para sacarme un extra.

Alan nos trae las bebidas y nos callamos un momento.

Luego pedimos la comida y cuando volvemos a estar solas, Julia pone los ojos en blanco porque sabe que lo que voy a decirle no le gusta lo más mínimo.

—¿De verdad que sigues haciendo eso, Julia?

—Sí, no sé por qué te pones así cada vez que sacamos el tema. No veo el problema. —Bebe un trago de la cerveza—.

Además, no corro ningún peligro. Es dinero fácil.

—No, si no es que corras riesgo, pero es asqueroso, Julia.

—Asquerosos son los que se ponen cachondos por oler ropa interior usada. —Alza los hombros y sonríe—. Yo encantada de que paguen cien dólares por saciar sus fetiches sexuales.

—No me gusta que lo hagas, ya sabes que puedo darte dinero si lo necesitas. —Le acaricio la mano que tiene encima de la mesa, pero ella la retira enseguida.

—Te lo agradezco, pero no hace falta. No quiero aprovecharme de ti. —Vuelve a reírse, aunque su mirada no es de felicidad—. Además, ni siquiera ven mi cara. Solo quieren alguna foto de mis braguitas y ya está.

—No entiendo nada, Julia.

—Si ya te lo he explicado otras veces, lo que hago es hacerme la foto cuando tengo bajadas las bra…

—Déjalo —no la dejo terminar—. Haz lo que quieras, te voy a querer de todas formas, pero lo de que puedo darte dinero cuando quieras va en serio, ya lo sabes.

—Lo sé, Vicky. —Se acerca y me da un achuchón de los suyos.

Llega Alan con las bebidas y al vernos abrazadas esboza una sonrisa.

—¿Puedo unirme? —nos dice a las dos, aunque su mirada solo va dirigida a mi amiga que le corresponde con otra igual. Solo hay que ver cómo se comen con los ojos.

—Solo es abrazo apto para chicas —le responde Julia.

—Ya sabes que puedo ser apto para muchas otras cosas…

—Lárgate, tú y yo solo podemos ser amigos, ya lo sabes

—bromea sonriendo, aunque su cara dice todo lo contrario.

—Bueno, sí, eso es lo que tú siempre me dices, pero no pienso cesar en mi intento de que me des una oportunidad.

Se marcha no sin antes darle un beso rápido a Julia que la hace sonreír emocionada, por mucho que ella lo quiera evitar.

Después de comer y de que Alan y la cabezota de mi amiga se tiren indirectas todo el rato, me despido de ella cuando salimos del bar.

Y a pesar de que la ropa interior que envía Julia es el fetiche sexual de esos babosos que se la piden, el de mi amiga es un chico muy simpático por el que se le cae la baba todos los jueves, y no es otro, sino Alan, aunque ella todavía no lo quiera admitir. Pero como se suele decir, tiempo al tiempo.



CAPÍTULO 3

UN AMBIENTE DEMASIADO

VICIADO

—Buenos días, Christine. ¿Alguna novedad del caso?

—Hola, Vicky. No, nada aún. Lo siento.

—El tiempo se nos acaba. Hoy antes de las cinco tenemos que presentar el recurso contra Robbins, y si no conseguimos a la testigo lo vamos a tener complicado.

Cualquier cosa me avisas, estaré dentro.

—Tranquila, en cuanto sepa algo, te digo.

Cierro la puerta del despacho y me siento en mi mesa.

Apenas se me ve detrás de tantos expedientes. A veces pienso que el ritmo que llevo en el bufete no debe de ser bueno para la salud, pero una de nuestras políticas es no rechazar ningún caso, aunque nos parezca imposible de ganar.

Llaman a la puerta. Y por la forma de tocar sé quién es.

—Adelante.

—¿Puedo pasar?

—Ya estás dentro. ¿Qué quieres, Sebas?

—Nada, es solo que me ha extrañado que llegaras tarde.

—Sí, lo siento. He tenido una conversación por teléfono con mi madre y ya sabes cómo son esas llamadas.

—Sí, lo sé.

Sebas es mi exnovio y como ya os he contado, rompimos hace medio año por sus «problemas de faldas». Casi me da un ataque de risa cuando me lo dijo. Según él es demasiado débil cuando una mujer se le «insinúa» delante de sus narices. El muy descarado se olvida que hemos estado saliendo unos cuantos años y que no hay fémina a la que no devore con la mirada. Da igual como sea; alta, baja, rubia, morena, pelirroja. Le gustan todas. Y una cosa es mirar, que bueno, lo acepto, y otra es encontrármelo con la becaria de turno encima de la mesa con los pantalones bajados y escuchando los gemidos de ambos.

«En el despacho. ¿En serio?», pensé al verlos.

En el fondo fue lo que me sorprendió; el lugar que habían elegido. Fue muy fuerte la escena. Aunque después del disgusto momentáneo, me di cuenta de que no me importaba tanto como yo pensaba. Igual no estaba tan enamorada de él. Si no, me hubiera afectado más, ¿no?

—Ya me ha dicho Christine que no sabemos nada del caso de Robbins. ¿Crees que querrá testificar?

—Eso espero, creo que fui bastante persuasivo con ella.

—Estoy segura de ello —pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza. Sé perfectamente cómo de «persuasivo»

puede llegar a ser.

—Venga, Vicky, ¿no crees que ya es hora de que pases página con lo que pasó? Yo te quiero. Ya sabes que aquello fue una tontería.

«El problema es que creo que yo a ti no te quiero». Esas son las palabras que se repiten en mi cabeza, pero finalmente me arrepiento y no salen de ahí.

—Mira, Sebas. Dejemos las cosas como están y limitémonos a tener una relación laboral exclusivamente.

—Joder, Vicky, fue un error, ¿vale? ¿Acaso tú no los cometes?

Estoy empezando a arrepentirme de no haber pronunciado las palabras que he reprimido antes y mandarlo a la mierda. Cosa que hice cuando pasó aquello hace seis meses, pero después me convenció para que no disolviéramos el bufete, y yo accedí.

«Paciencia, Vicky, paciencia».

—Sebas, de verdad, si vuelves otra vez con lo mismo, te juro que soy capaz de irme de aquí por mucho que nos vaya bien. —Me levanto de la mesa y voy hacia la puerta para invitarlo a que abandone mi despacho.

Cuando estoy abriéndola, me coge del brazo y me sujeta por la cintura. Me aprieta contra su cuerpo y me deja inmovilizada. Entonces, sin darme opción a elegir, me besa.

Después de tres segundos en que me resisto, finalmente consigo darle un empujón y quitármelo de encima.

—No digas que no estabas deseándolo tú también —

exclama victorioso.

—¡Vete de aquí, ahora mismo! Si vuelves a hacerlo te juro que no tendré reparos en darle una buena patada a «tu amiguito». —Bajo la mirada a su entrepierna que todavía está bastante excitada—. Creo que deberías controlarlo.

Estoy convencida de que Sebas tiene un serio problema con el sexo. Debería ir a que se lo miraran. Aunque pensándolo bien, eso ya no es problema mío.

—Está bien, no hace falta que seas tan arisca.

—¿Arisca? ¿De verdad, Sebas? Te lo digo en serio, si no puedes limitarte a que tengamos una relación solo profesional, uno de los dos tendrá que marcharse y no me importará ser yo.

—Tranquila, no hará falta. Ya me voy —dice malhumorado

—. Estaré en mi despacho… por si me necesitas.

Cierra la puerta y yo me apoyo detrás sintiéndome aliviada. Hoy es el primer día que se ha atrevido a besarme, pero lleva mucho tiempo desde que lo dejamos que no hace más que lanzarme indirectas. Para mí esto es un acoso en toda regla porque ya nos somos novios ni nada parecido y además no me apetece lo más mínimo volver con él. Ni siquiera para pasar un rato. Y lo cierto, es que no sé qué hacer porque esta situación se me está yendo de las manos.

O más bien, a él.

Suena el teléfono. Espero que no sea mi madre otra vez porque ahora mismo creo que no podría soportar una conversación con ella. Cuando miro la pantalla siento alivio.

Es Alexia.

—¿Qué hay, hermanita?

—Vicky, ¿te pillo bien o estás ocupada?

—Para ti siempre estoy libre, ¿qué te pasa? Te noto nerviosa, ¿estás bien?

—Sí, es solo que estaba cerca de tu despacho y se me ocurrió que podíamos tomarnos un café juntas.

—Claro, ¿dónde estás?

—Asómate a la ventana. —Me acerco y la veo desde abajo saludándome con una sonrisa.

—Bajo en un minuto.

Cojo el bolso, la chaqueta y salgo. La verdad que después del incidente con Sebas, necesito tomar aire fresco. Creo que el ambiente está demasiado viciado.



CAPÍTULO 4

QUEJICA

Cuando bajo a la calle me encuentro a Alexia sonriendo. Mi hermana es muy alegre, pero desde que se casó con mi cuñado en cierto modo su carácter se volvió un poco más agrio. Aun así, sigue siendo una persona increíble y sobre todo vital. A veces me pregunto cómo puede con tantas cosas a la vez, trabajo, marido, hija… Quety...

—Hola, guapa —me dice acercándose a mí y dándome un beso.

—Vamos a una cafetería nueva que han abierto hace poco. Me ha dicho Christine que los capuchinos son una maravilla.

La cojo del brazo y nos vamos caminando hacia el bar.

Está callada y cuando Alexia no dice palabra, significa que está a punto de explotar. La conozco.

Cuando nos sentamos la miro a los ojos y alzo las cejas esperando que empiece a hablar.

—¡¿Y bien?!

—No puedo más, Vicky —me dice finalmente.

—¿Ha ocurrido algo?

—Mi matrimonio es un auténtico fracaso. Por más que lo intente ocultar —me dice resoplando.

—A ver, cuéntame qué ha pasado —le digo cogiéndole de la mano.

—No, si en realidad no ha pasado nada. Es solo que me he dado cuenta de que no soy feliz. Tengo treinta y seis años y siento que la vida se me escapa de las manos y no hago nada relevante.

—Alexia, eres una buenísima organizadora de eventos, y además te va fenomenal. —Se encoge de hombros—. Y

tienes una hija maravillosa, un poco traviesa ¡vale!, pero es un encanto de niña.

—Soy un desastre de madre, Vicky. Estoy tan estresada que todos los días le grito. ¡Todas las mañanas antes de ir al cole! Y luego me siento fatal. No soy una buena madre —

declara con tristeza.

La camarera nos trae los cafés y continuamos hablando.

—Alexia, yo no soy madre y te hablo desde el desconocimiento, pero creo que serlo no debe de ser nada fácil y tú lo haces lo mejor que puedes. Además, ¿qué es ser una buena madre? —Me mira sin saber si tiene que responder o no—. Yo creo que ser una buena madre no es ser perfecta. Esa perfección solo se ve en Instagram, pero te digo yo que la mayoría de esas cosas son falsas. Ya sabes que yo de redes sociales sé un poco y el noventa por ciento de lo que sale ahí es falso o está distorsionado.

—Sí, puede que tengas razón. Pero me siento tan culpable. Para colmo con Peter la cosa va de mal en peor.

—¿Acaso tiene una aventura? —le digo acordándome de mi ex y de la escena en el despacho de hace media hora.

—¡No! Creo que no —dice arrugando el ceño.

—¿Entonces?

—Hace más de dos meses que no estamos juntos en la cama, ya me entiendes.

—¡Aja! ¿Y es por ti o por él?

—En realidad creo que por los dos. Él llega muchas veces muy cansado del trabajo y sin ganas de nada —se queja—.

Y cuando es temprano, a la que no le apetece es a mí, así que me meto en la cama y me hago la dormida al oírlo llegar. Eso es mal síntoma, ¿verdad? Me refiero a que es malo no querer acostarte con tu marido.

—Hombre, muy normal no es. Entiendo el cansancio y la rutina del matrimonio, y que a veces no te apetezca, pero que sea inexistente en una relación es un poco raro, ¿no?

—Sí, supongo que sí —dice pensativa.

—¿No habéis pensado en ir a terapia de parejas o algo así?

Cuando abre la boca para contestarme, suena el teléfono. Miro la pantalla y es Quety. Dos conversaciones en menos de dos horas con mi madre es demasiado para mi salud mental.

—¿Por qué no lo coges?

—Porque es mamá y ya he hablado con ella hace una hora escasa. Todo el rato lamentándose de que papá es un quejica porque lleva unos días sintiéndose mal y esta noche tienen la fiesta en el club.

—Ya, ¡tremendo drama!

Vuelve a sonar el teléfono y esta vez es el de Alexia. Me mira con gesto preocupado.

—¿Es mamá?

—Sí, ¿habrá pasado algo? —dice mi hermana preocupada.

—No sé. Cógelo por si acaso.

—¿Sí? Dime, mamá, eh… quiero decir Quety… A ver tranquila, ¿qué pasa?… Mamá… Habla despacio… Está bien, estoy con Vicky, ahora mismo vamos para allá.

Cuando cuelga el teléfono la veo con la cara pálida.

Llama a la camarera y le pide la cuenta.

—Están en el hospital, parece que papá se estaba asfixiando y Rosa llamó a la ambulancia porque mamá decía que era un quejica, pero ahora sí la he notado preocupada de verdad.

—Está bien, ¡vamos!, tengo el coche en el aparcamiento.

Salimos apresuradas las dos de la cafetería dirección al hospital.

Si mi madre estaba tan asustada, creo que la cosa debe de ser grave porque ella no suele ponerse así.

Espero que todo quede en un susto y que papá esté bien.



CAPÍTULO 5

LAS PALABRAS QUE NO

QUEREMOS OÍR

Cuando Alexia y yo llegamos al hospital vemos a mamá en la puerta de la habitación hablando por el móvil.

—Está bien, Nataly, discúlpanos con los demás en el club.

Yo creo que mañana estará mejor Freddy —nos hace una indicación con la mano para que entremos donde está papá

—… Sí, claro, cuenta conmigo para la partida con las chicas.

El viernes no me lo pierdo por nada del mundo.

Entramos dejando a Quety hablando de «cosas importantes» con sus amigas, mientras mi padre está en la cama de la habitación de un hospital. Surrealista.

Al entrar se me cae el alma a los pies. Está lleno de tubos y gomas por todo el cuerpo. Una máquina registra sus constantes vitales.

—Somos sus hijas —le digo a la enfermera que se apresura a hablar con nosotras.

—De acuerdo, pero no deben permanecer demasiado tiempo aquí. Su padre necesita descansar. Su estado es muy delicado.

—Sí, por supuesto, pero ¿cómo está? ¿Qué ha pasado?

—Ha sufrido un infarto y está muy débil. Las siguientes veinticuatro horas son cruciales para él. Estamos haciendo todo lo posible.

Se me saltan las lágrimas cuando nos lo dice. Alexia me agarra de la mano porque ella es más fuerte que yo.

Además, siempre he tenido una conexión muy especial con papá.

La enfermera sale y al abrir la puerta seguimos escuchando a mamá hablando por teléfono hasta que vuelve a cerrarse y ya no la oímos. Nos acercamos a verlo.

Se ve tan vulnerable e indefenso en esa cama que se me parte el alma verlo así. Tiene los ojos cerrados y parece que apenas respira.

—Papá, ¿puedes oírnos? —Alexia se acerca a él y le susurra al oído, pero él no hace ningún movimiento.

Apoyo mi cabeza en su hombro y las dos nos abrazamos.

No es fácil ver a tu padre así cuando estás acostumbrada a verlo siempre tan impecable. Con su pelo perfecto peinado y su traje de chaqueta sin una sola arruga.

Después de cinco minutos allí, la enfermera ha vuelto a entrar y esta vez ha sido para decirnos que nos teníamos que marchar ya.

—¿Ya ha despertado? —pregunta mi madre cuando salimos las dos.

—No, mamá.

Después de mirar a su alrededor entiendo que está viendo si alguien más me ha escuchado decirle «mamá». Lo de esta mujer es increíble.

—Seguro que en un rato se espabila y mañana nos podremos ir, pero hoy ya me perdí la fiesta anual del club —

se queja.

—¡Mamá, ¿has hablado con el médico?! —Esta vez la que alza la voz es Alexia.

—Sí, ellos dicen que está mal, pero ya sabéis que los médicos siempre exageran para no cogerse las manos.

—No me lo puedo creer, ¿tú has visto cómo está? —

Asiente—. ¡Está muy mal! La enfermera dice que estas horas son cruciales.

—Que sí, hija, ¡por Dios!

Al momento llega Rosa y al vernos se echa a llorar.

La situación es curiosa a la vez que dramática. Mi madre está aquí más preocupada por haber faltado a una fiesta que por el estado de mi padre, y, en cambio, Rosa está hecha un mar de lágrimas. Increíble.

—Ven conmigo, Rosa. Vamos a la cafetería para que te tomes una infusión.

—No, mi niña, yo me quedo aquí por si don Alfred despierta.

—Está bien, yo te la traigo. Ahora mismo vengo.

Le acaricio la espalda y le doy un beso en la cara. A veces la siento a ella más madre que a la mía propia.

Me voy hacia la cafetería que está en la planta de abajo.

Cuando llego a la barra, le pido al chico que está detrás una tila doble y un té con limón para mí. Alexia no quería tomar nada y mi madre, bueno, ella lo que quería no era propio de un hospital, así que como es obvio, ni siquiera la he tomado en cuenta. Estoy de acuerdo en que este hospital privado pueda parecer un hotel de cinco estrellas, pero de ahí a pretender que le sirvan un Blody Mary como si estuviéramos en una fiesta, me parece demasiado.

Cuando el chico me da las bebidas en la bandeja me subo en el ascensor y al llegar a la planta escucho ruido al fondo del pasillo. Proviene de la habitación de papá. Dejo todo lo que traía en una silla y salgo corriendo hacia allí.

—Victoria, ¡es papá, es papá!

Alexia grita desconsolada mientras veo como cinco personas, entre enfermeros y médicos, están intentando reanimar a mi padre. Mi madre se ha quedado paralizada y está mirando hacia la habitación.

Han cerrado la puerta desde que nos han visto como observábamos todo lo que estaba ocurriendo. Más de media hora y nadie sale a decirnos nada.

No puedo más. Tengo que saber qué está pasando.

Entonces abro la puerta y escuchamos las palabras que no queríamos oír…

—Hora de la muerte: las 17:52.

Mi padre nos acaba de dejar.



CAPÍTULO 6

EL TESTAMENTO

Hace un mes que papá nos dejó. Todavía no me lo creo. ¿En qué momento ha pasado todo esto? Mi padre estaba sano.

No fumaba, no bebía y se cuidaba. Es verdad que su trabajo lo tenía muy estresado, pero ninguno de nosotros sospechaba que su corazón estaba tan delicado. Según nos dijo el médico, descubrieron que había sufrido pequeños

infartos antes de este último, que fue el que se lo llevó.

Mi madre está fatal. Nunca la había visto así. Hemos tratado de animarla y que saliera a la calle, pero no ha querido. Y eso, tratándose de ella, es grave, porque siempre está fuera, ya sea de compras, en el centro de belleza o con sus amigas en el club.

Esta tarde nos ha citado el abogado de la familia para la lectura del testamento. Cuando abrimos el bufete me ofrecí para llevarle los negocios a papá, pero nunca quiso, decía que los asuntos de familia debían separarse de los del trabajo. Y yo, como es normal, lo respeté.

Hace una semana, mamá buscó la copia del testamento que hizo papá hace un año, pero para sorpresa de todos, su abogado nos dijo que había otro posterior a ese y era preciso que acudiéramos todos a la notaría.

Así que aquí estamos mi madre, mi hermana, Rosa y yo, esperando a que llegue el señor notario.

Mis padres no son millonarios, pero sí que tenían una vida cómoda. En el testamento que tiene mamá dejaba todos sus inmuebles a ella en usufructo y la propiedad a mi hermana y a mí. Las cuentas del banco también las administraría mi madre. Para ella eso es un verdadero caos porque nunca se ha ocupado de llevar la economía de casa.

Eso lo hacía siempre papá. Y ahora que me doy cuenta, tampoco nos dijo nunca ni a mí ni a Alexia nada acerca de sus finanzas. Aunque por el ritmo de vida que llevaban, de viajes, fiestas en el club, las joyas de mamá, las acciones en Bolsa y los coches de alta gama de los dos, me imagino que papá supo administrarlo todo muy bien como buen banquero.

—Buenas tardes, señora Smith, ¿cómo está? —El abogado saluda a mamá con un apretón de manos que ella le devuelve.

—Aquí estamos, Ralph, sobrellevando lo mejor que podemos todo esto.

—Sí, me imagino, ha sido muy duro para todos.

—Así es, querido.

—Ralph, me dijo mi madre que había un testamento que mi padre hizo hace poco. —Él asiente—. No lo entiendo, es decir, me extraña que papá no nos dijera nada.

—Lo sé, Victoria, me tenéis que perdonar, pero yo no podía informaros. Ya sabes, tú también te dedicas a esto.

—Lo entiendo, Ralph, el secreto profesional abogado cliente, por supuesto.

La puerta se abre y aparece un señor bajito que debe de ser el notario. Tras él viene una mujer, de pelo rubio ondulado y traje de chaqueta, que supongo que será su secretaria.

—Buenas tardes, señores, en un momento se procederá por la señora notaria a la apertura y posterior lectura del testamento de don Alfred Smith Jones. Pueden sentarse.

Todos nos sentamos. Parece que me he equivocado y la notaria es la mujer y el hombre que la acompaña, su secretario. Me pregunto cuándo llegará el día en que no presupongamos que los cargos importantes son siempre de los hombres y los inferiores de las mujeres. La primera yo desde luego que he dado por hecho que era al revés.

—Señor secretario, comience por nombrar a las personas que constan en el testamento.

—Enseguida —dice el hombrecillo sacando un montón de documentación que deja sobre la mesa—. Veamos, iré nombrando uno a uno para comprobar que están todos.

Así empieza a nombrarnos, mientras vamos asintiendo.

—Doña Enriqueta Smith, doña Alexia Smith Davis, doña Victoria Smith Davis y finalmente doña Rosa López López.

Mamá se sorprendió cuando Ralph nos dijo que Rosa, nuestra cocinera, también debía asistir con nosotras.

—Buenas tardes, mi nombre es Ralph Brown y soy el letrado del difunto señor Smith.

—Bien, pues ya que estamos todos, comencemos. —

Todos nos callamos y ella prosigue—. Como ya saben, el señor Brown, facilitó a esta notaría una copia autentificada del último testamento que otorgó don Alfred Smith Jones hace cinco semanas.

—¡¿Hace cinco semanas?! —dice alarmada mi madre, rompiendo el silencio que se había instalado en la sala hacía unos segundos.

—Señora

Smith,

tranquilícese

—le

dice

Ralph

avergonzado cuando la notaria alza la vista por encima de sus gafas de pasta marrón.

—¿Podemos continuar?

—Sí, sí, por supuesto, disculpe.

—Bien, continúo —carraspea—. El señor Smith Jones tenía numerosos activos, entre ellos enumero: la mansión situada en Oak Park, los siete coches de marca Mercedes, titularidad del señor y la señora Smith, así como la casa de la playa en Montrose Beach, las cuentas bancarias a su nombre y las acciones en bolsa.

—Tu padre era un gran economista —me susurra mi madre esbozando una sonrisa orgullosa—. Supongo que ahora nos dirá qué nos deja a cada uno. No creo que sea muy diferente al que teníamos en casa.

—No sé, mamá, esperemos que acabe.

—Lamento decirles que el señor Smith también tenía pasivos que superan con creces todo el activo del que era poseedor.

—¿Me está diciendo que mi padre tenía deudas?

Ahora soy yo la que interrumpo la lectura para acto seguido callarme ante la mirada acusadora de la señora notaria y su secretario.

—En efecto, señorita Smith. Su padre tenía deudas por valor de diez millones de dólares.

—Pero ¡¿qué está usted diciendo?! —grita mi madre—.

¡Mi marido jamás ha tenido una deuda en su vida!

—¡Por favor, señora, guarde silencio!

—Mamá, tranquila. Dejemos que termine. —Alexia le coge la mano y mi madre la aparta rabiosa.

—Señoras, lo siento mucho, pero todas sus propiedades están embargadas, incluso un hotel rural en el estado de

Colorado, que pertenecía a la señora… —se sube las gafas para leer con más detenimiento—… Margarita Cobos de la Fuente.

—¡Eso es imposible! ¡Ese hotel pertenecía a mi madre y no puede estar embargado!

Todos nos hemos quedado callados, a excepción de Quety que no deja de gritar. Está hablando del hotel rural que con tanto esfuerzo fundaron mis abuelos en Telluride.

Mis padres tenían a unos encargados allí que se ocupaban de que todo siguiera como siempre, cuando ellos murieron.

—Así es, esa propiedad era privativa suya, adquirida por título de herencia, pero usted firmó un poder notarial a su marido en el que le otorgaba plenas facultades para disponer de cualquier bien.

Mamá comienza a llorar desconsolada y yo la abrazo. Lo que dice esta señora es cierto. Mi madre nunca quiso saber nada de las finanzas de la casa. Confiaba en mi padre.

Todos confiábamos en él, en realidad.

Tras leer todos los bienes comprobamos que en efecto las deudas superan con creces al activo, por lo que se puede decir que estamos en la ruina. Solo hay una cosa que mi padre hizo bien, y fue dejarle a Rosa un plan de pensiones, que afortunadamente no pudo tocar.

Hemos salido de la notaría descubriendo una cara desconocida de papá. Al parecer muchas de sus deudas eran de juego y no sé cuántas cosas más.

A veces te llevas decepciones con personas cercanas a ti que desmontan la imagen que tenías de ellas y eso duele, mucho, pero cuando descubres que no conocías a la persona que más querías en el mundo, el dolor es tan profundo que resulta desgarrador.



CAPÍTULO 7

¿Y AHORA QUÉ HACEMOS?

Cuando el otro día salimos de la notaría todas estábamos en silencio. Solo escuchábamos a mamá llorando en el coche de vuelta a casa. Al llegar, Rosa le preparó una infusión y le dimos una pastilla para que descansara.

Esa noche nos quedamos Alexia y yo con ella para acompañarla. El estado anímico con el que salió de allí nos preocupaba.

Toda la vida pensando que papá era el que tenía la cabeza en su sitio y el que velaba porque no le faltara nada a ninguno de nosotros, en especial a mamá, y resulta que nos había engañado a todos. Curiosamente, pasamos del dolor por la pérdida, al dolor por el engaño y desgraciadamente el primero se difuminó.

¿Cómo es posible que lleves con una persona más de treinta años y no la conozcas?

Esa pregunta se la hacía continuamente mi madre cuando se levantó a la mañana siguiente.

Ya ha pasado una semana desde que nos llevamos la sorpresa de los negocios de papá, y la cosa va de mal en peor.

Ralph, el abogado, nos ha citado hoy a mi hermana y a mí para hablar del tema de los embargos y deudas de las que acabamos de tener noticias. A mi madre hemos preferido dejarla al margen para que no se resienta más. Ya tiene bastante con saber que su estilo de vida va a cambiar radicalmente. Intentaré que no pierda muchas de sus costumbres. El despacho me va bien y la podré ayudar, pero, como es evidente, no podrá seguir haciendo todas las cosas que hacía antes de la muerte de papá.

—Buenas tardes, Ralph. —Le doy un apretón de manos y me siento.

—¿Cómo sigue la señora Smith?

—Ahí va, pero te confieso que lo está pasando muy mal.

Ha sido un golpe muy duro para todos.

—Lo sé, Victoria —me dice compungido—. Yo sabía de los embargos porque me los notificaron hace unos meses, pero no sabía que tenía negocios un tanto… sucios.

—¿Cómo de sucios, Ralph?

—Verás, además de las deudas con el Servicio Interno de Impuestos, he sabido que tu padre —carraspea y traga saliva—… Pertenecía a un club de juego de alto nivel, donde cada semana perdía grandes cantidades de dinero, llegando a embargar todas las propiedades.

—Dios mío, ¡Ralph!, no me lo puedo creer. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pues lo cierto es que el embargo de las propiedades es inminente. Ayer recibí la notificación de la ejecución que ya han puesto en marcha, y en cuanto a la deuda que tu padre mantiene con la gente de ese club clandestino…

—¿Qué ocurre? ¡Dime, Ralph!

—Es demasiado lo que les debe, pero por suerte, el embargo del hotel rural que posee tu madre en Telluride no es muy alto y no sé, quizás… podríais venderlo después.

Creo que con eso sería suficiente para pagar la deuda más grande que pesa sobre las demás propiedades. O puede que tuvieras que aportar algo tú y tu hermana para terminar de saldarla por completo, pero sería posible.

—No sé si te he entendido.

—Quiero decir que las propiedades de tu madre están todas embargadas y la deuda es demasiado alta para salvarlas, pero, en cambio, la que pesa sobre el hotel de la señora Cobos de la Fuente, tu abuela, podríais saldarla tú y tu hermana.

—¿Y la deuda con ese club?

—Pues tendríais que, una vez levantado el embargo del hotel, venderlo ya sin cargas. Es una propiedad que tiene mucho valor, por lo que podría salir bien parada toda la familia.

Suena la puerta y aparece Alexia tras ella.

—Perdón por el retraso, he tenido un percance en casa y no he podido llegar antes. ¿Qué me he perdido?

Nos ve la cara a los dos y enseguida entiende que la cosa no está nada bien. De hecho, creo que no podría estar peor.

Le explicamos entre los dos lo que ocurre.

Al final, hemos salido de allí, y hemos acordado que entre las dos podremos

pagar la deuda que hay sobre el hotel de la abuela Margarita. Y después el plan es ir allí para venderlo y conseguir pagar a estos tipos que, por lo que dice Ralph, son peligrosos.

Cuando llegamos a casa de mamá le contamos, lo más suave que podemos, todo lo que está pasando. Al principio está reacia a vender la propiedad de su madre, que con tanto esfuerzo levantó con el abuelo, pero después ha

comprendido que las amistades de papá eran demasiado peligrosas para tomarlas a la ligera.

Ahora solo pienso en dejar listo todos mis asuntos en el despacho porque en cinco días me marcho a Telluride.

Voy a intentar salvar lo poco que queda de esta familia.



CAPÍTULO 8

OLOR A GRANJA

Más de mil trescientas millas y diecinueve horas por delante. Eso es lo que me espera hasta llegar a Telluride, el pueblo de mis padres, en Colorado. Apenas tengo memoria de ese lugar. La última vez que estuve allí tenía doce años y voy a cumplir treinta y dos, por lo que en dos décadas supongo que habrá cambiado mucho. Además de que solo tengo vagos recuerdos en mi cabeza. Me vienen imágenes en el hotelito de mi abuela, y me veo en escenas donde yo estoy

corriendo por el pueblo con mi hermana Alexia y con mi amigo Edward. Todavía me acuerdo de él a pesar de los años. Mi hermana era mayor que yo y aunque no es lo normal, le costó menos dejar el pueblo que a mí. Yo al principio lo pasé un poco mal porque dejé allí a mis amigos, que básicamente se reducían a Edward. Ya sabéis que a esa edad sacar a un niño de su círculo de amistad es una verdadera tragedia. Solía ponerme delante del espejo para verme llorar. Aunque la verdad es que yo siempre fui muy dramática. Me encantaban las clases de teatro a las que me apuntaba mamá, sin embargo, reconozco que no era muy

buena, pero todas sus amigas decían que yo debería estar haciendo anuncios en la televisión, por mi belleza un tanto exótica. Tengo el pelo muy oscuro, pero la piel muy blanca que contrasta bastante. Mi abuela era del sur de España y yo heredé sus rasgos, sin embargo, también tengo mucho de mi abuelo americano.

El caso es que mamá, en uno de sus arrebatos, que no eran pocos, me llevó un día a una prueba de audición porque una de sus amigas le dijo que en un estudio en Nueva York buscaban a una niña de pelo oscuro para una serie de televisión.

Y como no, allí fuimos las dos. Todavía lo recuerdo, a pesar de que era muy pequeña. Cuando aquel hombre me vio, le dijo a mi madre que yo encajaba en todo lo que pedían para el físico de la protagonista. Al parecer querían a una niña de pelo oscuro y ojos claros —los míos no son azules ni verdes, aunque son de un color marrón miel bastante pálido—, pero lo único que le exigieron a Quety era que yo tenía que ser más oscura de piel. Vamos, que debía estar bronceada. Algo que nunca ocurriría en mí, porque era tan blanca que eso era imposible.

¿Pues qué hizo mi madre? ¿Decirle a aquel hombre que no iba a exponer al sol a su hija de cinco años para que pasara esa prueba?

No.

Eso hubiera sido lo normal, pero en mi familia la normalidad está en un segundo plano. Lo que Quety hizo fue llevarme a una sala de rayos uva. Y aunque la encargada de las cabinas le dijo que no era recomendable hacerlo en una niña de mi edad, ella insistió en que era necesario para una prueba de cine muy importante. No lo recuerdo, pero imagino que la cara de la mujer sería un poema, y naturalmente accedió ante la insistencia de la madre de la criatura, que era yo —eso sí que lo sé porque

me lo ha contado mi madre muy orgullosa por haberlo conseguido en aquel momento.

Al final salí de allí como si hubiera estado un mes tumbada, cual lagarto al sol. Mi madre contenta porque según ella, con ese tono de piel, no había excusas para que yo no fuera la elegida, pero cuando aquel hombre me hizo la prueba no me cogió. Era evidente, lo mío nunca ha sido la actuación.

Así que de vuelta a Telluride con el cuerpo como si me hubieran untado con betún. Cuando mi padre me vio, se puso las manos en la cabeza y aquello fue motivo de una fuerte discusión, aunque le duró poco. Lo curioso es que ahora de mayor le he cogido el gusto a los rayos uva. Es obvio que estar bronceada favorece mucho.

Pensando en aquel suceso me acabo de dar cuenta que estoy llegando a Colorado. Es increíble que, en el trayecto de Chicago hasta aquí, no he encontrado un hotel decente donde pasar la noche. Se está haciendo tarde y necesito descansar de la carretera. Mi coche es muy cómodo, pero no tanto como para no parar a estirar las piernas después de casi trece horas al volante.

—Disculpe, ¿me puede decir dónde hay un hotel cerca?

—le digo al que parece el dueño o encargado de la gasolinera.

Alza una de sus cejas arrugando el ceño y no me contesta nada. Tan solo se queda mirando mi coche con mala cara y de paso también a mí.

—Perdone, señor, le preguntaba si hay un hotel por la zona.

Vuelve a mirarme y después de unos segundos, un poco incómodos, por fin, abre la boca.

—Solo hay uno a unas cuantas millas de aquí, pero no sé si será de su gusto.

—Está bien, gracias, señor —le agradezco después de anotar el nombre del hotel.

Y sin más se da la vuelta y desaparece. Decido aparcar para comer algo. Estoy hambrienta.

Dentro del establecimiento hay una especie de cafetería que parece sacada de los años 60, pero bueno, como es lo único que hay por aquí, no me queda otra.

—Hola, ¿qué te pongo? —me dice la camarera sonriéndome detrás de la barra.

—Tomaré un zumo de tomate y un sándwich de queso, por favor.

—No tenemos zumo de tomate, ¿eso existe? —Esboza una sonrisa y no sé si lo dice en serio o está de broma.

—Da igual, ponme un zumo de naranja, entonces.

Gracias.

—Marchando.

Se da la vuelta y entra a la cocina. Observo el lugar y me doy cuenta de que la observada soy yo. Supongo que todo el mundo de por aquí sabe que no soy del pueblo. A decir verdad, ahora que me miro, mi indumentaria es un poco distinta a la de la gente de este lugar. Todos van muy…

¿campestres?

«Con lo poco que me gusta a mí el campo».

Solo espero que la venta del hotelito sea rápida y pueda volver cuánto antes a mi vida en Chicago. Mi hermana y yo hemos podido levantar el embargo que pesaba sobre el hotel de la abuela Margarita, y ahora solo nos queda venderlo para poder pagar la deuda de juego millonaria de papá. Mi madre está destrozada. El día que le dijimos que tenía que vender todas las joyas para ayudar a pagar parte de las deudas, no paraba de llorar. Me dio pena. En el fondo, esto para ella es una tragedia en todos los sentidos. Hace solo unas semanas, mi padre le compraba zafiros y rubíes

para ir a las fiestas de la alta sociedad de Chicago y ahora, tiene la casa en venta, se ha desprendido de todas sus joyas y muchas de sus amistades han dejado de serlo. En realidad, todas. En cuanto se han enterado de que ya no nadaba en la abundancia, han decidido que tampoco es que fueran tan amigas. Desde que murió papá y se enteraron de que estaba en la ruina, han ido dándole largas y ni siquiera la han visitado.

Es curioso, como las verdaderas amistades están, como se suele decir, en «las duras y en las maduras», pero las que no lo son, se esfuman como por arte de magia. Y en el caso de mamá, parece que ninguna lo era.

Reviso mi móvil y tengo varios mensajes. Son de Alexia y de Quety para ver si ya he llegado. Ahora les contaré que voy a dormir en el hotel que el «señor amable» me ha indicado.

—¡Hola, Garret! —La camarera saluda a alguien que acaba de entrar mientras me deja el plato con el sándwich y el zumo de naranja.

—¡Qué hay, Mery!

Al escuchar esa voz tan bronca levanto la mirada y veo a un chico de pelo rubio oscuro y, para mi gusto, un poco largo. Tiene una barba espesa, aunque cuidada y, por su ropa, está claro que es de estas tierras, porque va vestido con unos vaqueros, bastante gastados, por cierto, y una camisa de cuadros azules, como sus ojos.

Se acerca a mí a coger la carta del bar y huele raro. Algo así como a pienso o paja, o a las dos cosas, tal vez. Me siento rara en este lugar. Está claro que no encajo, a pesar de que hasta casi los trece años viví en un pueblo rodeado de montañas.

—¿Te importa? —me dice mirando la carta y haciéndome un gesto con la cara.

—¡Ah!, sí, claro, perdona. Toma.

—Gracias. No eres de por aquí, ¿verdad?

—No, soy de Chicago.

—¡Aja! Un poco lejos de tu ciudad. ¿Qué te trae por Colorado?

La camarera carraspea y se dirige al chico «con olor a granja».

—¿Ya sabes?

—Sí, un vaso de leche y dos hamburguesas dobles con queso, mostaza y triple de beicon. Las hamburguesas que sean para llevar, Mery.

¿Un vaso de leche? Hubiera pensado que habría pedido cualquier cosa menos eso. Una cerveza quizás o un whisky,

¿pero leche? Asombroso.

—Eso está hecho. —La chica le guiña un ojo y se marcha otra vez a la cocina.

Es más que evidente que se le cae la baba con él. Lo miro mejor, y a pesar de que no huele demasiado bien, no está mal. A ver, no es mi tipo, porque a mí me gustan un poco más arreglados y bien vestidos, pero tiene un punto macarra que…

—Me ibas a decir que hacías por aquí —me dice interrumpiendo mis pensamientos.

—Asuntos familiares. Tengo que arreglar algo en Telluride.

¿Lo conoces?

—Algo. —Sonríe— Pero todavía te queda tiempo para llegar a tu destino y se está haciendo de noche.

—Lo sé, me voy a quedar en un hotel a unas millas de aquí. Me lo ha indicado el hombre que está ahí fuera en la calle.

—John, imagino. Supongo que te habrá hablado del hostal Stop —me mira de arriba abajo—, pero no sé si será lo que buscas. Yo que tú miraría alguna otra cosa.

—¡Ah! Pensé que era un hotel, bueno, seguro que estará bien. Estoy muerta, necesito una cama y una ducha caliente. Eso será suficiente. —Él alza los hombros y sonríe

—. Me niego a buscar nada más.

—Lo que prefieras. —La camarera le trae la comida y vuelve a sonreírle, a lo que él le responde guiñándole un ojo

—. Suerte —me dice antes de beberse el vaso de leche y levantarse del taburete, pero antes de marcharse se vuelve otra vez hacia mí—. Por cierto, soy Garret.

Me aprieta la mano y lo hace con firmeza, pareciendo que con ese apretón hubiera engullido la mía. Al segundo se va.

—¡Igualmente! —grito cuando ya está saliendo del bar—.

¡Soy Victoria!

Creo que no me ha escuchado porque ha salido como alma que lleva el diablo.

Termino de comer y me monto en el coche dirección a ese hostal. Estoy muerta y necesito descansar.

Gavriel



CAPÍTULO 9

OLOR A CARAMELO

¿Quién será esa chica? Creo que no la había visto nunca. Me acordaría. Está claro que no es de aquí, sin embargo, hay algo en ella que me es familiar. No sé qué es, pero juraría que sí que la he visto en otra parte.

Pensaba ir directo a casa, pero el día ha sido duro y quedan algunas horas para llegar. Además, Shania ha insistido en que fuera a verla, así que he decidido

pasar por unas hamburguesas para cenar e ir a su casa.

Tengo metido en la nariz el olor a caramelo de la chica de la barra del bar y no consigo sacármelo. Es tan… dulce. Me he fijado en cómo iba vestida y sobre todo el tipo de zapatos que llevaba; unos tacones altos. No sé qué ha ido a hacer a Telluride, pero creo que no durará demasiado allí con esos zancos que llevaba por calzado.

—Hola, Garret. —Shania abre la puerta y me rodea con los brazos el cuello para después besarme.

—Hola —le digo nada más despegarme de su boca.

—Pasa, he preparado la cena. Supongo que estarás muerto de hambre.

Se mete en la cocina y enciende el fuego. Lleva una bata de seda corta semiabierta que deja ver su ropa interior de encaje negra. Es tan sexi, con la poca ropa que lleva puesta y el pelo dorado que le cae por los hombros, que es difícil resistirse a ella.

—He traído hamburguesas, me pasé por Sloppyś. Pensé que te gustaría —le digo soltando la bolsa sobre la mesa.

—Sí, sí, está bien, como quieras. La cena la puedo guardar para mañana.

Veo su cara de decepción mientras apaga el horno y siento que solo quiere complacerme. Siempre lo hace.

—Shania —me mira con una sonrisa cuando me acerco a ella—… creo que lo que tienes ahí huele mucho mejor que las hamburguesas que he traído.

La rodeo por detrás atrapando su cintura con mis manos.

Deshago el nudo de la bata de seda con la que está cubierta y que cae al suelo deslizándose por su cuerpo. Se gira hacia mí y nos besamos. Atrapo su boca enredando su sabor al mío. Acaricio sus piernas mientras voy ascendiendo hacia arriba hasta que la cojo y la alzo para subirla a la mesa de la cocina. Ella me desabrocha el pantalón con premura, mientras seguimos besándonos ansiosos. De pronto vuelve a mí la imagen de la chica del bar y otra vez ese olor dulce que no he podido olvidar a pesar de que Shania huele tan bien que podría perderme

en ella.

—Espera, Shania, ¿te importa si me doy una ducha?

Ella sonríe pícara tras morderme el lóbulo de la oreja, que hace que gima de excitación.

—Podemos hacerlo juntos —me susurra al oído.

—De acuerdo. —Sonrío y la llevo al baño tomándola en brazos.

Nos desnudamos y nos metemos en la ducha. El agua caliente corre por nuestros cuerpos cuando ella, con jabón en las manos, comienza a frotar suavemente mi pecho y mi espalda. Todo mi cuerpo se endurece ante la anticipación de lo que viene. Desciendo hacia abajo y atrapo con mi boca la zona que conozco muy bien y que hace que ella, en menos de un minuto, estalle gritando mi nombre.

Nos vemos algunas veces al mes y cuando lo hacemos nos tenemos demasiadas ganas.

—Garret, cuando estoy contigo todo a mi alrededor me parece mejor.

—Ya, tú también me haces la vida más fácil, Shania.

Nos volvemos a besar y es entonces cuando lo hacemos con más intensidad que antes, si es que eso era posible.

Ahora soy yo el que comienza a limpiarla con suavidad, tocando cada tramo de su piel y haciendo que cada vez me encienda más hasta que se sitúa entre mis piernas y comienza a devorarme. Lo hace con ganas y por un momento me olvido de todo y de todos, al menos al final.

No duro mucho tiempo porque estoy demasiado excitado y porque, aunque cuando he comenzado a besarla tenía a otra persona en mi cabeza, una desconocida, ella ha conseguido que la olvidara por completo y me dejara llevar.

A pesar de que los dos lo hemos hablado infinidad de veces, siempre que estamos juntos tengo dudas de si ella sigue pensando lo mismo de nuestra relación. Mi trabajo me absorbe demasiado y no tengo tiempo para dedicarme a una persona como se merece. Sobre todo, ella que siempre hace las cosas para

complacerme. Yo no puedo darle todo lo que sé que querrá en un futuro. No se merece a alguien como yo, aunque Shania solo vea cosas buenas en mí.

—¿Cuándo volveré a verte?

Me mira alzando la barbilla mientras estamos los dos tumbados en la cama después de un maratón de sexo, como cada vez que nos vemos.

—No sé, supongo que la próxima semana tendré que volver a Colorado. Debo regresar a la granja de los Cruises.

—Me roza el pecho donde tiene apoyada la cabeza y hace círculos sobre el vello que lo cubre—. Ahora que Becca ha dado a luz tengo que estar vigilando a las crías de cerca.

—Te echo de menos cuando no vienes en semanas, Garret.

—Shania… yo…

—No, no me digas nada. —Me silencia con un dedo en mis labios—. Lo sé.

—¿De verdad?

—De verdad, es solo que estoy tan bien contigo que quiero que esto dure más, pero sé que no tenemos nada, ni tienes que darme ningún tipo de explicación.

—Sí que lo tenemos. Somos amigos y eres una persona muy importante para mí, pero es lo único que puedo ofrecerte a ti y a cualquier otra. —La beso con dulzura—.

Nunca sería lo que tú necesitas, Shania.

—Eso deberías dejar que fuera yo la que lo decidiera, ¿no crees?

No digo nada, tan solo la abrazo más fuerte. Ella suspira y yo le acaricio la espalda hasta que noto que su respiración se hace más lenta y cae en un profundo sueño.

Yo, en cambio, no puedo dormir. Estoy mirando el techo de la habitación de Shania mientras ella duerme. No sé qué estoy haciendo con ella. A veces siento

que le hago daño y en más de una ocasión he intentado que lo dejáramos, pero ella no ha querido, incluso llegando a suplicarme. Y eso es algo que no me gusta.

Shania es una chica preciosa y vale demasiado para que esté suplicando amor a un tipo como yo, que vio como su madre echaba su vida a perder por amor.

¿De qué sirve entregar tu corazón a alguien cuando puede cogerlo y lanzarlo a lo más alto de las montañas haciéndolo desaparecer?

No sirve de nada.

De nada en absoluto.



CAPÍTULO 10

EL HOSTAL DE LOS

HORRORES

Maldita sea el tipo de la gasolinera. Con razón puso esa sonrisilla cuando me recomendó el hotel. Bueno, el hostal.

Tenía que haberle hecho caso al chico que conocí en el bar, el guaperas con olor

a granja. Pero también me podía haber avisado de que esto era una auténtica pocilga.

Era ya muy tarde cuando llegué al lugar donde me había indicado aquel hombre; esta especie de motel de mala muerte. No sé si podré soportar mucho tiempo permanecer en este lugar lleno de granjeros y bichos.

¡Qué asco!

Anoche intenté darme una ducha. Llené la bañera, que estaba toda desconchada, por cierto, y cuando fui a levantar la alfombrilla que tenía al fondo, toda el agua se llenó de una especie de bichitos blancos. Cuando los vi moverse pegué un grito y casi me da un infarto del susto.

Pero necesitaba ducharme después de trece horas al volante, así que, me remangué y con todo el cuidado del

mundo, metí las manos en el fondo para quitar el tapón y dejar que la bañera se vaciara.

Una vez que los diminutos indeseables se habían ido por el desagüe, me di una ducha de un minuto. Adiós al momento de relax antes de dormir. Todo lo contrario, fue la ducha más estresante de mi vida. Pero lo peor fue que cuando me metí en la cama había una araña gigantesca dentro de las sábanas, así que he pasado la noche sentada en el sillón que había en la habitación.

Me miro al espejo y me asusto de la imagen que me devuelve. ¡Vaya ojeras tengo!

Me visto y cojo mi bolso. Son las únicas pertenencias que saqué del coche, porque la maleta la dejé dentro anoche.

Pensaba desayunar aquí, pero después de las condiciones en que estaba la habitación, creo que no lo voy a hacer.

Pararé en cualquier bar de camino.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser! —grito cuando veo el maletero de mi Mercedes abierto.

—¿Qué ocurre, señorita?

El dueño del hostal sale alarmado por mis gritos.

—¡Que me han robado! ¡Eso ocurre! ¿Pero qué clase de gente vive por aquí? ¿Ladrones?

—Señorita, nosotros somos gente decente, pero en todos sitios hay maleantes —responde ofendido—. Si quiere puedo decirle dónde poner la denuncia. La comisaría de aquí no está muy lejos.

—Gracias —contesto controlando mi mal humor.

He pagado mi rabia con el señor del hostal que, a pesar de que ya podía tener en condiciones más salubres su establecimiento, no tiene la culpa de que me hayan robado mi maleta con todas mis cosas.

Después de apuntar la dirección de la comisaría, he salido de allí y me he ido directa a poner la denuncia del robo. Más tarde he ido a comprarme algo de ropa hasta que averigüe qué ha pasado con la mía. Esta gente necesita unas clases de moda y estilo. La tienda solo tenía ropa de abrigo, a cuál más fea, y de granjera. Al final he optado por un par de vaqueros, varias camisas y sudaderas lo más neutrales posible.

Son las diez de la noche cuando llego a Telluride. Se supone que solo iba a tardar un rato en llegar desde el hostal de los horrores, pero entre el tiempo perdido en la comisaría y en la tienda de ropa para granjeras, vuelve a ser de noche y vuelvo a estar muerta de cansancio.

Aparco al llegar al pueblo y busco la dirección del hotel de mi abuela.

¡Qué ganas tengo de llegar!

No hay nadie en las calles. Parece un pueblo fantasma.

Lo recordaba con más vida, o tal vez mi recuerdo sea el de una niña que se pasaba el día en la calle corriendo con mi amigo Edward y mi hermana Alexia.

Estoy tan concentrada mirando el mapa, cuando de pronto el corazón empieza a latirme a mil por hora, sobresaltado ante el ruido de alguien tocando la ventanilla

del coche. Pego un respingo del susto. Cuando miro veo unos ojos azules profundos, y una sonrisa que enmarca unos dientes blancos y perfectos que me es familiar. Son del chico de la cafetería, el tío bueno que necesitaba una ducha con urgencia.

—¿Sí? No puedo oírte. ¡¿Cómo?!

Me hace señales para que baje el cristal. Qué idiota soy, no me había dado cuenta de que estaba subido. Y eso que el susto me lo ha dado cuando lo ha aporreado.

—Te preguntaba si necesitabas ayuda, te veo perdida.

—Sonríe—. Hola, otra vez, por cierto.

—Perdona, sí, intento llegar al hotel de Margarita. ¿Lo conoces?

—¡Aja! Lo tienes delante de ti. Es ese —me indica.

Miro hacia donde su dedo me señala y veo el hotel de mi abuela. Está igual a como lo recordaba. Igual de bonito.

Salgo del coche y me dirijo allí.

—Gracias. Eh… por cierto, ¿vives aquí?

—Sí, soy Garret, el veterinario del pueblo, encantado. —

Me ofrece su mano y nos saludamos—. Y si no es mucha indiscreción, ¿se puede saber qué vienes a hacer al hotel de Margarita?

—He venido a venderlo.

Y sin más cojo la bolsa con mis cosas y me marcho ante la cara de sorpresa del veterinario cachas del pueblo.

CAPÍTULO 11

Telluride, año 1998.

Estoy en el jardín cuando escucho que mamá grita en la cocina. Voy corriendo hacia allí y me la encuentro llorando en el suelo. Me acerco a ella y le doy un

abrazo y un beso.

Ahora recuerdo lo que pasó ayer cuando fueron a recogerme al colegio. Seguro que mamá vuelve a estar triste por mi culpa.

—No llores, mamá. Te prometo que no se lo daré más a Matt. Me comeré el bocadillo todos los días. —Me acaricia el pelo y me sonríe.

No me gusta cuando papá me prepara el bocadillo de jamón y siempre se lo doy a mi amigo Matt. Nunca se habían dado cuenta, pero ayer la profesora le contó a mi padre que me había visto en el patio dándoselo a él, y cuando le preguntó a mi compañero le dijo que lo hacía siempre.

—No, cariño. No estoy triste por eso. Es solo que mamá no se encuentra bien.

Me pongo a llorar con ella. No sé por qué lo hago, pero verla así me pone también muy triste.

—Vamos, mami, tienes que levantarte. El suelo está frío y te puedes resfriar.

—Mi niño querido, Edward, solo tienes nueve años y me cuidas tú a mí cuando debería ser yo quien te cuidara a ti.

La ayudo a levantarse y ella me da un beso en la frente.

Después me enseña un papel doblado.

—Toma, ve con Margarita y dile que mamá te ha dado este recado para ella. Quiero que antes de ir al hotelito,

vayas a comprarte los caramelos de limón que tanto te gustan. —Me da las monedas y yo me pongo muy contento.

—Gracias, mami. Pero ¿por qué me dejas comprarlos? Tú siempre dices que se me pegan a los dientes y me salen caries.

—Lo sé, Edward, pero hoy puedes hacerlo, ¿vale?

—Vale, mami. Te quiero mucho. —La abrazo fuerte.

—Yo también, mi niño. Nunca lo olvides, ¿de acuerdo?

Salgo corriendo con el dinero en la mano. Estoy muy contento porque voy a comprar caramelos y porque me gusta estar con Margarita. Siempre me manda a hacer tareas que me divierten mucho, como hacer galletas para merendar o cuidar de los animales de la granja.

Me meto el papel que me ha dado mi madre en el bolsillo y le pido al señor Martin diez caramelos de limón. Mamá me ha dado mucho más, así que me compro un montón.

Después me voy al hotel de Margarita. Me encanta ir allí.

—Hola, cariño, qué bien que hayas venido. Victoria y yo estamos preparando una tarta de galletas.

La señora Margarita es la abuela de Victoria. Nunca la había visto en la cocina con ella. Lleva dos coletas y su pelo es muy oscuro. No se parece al mío que es demasiado claro.

La he visto por el patio del colegio, pero no está en mi clase porque es mucho más pequeña que yo.

—Tengo caramelos de limón, ¿quieres uno? —Le doy a la niña uno de los diez caramelos que me acabo de comprar.

Mamá siempre me dice que hay que compartir con los demás.

—Victoria, dale las gracias por el caramelo.

—Gracias —dice con la voz tan bajita que apenas la escucho.

—De nada. ¿Quieres otro?

—Vale, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Edward.

La señora Margarita se pone seria un momento, pero después sonríe y empieza a coger cosas de la nevera.

—Venga, chicos, vamos a hacer galletas y un pastel, mi nieta sabe amasar muy

bien, ¿verdad, Victoria?

Después de lavarnos las manos, la niña y yo empezamos a echar todos los ingredientes en el bol. Los huevos los echa la abuela porque nosotros podemos tirar cáscara dentro, pero seguro que lo dice por Victoria que es muy pequeña. Yo ya soy mayor.

La tarde se me pasa volando, haciendo las galletas con la señora Margarita y Victoria. Antes de irme le he regalado mis caramelos de limón y ella se ha puesto muy contenta.

Me ha gustado verla sonreír.

Y al final me he olvidado de que tenía una nota de mamá guardada en el bolsillo del pantalón…



CAPÍTULO 12

RECORDANDO

—¿Has dicho que lo vas a vender? ¿El hotel? —me dice el veterinario guaperas.

—Sí, eso he dicho.

—Pero no entiendo. ¿Eres de una inmobiliaria? —me pregunta frunciendo el ceño como si estuviera cabreado—.

No sabía que la familia de la abuela Margarita estuviera interesada en venderlo. Por lo que sé no tienen problemas económicos, precisamente.

Tengo curiosidad por saber qué piensa la gente del pueblo de nosotros. Es cierto que hace casi veinte años que no piso Telluride, pero mis padres sí que venían todos los años a comprobar que la propiedad estuviera bien atendida.

—Sí, la familia me ha encargado la venta. —Decido seguirle el juego. Siempre es una ventaja saber más que la otra persona—. No estarás interesado en la compra,

¿verdad?

—Ojalá. No entiendo por qué se desprenden de una propiedad como esta, va muy bien y además da de comer a

muchas familias del pueblo.

—Ya, ya lo siento, es decir, la familia lo lamenta, pero está bastante alejada de Chicago, donde ellos viven, y no les es rentable.

—Sí, supongo que la gente de ciudad y con dinero, como ellos, solo contempla que económicamente sea viable, lo demás poco les importa —se queja.

—Este pueblo está demasiado lejos de Chicago y…

además, ¿qué más hay que tener en cuenta en un negocio sino es la rentabilidad?

—Quizás… ¿las personas?

Pero este tío de qué va. ¿Qué sabrá él de nosotros para decir que somos unos desconsiderados? No pienso perder el tiempo con un desconocido. He venido a este pueblo con un objetivo y lo voy a cumplir. Cuanto antes la venda, antes volveré a mi vida.

—En fin, estoy rendida y necesito dejar la maleta en el hotel. —Le tiendo la mano para que se marche de una vez

—. Así que… encantada, mañana me queda un día largo.

—Está bien. —Mira la bolsa que llevo en la mano—. ¿Eso es lo único que traes de equipaje?

—Sí, es una larga historia. De todas formas, solo estaré unos días organizando todo y después me marcharé a Chicago.

—Ya, bueno, pues te dejo que entres. Qué descanses.

—Igualmente.

Abro la puerta del hotel. Es de madera giratoria. Por un momento acabo de recordar lo bien que me lo pasaba de pequeña, dando vueltas entrando una y otra vez, y cómo se desquiciaba mi madre.

—¡Perdona! No me has dicho tu nombre —me dice antes de que pueda entrar.

—Eh… yo… me llamo… —Lo veo cómo arruga la frente esperando que le diga mi nombre, del que parece que no me acuerdo—. Mmm… ¡Sarah! Sí, ese es mi nombre.

—Pues… nos vemos, Sarah.

—Sí, adiós, Garret.

Por fin entro en el hotel, pero antes vuelvo a mirar y ahí está él en la calle. Me saluda con la mano y se va. Ya le vale a este chico lo que le ha costado marcharse.

Un poco intenso, la verdad, pero tampoco soy ciega y el granjero tiene un punto sexi que me gusta. Lástima que su aspecto sea tan burdo, como buen veterinario de pueblo, aunque he de reconocer que hoy no olía a granja como ayer cuando lo conocí. Lo cierto es que hoy desprendía un aroma que me ha dejado hipnotizada por momentos.

El hotel de mi abuela es precioso. Apenas lo recordaba.

Todo es de piedra. Los techos son altos y llenos de vigas gruesas de madera. Está todo decorado con macetones enormes, también de madera, y dentro están llenos de flores naturales que desprenden un olor floral maravilloso. A mi abuela Margarita, le encantaban las flores y me alegra que los encargados hayan

mantenido su esencia desde que murió.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señorita. ¿Tiene reserva con nosotros?

—Sí, soy Victoria Smith, llamé ayer para avisar que me iba a quedar unos días en el pueblo.

—Ah, sí, por supuesto, señorita Smith, ¿qué tal el viaje?

—No muy bien. Me han pasado algunas cosas y ha sido muy largo. Estoy agotada, ¿podría darme mi habitación?

Mañana me espera un día duro.

—Sí, sí, por supuesto, tiene reservada la suite principal.

Es la que utilizan sus padres cuando vienen.

—Bueno, mi padre falleció hace unas semanas.

—¡Dios santo! Lo lamento muchísimo. No sabíamos nada aquí en Telluride. La acompaño en el sentimiento.

—Gracias, esto, señor… —miro al cartel que le cuelga de la chaqueta— Louis, le importaría…

—¿La habitación? Sí, sí, disculpe, señorita, enseguida le doy la llave. —Rebusca en el cajón que tiene bajo el mostrador—. Aquí la tiene, primera planta, habitación 301.

—Bien, gracias, señor Louis.

Subo las escaleras y abro la 301.

Al entrar siento ese olor a dulces. A mi abuela le encantaba hacer repostería. Es de las pocas cosas que recuerdo de mi infancia en este lugar. Me asomo a la calle de atrás del hotel. Veo una pastelería y sé que ese olor que hay por toda la habitación, proviene de la ventana que tiene una rendija abierta que deja entrar ese aroma. Me ha recordado a mi niñez.

La decoración de la habitación es moderna, pero no ha perdido la esencia rústica del pueblo. Tiene una cama bastante grande en el centro y una planta muy alta de hojas verdes en un rincón. Hay una pequeña terraza.

«¡Qué bonito es!».

Me encanta el paisaje de montañas que lo rodea. Está todo iluminado por lucecitas de las casitas que hay a lo largo de toda la ladera. Es precioso. Tengo que sacar una fotografía. Voy corriendo a por mi cámara.

¡Mierda, no! Iba en mi maleta. La que me han robado esta noche en ese hostal en el que casi pillo una infección.

Ya me compraré otra, aunque esa era muy especial para mí porque me la regaló mi padre. De momento tendré que

hacerla con mi móvil. Hace buenas fotos, aunque dado que me ha costado tres mil dólares, es lo normal.

Por un momento, he olvidado por qué estoy aquí. Me han pasado demasiadas cosas desde que salí de Chicago. He dormido en un hostal que parecía que no lo habían limpiado en treinta años, con bichitos blancos incluidos en la bañera, y para colmo, me han robado mi maleta con toda mi ropa y con la cámara que llevo a todas partes desde pequeña.

Encima y para rematar, el veterinario del pueblo me ha dicho, en mi cara, que los Smith somos unos materialistas desconsiderados y que vamos a dejar sin trabajo a medio pueblo.

«Pues no tienes razón, señor veterinario guaperas, por muy azul que sea tu mirada y por muy anuncio de dentífrico que lleve tu sonrisa». No voy a olvidar el motivo por el que estoy aquí y por el que voy a vender este hotel.

«Gracias, papá, por dejarnos con una deuda multimillonaria, y por presentarnos a tus amigos del club de cartas. Ahora nos toca a nosotros arreglar lo que tú has estropeado».

CAPÍTULO 13

Telluride, año 1999.

Vuelvo a casa de la abuela Margarita para hacer mis tareas del cole. En la mía no puedo. Mi padre siempre está enfadado y no me gusta que me grite. Cuando se lo conté a Victoria fue corriendo a decírselo a su abuela. Me enfadé con ella por haber sido una chivata, pero cuando la vi llorando me arrepentí. Desde hace un año que la conozco es como mi hermana pequeña y no quiero que sufra. Y menos por mí.

—Venga, chicos, dejad un rato las tareas y tomad la merienda, que la leche se enfría. Os he hecho vuestra tarta favorita.

—¿De zanahorias? —Victoria salta de la silla y va corriendo a la cocina.

—Sí, pillina. ¡Vamos, Edward! Que sé que también te gusta mucho.

—Sí, abuela. —Yo también salgo corriendo detrás de mi amiga.

Los dos nos sentamos y empezamos a devorar lo que nos ha traído la abuela. Ojalá yo hubiera tenido una como ella en mi casa. Mi madre se fue hace un año y mi padre desde ese momento solo hace gritar y beber cerveza. A veces me meto debajo de la cama para no oír como rompe todo en la cocina, cuando no encuentra algo. Yo intento dejarlo todo a la vista para que no se enfade, pero al final siempre pasa.

—¿Qué te ocurre, Edward? —La abuela se acerca y me acaricia el pelo como hacía mamá.

—Es por papá. Siempre está disgustado conmigo.

—¿Por qué te portas mal? —dice Victoria levantando la vista del dibujo que está coloreando y metiéndose un trozo de pastel en la boca.

—No, Victoria, no digas eso —responde su abuela—. El padre de Edward está triste y a veces se comporta así, pero no es por ti, cariño. —Me da un beso en la cara.

Victoria se acerca y me da otro beso en la otra mejilla.

—No quiero ser como él cuando sea mayor.

—Escúchame, pequeño —la abuela me coge por los hombros y me obliga a

mirarla—, quiero que pase lo que pase nunca te des por vencido. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué, abuela? —pregunta mi amiga.

—Pues, porque si lo das todo por perdido y te rindes, no podrás ver que a la vuelta de la esquina hay una oportunidad aún mejor. Estará esperándote un sueño increíble y que verás gracias a que perdiste el anterior.

Podrás ver el que era de verdad para ti.

—¿Cómo cuando se nos perdió la gallinita y salimos a buscarla? —dice Victoria.

—Sí, cariño, algo parecido.

—Y como no nos rendimos y seguimos buscándola, al final encontramos a nuestra perrita al lado de la basura y le curamos la patita —le digo contento recordando al cachorrito.

Yo me la quise llevar a casa cuando estaba curada, pero papá me dijo que no podía, que ya tenía suficiente con cuidar de un mocoso como para hacerlo de una perra callejera.

—Exacto, Edward, tú la curaste. La cuidaste, le vendaste la patita y se recuperó gracias a ti y hoy es un cachorro sano.

—Sí, está sana. Yo de mayor quiero cuidar a todos los animales y también quiero que Becky se venga a vivir a mi casa —Me levanto y recojo con Victoria el vaso de leche y los restos de tarta.

—Serás lo que tú quieras ser, pequeño.

—No quiero ser como papá. —Repito—. Dice que soy igual que él.

—Escúchame, Edward, cada uno de nosotros somos únicos y diferentes a los demás y cada día es una oportunidad para hacer las cosas bien. Cada día es una nueva hoja de la libreta de nuestra vida. Si algo sale mal rompemos la hoja y empezamos una nueva y así con cada amanecer.

—Sí, abuela —contestamos los dos a la vez abrazándonos a ella, aunque ni

Victoria ni yo hemos entendido muy bien qué hoja hay que arrancar.

No quiero volver a casa, pero al final siempre tengo que hacerlo.

Y no me gusta…



CAPÍTULO 14

BÚHOS BAJO LA VENTANA

No he pegado ojo en toda la noche. Cuando me enteré ayer, por la chica de la inmobiliaria, que los Smith quieren vender el hotel de la abuela Margarita, se me vino el mundo encima. Esa mujer y ese hotel me ayudaron tanto cuando era un niño, que pensar que ahora se deshacen de él solo por dinero me da mucha rabia.

La gente en la ciudad se vuelve demasiado impersonal.

Puedo entender que, como dijo Sarah, Chicago esté lejos de Telluride, pero a ellos nunca les importó este lugar y hasta ahora dejaban que se ocuparan del hotel vecinos del pueblo. Para el señor Louis y su familia supone su forma de vida. La única que conocen, en realidad. Llevan trabajando allí desde el principio. Desde que la abuela Margarita lo abrió.

Ojalá pudiera comprárselo a ellos y mantener esta propiedad que tanto bien me hizo y que con tanto cariño mantuvo la abuela. Supongo que lo venderán al mejor postor, sin importarles qué harán con ella.

No he podido dejar de pensar en el hotel, pero no solo pensaba en eso, sino también en la chica de la inmobiliaria, Sarah. Es la típica mujer de ciudad con aires de princesa que no va nada conmigo, por eso no entiendo por qué esta noche venían a mi cabeza, una y otra vez, la imagen de sus ojos color miel y de esos labios carnosos, en forma de corazón, que imaginaba besando sin descanso. Cuando cerraba los ojos volvía a verla. Hasta he soñado con ella. Ha sido un sueño muy raro. Nos veía a los dos montados en bici. Ella se caía y yo la ayudaba a levantarse y después un león de montaña, intentaba atacarla. Justo en el momento en que iba a devorarla, me he despertado empapado en sudor y con el corazón a punto de salirse del pecho.

Acabo de ducharme y voy hacia la clínica.

Estoy rebuscando las llaves de la camioneta que nunca encuentro, hasta que por fin las localizo. ¡Bingo! Mimi y Silka me miran ladeando la cabeza y moviendo sus colas para salir a la calle. Es ver las llaves y automáticamente reaccionan, y eso que ellas están siempre corriendo alrededor de la casa, hasta que ven que se hace de noche y deciden que ya es hora de entrar. A veces pienso que actúan más como dos gatos que como las perras que son.

Se me parecen mucho a Becky, su madre. La echo mucho de menos.

—Ahora no puedo llevaros, preciosas. —Les sacudo la cabeza y ellas revolotean a mi alrededor—. Después.

Ladran en señal de protesta, pero dan media vuelta y se van resignadas. Quieren que las lleve al río. Les gusta tanto como a mí. Pero ahora voy a comprar unas herramientas que me hacen falta para arreglar una fuga del baño. Si lo dejo para más tarde, es probable que la tienda esté cerrada.

Cuando entro en la clínica las horas se me van volando y al terminar me gusta pasarme por alguna de las casas de los vecinos. En un pueblo de montaña, como Telluride, es

habitual que casi todo el mundo tenga granjas con animales.

—¿Qué hay, Jean?

—Hola, Garret, ¿qué te trae por aquí?

—Necesito cinta aislante y un cartucho cerámico. Tengo un grifo que gotea.

—Enseguida.

—Gracias.

—Por cierto, Garret, podrías pasarte más tarde a ver a Lúa, mi gata.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé, pero el ojo izquierdo lo tiene bastante rojo y no deja de rascarse con las uñas.

—Sobre las tres me paso por allí y le echo un vistazo.

—Bien. Ahora te traigo lo que me has pedido. —Se pierde hacia el interior de la trastienda.

La campana de la puerta suena. Sin girarme, noto ese olor a caramelo que no he podido olvidar desde que lo percibí por primera vez en el bar de la carretera. Me doy la vuelta y la veo. Es ella. Sarah. Está vestida con unos vaqueros y una camisa de cuadros roja. Desde luego se ha adaptado rápido al pueblo. Hace dos días, cuando la conocí, parecía una de esas modelos que salen en las revistas, en cambio, ahora, cualquiera diría que lleva viviendo aquí toda la vida.

—Hola, Sarah.

—¡Ah, hola otra vez!

—¿Qué tal has dormido sin el ruido de los coches de la ciudad? —ironizo.

—Pues la verdad es que no he pegado ojo. Supongo que aquí podéis dormir con el ruido de los búhos bajo la ventana

—sonrío con el comentario—, pero te diré que a mí no me relaja en absoluto. En cambio, el sonido de la gente de arriba abajo por las calles de Chicago me hace dormir a pierna suelta todas las noches.

—El ruido que has escuchado bajo tu ventana, es probable que fuera parte de un ritual de apareamiento de un búho macho y otro hembra.

—Pues ya podían haberse ido a ligar a otro sitio. —Me hace reír otra vez con la ocurrencia.

—Puede que hayas extrañado dormir sola en una cama que no era la tuya.

Al decir estas palabras, Sarah me ha mirado y me he quedado cortado. No sé qué me pasa con ella. Es guapa y tiene un cuerpo que para nada me es indiferente, no lo voy a negar, pero hay muchas chicas así, aunque reconozco que ninguna ha conseguido llamarme la atención como ella. Ni siquiera Shania, a la que aprecio como amiga y con la que me lo paso bien en la cama. Los dos lo pasamos bien, en realidad. No sé nada de ella, pero me la he imaginado en ese apartamento ruidoso de Chicago y con un estirado durmiendo a su lado. Y lo cierto es que no me ha gustado.

—Sí, puede ser. De todas formas, no serán muchas las noches que pase en este lugar.

—No te gusta nada, ¿verdad?

—No, es solo que yo no soy muy del mundo rural, ¿me entiendes? No negaré que este pueblo tiene su encanto y he hecho unas fotografías preciosas. Y a mi abu… es decir, y a la abuela de los señores Smith le encantaba, pero creo que no es para mí.

—Puede que si lo conocieras cambiaras de opinión. Si quieres puedo hacerte de guía. Se me da bien. —Le guiño un ojo y ella me mira con desaprobación.

—No será necesario, pero ahora que lo dices sí que me gustaría que me indicaras donde está la inmobiliaria más importante de aquí.

—Sí, por supuesto, pero ¿tú no trabajabas en una?

De pronto la veo ponerse nerviosa. No sé qué es, pero intuyo que esta chica esconde algo.

—Sí, sí, pero quiero saber cómo está el mercado por aquí.

—Está bien, si quieres podemos ir a media mañana.

Tengo consulta ahora, pero te invito a un café a las doce y te acerco a la inmobiliaria, ¿qué me dices?

—A las doce, de acuerdo. Tengo que contestar unos emails y después te acepto ese café.

—Perfecto, te recojo a esa hora en el hotel.

—Bien.

Me marcho y la dejo en la tienda.

Vuelvo a preguntarme por qué estoy deseando que sean las doce.



CAPÍTULO 15

COMO SI ESTUVIERA EN

CASA

Estoy esperando a Garret.

Tengo que reconocer que, aunque sea una urbanita, este pueblo es encantador y estoy haciendo un reportaje de fotos preciosas sobre el hotel y sus alrededores.

Creo que no tendré dificultad en venderlo. La verdad es que el paisaje es de postal navideña, aunque no estemos en esa época aún. Todavía falta más de un mes para Acción de Gracias y, según me dijo esta mañana el señor Louis, pronto comenzará a nevar. Cuando me vio salir con una camisa solo, me recomendó que cogiera algo más de abrigo.

El señor Louis es muy amable y sé que quería mucho a mis abuelos. Solo hay que ver con el cariño que habla de ellos. Esas cosas se notan. Me contó que cuando murió mi abuela, él tenía treinta y cinco años, y que desde los treinta ellos le hicieron un contrato fijo para trabajar en el hotel de encargado. Desde entonces está aquí. Toda una vida.

Mientras me contaba esta anécdota me acordé de las

palabras del guaperas, el veterinario. No es mi intención dejar sin trabajo al señor Louis y a su familia. Imagino que el comprador conservará a todos los empleados si ve que el hotel funciona bien, tal y como está.

Esta mañana fui a la tienda a comprar una batería portátil para mi móvil. Ya que no tengo la cámara de fotos, necesito tenerlo siempre a punto. Cada rincón de este pueblo merece ser inmortalizado.

—¡Sarah! ¡Sarah!

Este pueblo parece estar engullido por las montañas. La avenida principal atraviesa la ciudad por edificios que apenas superan dos plantas. Estoy acostumbrada a que en Chicago son inmensos, y, aquí, en cambio, parece que estás en otra época. Incluso he visto algunos coches de caballo como en el antiguo Oeste. Todo es muy peculiar.

—¡Sarah!

«¿Sarah? ¿Sarah?¡Ay, esa soy yo!».

Aún no me acostumbro al nombre que me inventé para él. Me giro y veo al veterinario saludándome desde la camioneta. Espero que no pretenda que me suba a ese trasto.

—Hola, Garret, perdona, no te había oído.

—Ya, estabas muy concentrada sacando fotos. —Sonríe

—. ¿Vamos a tomar ese café?

—Eh… sí, sí. Si quieres podemos ir en mi coche. —Le sugiero.

—No te ofendas, pero para patear el pueblo es mejor que vayamos en el mío.

Por la cara que acaba de poner y el hecho de que no se haya movido ni un milímetro de su sitio, intuyo que no tengo nada que hacer.

—Está bien, como quieras —le digo resignada.

Me monto en su camioneta y me sorprende que está bastante «decente» y la verdad es que para estar tratando todo el día con animales y llevarlos en este coche, supongo, no está mal. Tampoco quiero decirle que no quiero montarme en su camioneta porque me parezca vieja. Ya tiene un concepto de mí, o más bien de mi familia, bastante malo como para que yo lo empeore. Al fin y al cabo, se está portando muy bien conmigo.

A los quince minutos llegamos a la cafetería.

La decoración es acorde al pueblo. Con paredes de piedra y suelo de madera. Hay un montón de taburetes retro alrededor de la barra. En medio hay columnas de ladrillo que separan diferentes mesitas con cómodos sillones, junto a lámparas de pie. Este sitio podría ser mi casa, una tarde cualquiera, donde estaría tomándome un té o un café y leyendo un buen libro. Una de mis aficiones, junto a la fotografía, es la lectura. Soy capaz de leer más de diez libros al mes, a pesar de que tengo muchísimo trabajo en el despacho. Me encanta y a partir de ahora, creo que este será mi lugar favorito para tomar algo caliente y leer tranquilamente.

No sé qué me pasa, pero desde que llegué a este pueblo, me noto muy relajada. Es verdad que mi aterrizaje no fue muy bueno, pero siento como si mi tensión arterial estuviera tres puntos por debajo de lo que habitualmente está.

—¿Te gusta esta mesa?

—Es perfecta. —Sonrío.

—Genial. ¿Qué te apetece tomar?

—Un té con limón estará bien.

—Robert, un té con limón, un café y un trozo de tu tarta de zanahorias.

—¿Tarta?

—Sí, te va a gustar. Es la mejor de todo Telluride, y diría que de Colorado también.

—¿Por qué me miras así? ¿Tengo algo? —Me limpio compulsivamente la nariz con las manos.

—¡No! —Se ríe a carcajadas—. Solo te miraba. Desde que has entrado has puesto una sonrisa que no había visto hasta ahora.

—Sí, puede ser, estaba pensando que es un sitio ideal para leer mientras tomas algo, y creo que cuando estoy bien, se me nota.

—Pues te diré que estás muy guapa cuando sonríes así.

Por un momento me quedo un poco cortada. Apenas lo conozco, ¿y ya está intentando ligar conmigo? Parece que los hombres rurales no son muy diferentes a los de ciudad.

El camarero nos trae las dos bebidas humeantes y el pastel.

—Pruébala —me dice acercándome el plato con una de las cucharillas.

Cojo un trozo y me lo meto en la boca. El bizcocho es esponjoso y solo tiene una capa de crema encima con virutas de zanahoria ralladas. Creo que es la mejor que he probado en mi vida.

—¡Dios, está deliciosa! ¿Sabes que esta tarta es mi favorita?

—¿En serio? —Asiento—. La mía también. Pues, ya sabes a donde venir.

—Sí, desde luego —le digo engullendo otro trozo de tarta

—. Si no espabilas te quedarás sin probarla.

—No tengo hambre, toda tuya.

Me ha sonreído —con esos dientes que son dignos de anuncio de clínica de ortodoncia—, y sin dejar de mirarme me ha puesto el plato con la tarta delante de mí. Lo conozco

desde hace dos días, y siento que me acaba de derretir como si yo fuera la nieve que ha caído por la noche, y comienza a consumirse con los primeros rayos de sol.

«Vicky, reacciona, has venido a vender el hotel.

Céntrate».

—Gracias, no puedo tardar mucho. No quiero que nos cierre la inmobiliaria.

—Sí, claro… la inmobiliaria —me dice decepcionado—.

Por un momento lo había olvidado.

—Mira, Garret, yo, bueno, la familia Smith necesita vender esta propiedad, por motivos personales, pero no es su intención dejar a la gente sin trabajo. Estoy segura de que quien la compre conservará a todos los empleados.

—Depende lo que quieran hacer con ella los nuevos dueños.

Sus palabras se quedan flotando encima de nuestras cabezas y decido cambiar el tema hablando un poco de nuestras aficiones. Le cuento que soy una apasionada de la fotografía, pero que desafortunadamente me la robaron la primera noche.

—¿Qué? No puede ser.

—Pues sí, pasé la noche en ese motel de mala muerte y por la mañana ya no tenía ni maleta ni nada.

—Vaya, ahora entiendo por qué llevas esa ropa tan… —

arrugo el ceño esperando que continúe— diferente a la que traías el día que te conocí.

—Podías haberme avisado de que era una porquería de hotel —me quejo.

—Traté de advertirte, pero no me hiciste caso, Sarah.

—Tienes razón. Fui muy tozuda. —Asiente con una sonrisa—. La ropa me da igual, pero la cámara de fotos

representaba algo sentimental para mí. Me la regaló mi padre y es lo único que conservo de él.

No le menciono que cuando digo «lo único» es literal, porque mi padre solo nos ha dejado deudas y «amistades peligrosas».

—Vaya, lo siento. Debe de ser muy importante para ti.

—Sí, lo es… En fin… ¿Te parece si nos vamos ya?

—Vale, pago y nos vamos.

Le suena el teléfono cuando está pagando en la barra y al mirar la pantalla lo veo preocupado.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, Sarah, pero tendremos que dejar lo de la inmobiliaria para más tarde. Valentina se acaba de poner de parto y debo ir.

—¿Valentina?

—La vaca de los Murray.

—¡Oh, vaya! No te preocupes, cogeré un taxi.

—Apenas pasan, Sarah, me sentiría mejor si me acompañaras. Tardaremos quizás una hora o poco más. Me ha dicho Luck que ya ha empezado el trabajo de parto y está a punto.

—De acuerdo… te acompaño —respondo no muy convencida.

Y sin más salimos de la cafetería.

Si esta mañana, al despertarme, alguien me hubiera dicho que iba a asistir al parto de una vaca, me habría reído en su cara.

Supongo que este tipo de cosas solo pasan en sitios como este.



CAPÍTULO 16

VALENTINA

—Perdóname por implicarte en mi trabajo. —Miro hacia su lado de la camioneta y después vuelvo la vista a la carretera.

Lo de los taxis en Telluride es cierto, son muy escasos y hay que llamarlos a la centralita para que vengan a recogerte. Lo malo es que hay tan pocos, que muchas veces tienes que esperar a que dejen el viaje anterior para que acudan a

tu aviso. Han sido pocas las veces que lo he utilizado. Alguna vez cuando Shania se queda en mi casa y yo no puedo llevarla a Colorado, llamo al taxi. Por eso lo sé, y el tiempo de espera es insufrible.

Sin embargo, hoy, me he alegrado de que sea así. Me gusta estar en compañía de Sarah. Mientras hablábamos en la cafetería de lo que nos gustaba hacer a cada uno, la miraba y sentía como si ya la conociera. Como si hubiera algo que nos conectara a los dos. La he visto tan relajada, sonriendo con cada broma que yo le hacía, que hubiera deseado que ese rato durara todo el día.

Después me ha recordado el tema de la venta del hotel y he bajado de esa nube imaginaria, que solo estaba en mi cabeza, y me he dado cuenta de que ha venido con un objetivo concreto a este pueblo. Además, si con Shania, que la considero algo más que una amiga, no pienso ir más allá del rato que estemos juntos, es un absurdo que lo haga con una desconocida, por mucho que sienta que ya la conozco.

—Tranquilo, Garret, de verdad que no me importa. —Me mira y yo siento que me observa mientras conduzco—. Lo de la inmobiliaria puedo hacerlo después y asistir a un parto es prioridad. Lo entiendo.

—Gracias, Sarah.

—No. Gracias a ti.

—¿Por?

—Pues porque te estás portando muy bien conmigo. No tenías que ofrecerte a llevarme a ningún sitio. No estoy acostumbrada a que lo hagan por mí. Sobre todo, un desconocido.

—Ya, supongo que en la ciudad la gente va muy a lo suyo, ¿no?

—Sí, algo así. Por cierto, ¿siempre has vivido aquí?

—Nací en Telluride y bueno… no tuve una infancia demasiado… infantil, diríamos.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada, los señores Davis fueron muy importantes para mí, y puedo decir que hoy soy lo que soy gracias a ellos.

—¿Mis abu… los señores Davis?

—Sí. Es una larga historia que si quieres te cuento un día

—carraspeo—. Cuando pude ir a la universidad me fui a Chicago a estudiar Veterinaria.

—Venga ya, ¿estudiaste en Chicago la carrera? No lo hubiera imaginado. No te veo muy adaptado a la ciudad.

¿Por qué fuiste?

—Con veinte años haces muchas tonterías, la mía fue perseguir a alguien hasta allí. Me matriculé en la facultad de Chicago con la esperanza de encontrar a esa persona. De todas formas, me di cuenta de que había construido un castillo de naipes, y cuando terminé mis estudios y las cartas se derrumbaron, volví tal cual me había ido. Solo.

—Oh, lo siento.

—No lo sientas, gracias a eso me dedico a un trabajo que me apasiona. Los animales son parte de mí. Desde pequeño me gustaba curar a todo el que encontraba desvalido en la calle.

—Se te nota. La verdad es que yo soy muy distinta a ti.

No es que no me gusten los animales, pero la mitad me da miedo y la otra mitad, asco. —La miro frunciendo el ceño—.

Me refiero a los insectos. No lo puedo evitar, no soporto a las arañas, por ejemplo.

Me río al escucharla. Todo lo que habla lo hace con tanta intensidad, que te creerías hasta lo más absurdo si saliera de su boca.

—Las arañas son minúsculas.

—Lo sé, pero es una especie de fobia. De pequeña dormía con un pañuelo alrededor de las orejas para evitar que una araña entrara de madrugada y decidiera convertir mis oídos en su nueva casa.

—Qué curioso lo que me cuentas, yo tenía una amiga que hacía lo mismo que tú. Debiste de ser una niña muy graciosa de pequeña.

—Pues no sé, casi no recuerdo nada de mi niñez.

—En cambio yo, es la época que más recuerdo.

Hemos tardado media hora en llegar a la granja de los Murray, y casi no me he dado ni cuenta porque se me ha pasado muy rápido hablando con ella.

Al llegar, Luck está con cara de preocupación y viene corriendo al coche cuando apago el motor.

—Garret, gracias a Dios que llegas. No veo bien a Valentina.

—Tranquilo, todo saldrá bien. —Le palmeo la espalda—.

Por cierto, ella es Sarah, una amiga.

—Encantado, señorita —dice mientras los tres nos apresuramos a entrar en la granja.

Cuando llego, Valentina está levantada y se mueve incómoda.

—No se ha querido tumbar, Garret, la veo rara.

—Sí, espero no tener razón, pero tengo que comprobar que no venga de nalgas. —Miro a Sarah y la veo asustada—.

Si quieres espera fuera. Estás un poco pálida.

—No te preocupes. Si noto que me mareo, me salgo.

—Está bien.

Introduzco la mano para comprobar la posición de la cría y como pensaba no me equivocaba.

—Lo siento, Luck, pero era lo que me temía. Hay distocia.

—¿Y eso qué quiere decir? —Se adelanta a preguntar Sarah.

—Que viene de nalgas. Habría que hacer una cesárea, pero no llegaríamos a tiempo, está demasiado avanzado el trabajo de parto.

—Oh, pobrecita —dice ella otra vez apenada.

—Haz lo que tengas que hacer, pero sálvala, Garret. —

Asiente mi amigo preocupado.

—Lo haré. Le pondré un relajante para que esté más tranquila y sufra lo menos posible.

Después de inyectarle un relajante muscular, introduzco la mano y comienzo a moverla para intentar girarla.

Valentina comienza a gruñir y entonces me sorprendo de lo que pasa a continuación.

Mientras yo sigo ayudando al animal, Sarah se ha colocado delante de la cabeza de Valentina. La está acariciando y le ha empezado a decir palabras tiernas. Mi primer impulso ha sido advertirle que es peligroso estar ahí por la reacción que pueda tener la vaca en esta situación en la que está sufriendo, pero ver ese lado de Sarah, tan dulce y distinto al que conocía, ha hecho que no le dijera nada.

Al momento, el canal del parto se ha relajado y yo he podido girar a su cría colocándola correctamente. En cuestión de media hora, Valentina ha comenzado con la expulsión y al final lo ha conseguido.

Ha sido un momento muy emocionante. Todos nos hemos puesto muy contentos, pero cuando he mirado a Sarah la he visto limpiándose las lágrimas que corrían por su cara.

—Gracias —le digo con los labios sin emitir sonido.

Ella me sonríe y yo le devuelvo el gesto.

Tras expulsar la placenta, le he dicho a Luck que debe vigilarla toda la noche porque las siguientes horas son delicadas.

—Llámame si ocurre algo durante la madrugada. Mañana vengo a revisarla de nuevo.

—De acuerdo, Garret, gracias otra vez. —Mira a Sarah—.

Y a usted, señorita.

Nos montamos en la camioneta después de que Sarah hiciera unas cuantas fotos a la ternera recién nacida.

Tras una mañana tan intensa, me parece que el día no podía ser más perfecto.

CAPÍTULO 17

Telluride, año 2000.

Hoy hemos cogido las bicis y hemos ido a lo alto de las montañas. A Victoria no la deja su madre porque dice que es muy pequeña, aunque en el fondo sé que es porque sabe que viene conmigo. Le dijo que no quiere que seamos amigos. Está claro que no le gusto. A mí, en cambio, no me lo impide nadie. Mi padre siempre está fuera y cuando viene a veces está tan enfadado, que da igual lo que haga, porque siempre acabo con su mano estampada en mi cara, sintiendo como la mejilla empieza a calentarse a punto de explotar...

Todo está verde porque es primavera y aquí arriba se respira muy bien. Victoria está cogiendo margaritas para su abuela. Desde que descubrió que estaban en lo alto de la ladera siempre que venimos le coge un ramo. Le gusta que se llamen como ella.

—Edward, ¿no te parece el sitio más bonito del mundo?

—Se da la vuelta y se coloca de costado tumbada junto a mí.

—Lo es.

Cojo una margarita y se la pongo detrás de la oreja. Está muy guapa.

—Cuando seamos mayores y nos casemos, construiremos nuestra casa aquí arriba.

Suelto una carcajada y ella se pone seria.

—Solo tienes nueve años y yo once. Queda mucho para eso.

—Me da igual, sé que me voy a casar contigo. Cuando seamos mayores y tengamos veinte años, lo haremos. —

Sonríe—. ¿Sabes qué leí ayer en una revista? —Niego con la cabeza y ella continúa hablando—. Leí que cuando una persona tiene las pupilas grandes significa que lo que ve le gusta, y cuando ve a la persona amada también las tiene grandes. ¿Cómo las tengo yo, Edward?

Acerco mi cara a la suya y observo sus ojos color miel y sus pupilas dilatadas. Victoria me mira impaciente por saber qué veo.

—Grandes.

—¿Lo ves? Te lo he dicho. Cuando seamos mayores nos casaremos.

Intento aguantar, pero al final explotamos los dos muertos de la risa.

No digo nada, aunque realmente estoy pensando que ojalá y ese fuera nuestro futuro juntos, porque con ella es con quien mejor me siento.



CAPÍTULO 18

UNA VISITA INESPERADA

Después del momento tan intenso que he vivido esta mañana en aquella granja, y del que debo reconocer que me ha emocionado, Garret, tal y como me prometió, me ha llevado a la inmobiliaria. Tenía otra visita que hacer cerca de allí y se ha marchado, no sin antes recordarme que en una hora me recogía para llevarme de vuelta al hotel.

La verdad es que me encuentro rara aquí. Estoy fuera de mi entorno natural y eso me tiene un poco descolocada, pero, por otro lado, siento como si hubiera estado aquí todo el tiempo. Quizás en otra realidad paralela. Tal vez el recuerdo inexistente de mi niñez en este lugar sí que esté anclado en lo más profundo de mi subconsciente. Mi padre siempre me animaba a que los acompañara al pueblo cuando ellos venían de visita, y a pesar de que él me decía que de pequeña me lo pasaba muy bien, nunca lo hice.

Nunca volví porque no había nadie esperándome aquí. Un día sí que hubo una persona importante, pero después desapareció, así que no he vuelto.

Hasta ahora.

Veinte años después.

En la inmobiliaria he hablado con una chica que me ha dado el contacto de uno de los hombres más ricos de la zona y que seguramente estará interesado en la compra del hotel de mis abuelos. Supongo que mañana lo llamaré y quedaré en alguna cafetería. Tal vez vaya a la que fui con el veterinario guaperas. Sé que tengo que dejar de llamarlo así, pero es que es guapo a rabiar. Y bruto, eso también.

Acabo de bajar a comer al restaurante del hotel y reviso mi móvil. Tengo tres llamadas de Julia y varios mensajes suyos. Es raro que ella insista tanto porque nunca tiene tiempo para hablar por teléfono. Todo lo contrario a mí que vivo pegada a él.

—Hola, Vicky, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú? Me has llamado varias veces, ¿ocurre algo?

—¿No puedo llamar a mi mejor amiga por gusto?

—Sí, claro que sí, pero te conozco, Julia, y algo te pasa.

Se queda callada y yo vuelvo a insistirle.

—Está bien, te lo diré, pero antes prométeme que no me reñirás.

—Me estás preocupando.

—Prométemelo, Vicky.

—Que sí, pesada. ¡Dímelo ya! —grito.

—Vale, vale, tranquila. Te lo digo, te lo digo. —Suspira—.

Resulta que… llevo varios días recibiendo unos mensajes un poco raros.

—¿Cómo de raros, Julia?

—Un poco… obscenos. Me están poniendo muy nerviosa, porque me están llegando al trabajo y no sé si será alguno de los tipos que me compra la ropa interior usada.

—¡Si es que no puede ser! —digo enfadada y subiendo el tono—. Ya te dije que no me gusta que hagas esas cosas.

—¡Oye, que prometiste no enfadarte conmigo!

—Vale, perdona. Es solo que me preocupo por ti.

—Estoy un poco asustada, Vicky. Me estoy volviendo hasta paranoica. Creo que me siguen por la calle y me paso el día mirando hacia atrás.

—Ay, Julia. ¿Y por qué no vas a la policía?

—Estás loca, ¿y si eso queda en mi currículum? ¿Qué clase de hombre importante se casaría con alguien con semejante historial?

—Por Dios, Julia, tu seguridad es lo primero.

—Ya, ya lo sé. Ay, Vicky, te tengo que dejar, estoy en el trabajo y ya me está llamando la encargada de la tienda.

Hablamos esta noche, ¿de acuerdo?

—Está bien, cuídate, ¿vale? Te quiero.

—Yo también a ti.

Me cuelga dejándome muy angustiada. Tengo que volver pronto a Chicago. Me

necesita y quiero estar a su lado.

Dejo el plato casi sin tocar. Se me ha quitado toda el hambre que tenía tras la conversación con Julia. No me gusta las cosas que hace para ganar dinero y tampoco me parece bien que intente captar a un marido rico a toda costa. Esas cosas nunca salen bien.

Es de noche cuando voy decidida a acostarme. Madre mía, está claro que debajo de mi ventana hay dos búhos que no terminan de emparejarse porque hoy están más activos que nunca.

Me pongo el pijama y cuando estoy a punto de entrar en la cama, con ruido de apareamiento incluido, escucho un sonido fuerte de algo que impacta en la ventana. No le hago

caso y me meto dentro de las sábanas, pero entonces vuelve a pasar.

«¿Qué narices está ocurriendo?», pienso levantándome de mi cómoda cama.

Me asomo con cuidado. Este silencio de montaña donde se escucha hasta el más mínimo sonido, principalmente dos búhos tirándose los trastos debajo, me pone un poco nerviosa. Cuando me asomo veo al veterinario macizo, bueno a Garret, justo debajo de mi habitación. «Pero ¿qué hace aquí a las doce de la noche?».

Definitivamente, este hombre es muy raro. Abro la ventana con cuidado para no hacer demasiado ruido, a la vista de la hora que es.

—Hola, ¿qué haces aquí? —susurro para no despertar a todos los que están plácidamente durmiendo en el hotel.

—Tengo algo para ti, ¿bajas o subo?

Pero bueno, es que se ha vuelto loco, o qué le pasa. Si pretende que deje entrar en mi habitación a un desconocido a las doce de la noche, va listo.

—¿No puedes esperar a que amanezca?

—No.

Y como me lo dice con la seguridad con la que lo hace todo, creo que voy a tener

que bajar.

—Está bien, dame un minuto.

—Aquí te espero.

Me coloco el albornoz del hotel y me peino un poco. No sé por qué lo hago, pero después de hacerme una coleta alta, dejarme el pelo suelto, y volver a hacerme la dichosa coleta, al final decido soltarlo.

«¡Qué más te da tu aspecto! Lo conoces desde hace dos días». Escucho que me dice mi voz interior que a veces se pasa de lista.

Cuando bajo, en la recepción está el chico que hace el turno de noche. Al verme con la guisa que llevo me saluda casi sin prestarme atención.

—Solo saldré un momento. Me traen algo —le explico al muchacho que me hace un gesto con la cabeza y con la cara de «me da igual lo que vayas a hacer ahí fuera de madrugada, a tres grados de temperatura y en albornoz».

Salgo del hotel y ahí está. El condenado no podía venir más guapo, con esa barba espesa y esa cara de «estoy seguro de mí mismo todo el tiempo».

—Hola, perdona que haya venido tan tarde.

—Pues la verdad es que sí. No sé qué debe ser tan urgente para que me saques de la cama a las doce de la noche.

—Quería darte esto. Creo que es tuyo.

Me entrega una bolsa, un poco pesada, y sonríe.

—¿Qué es?

—Mira dentro.

Le hago caso. No me lo puedo creer. Los ojos se me abren como platos.

—¡Mi cámara de fotos! Pero… ¿cómo…? ¿Cómo la has encontrado?

—Bueno, me dijiste que era importante para ti porque era un regalo de tu padre

y… digamos que tengo contactos y averigüé quién te la había robado.

—Pero fue en Colorado, a muchas millas de aquí.

—Sí, pero por suerte eran conocidos por estas tierras y toqué en la puerta adecuada.

—Muchísimas gracias, Garret. Yo… no sé qué decir. —Me abalanzo sobre él y le doy un abrazo.

Nuestros cuerpos pegados duran más de lo que podría ser normal en esta situación. Garret me estrecha fuerte contra su pecho y no me suelta, aunque no me importa, esa es la verdad. Huele a madera, a pino y a jabón. Cierro los ojos y aspiro su aroma que no había notado tan intenso hasta ahora.

—De nada —me dice al separarnos y me da un beso en la cara.

Me quedo paralizada. Ha sido un beso demasiado pegado a la comisura de mi boca y casi he notado sus labios pegados a los míos.

Nos separamos. Paso mi lengua y me mojo los labios mordiéndome el inferior sin dejar de mirarlo. El corazón empieza a martillearme el pecho, llegando incluso a doler.

Estamos demasiado cerca los dos. Demasiado pegados el uno del otro como para no hacer lo que hago dos segundos después.

Lo beso.

Ha sido solo un roce, pero me he ruborizado.

—Perdóname, ha sido solo por… agradecimiento.

—No me pidas perdón —me susurra pegado a mi oído.

Y después no sé qué pasa.

No sé si es la noche oscura de Telluride.

No sé si son los búhos bajo mi ventana.

No sé si es el agradecimiento por devolverme algo tan especial para mí.

No sé si es porque es tan guapo y tiene una mirada tan penetrante, pero me vuelvo a acercar a él y lo vuelvo a besar.

Esta vez saboreando cada rincón de su boca que sabe a mar y a montaña, mientras acaricio su espesa barba. Él me

aprisiona entre sus brazos y hace que parezca diminuta, envuelta en un calor que me está abrasando por momentos.

Nos volvemos a separar y le veo los ojos acuosos. Me acaricia la mejilla y sonríe. Me besa de nuevo. Enreda su lengua a la mía y cierro los ojos. Puede que sea el lugar y puede que nunca me haya besado un hombre tan varonil como él, pero lo que mi cuerpo está sintiendo desde los pies a la cabeza, jamás lo había sentido.

De pronto me acuerdo de por qué estoy aquí y me separo bruscamente.

—Lo siento, tengo que irme.

—Pero…

—Gracias por devolverme mi cámara.

Y sin más, salgo corriendo hacia la habitación… huyendo de mí misma.

CAPÍTULO 19

Telluride, año 2001.

Papá no ha llegado a casa, ¡otra vez!, pero no me importa porque la señora Davis me ha llamado y me ha pedido que vaya a la granja.

Salgo corriendo hacia su casa. Me lo paso muy bien con ellos, y siempre que voy está Victoria. Me gusta estar con ella porque es mi amiga.

—Hola, Edward, ya íbamos con las gallinas —me dice Victoria saliendo de allí con la cesta en las manos.

—Siento haberme retrasado. Estaba esperando a mi padre, pero no ha venido y

he tenido que dejar todo cerrado en casa.

—No te preocupes, cariño, hasta que tú no llegaras, no íbamos a empezar.

La señora Davis me da un beso en la frente y salimos los cuatro hacia el corral. Hay un montón de gallinas y tenemos que coger todos los huevos que han puesto. Son muchos y los abuelos de Victoria, me han dicho que puedo llevarme algunos a casa cuando termine.

A veces mi padre se olvida de comprar comida y no tenemos nada en la despensa, pero la abuela siempre me da cosas de la granja para que me las lleve. Sé que papá se pondrá contento cuando me vea llegar con los huevos.

Los señores Davis se han ido y nos han dejado allí a los dos recogiendo todo lo que den las gallinas.

—¡Ay! ¡Me ha picado! —grita mi amiga.

Victoria se ha puesto a llorar porque la gallina le ha dado con el pico en la mano y le está saliendo sangre.

—No llores. Yo te curaré. Sé hacerlo.

—Es que me duele mucho, Edward. —Se limpia las lágrimas con la camisa—. Tú también llorabas el otro día.

—Sí, pero no era porque me hubiera picado una gallina.

—No, era por tu padre, lo sé.

—Mi padre siempre me daba besos en las heridas cuando me caía y me hacía daño. —Cambio de tema, no quiero recordar por qué lloraba el otro día.

—¿Y cuándo lo hacía ya no te dolía?

—No, pero eso era antes. Ahora ya no lo hace porque ya no soy un niño. Soy adolescente.

—Sí, yo también quiero ser ya adolescente, pero mamá dice que soy una niña pequeña.

—Pero sí que eres pequeña, Victoria. Solo tienes diez años. Todavía te falta mucho para llegar a ser adolescente como yo.

—¿Cuánto me falta?

—Pues… dos años. Yo tengo doce y tú solo diez. ¿Te das cuenta?

—Diez casi once solo me quedan dos meses —se queja—.

Sally dice que hasta que no tienes novio no eres mayor. Paul y ella son novios. Ya se han besado.

—Creo que tu amiga es demasiado pequeña para besar a un chico.

—¡Qué asco! Yo no me pienso besar nunca con ningún niño. Es asqueroso.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Sally, la primera vez que besó a Paul, me dijo que le dio mucho asco. ¿Tú te has besado con alguien, Edward?

—Sí. Y a mí sí que me gustó.

—Yo no lo sé porque nunca lo he hecho. ¿Puedes darme un beso, Edward, a ver si me gusta?

—Pero… yo soy muy mayor para darte un beso y además somos amigos.

—Ya, ¿y qué? Tampoco eres tan mayor como te crees, solo nos llevamos dos años. Además, si me beso ahora contigo, cuando crezcamos y nos casemos de verdad, ya sabré si me gusta o no estar casada contigo. Y no me dará asco como le pasó a Sally.

—No sé si es buena idea.

—Venga, Edward, los amigos también pueden besarse.

No sé por qué le hago caso. Siempre me convence de hacer cosas que sé que no están bien, pero cuando ella me lo pide nunca le puedo decir que no.

—Bueno, vale.

Nos acercamos los dos. La nariz de Victoria choca con la mía y nos reímos porque las gallinas han empezado a hacer ruidos. Victoria está con los ojos cerrados. Es muy guapa a pesar de que es una niña. A mí me gustan las chicas más mayores, pero su cara esperando que la bese...

Me acerco a ella. Huele a fresa. Es su perfume favorito.

—Estoy esperando —me dice con una sonrisa en los labios. Sigue con los ojos cerrados.

Cuando estoy a punto de juntar mis labios a los de ella, se me acerca adelantándose a darme el beso primero. Abre los ojos mientras seguimos pegados y empezamos a reír a carcajadas.

—Ha sido raro, pero creo que debemos repetir.

Ahora soy yo el que le da el beso a ella. Sus labios son suaves y los tiene pintados de rojo porque hace un rato se estaba comiendo una piruleta de fresa y se le han teñido de ese color.

Y así lo repetimos. Una vez y después otra. Es una cosa rara la que siento y Victoria dice que no le ha parecido asqueroso, como le dijo Sally, así que volvemos a hacerlo.

De pronto la puerta del corral se abre y un grito nos sorprende. Nos separamos asustados.

—¡¡Victoriaa!!

Su madre nos ha visto dándonos el beso y se ha puesto furiosa. Después la ha cogido del brazo y se la ha llevado de allí.

Recojo todos los huevos y salgo del corral cabizbajo.

Acabo de darle el primer beso a Victoria y aunque no debería haberlo hecho porque es mi amiga, la verdad es que huele muy bien y me ha gustado besarla.

Espero que los señores Smith no se lo digan a mi padre.

No quiero que me aparten de ella.



CAPÍTULO 20

YA QUEDA MENOS PARA

IRME

No sé qué hice ayer por la noche. ¿A qué narices vino que me besara con un completo desconocido? Porque eso es el veterinario para mí. Por muy macizo que esté y por muy sexi que sean su boca y sus ojos. Y tampoco tiene nada que ver que el condenado bese tan bien.

Tampoco es que sea una niña de diez años. He besado a más de un chico en mi vida, pero es que el beso de ayer fue demasiado intenso. Aunque también es verdad que yo nunca me he besado con alguien tan… rudo. Solo tengo que recordar a los hijos de las amigas de Quety, con los que he salido y me he besado, para darme cuenta de la gran diferencia. Pero es que el beso de Garret no era el que yo me había imaginado en mi cabeza, a juzgar por su aspecto de hombre de anuncio de Malboro de los años 80. No. Su beso fue tierno, dulce y lento, pero también pasional y lleno de fuego. Tanto que, en cuestión de segundos, se me fue

todo el frío que había notado cuando salí a la calle de madrugada.

Menos mal que esta tarde he quedado con el millonetis del pueblo. Bueno, más bien su hijo, que supongo que tampoco tendrá dificultades para llegar a final de mes.

Según el chico de la inmobiliaria, la mitad del pueblo es de su propiedad y la otra mitad intentan comprarla, por lo que no creo que tenga problemas en venderles el hotel.

Le dije de quedar en la cafetería a la que fui con Garret ayer y que tanto me gustó. Esta mañana, cuando lo llamé, le propuse que nos viéramos allí a las cinco, pero me dijo que a esa hora le venía mal. En cambio, sobre las siete nos podíamos ver sin problema. En lugar de tomar un café, que era la idea inicial, iremos a cenar.

Bajo a la recepción y me siento en el sillón de la entrada a esperarlo. A los cinco minutos la puerta se abre y aparece un chico de pelo castaño y ojos verdes. Es muy alto, aunque no tanto como el veterinario que es inmenso, a lo alto y a lo ancho. No entiendo por qué estoy continuamente pensando en él y en el beso que nos dimos.

—Hola, ¿Victoria? —Se acerca a mí y me tiende la mano saludándome.

—La misma. Y tú debes de ser Hank.

—Acertaste, encantado. —Sonríe—. Disculpa el retraso, pero tenía un asunto pendiente y era ineludible.

—No pasa nada. Te apetece que vayamos a la cafetería que está en la avenida

principal. No recuerdo el nombre, pero sí que tienen una tarta de zanahorias riquísima. ¿La conoces?

—No soy muy fan de la tarta de zanahorias, pero creo que sé a cuál te refieres.

—Si lo prefieres podemos quedarnos aquí en el restaurante del hotel.

—No, no hay problema, vamos a la que tú dices.

—Vale, voy al garaje a por mi coche. No tardo nada.

—No te preocupes. Si quieres vamos en el mío.

—Está bien, como quieras.

Salimos del hotel y fuera hay un coche que, si el mío vale cien mil dólares, el suyo lo duplica. Desde luego que lo de millonetis del pueblo le va que ni pintado.

Me subo en el superdeportivo negro y cuando me estoy abrochando el cinturón de seguridad, miro por la ventana y lo veo. Garret está al otro lado de la calle. Acaba de salir de una tienda y me ha visto montarme en el coche de Hank.

Por un segundo me siento incómoda.

«¿Por qué?», pienso mientras lo observo por el cristal.

No tengo ni la más remota idea. No le debo ningún tipo de explicación de con quién salgo o dejo de salir, por mucho beso que nos diéramos anoche. No es nada mío ni yo de él, faltaría más. Me saluda con la mano, pero yo aparto la mirada.

—¿Conoces a Garret? —me dice Hank nada más salir de la calle.

—¿El veterinario del pueblo?

—¡Aja!

—Sí, bueno, hemos hablado un par de veces nada más —

le digo nerviosa—. Supongo que tú sí lo conoces.

Ha sido una afirmación inocente por mi parte, sin embargo, mi subconsciente me ha jugado una mala pasada porque en realidad lo que quiero es saber cosas del guaperas. Como por ejemplo… si tiene novia.

—Sí, somos conocidos solo. Se puede decir que no es de mi círculo de amistad.

—Ya, me imagino.

No se lo digo, pero es evidente que no pegan nada. Uno arreglado y perfumado como si fuera a la ópera, y el otro despeinado y con las manos sucias, llenas de pienso de animales. Como el agua y el aceite. Al igual que yo con él.

Todavía me pregunto por qué lo besé anoche. La verdad es que soy una tonta. He venido a vender el hotel de mi abuela y me besuqueo con el primer macizo con camisa de leñador que me encuentro.

Hank y yo no hemos dejado de hablar en todo el camino y me ha parecido un chico agradable.

Nos sentamos en la misma mesita del otro día. El camarero me reconoce y me saluda con una sonrisa de oreja a oreja.

Pedimos unas cervezas y para comer yo decido tomar una ensalada y Hank, el sándwich club, y aunque no es hora de tomar tarta de zanahorias, no descarto pedírmela de postre.

—Hay sitios mejores por aquí, si quieres otro día te invito a uno más elegante.

—No estaré mucho tiempo en Telluride.

La verdad es que puede que haya sitios mejores que este, y más lujosos, me imagino, pero este sitio tiene un encanto que me tiene enamorada desde que puse el pie la primera vez.

—Bueno, vayamos al grano —me dice cuando nos traen los platos—. Estoy interesado en comprar el hotel de los Davis, de tus abuelos.

—Vaya, qué directo.

—Me gusta serlo. Para qué dar rodeos a las cosas.

—Tienes razón.

—¿Cuánto queréis por él?

—Pues en principio mi familia y yo habíamos pensado en… ¿dos millones de dólares? —digo con timidez ante el importe tan elevado.

Sé que es un poco excesivo, pero es justo la deuda que tenemos con el club de juego clandestino, y supongo que siempre habrá tiempo de hacer una rebaja.

—¿Así que dos millones? —Se queda pensativo unos segundos y después me mira a los ojos—. Trato hecho. Dos millones.

Me tiende la mano y yo la extiendo un poco cohibida, pero después pienso en el dinero que debemos y la aprieto con firmeza, como me enseñó papá. No ha pedido ninguna rebaja y apenas se lo ha pensado. Son dos millones. No es nada despreciable, creo.

—Estupendo. Pues sí que hemos sido rápidos.

—Suelo serlo en los negocios. Hay intereses comunes. A mí me interesa el hotel y a vosotros el dinero. Perfecto.

—Sí, perfecto. —«Supongo», pienso, aunque eso no lo diga.

—Pues creo que está todo listo. En estos días preparo el contrato. Estoy deseando comenzar con la remodelación.

—¿La remodelación? Si todavía no lo has visto. Está muy bien conservado.

—Sí, por supuesto, y no lo dudo, pero nuestra empresa se dedica a comprar hoteles y remodelarlos, a veces lo echamos todo abajo y lo modernizamos —responde orgulloso.

—Ah, no lo sabía. —Sonrío intentando que no vea mi cara de decepción.

—Si lo hacemos más moderno será más competitivo,

¿entiendes? Y por supuesto, mucho más rentable. Lo más

importante en un negocio es la rentabilidad. ¿Qué más puede haber?

—Las personas también cuentan.

De repente siento que esto es un déjà vu y esta misma conversación la he vivido antes, solo que de manera invertida. La que hablaba de rentabilidad era yo y el que lo hacía sobre personas era Garret.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—No, no, para nada. Solo pensaba en los empleados del hotel. ¿Los conservaréis? Trabajan muy bien.

—Pues todavía no lo sabemos, pero… imagino que sí, al menos la mayor parte. —Frunzo el ceño y él se da cuenta de mi cambio de cara—. Sí, por supuesto, se quedarán todos, seguramente.

Seguramente. Eso no es una certeza, sino más bien una posibilidad.

De pronto, las palabras de Garret y la imagen del señor Louis me han venido a la mente y me he dado cuenta de que ya no tengo ganas de cenar.

Gavriel



CAPÍTULO 21

SIMPLE ATRACCIÓN

Ver a Sarah montándose en el coche del capullo de Hank, me ha llenado de rabia. Ese tipo es una cucaracha. Y Sarah es distinta. Lo sé. Lo presiento. No sé por qué tengo esta sensación con ella, pero es así. Cuando estoy a su lado tengo ganas de protegerla y en el fondo sé que es absurdo.

Un sinsentido por mi parte porque no es una niña desvalida que necesite que

nadie la cuide. Estoy hecho un lío porque estos sentimientos que han nacido en mí hacia ella en tan solo dos días que la conozco, no los entiendo ni yo.

Aún hoy me viene a la mente la imagen de los dos y siento algo que no me gusta. Imposible que sean celos porque no la conozco de nada. Solo nos hemos besado una vez, bueno, puede que hayan sido varias. Algo que admito que me gustó, aunque no fue más que simple atracción.

Pero entonces, ¿qué me importa con quién vaya? Total, en pocos días se irá porque habrá vendido el hotel de la abuela. Para mí siempre será mi abuela Margarita, aunque no fuéramos familia. Se ve que los Smith tienen plena confianza en Sarah, porque según me dijo tenía «carta

blanca» para hacer y deshacer en cuanto a la venta se refería. Si a eso le sumas que Hank y su padre son unos depredadores empresariales, sin escrúpulo alguno, todo está hecho.

Tengo claro que, a estas alturas, el hotel de la abuela ya está más que vendido.

Divagando sobre todas estas cosas he parado en la cafetería de Robert a tomar un café. Tengo que ir al pueblo de al lado a revisar algunos posts-operatorios de la semana pasada.

—¡Ey, Robert! ¡Qué hay! Ponme un vaso de leche fría y un trozo de tarta que tengo un hambre canina.

—Marchando, Garret.

Me siento en uno de los taburetes de la barra cuando escucho que alguien carraspea detrás de mí.

—Hola.

Me giro y ahí está Sarah; sentada en la misma mesa del otro día. El corazón comienza a bombearme deprisa cuando escucho su voz. No la esperaba aquí y está claro que me ha cogido por sorpresa.

—Hola, Sarah, veo que no has podido resistirte más de veinticuatro horas sin repetir la tarta de zanahorias.

—Ya ves. Te dije que era mi preferida. ¿Estás solo?

—Sí, me voy fuera del pueblo y no sé cuánto tardaré.

Tenía hambre y me acordé de la tarta, como tú. —Sonrío.

—Si quieres te puedes sentar aquí.

—¿Seguro? Igual me muerdes.

—Pero… ¡Oye! ¡No soy uno de tus animales salvajes!

—Cierto, suelen ser más peludos. —Me levanto del taburete con el plato y el vaso de leche y me siento con ella.

—¿Siempre bebes leche? ¿A cualquier hora? —Frunzo el ceño sin entender su curiosidad—. Lo digo porque el día que te conocí en el bar de carretera también la pediste.

—No bebo alcohol. Y la leche me gusta.

—Ah, curioso. Creo que eres la primera persona adulta que conozco, que no lo hace.

—Soy original. —Sonrío y ella también lo hace metiéndose un trozo de bizcocho en la boca.

—Creo que en pocos días me iré a Chicago. Ayer…

—Cerraste el negocio con Hank. Te vi en su coche. —Le corto antes de que siga.

—Ah, ¿sí?

Se está haciendo la despistada, pero sé perfectamente que ayer me vio cuando la saludé en la calle.

—Sí. —Bebo un sorbo de leche mientras ella no deja de mirarme—. Sarah, no sé si me estoy metiendo donde no me llaman, pero ¿sabes a lo que se dedica su empresa?

—¿La de la familia de Hank? —Asiento—. Pues no mucho, la verdad. Lo único

que sé es que me van a pagar dos millones de dólares por el hotel. ¿No te parece increíble?

—Si están dispuestos a pagar ese dinero es que ellos van a sacar el doble. De eso estoy seguro —digo antes de meterme un trozo de tarta en la boca sin dejar de mirarla—.

Van a comprarlo, lo van a desmontar en trozos y después no quedará nada de lo que fue. Sé que ya te lo dije, pero

¿sabes qué pasará con los empleados?

—Hank me ha dicho que los van a conservar a todos.

—¿Y por qué no te veo convencida cuando lo dices?

—Los Smith necesitan el dinero con urgencia —responde cambiando de tema.

—No lo entiendo. Hace veinte años que murió la abuela Margarita y lo habían mantenido, ¿ellos no están forrados?

—Bueno —suspira—. No sé si sabes que mi… —carraspea

— que el señor Smith falleció hace unas semanas.

—No lo sabía, y ¿cómo está la familia?

—Pues no muy bien, a decir verdad.

—Vaya, lo siento mucho. Pero sigo sin entender por qué venden algo por un dinero que no necesitan.

—¿Por qué siempre que hablas de Margarita te refieres a ella como «abuela»? —Vuelve a no responderme a la pregunta de por qué necesitan el dinero.

—Porque para mí lo fue.

Se queda callada mirándome de una forma muy extraña.

Desconozco el tipo de relación que tiene Sarah con la familia Smith, pero parece que le ha sorprendido mi respuesta.

—Por cierto, tengo que darte de nuevo las gracias por lo de la cámara. Y también por la ropa.

—Fue lo único que conseguí, no es toda seguramente.

—No, pero lo que más me importaba era el regalo de mi padre. Solo me queda eso de él. Gracias, Garret.

—De nada. Me alegro de que la hayas recuperado.

Nos volvemos a quedar callados y a mi mente viene de nuevo el beso. En los muchos que nos dimos. Fue un arrebato, pero no me lo puedo quitar de encima. Es un pensamiento recurrente desde que pasó. Y ella no sé si estará pensando también en lo mismo, pero veo que se ha sonrojado y ha quitado la mirada que tenía posada sobre mis labios.

Me suena el teléfono. Es un mensaje. Lo leo y me levanto de la silla.

—Disculpa, tengo una urgencia y debo irme.

—¿Se han vuelto a poner de parto?

—Esta vez no. —Le sonrío.

Alzo la mano y le pido la cuenta a la camarera.

—Yo también me voy. Tengo que hacer algunas cosas.

—¿Cuándo te irás del pueblo?

—Imagino que en dos o tres días. Cuando tenga el contrato de compraventa listo, me iré.

—Ya. —Me froto la nuca nervioso—. Espero verte antes de que te vayas.

—Sí, yo también.

—Adiós, Sarah.

—Adiós, Garret.

Y sin más me voy.

Sarah se empeña en hablar solo de dinero, como si fuera lo más importante en la vida, pero por mucho que ella crea que es como los Smith, sé que no lo es. Una persona que solo piensa en lo material no hubiera hecho lo que ella hizo en la granja de los Murray. La forma en que ayudó al animal para que no sufriera tanto, quedándose a su lado cuando podía haberse ido fuera, demuestra que es sensible y dulce, aunque se afane en dar la imagen de mujer fría y calculadora.

Pero supongo que eso no importa porque ella se irá de mi cabeza y yo volveré a mi vida…

CAPÍTULO 22

Telluride, año 2002.

—Seguro que tu abuela se recupera, Victoria.

—Ella no puede morirse como el abuelo.

Una lágrima le cae por su nívea y suave mejilla. Yo la retiro acariciándola con mis dedos y ella me sonríe.

Estamos sentados al borde del río. Nos gusta venir aquí.

Hemos venido con las bicis. En el pueblo tenemos que hacer como si no nos conociéramos. La señora Smith no quiere que me acerque a Victoria. Creo que no me perdona que estuviera aquel día en la granja besándola. Ha pasado más de un año y sé que no debí hacerlo porque fue una tontería, pero ella me lo pidió y desde que la conocí nunca le he podido negar nada.

Yo la veo como mi hermana pequeña, porque a mis trece años estar con Victoria, que solo tiene once —bueno, casi doce, como diría ella—, es como si estuviera con una hermana. Siempre la quiero proteger de todo.

—No va a pasar, ya lo verás.

—¿Me lo prometes, Edward? —Me mira alzando su barbilla que tiene apoyada en mi pecho.

—Te lo prometo. Y también que siempre te voy a cuidar.

—Mi madre dice que está harta de este pueblo tan pequeño y que pronto nos mudaremos, pero yo no quiero irme de aquí.

—Yo tampoco quiero que te vayas, pero si eso pasara, no perderemos el contacto, ¿vale?

—¿Me escribirás cartas todas las semanas? —Yo asiento y ella se pone contenta —. Eres mi mejor amigo. Te quiero

mucho.

—Yo también a ti, Victoria.

Le beso en el pelo y aspiro su olor. Siempre huele a frutas dulces; a fresa, a limón, y a vainilla… igual que toda ella.



CAPÍTULO 23

TODO ESTO QUEDARÁ

ATRÁS

Por increíble que parezca, ya llevo una semana en este pueblo. Todo un récord para mí. Desde que tengo uso de razón vivo en Chicago. Me fui con doce años de este lugar, perdido entre las montañas, y me llevé en mi maleta todos los recuerdos que había vivido aquí. Me hice una chica de ciudad y me olvidé de

todo esto. Mis padres dejaron de venir. No les quedaba familia en Telluride porque al ser los dos hijos únicos, y con la muerte de mis abuelos meses después, nada los retenía. Casi al mismo tiempo a mi padre le ofrecieron un cargo, mejor remunerado, en Chicago y, como era de esperar, no dudaron en marcharse de aquí definitivamente.

Todos estos días en el hotel, cada vez que me cruzo con el señor Louis y los demás empleados, me acuerdo de las palabras de Garret y se me hace un nudo en la garganta, pero luego pienso que Hank me dijo que los conservaría y creo que fue sincero, así que se me pasa. El señor Louis es

un hombre encantador y su mujer es la encargada de la cocina junto a sus dos hijos y nueras. La comida del hotel es espectacular y lo digo no solo porque sea el hotel de mi abuela, sino porque lo hago con conocimiento de causa. Sé de restaurantes y de servicios, y este es uno de los mejores.

Hay mucha gente que no está hospedada aquí que viene solo a comer o cenar al hotel atraídos por el menú de la señora Louis.

El sonido del teléfono me saca de mis pensamientos. Es una videollamada de mamá. Ayer la noté un poco tristona.

Desde que papá murió apenas sale a la calle, primero por la tristeza de la pérdida, y después porque se ha quedado sin amigas. O lo que fueran las mujeres del club para ella. En el círculo de amistad de mis padres, el hecho de no nadar en la abundancia es un dato a tener en cuenta a la hora de conservar a esos amigos.

—Hola, mamá, ¿qué tal estás hoy? —La imagen se pierde y vuelve a venir—. ¡Espera que no…! ¡Ay que no te veía, ahora sí!

—¡En ese pueblo nunca hay cobertura, es un horror, Victoria! —se queja mirando a la pantalla.

Tiene razón en lo que dice. A veces la conexión falla durante varias horas y es complicado conectarse a las redes. Los primeros días me cogía un tremendo enfado yo sola, pero ahora, después de una semana aquí, casi que agradezco que no me lleguen tantos correos ni notificaciones. Parece una tontería, pero me quita muchísimo tiempo al cabo del día y ahora, gracias a la falta de internet, puedo leer, salir a conocer el pueblo o ir a comer la deliciosa tarta de zanahorias

de la cafetería de Robert.

Una tercera imagen aparece en la pantalla del móvil.

—Hola, Alexia.

—Hola, hermanita, ¿cómo va el asunto del hotel? —Mira hacia mi madre—. Hola, Quety.

—Sí, hija, hace varios días que nos dijiste que había gente interesada en la compra y no hemos vuelto a saber nada más.

—Mamá, ya te dije ayer, que Hank...

—¿Quién es Hank? —interrumpe Alexia.

—La persona que nos va a pagar dos millones de dólares.

—Sonrío—. Bueno su familia. Son los más ricos de Telluride.

—Sí, conocí al padre hace muchos años. Eran unos muertos de hambre y míralos ahora. Son «nuevos ricos». —

Apunta mi madre negando con la cabeza.

—Pues, para ser nuevos, tienen un patrimonio bastante generoso. —Se burla Alexia.

—Tú siempre tirándome la piedra, Alexia, de verdad. —

Vuelve a hablar mi madre con la lágrima a punto de salir.

—No exageres, Quety, que no te he dicho nada, solo digo que la vida es así, a veces arriba y otras abajo. Míranos a nosotras ahora.

Mi madre se calla ante el comentario tan acertado de Alexia porque tiene toda la razón del mundo. La vida es como una noria, giras y giras sin parar, a veces estás arriba y otras abajo, y puede que cuando el encargado de hacerla girar la detenga, estés en lo más alto, pero siempre hay que tener presente que en cualquier momento la noria puede volver a girar y situarte abajo del todo. Eso es lo que le ha pasado a mi familia. Llevábamos mucho tiempo arriba, disfrutando

de las vistas y el paisaje, pero de repente el maquinista accionó la palanca y hemos empezado a girar a toda prisa y estamos lo que se dice en el suelo.

—Vicky, ya que Quety no te lo dice, te lo diré yo.

—¿Decirme qué?

—No quería preocuparte, hija.

—Bueno, ¿me vais a decir qué pasa? —digo subiendo el tono.

Las dos se quedan calladas unos segundos y yo empiezo a ponerme nerviosa. Estoy a muchas millas de distancia y me siento un poco impotente.

—El otro día vinieron unos hombres a ver a Quety —dice al final Alexia.

—Unos hombres, ¿para qué?

—Preguntaron por ti, hija. Yo les dije que no estabas en la ciudad y entonces me dijeron que volverían a pasar.

—¿Cómo eran esos hombres, mamá? Tuviste miedo,

¿verdad?

—Sí, hermana, según me contó Rosa después, los hombres que vinieron tenían pinta de mafiosos.

—¡Dios mío, Freddy, ¿qué nos has hecho?! —exclama mi madre con los ojos llorosos mirando hacia arriba.

—Bueno, mamá, no te preocupes. Yo creo que lo de la venta está a punto, así que pronto pagaremos a esos tipos.

—Ojalá tengas razón, porque yo creo que tu padre quería llevarme a la tumba con él —solloza—. Me voy a acostar un rato, niñas, tengo un terrible dolor de cabeza.

—Qué descanses. —Mi madre me sonríe.

—Descansa, ma... —Alexia no puede terminar de hablar porque ya Quety se ha

desconectado.

Me duele ver cómo desprecia continuamente a mi hermana. Siempre ha sido así. Desde pequeña, cuando hacíamos alguna trastada, la culpa era de Alexia, pasara lo que pasara. Mi madre me excusaba a mí delante de mi padre y, en cambio, acusaba a mi hermana de todo lo que ocurría. Todavía hoy no lo entiendo.

—Bueno, ahora que mamá me ha colgado —ironiza Alexia

—, podemos hablar nosotras. ¿Qué tal por el pueblo? Lo recuerdo como un sitio muy tranquilo.

—Lo es, Alexia, a veces me resulta demasiado, pero otras veces me siento tan relajada que cuando me doy cuenta llevo sonriendo yo sola diez minutos. La gente que me vea por la calle pensará que estoy mal de la cabeza.

—¡Qué bien, Vicky! La verdad es que es una pena que tengamos que vender el hotel.

—Sí, lo es, pero después de la visita que ha recibido mamá, no hay duda alguna de que tenemos que hacerlo.

—Y la gente de allí, ¿qué tal? ¿Son tan pueblerinos como dice Quety?

Las dos nos reímos.

—No, Alexia. Ya sabes cómo es ella, que todo lo que no sea ir al club con las amigas no es chic. Aquí la gente es amable y te saludan con una sonrisa cuando te cruzas con alguien por la calle.

—Me imagino, nada que ver con la gran ciudad que no conoces ni a tu vecino de la puerta de enfrente.

—Exacto. Yo misma no sé quién vive al lado de mi apartamento. En cambio, aquí la gente te ayuda en todo lo que puede. Incluso sin conocerte de nada. Fíjate, el veterinario del pueblo se ofreció a llevarme él mismo a la inmobiliaria cuando le pregunté donde estaba. —Me quedo callada acordándome de Garret —. La verdad es que es un chico muy agradable.

—Así que el veterinario, ¿eh?

—Sí, se llama Garret. Y no te lo vas a creer, pero lo ayudé en el parto de una vaca hace unos días.

—Si no me lo estuvieras diciendo tú, pensaría que es una broma. —Se ríe—. ¡¿Mi hermana Vicky entre animales y

paja?! ¡Increíble!

—Sí, lo sé, pero me sentí tan bien cuando vi a la cría. ¡Era tan bonita, Alexia!

—Y dime, ¿también es bonito el veterinario? —Se ríe con descaro.

—No te burles. Bonito no es la palabra. Más bien es…

guapo. —Pienso un momento en su espalda ancha y en su mandíbula marcada por esa barba espesa—. Está muy bien, Alexia. No te voy a mentir.

—No hace falta, te conozco, hermanita. Y sabía que cuando me nombraste al veterinario no lo hacías precisamente de un anciano de ochenta años. Pues nada, oye, a ver qué pasa con el lugareño cachas.

—Yo no he dicho que esté cachas, aunque… sí que lo está.

Las dos nos reímos. Somos hermanas, sí, pero somos más amigas incluso y nos conocemos muy bien. Sabe que Garret me gusta y eso que todavía no le he contado que nos hemos besado. No se lo voy a contar porque no quiero que piense cosas que no son.

Me despido de ella diciéndole que me reclaman por la otra línea del móvil, y aunque es mentira, ahora mismo necesito cortar de raíz el tema de conversación sobre Garret. Al fin y al cabo, es algo pasajero.

Gavriel



CAPÍTULO 24

SARAH NO ES ELLA

Hoy tengo varias visitas a granjas de la zona y espero no retrasarme mucho porque hay bastante gente en la consulta. Me apasiona mi trabajo. Los animales son mi vida y por eso decidí ser veterinario. Hasta ahora mis días transcurrían entre la consulta, las visitas externas, y vuelta a mi casa, así un día tras otro, pero desde hace una semana mi cabeza solo tiene una imagen que no deja de proyectarse. Y no entiendo por qué lo hace.

Supongo que Sarah ya habrá vendido el hotel y se habrá marchado, o estará a punto de hacerlo.

«La familia Smith necesita el dinero», fue lo que me dijo cuando hablamos la otra tarde. Por lo poco que sé, o sabía, los Smith no tienen problemas económicos. Me sorprendió saber que el padre había fallecido. Hace tiempo que me desvinculé de ellos, en parte gracias a la «inestimable»

ayuda de la señora Smith. Qué mujer tan diferente a su madre, la abuela Margarita. Yo tenía quince años cuando ella falleció, pero fue tan buena conmigo que nunca lo he podido olvidar. Lo único que quedaba de ella en este pueblo,

además de su recuerdo en todos los que la conocimos, era su hotel rural, pero ya ni eso quedará. Estoy seguro de que Hank y su padre no dejarán ni rastro de lo que un día fue ese maravilloso lugar.

—¡Garret!

Escucho a alguien gritando mi nombre y la reconozco al instante.

«¿Qué hace aquí Shania?».

Me doy la vuelta y la veo, con su pelo dorado y lleno de ondas. Sin duda es una chica muy guapa y siempre está pendiente de mí, de agradarme en todo, pero yo me siento ruin porque no le puedo dar lo mismo que ella a mí y porque además sé que nunca podré.

—Hola, Shania, ¿qué haces en Telluride?

—Tenía que venir a traer un encargo cerca de aquí y he aprovechado para verte. Además, no me quería perder la fiesta anual de esta noche. Como no me has avisado, me he autoinvitado yo… —se queja con voz mimosa acercándose a mí.

Me da un efusivo beso en los labios. No me acordaba de la fiesta anual y lo cierto es que siempre voy un rato y me largo en cuanto puedo. Lo organizan los Anderson, y nunca puedo decirles que no. Es benéfica y acude mucha gente de los alrededores. Miro a Shania y veo que me observa desconcertada. No he reaccionado como ella esperaba y al separarse de mí me pregunta si me pasa algo.

—No, nada, es solo que no te esperaba aquí y me has sorprendido. —Sonrío, pero me doy cuenta de que no he sido convincente al ver la cara que pone.

—Si molesto… puedo irme.

—No, Shania, me alegro de verte, de verdad. Si te apetece iremos a la fiesta —le digo con una sonrisa forzada, sintiéndome un mentiroso de manual.

—No te veo muy animado cuando lo dices. ¿Es que no quieres ir?

Se acaba de poner pálida ante mi ausencia de respuesta.

No es que no me apetezca pasar la noche con una chica guapa y cariñosa como ella. No soy estúpido. ¿A quién no le gustaría algo así cuando tus expectativas para esta noche iban a ser solo pasar diez minutos en la fiesta, y marcharte después a ver la tele con tu perro echado en el sofá? Sin embargo, me gusta ser honesto con la gente y en especial con ella, y lo justo sería decirle que realmente con quien me gustaría pasar la noche es con otra persona y no a su lado, sin embargo, le digo justo lo contrario. Sé que me estoy aprovechando de ella y que me comporto como un canalla, pero esta noche me siento demasiado vulnerable, y quizás necesite borrar la imagen de la chica que vino a este pueblo hace una semana, y que aparece en mi mente todo el tiempo.

Le doy las llaves de mi casa para que me espere allí.

Luego iré a ducharme por la tarde para irnos juntos a la fiesta.

Se despide con otro beso y una sonrisa en la cara.

«¿Qué estás haciendo con ella, Garret? Ella es tu amiga y la estás utilizando…».

Cuando se ha ido, entro en el supermercado. No tengo nada en la nevera y ahora que tengo a Shania en casa es necesario que compre algo. He cogido varias cosas, sobre todo para el desayuno de mañana y comida para Mimi y Silka. Esas dos granujas, con sus más de nueve kilos cada una, comen más que yo, puede que el triple. Son tan parecidas a Becky, que a veces parece que no se hubiera marchado.

—¡Ay, perdona!

Alguien se disculpa al tropezarse conmigo tirándome al suelo la bolsa de pan y la mantequilla de cacahuetes que llevaba en las manos.

—¡Sarah!, ¿sigues aquí? Pensé que te habías ido ya.

Se me acaba de instalar una sonrisa en la cara como si me hubieran dado la mejor de las noticias. Creo que ella lo ha debido de notar.

—Pues ya ves que no. La venta del hotelito se está demorando un poco, pero espero que se resuelva pronto.

—A mí me gustaría que no se resolviera nunca, la verdad.

—Le suelto sin pensarlo mucho.

—Pero bueno, Garret, ¿otra vez con lo mismo?

—Perdona, tienes razón. No es asunto mío.

Todas las veces que nos hemos visto estos días le he dado mi opinión sobre la venta y, en especial, sobre los compradores. Y sé que no es cosa mía pero no lo he podido evitar.

—No importa. Te entiendo. Me dijiste que le tenías mucho aprecio a mi abuela.

«Espera un momento, ¿ha dicho su abuela?».

—¿Tu abuela? —le digo extrañado.

Empieza a reírse de manera nerviosa. La miro callado hasta que deja de hacerlo. La observo y, además, sus mejillas se han vuelto de un color rubí intenso.

—¿He dicho mi abuela? ¡No! —Vuelve a reírse de forma nerviosa—. Me refería a la abuela de la familia Smith. ¡Qué tonta soy!

Me quedo pensativo. Me sorprende que se haya puesto tan nerviosa. Ha dicho mi abuela. Margarita tenía dos nietas, Victoria y Alexia, y es cierto que la última vez que las vi, ellas tenían doce y dieciséis años, pero ahora que lo pienso… esos ojos color miel, ese pelo tan oscuro y la piel

tan blanca y aterciopelada… No, no puede ser. Ella tenía el pelo rizado. Solía

enredar mis dedos en las ondas de su cabello y ella me decía que le hacía cosquillas. Sarah lo tiene liso. Y además su boca no tenía esa forma de corazón…

—No importa. ¿Ibas a la caja?

—Sí —me dice todavía nerviosa y sin mirarme a la cara.

—Pues vamos, yo también he terminado.

Nos despedimos los dos y yo me voy pensativo a la consulta. Mi mente me está jugando una mala pasada.

Sarah no puede ser ella. Ella se fue lejos y nunca más volvió.

No. Es imposible.



CAPÍTULO 25

LA FIESTA ANUAL

Todavía no sé por qué he aceptado. Bueno, sí que lo sé.

Tengo que intentar que la venta del hotel salga adelante.

Sea como sea. Los «amigos» que se buscó papá no se andan con tonterías.

Por la conversación que tuve con el cabecilla, me quedó claro que no les había hecho demasiada gracia el aplazamiento que les pedí. Cuando llego al hotel, mi hermana me está llamando y no sé por qué, pero he empezado a temblar.

Mi instinto no me suele fallar. Y esta llamada, a esta hora, no me da buena espina.

—¿Qué pasa, Alexia?

—Nos han dejado un sobre por debajo de la puerta de mamá —contesta con voz temblorosa, poniéndome los pelos de punta.

—¿Y qué dice?

Comienza a leer:

—«No está cumpliendo su parte del trato. Se nos está acabando la paciencia. No querrá que le hagamos otra visita, señora Smith, ¿verdad?». —Lee la nota y apenas le sale la voz.

—Tranquila, hermana.

—¡Cómo me voy a tranquilizar! Si para colmo, no solo venía con esa nota, sino que incluía dentro fotos de nosotros; de mamá, mías, tuyas y hasta de Alexandra, mi hija —me dice llorando—. Se me han caído de las manos cuando las he visto.

—Alexia, no llores, por favor. Voy a hablar con Hank e intentaré que acelere los trámites de la venta. Lo solucionaré, te lo prometo. De hoy no pasa que hable con él.

—Ojalá y pronto lo consigas. Tengo miedo.

—Lo sé, pero confía en mí.

—Vale.

—¿Cómo está mamá?

—Muy asustada, Vicky, por primera vez, la veo mal. Ya van dos veces que la amenazan.

—Lo sé —contesto taciturna—. Lo sé, Alexia…

Cuando nos hemos tranquilizado, he colgado rápido con la idea de ir a buscar a la única persona que podía sacarnos de este lío, pero en ese momento ha llegado él solo, como si lo hubiese llamado con la mente y me ha invitado a una fiesta que hacen todos los años en el pueblo. Con ella recaudan dinero con fines benéficos y he aceptado sin pensármelo. Bueno, en realidad mi instinto me decía que tenía que hacer algo y además rápido para solucionar el problema, y la invitación me ha parecido una manera de acercar posturas y acelerar todo lo demás. Así que ahora que sé que las amenazas son reales, creo que ha sido buena idea ir a esa fiesta e intentar que Hank y yo firmemos lo antes posible la venta.



Ahora que se ha ido, me pregunto qué pinto yo en esa fiesta. No soy de aquí y no conozco a nadie, pero ¿qué podía hacer? Tengo que vender el hotel como sea y más ahora que mi familia está amenazada por esa gente.

Hemos quedado a las siete. Vendrá a recogerme al hotel.

No sé qué ropa puedo ponerme para una fiesta de este tipo.

Cuando me robaron la maleta me dejaron sin apenas nada, aunque algo recuperó Garret junto a mi cámara de fotos.

Todavía no sé cómo lo hizo, pero ese gesto que tuvo conmigo, significó mucho para mí. Me llegó muy dentro. No me conoce de nada y se molesta en buscar a los que me robaron. Sigo preguntándome por qué lo hizo.

Son las siete. Estoy preparada, así que decido bajar. Me veo en el espejo del ascensor y reconozco que no estoy nada mal. Me he puesto uno de mis vestidos negros. Es ajustado y llevo un abrigo a juego. El pelo me lo he dejado suelto y esta vez no me lo he planchado porque ¡sorpresa!, se me ha estropeado la plancha por una subida de tensión en el hotel.

Salgo a la puerta y a lo lejos veo llegar el coche de Hank.

—¡Vaya, qué belleza! —Se baja del coche dirigiéndose a la puerta del copiloto para abrírmela como todo un caballero.

—Gracias. No sabía qué ponerme para este tipo de fiesta

—contesto sonrojada.

—Estás perfecta, Victoria.

—Pues gracias, otra vez.

Me subo en el deportivo negro y arrancamos hacia la fiesta.

—No sé si pego mucho en el sitio al que vamos —le confieso cuando salimos de la calle.

—Pensé que te gustaría pasar un buen rato. Por culpa del papeleo no hemos podido cerrar el asunto de la venta —

resopla—. Lo menos que podía hacer por ti es buscarte un poco de diversión en este aburrido pueblo. Aunque no esperes gran cosa. —Se ríe a carcajadas.

—¿No te gusta vivir aquí? —pregunto sorprendida por sus palabras.

—¿Vivir aquí? —Vuelve a reírse—. Yo no vivo en este pueblo. No podría. —Me mira un segundo y después vuelve a fijar la vista en la carretera—. Necesito el mundo de la ciudad. La vida de la noche y la gente deambulando por las calles a cualquier hora. Sabes a lo que me refiero. Es lo mismo que te pasa a ti, me imagino.

«Lo mismo que me pasa a mí…», repito sus palabras en mi cabeza.

—Sí, claro.

Me quedo pensando en todo lo que ha dicho y me veo reflejada en esas mismas expresiones. Solo que las dice la Vicky que llegó hace apenas una semana aquí.

Seguimos hablando de cosas banales, que ni siquiera escucho, y a los quince minutos llegamos a la granja de los Anderson. Es enorme. Entramos los dos y todo el mundo se nos queda mirando y no de manera demasiado amigable.

Supongo que se preguntan qué hago aquí. Cuando me giro me encuentro con el señor y la señora Murray. Ella me da un abrazo que me deja sin respiración, pero ambos me parecen dos personas tan amables que me siento bien.

—Señorita, ¡qué alegría verla por aquí!

—¿Conoces a los Murray? —me pregunta extrañado mi acompañante.

—¡Oh, sí! La señorita Sarah fue muy buena el otro día ayudando a nuestra Valentina.

Hank se sorprende al oírlos llamarme así. Esta mañana metí la pata con Garret diciéndole que Margarita era mi abuela y ahora esto. Creo que ya es hora de que todos sepan que soy la nieta de los Davis.

—Es su vaca —explico a Hank que tiene cara de no entender nada—. Estuve hablándole y la tranquilicé en el parto, solo eso. Todo el mérito fue de Garret.

—Así que… de Garret, ¡cómo no!

—No se quite mérito, señorita —me dice la señora Murray cogiéndome del brazo—. Tomemos un ponche.

—¿Ponche?

—Sí, querida, está delicioso.

—No sabía que todavía se tomaba ese tipo de bebidas. —

Ella sonríe y me lleva a la mesa donde están las copas.

Dejamos a Hank con el señor Murray en la entrada. —¿Y

cómo sigue Valentina y su bebé?

—El ternero y ella están muy bien, en parte gracias a usted, señorita.

—El ternero, claro. Qué bruta soy.

—¿Por qué eres bruta?

Una voz grave, que reconozco al momento, me sorprende por detrás.

—Hola, Garret.

—Hola, Sarah, no te esperaba aquí. —Me da un beso en la mejilla y noto como se me calienta la piel justo donde él ha posado los labios.

—Sí, me invitaron a última hora. —Señalo con la mirada a Hank que nos saluda desde la puerta.

—Hank, claro. ¡Siempre él!

—Sí, ahí lo hemos dejado con mi marido para que lo entretenga un rato —dice la señora Murray con una sonrisa

burlona.

Está claro que Hank y Garret no son demasiado amigos.

Ninguno de los dos le agrada la presencia del otro, pero esta fiesta es benéfica y supongo que al menos habrá un mínimo de cortesía entre ellos.

—¡Susan!

Una mujer saluda desde el otro lado de la pista a la señora Murray que sale a su encuentro.

—Perdonad, voy a saludar a Lucy.

Los dos la vemos dirigirse a su amiga. Garret me mira y lo hace de una manera tan profunda que consigue que me ruborice.

—Estás muy guapa, Sarah. Te queda bien el pelo así.

—Gracias, en realidad —me peino con los dedos mi melena rebelde—, este es mi pelo, aunque siempre me lo plancho desde que era una adolescente.

—Pues deberías dejártelo siempre así. Estás increíble.

No deja de mirarme y está consiguiendo ponerme muy nerviosa. Algo me pasa cada vez que está a mi lado y no lo entiendo. Él no me gusta ni es mi tipo. Para

nada. Más bien lo sería Hank. Sin embargo, cuando Garret me examina así, como si quisiera atravesarme con los ojos, me empiezan a sudar las manos y el corazón me palpita de la misma manera que cuando era una adolescente.

—Garret, yo…

—¡Por fin te encuentro! —Una voz femenina me interrumpe. Estaba a punto de contarle la verdad sobre mi identidad, pero ella lo ha impedido. Es una chica rubia de pelo largo con ondas que le cuelgan a uno de los hombros.

Es muy atractiva y en este preciso momento, ignoro por qué me molesta tanto que sea tan guapa.

Se acerca a él y sin mirarme a la cara, le estampa un beso en la boca. Pero no un simple pico, no, lo que ella le da es un morreo en toda regla. Supongo que será su novia.

Yo buscando los motivos por los que mi cuerpo y mi cabeza reaccionan de esa manera cuando estoy a su lado, mientras él viene a la fiesta del brazo de su novia.

«Definitivamente, eres tonta, Vicky. Muy tonta».

Gavriel



CAPÍTULO 26

NO PUEDE SER VERDAD

—Soy Shania, encantada —le dice a Sarah acercándose a ella y dándole un beso en la cara.

—Igualmente, soy Sarah.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No. Vivo en Chicago. Solo he venido a Telluride por un tema de negocios, pero me voy en unos días.

—Pues qué bien. Espero que lo soluciones pronto.

—Sí, yo también lo espero.

Shania me vuelve a besar a pesar de que ha visto mi incomodidad.

Es cierto que Sarah y yo no somos nada. Apenas hace unos días que nos conocemos y solo nos hemos besado en una ocasión, pero no me ha gustado que Shania haya actuado así en su presencia, y tampoco me gusta que piense que tenemos algo. Entre otras cosas porque siempre lo hemos tenido claro los dos. O eso pensaba hasta esta noche. Lo hemos hablado muchas veces y ella siempre ha

estado de acuerdo. Solo nos divertimos y lo pasamos bien, sin profundizar en nada más.

Shania me está agarrando por la cintura y cada vez lo hace con más fuerza. Me separo de ella y me mira contrariada. Sarah observa la escena.

—Bueno, yo ya me voy. He venido con Hank —gira la cabeza en dirección a la puerta—, y desde que llegamos lo he abandonado —bromea de manera forzada —, así que…

en fin… debo irme.

Se marcha, pero antes me mira y me doy cuenta de que está muy seria. Supongo que pensará que Shania es mi novia. Y no la culpo porque esta noche se ha comportado como si lo fuera.

Todo esto es absurdo. Ni yo tengo novia ni ella es nada mío. Entonces, ¿por qué me molesta tanto que haya venido a la fiesta con el capullo de Hank?

—¿Por qué me has besado así?

—¿La verdad? —Asiento—. Te he visto con ella y la estabas mirando de una forma que he sentido celos.

—Shania, ella es solo una amiga. Apenas la conozco, pero tú y yo…

—Sí, lo sé. No somos nada —me interrumpe—. No hace falta que me lo digas todo el tiempo.

—Sí que somos algo; amigos. Eres una buena amiga para mí.

—Ya, lo que pasa es que yo quiero ser algo más que tu amiga, Garret.

Sus palabras me dejan frío. Siempre nos hemos sentido afortunados por tener esta relación sin ningún tipo de compromiso. Solo disfrutando de los buenos momentos.

—Shania, sabes que yo te aprecio mucho y eres una persona importante para mí, pero no puedo tener ninguna

relación con nadie. El problema no eres tú, sino yo.

—Lo sé. Perdóname.

Me quedo callado. Me siento ruin con ella. Y no me gusta que me pida perdón por algo que no es culpa suya. Quizás la he confundido todo este tiempo.

—Creo que me he comportado como un egoísta. Solo he pensado en mi satisfacción personal sin darme cuenta de que tal vez estuviera haciéndote daño a ti.

Desde muy pequeño mi padre me repetía que era como él, y cuando a un niño le repiten muchas veces, cada día, que es de una determinada manera, acaba creyéndose todo lo que le dicen, y, aunque siempre luché por no ser como él, la verdad es que tengo sus mismos genes y si lo pienso, puede que sea cierto que somos muy parecidos. Por eso nunca me he planteado tener nada con ninguna mujer.

Jamás seré como él. Jamás.

Mientras pienso en mi infancia, apenas estoy atento a la conversación con Shania porque mis ojos solo están en una dirección y es donde está ella. Sarah. Y por más que lo he querido negar estos días, me gusta. Mucho, en realidad. Y

odio sentir esto por alguien a quien apenas conozco, pero es absurdo engañarme así.

—Garret, me duele mucho la cabeza.

—Lo siento. Si quieres podemos marcharnos.

No dice nada, así que me acerco a los Anderson que están hablando con un grupo de vecinos para despedirme.

No me apetece lo más mínimo seguir en esta fiesta viendo a Sarah con el estúpido de Hank.

—Pero Garret, no puedes irte ahora. —El señor Anderson me da una palmada en la espalda y sonríe—. Tenemos algo que anunciar y debes estar aquí. Es en tu honor.

—Quédate, creo que esta noche la pasaré con mi amiga Polly.

—Creí que te quedabas en mi casa —le susurro al oído cuando se han ido mis vecinos.

—Tranquilo. Hace tiempo que no estoy con ella y me apetece. Además, necesito pensar en lo que ha pasado esta noche.

—No ha pasado nada, Shania. Hemos venido a divertirnos como hacemos siempre.

—Ya, pero esta noche me he dado cuenta de que no quiero seguir así contigo y necesito recapacitar sobre lo que ha pasado. —Me da un beso en la cara manteniendo unos segundos su mejilla pegada a la mía—. Mañana hablamos.

Y sin más se va. Me ha devuelto las llaves de la cabaña.

Por más que he insistido en acompañarla a casa de su amiga, ella no ha querido y se ha ido con Carl y su mujer.

Mientras observo cómo se marcha Shania, el sonido del micrófono silencia la música y el murmullo que había en el salón hace unos segundos. Todos dirigimos la mirada al señor Anderson.

—Uno, uno, ¿se oye? —El público presente asiente sonriendo—. Queridos vecinos, lo primero, gracias por asistir un año más a la fiesta anual de Telluride,

que como todos sabéis, fue instaurada por una de nuestras vecinas más queridas, que desafortunadamente ya no nos acompaña. —

Se queda en silencio y después continúa hablando—.

Margarita, donde estés te mandamos todo nuestro cariño.

Sabes que todo el pueblo te quiere.

Mira hacia el techo de la sala y todos guardan silencio. La abuela Margarita fue una mujer muy buena y ayudó a mucha gente del pueblo. Una de esas personas fui yo.

El señor Anderson sigue hablando después de los aplausos.

—Al igual que Margarita Cobos, me gustaría agradecer a otro de nuestros vecinos que siempre está para ayudarnos.

—Clava sus ojos en mí y todos los asistentes hacen lo mismo—. Y no es otro que Garret, nuestro veterinario.

Me sorprendo ante tal anuncio. No me habían dicho nada y tras las señales para que suba al escenario, me dispongo a hacerlo.

—Gracias.

—Gracias a ti, Garret —vuelve a decirme cuando estoy junto a él—. Por cuidar a nuestros animales siempre, a cualquier hora, de hecho, aunque sea de madrugada. —

Todos se ríen.

—No hay nada que agradecer. Es mi trabajo.

—Es algo más que tu trabajo. —Me da una palmada en la espalda—. Pero esta noche el motivo de que estés aquí subido es porque hemos decidido nombrarte hijo predilecto de Telluride.

—¿Hijo predilecto yo?

—Sí, eso he dicho. Gracias a todo lo que hiciste por el pueblo, no van a construir

esa ciudad de cristal que pretendían hacer en nuestras tierras.

Los aplausos vuelven a apoderarse de todo el sonido de la sala.

El alcalde sube con nosotros y me coloca la medalla alrededor del cuello.

Soy veterinario y los animales son parte de mi vida y para eso hay que preservar su entorno. Este pueblo está dentro de un enclave natural rodeado de montañas que es un paraíso. La ciudad de cristal a la que se refiere fue un proyecto que hace seis meses, Hank junto a un amigo suyo, que resultó ser el príncipe heredero de Arabia Saudí, presentaron para construir una ciudad compuesta por capas verticales donde todos los vecinos y forasteros, tendrían

acceso a instalaciones modernas, que provocaría un impacto medioambiental. Mi amigo David, que se dedica a la bioconstrucción, y yo conseguimos presentar un proyecto opuesto al de Hank, demostrando que el suyo no se adaptaba al entorno donde se encuentra nuestro pueblo, ni aprovechaba los recursos que tenemos.

Telluride es un pueblo de montaña y no se puede perder toda esa riqueza en aras al «progreso» y rentabilidad de unos pocos.

—Unas palabras para tus vecinos, Garret —me dice el alcalde ante el silencio de todos los allí presentes.

—Muchas gracias a todos por esto —carraspeo—. Ya sabéis que no soy muy dado a los baños de multitud y no me gusta que me elogien por algo que hice porque creí que era lo justo.

—¡Te lo mereces, Garret! —grita una de las vecinas desde el fondo, provocando el aplauso de los demás.

—De verdad muy agradecido por todo y contento de pertenecer a este pueblo como un vecino más. Un honor para mí ser hijo predilecto del lugar donde nací. Gracias.

Cuando me bajo, todos vienen a darme un abrazo. El único que no se acerca es Hank. Con sinceridad, no entiendo qué hace él hoy aquí después de todo lo que hizo.

La que sí se acerca a mí es Sarah.

—Enhorabuena, Garret, te felicito.

Me deja un suave beso en la cara y aprovecho para absorber el olor que siempre desprende.

—Gracias, aunque creo que no me lo merezco, pero se lo agradezco a todo el pueblo.

La veo que mira a la sala como si estuviera buscando algo o alguien.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Asiento—. ¿La chica de antes era tu novia? No la veo a tu lado, ¿se fue antes del discurso? —dice restándole importancia, pero en el fondo la noto molesta.

—Eso son dos preguntas, pero te las responderé encantado. —Ella arruga el ceño y yo continúo—. La primera, no es mi novia a pesar del… beso, y la segunda, le dolía la cabeza y se ha marchado a casa de una amiga.

—A ver, que no tienes por qué darme ninguna explicación. —Mira hacia abajo —. Pensé que lo era, la verdad, pero sin problema, ¿eh?

—Solo somos amigos, Sarah.

Nos quedamos callados los dos sin dejar de mirarnos a los ojos hasta que una voz a mi espalda rompe el momento.

Y no puede ser más inoportuno.

—¿Me concedes este baile? —Hank la coge de la mano y sin esperar a su respuesta tira de ella hacia la pista—.

Espero que no te moleste que me lleve a «mi acompañante».

Recalca que es su acompañante y ambos comienzan a bailar justo a mi lado. Ella me mira mientras Hank la rodea por la cintura, y juro que en este preciso instante me gustaría pegarle un puñetazo a ese gusano que no debería estar aquí, y menos con ella.

Me voy a la barra y me pido un zumo de arándanos. No dejo de mirar hacia ellos a pesar de que la gente me saluda y me cuenta cosas, pero apenas los escucho.

—Estás muy pensativo y veo que no dejas de mirarla —

me comenta mi amigo David acercándose a la barra—. Ha cambiado mucho desde que se fue. Ya no es la niña con trenzas de hace veinte años.

—No te entiendo, David. —Me giro hacia él—. Explícate.

—Ella —señala con la mirada a la pareja de baile—.

Victoria, la nieta de Margarita.

—¿Qué dices? Ella se llama Sarah y trabaja para los Smith.

—No sé por qué dices eso, pero la chica que baila con Hank es Victoria, la hija menor de los Smith. Creí que lo sabías, como te he visto mucho con ella por el pueblo…

—Ya, pues no tenía idea.

—¡Ah! Pues sí, me enteré de que ha venido a vender el hotel. Cuando lo supe se me cayó el alma al suelo.

No digo nada. Solo observo cómo me mira.

¿Por qué me has mentido, Victoria?

Tú y yo éramos amigos.

CAPÍTULO 27

Telluride, año 2003.

Victoria y yo estamos en el río, uno de nuestros lugares favoritos, al igual que la cima de la montaña. Hoy es un día triste porque en unas horas se marcha para Chicago y dejaremos de estar juntos cada día. La abuela Margarita murió hace seis meses y creo que con ella se fue parte de mí. Ya tengo quince años y puedo decir que soy autosuficiente, pero cuando no lo era, siendo un niño, si no hubiera sido por ella, creo que no estaría ahora aquí. Mi padre se pasa el día bebiendo y apenas lo veo. Todos estos años he subsistido gracias a los abuelos de Victoria y también gracias a ella, a mi amiga. Sigue siendo como una hermana para mí.

Siempre he creído ser su protector, para que nada le pasara, pero me he dado cuenta de que, en realidad, ella es quien me ha protegido a mí todo este tiempo.

—Edward, no quiero irme del pueblo —suspira con la cabeza apoyada en mi hombro.

—Lo sé, yo tampoco quisiera que te fueras. —La envuelvo con mis brazos y ella se acurruca dentro de ellos.

—¿Por qué no nos fugamos los dos? Tú me cuidarías, siempre lo has hecho.

—No podemos, solo tienes doce años —me mira frunciendo el ceño—. Bueno, casi trece, está bien —sonríe

—, pero yo, aunque soy mayor, no trabajo ni tengo ningún tipo de ingresos, ¿de qué viviríamos?

—Podríamos vender los huevos de las gallinas y hacer tartas, nos salen muy bien. ¿No viste lo bien que nos quedó la de zanahorias que hicimos la última vez?

—Ojalá pudiéramos, Victoria. —Le doy un beso en el pelo y la aprieto más a mí.

Los dos nos quedamos callados.

La vida es injusta. La mía lo es. Las personas que han sido para mí como mi familia han desaparecido, y la única amiga que he tenido de verdad, se irá en unas horas.

—Todo esto es una mierda.

—Prométeme que siempre seremos amigos, aunque estemos a muchas millas de distancia. —Me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Te lo prometo. —Le acaricio su pelo rizado y enredo mis dedos en los tirabuzones que siempre son suaves y huelen a fresas.

—Y también que estaremos en contacto —dice despegando

su

cara

de

mi

pecho—.

Siempre,

¡prométemelo!

—Siempre, te lo prometo.

Después de un rato en que los dos hemos estado tirando piedras al río, jugando como siempre a ver quién la lanza más lejos, nos levantamos y nos vamos. Es tarde y sus padres deben estar esperándola para marcharse.

Cuando llegamos cerca de la casa, nos paramos. Los dos sabemos que no es buena idea que yo me acerque allí. A la señora Enriqueta no le caigo especialmente bien. Le ha dicho a Victoria que soy una mala influencia para ella, aunque nosotros hemos seguido viéndonos todos los días a escondidas.

—Adiós, Victoria. Toma. —Le doy un papel—. Esta es mi dirección. Cuando sepas la tuya me mandas una carta y yo te escribiré allí, ¿vale?

—Vale, Edward. Estaremos en contacto. Te escribiré todas las semanas. Eres mi mejor amigo.

—Tú también, Victoria. Nunca lo olvides.

—No lo haré. —Se acerca a mí y me da un beso en los labios. Después sale corriendo cruzando la calle.

Me despido de ella mientras veo cómo me mira desde lejos limpiándose las lágrimas de la cara.

—No llores, Victoria. Me duele verte llorar —digo para mí mismo sabiendo que ella ya no me escucha.

Me doy la vuelta y me acuerdo del beso. Acaricio mis labios sintiendo en ellos el

contacto de los suyos.

Me voy a casa donde la vida no es tan dulce, más bien es todo lo contrario. Es amarga.

Solo cuando estoy con Victoria noto ese dulzor...



CAPÍTULO 28

¿POR QUÉ NO ME LO

DIJISTE?

Observo cómo está Hank y doy gracias de que solo sea mi pareja durante esta noche. Este hombre se ha bebido todo lo que había en la fiesta. Estoy intentando escaquearme de él porque insiste en llevarme al hotel. Evidentemente, no se lo voy a permitir. De ninguna manera. Aprecio mucho mi vida y quiero volver ilesa

a Chicago.

—Venga, Victoria, que tampoco estoy tan perjudicado —

me dice con las palabras amontonándose unas sobre otras.

—Ya, ya, si yo te veo muy bien, pero prefiero irme por mi cuenta. No te lo tomes a mal.

—¿Es que no te fías de mí? —Se acerca demasiado cogiéndome del brazo y ejerciendo una presión que empieza a incomodarme—. Creí que nos llevábamos bien.

No entiendo su actitud. Lo conozco de dos días y si he venido con él a esta fiesta es por el negocio que tenemos entre manos, y que por desgracia se está retrasando más

de la cuenta. De hecho, me dijo hace un rato, que había que arreglar unos permisos para la reforma del hotel antes de poder venderse. Al parecer su padre le exige que estén todos esos permisos conformes para que la venta se lleve a cabo. Cuando me lo ha dicho esta noche solo pensaba en mi familia y en las amenazas de esos tipos. Tendré que volver a pedirles una prórroga y no estoy segura de que acepten. Lo cierto es que estoy muerta de miedo. Ni mi familia ni yo nos hemos visto nunca envueltos en estos negocios tan sucios.

Todavía cuando pienso en mi padre con esos hombres, se me encoge el corazón. ¿Cómo fue capaz de hacer algo así?

Y, sobre todo, ¿cómo nos dejó con semejante problema a todos nosotros?

—De verdad, Hank, no te preocupes, me voy yo sola —

vuelvo a decirle mirando mi brazo que sigue apretando con fuerza.

—Creo que Victoria te lo ha dejado claro, Hank.

Esto último lo dice una voz ronca que conozco a la perfección. Me giro hacia él y lo veo mirándome primero a mí con un gesto cariñoso, y luego desplazando sus ojos al que me tiene el brazo sujetado con fuerza, con una frialdad mayor que la que hay en la calle a estas horas. Pero lo que más me sorprende es que me ha

llamado por mi nombre.

¿Lo sabe? Supongo que alguien se lo habrá dicho. A excepción de él y alguno más del pueblo, el resto sabe que soy la nieta de Margarita y también lo que he venido a hacer aquí. Supongo que de ahí las malas caras cuando he aparecido en la fiesta. Aunque, a decir verdad, mi acompañante tampoco goza de muy buena fama por estas tierras, después de saber lo que intentó hacer con ellas.

—Creo que la señorita Smith es mayorcita para saber lo que quiere, Garret. No te metas en lo que no te importa, como siempre —repite Hank, sin cesar en su agarre, a la vez que suelta una sonora carcajada.

Entonces en unos segundos todo pasa muy deprisa. El veterinario de ojos azules le pega un empujón a Hank. Tenía el brazo tan presionado que creo que mañana tendré un morado. Me suelta y casi cae al suelo. Todos miran la escena y juraría que alguno ha sonreído. Acto seguido, Garret me coge de la mano dirección a la puerta.

—Vamos, te llevo al hotel.

No le digo nada. Solo obedezco. En el fondo se lo agradezco porque la noche se estaba volviendo demasiado tensa al lado de Hank.

Cuando salimos hacia su camioneta a paso rápido, lo voy mirando de reojo. Él está serio y casi no me mira. Empiezan a caer gotas de agua y apresuramos el paso para no mojarnos.

—¿Dónde has aparcado? —le digo corriendo a su lado, mientras observo nuestras manos que siguen unidas.

—Lo siento, no había ningún aparcamiento cerca. —

Sonríe por primera vez desde que hemos salido y me parece lo mejor que he visto en toda la noche.

¿Qué será lo que tiene este chico que me hace sentir como en casa?

La lluvia se hace más intensa y comenzamos a correr. De pronto los dos nos miramos y nos reímos. Tanto que llega un momento en que no nos importa que cada vez estemos más empapados. Seguimos riendo hasta que yo paro en medio

de la calle.

—¿Por qué paras? —exclama sin dejar de reír.

—Porque ya estamos empapados. No sirve de nada seguir corriendo.

—Tienes razón.

Me sonríe de nuevo y vuelvo a mirar nuestras manos.

Siguen unidas. Él hace lo mismo, pero no la retira y

descubro que eso me gusta.

Y sin más, continuamos caminando hasta la camioneta que ya veo al final de la calle.

Cuando llegamos nos montamos y ambos intentamos recuperar el aliento de tanto que hemos corrido hace un minuto. Se gira hacia mí y yo hago lo mismo. Nos quedamos mirándonos y entonces él se acerca a mí y extiende su mano sobre mi mejilla acariciándola con suavidad. Retira las gotas de lluvia de mi cara y me echa el pelo hacia atrás. Yo cierro los ojos sintiéndome en el cielo con tan solo esa simple caricia. No sé los segundos que pasan hasta que abro los ojos, pero cuando lo hago, la cara de Garret está demasiado cerca de la mía. Su aliento me roza la piel cuando me da un suave beso en la cara y después se retira a un milímetro de mis ojos. Nos miramos intensamente y siento el impulso de besarlo. Algo me pide hacerlo en este momento. Algo que no sé explicar. Algo que me conecta a él. Y es algo que todavía no entiendo.

Nos besamos.

Suavemente junta sus labios a los míos. Cierro los ojos.

Ahora mismo estoy flotando dentro de esta camioneta, como un astronauta en el interior de su nave espacial, por falta de gravedad o tal vez como dicen, por sentirme en caída libre. La sensación es esa. Sus labios rodean los míos y acceden a su interior sintiendo el calor de su lengua buscando la mía. Enredándose en un slow dancing. Su sabor es dulce. Creo que es lo más dulce que he probado en mi vida. Y es la segunda vez que me pasa. La primera también fue con él. Mientras nos besamos, acaricio su barba espesa que me hace

cosquillas en la barbilla, aumentando esta sensación de placer con tan solo un beso. Seguimos besándonos sin descanso, como si quisiéramos darnos los besos que no nos hemos dado desde hace una eternidad, y

entonces me acuerdo de que sabe mi nombre y me separo de él.

Me cuesta abrir los ojos después de haber estado danzando en un sueño del que no quería despertar, pero al final lo consigo. Él hace lo mismo y después sonríe.

—Me has llamado por mi nombre. —Bajo la mirada avergonzada—. Garret, yo…

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

—Te lo he intentado decir en muchas ocasiones, pero después pensaba que los Smith no te caíamos demasiado bien y… preferí seguir siendo Sarah para ti. Lo siento.

—Cuando te veía y escuchaba las cosas que me contabas de tu infancia, creía que te conocía, pero hace veinte años que no te veo y la verdad es que has cambiado mucho. —

Sonríe.

—Sí, me fui con tan solo doce años de aquí. Mucha gente no me reconoce…

—La última vez que te vi eras una niña y ahora eres toda una mujer. Estás muy guapa, Victoria. —Baja el tono de voz y vuelve a acariciar mi cara. Yo cierro los ojos otra vez—.

¿No sabes quién soy?

—Apenas recuerdo a nadie de Telluride.

—¿Ni siquiera a mí?

Arrugo la frente y lo miro con detenimiento. Esos ojos azules, entre tiernos y traviesos, y esa sonrisa perfecta… Sí, podría ser, pero no creo que …

—Me recuerdas a alguien, pero…

—Nos encantaba subir a lo alto de la montaña y pasar la tarde junto al río. —Sonríe con ternura—. Hacíamos apuestas para ver quién tiraba más lejos la piedra y yo siempre aflojaba para que ganaras tú. Me gustaba verte feliz sabiendo que yo había perdido para ti.

—Pero, no puede ser, espera, mi amigo no se llamaba Garret.

—Lo sé. Tu amigo era Edward. —Se me escapa una lágrima—. Garret era el nombre que mi madre quiso ponerme y no pudo, y decidí cambiarlo hace unos años. Es una larga historia…

Entonces, sin dejar que acabe de hablar, me lanzo a su lado y lo abrazo con fuerza. Lo he echado tanto de menos todos estos años. Tantos días esperando a que llegara su carta. Tantas lágrimas que derramé en mi habitación. Creí que nunca volvería a verlo. Y ahora lo tengo delante de mí.

Es tan guapo como lo recordaba con quince años.

Acaricio su barba.

—Te ha crecido bastante. —Los dos nos reímos—.

Recuerdo que no te salía ninguna y te quejabas de que los demás niños ya la tenían.

—Sí, solo era cuestión de tiempo. Tú, en cambio, sigues conservando esos ojos rasgados que me parecían… los más bonitos. Sigues teniendo cara de niña traviesa como antes.

—Bueno, han pasado veinte años. Tengo treinta y dos y he cambiado mucho… La vida en Chicago es muy distinta a la que tenéis aquí.

—Ya me di cuenta el día que te conocí —dice en tono burlón.

—¡Oye! ¿Qué insinúas?

—Nada, es solo que el día que te vi en aquel bar de carretera, no habría sabido que eras tú. —Le pongo cara de enfadada—. No te ofendas, pero parecías una muñeca de porcelana a punto de romperse.

—¿Y ya no te lo parezco? —digo mimosa.

—Cada día que pasas aquí te veo menos frágil y ahora que sé quién eres, aún más.



Seguimos hablando y no dejamos de mirarnos. Me parece increíble que lo tenga delante de mí. Cuando me fui a Chicago, tal y como habíamos hablado, le mandé mi dirección con mi primera carta y estuvimos en contacto durante un par de años. Pero un día dejó de hacerlo y nunca más supe de él hasta hoy. Estoy tan feliz que mientras me lleva al hotel no dejo de mirarlo y sonreír. Como una tonta.

Es él. Lo que sentía tenía un porqué y no era otra cosa que haberlo encontrado. A él. A mi amigo del alma.

Hace un rato que lo veo mirar por el espejo retrovisor y está tenso, aunque intenta disimular como cuando éramos pequeños y siempre ocultaba que estaba triste para que yo no me diera cuenta.

—¿Qué ocurre, Garret? —Le acaricio la rodilla.

—Nada. —Me coge la mano y la sube para darme un beso en los dedos.

—Ya no soy una niña…

—Lo sé, perdona. Es que estoy observando desde hace un rato y creo que hay un coche que nos está siguiendo.

Conozco a todos los del pueblo y este no es de por aquí.

Miro hacia atrás, presa del pánico. En cuanto ha dicho que había un coche, he pensado en los que nos están chantajeando...

—¡Dios mío, son ellos!

—¿Quiénes, Victoria?

—Los que nos tienen amenazados…

Gavriel



CAPÍTULO 29

YO TE PROTEGERÉ

Victoria se acaba de poner pálida, por lo que no insisto con lo del coche. Sigo mirando por el espejo retrovisor y creo que ya no nos sigue nadie. Supongo que han sido imaginaciones mías, pero ¿por qué me ha dicho que la tienen amenazada? Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Sigue siendo ella, la misma chica a la que prometí proteger desde que éramos

unos niños, y verla así no me gusta.

Nada.

—Creo que era una falsa alarma, perdóname. No hay nadie detrás.

—¿Estás seguro? —La voz y el cuerpo le tiemblan.

—Seguro, Victoria. —Le cojo su mano trémula y me la llevo a los labios para besarla—. ¿Crees que estarás tranquila esta noche?

—Sí, cerraré todo a cal y canto y nadie podrá entrar.

—Victoria, no me gusta verte así, ¿qué está pasando?

—Ya te lo he dicho, nos tienen amenazados a mi familia y a mí. —Suspira—. Edward… crees que… ¿podría dormir esta noche en tu casa? Estoy asustada.

«Ella y yo en mi casa». La idea hace que la temperatura de mi cuerpo suba de forma repentina, y me siento mal por estar pensando cosas así cuando ella está aterrorizada. La deseo tanto que solo de pensar que estará bajo el mismo techo que yo, me pone muy nervioso. Demasiado. Pero tengo que ayudarla.

—Por supuesto que puedes. Sabes que nunca te voy a negar nada y menos cuando estás tan asustada. —Vuelvo la cara hacia ella y le sonrío un segundo para dirigirme otra vez a la carretera.

—Gracias, Edward.

—No tienes por qué dármelas. Cuando lleguemos, ¿me contarás qué está ocurriendo?

No me responde. No hay rastro del coche que nos seguía.

He dado un rodeo y me voy directo a casa ahora que sé que no hay nadie. Allí espero que se relaje y deje de pensar en lo que sea que la tiene así.

«¿En qué asuntos turbios estás metida, Victoria?», me pregunto durante todo el camino de vuelta.

Por fin llegamos a mi casa y sigo sin ver a nadie sospechoso por los alrededores.

Vivo en una cabaña en mitad del bosque y aunque está cerca del pueblo, para llegar hasta aquí, hay que venir en coche y no es fácil su acceso porque está en lo alto de la montaña.

—Entra, hace frío. —Abro la puerta dándole paso.

—¿Estás seguro de que nadie nos seguía? —dice asustada mirando por la ventana en cuanto he cerrado la puerta—. ¡Ay, qué susto, hola!

Mimi y Silka han salido de la cocina en cuanto han oído la puerta y han ido a por ella para darle un beso en forma de

lametazo. Victoria las acaricia hasta que al final me mira con los ojos abiertos. Estoy seguro de que está pensando en Becky.

—Murió hace unos años. Pensé que no te acordabas de ella. —Me acerco a las dos y las acaricio también—. Creo que les gustas. Los animales tienen esa capacidad para saber que una persona es de fiar.

—¿Cómo podría olvidarme de estos ojos? ¿Son las hijas de Becky? —Asiento y las perras ladran moviéndose con energía y lamiendo la cara de Victoria que se ha acercado a besarlas en el morro.

—Sí, Becky era su madre. Bueno, ya sabes que mi padre no quiso que me la trajese cuando la rescatamos de la basura, ¿te acuerdas? —Ella asiente—. Decía que bastante tenía con cuidarme a mí. —Niego con la cabeza—. ¡Como si lo hubiera hecho alguna vez!

—Lo siento. —Me acaricia la mano que tengo encima de Mimi.

—No lo sientas. En cuanto pude me la traje a casa, a mi casa, no a la suya —recalco—. Los señores Louis cuidaron de Becky en el hotel hasta que pude traerla. Hemos estado juntos doce años hasta que se fue, pero me dejó a estas dos granujas que me recuerdan mucho a ella.

Mis amigas de cuatro patas se quedan recostadas encima suya y yo sonrío al verlas a las tres.

—Creo que les he gustado.

—Es difícil que no le gustes a alguien. —Acaricio su cara que es tan suave como el terciopelo—. Además, Becky te quería tanto como a mí. Me parece increíble que seas tú.

Todavía no me lo creo.

—A mí me pasa lo mismo. Te he echado de menos, Edward… o Garret.

—Mejor Garret —le aclaro.

—¿Por qué te cambiaste el nombre?

—Pues… porque Edward lo eligió mi padre y a mi madre le hubiera gustado llamarme como a mi abuelo Garret, pero no lo hizo por no disgustarlo y porque él tampoco la dejó que lo hiciera.

—¿Tu padre? —asiento—. Vaya.

De pronto me acuerdo de la cara de miedo que tenía hace un rato en el coche.

—Victoria, ¿por qué me has dicho que os tienen amenazados? ¿Quiénes son?

—Resulta que mi padre jugaba al póker y lo fue empeñando todo llegando a tener deudas multimillonarias.

Pero nosotros no lo supimos hasta que él falleció.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, fue el regalo que nos hizo antes de morir

—ironiza.

Me cuenta toda la historia y me quedo sin palabras.

Jamás hubiera sospechado algo así del señor Smith.

Siempre fue un hombre justo, o al menos eso es lo que recuerdo de él. Me explica que tiene que pagarles dos millones de dólares, que ya lo han vendido todo y que solo les queda el hotel de la abuela Margarita.

—Victoria, ten cuidado con Hank. Es un tipo sin escrúpulos.

—Garret, tienen amenazada a mi familia. ¡¿Es que no lo entiendes?!

Empieza a llorar y a mí me parte el alma. La abrazo fuerte contra mi pecho.

—¡Eh! —Le tomo la barbilla y la obligo a que me mire—.

Todo va a salir bien, te lo prometo. No dejaré que te pase nada. Yo te protegeré. —La beso en los labios rozándola suavemente. Después vuelve a descansar sobre mi pecho.

—Gracias. —Me mira con dulzura y luego se ríe—.

Perdona que te esté empapando la ropa.

—No me importa, además ya estoy acostumbrado.

Siempre lo hacías.

—Sí, es verdad —se limpia la cara ayudándose de mi camisa—, y tú siempre me dejabas que lo hiciera.

En este momento, junto a ella, en mi casa, arropándola con mi abrazo, me siento como si hubiera retrocedido en el tiempo y fuéramos esos dos niños que se consolaban el uno al otro. Yo por la rabia que sentía, por lo que pasaba en mi casa y por la inexistencia de un padre que, aunque seguía vivo, no ejercía como tal y para el que era una carga.

Victoria, en cambio, vivía en una familia ideal y no tenía motivos para ser desgraciada, pero a veces el carácter de su madre incidía en ella y le impedía ser plenamente feliz siendo ella misma y no como tenía que ser para el resto de la gente.

Escucho que su respiración está más acompasada y que se ha relajado un poco. Acaricio su pelo y cierro los ojos percibiendo su olor. Un olor que ahora sé por qué me era tan familiar.

—Puedo intentar buscar ayuda, en mi adolescencia tuve algunas amistades, no muy recomendables.

—¿Fuiste un chico malo? —Separa la cara de mi pecho y me mira con una sonrisilla burlona.

—Algo así. —Sonreímos—. Cuando te fuiste y ya no estaba la abuela, no fue fácil para mí. Vosotros erais mi familia y ya no estabais, así que me encontré perdido… y me perdí.

—Oh, Garret, cuánto lo siento, de verdad.

—Me perdí tanto que llegué demasiado lejos —sonrío con tristeza—, e hice amistades en Colorado. No muy buenas la verdad, pero a nadie le importaba, así que me fue más fácil

adentrarme en la oscuridad. No había ninguna mano que me sacara del túnel oscuro en el que me había metido.

Victoria me abraza más fuerte. Es la persona, junto a mi madre y la abuela, a la que más he querido nunca. Siempre estábamos juntos, pero ahora se me hace extraño tenerla entre mis brazos, porque ya no es la misma niña que se acurrucaba en mi pecho junto al río. Ni tampoco es la misma a la que me gustaba adornar su pelo con margaritas. No, ahora es una mujer por la que siento demasiada atracción y ya no la veo precisamente como a una hermana. En este instante, a su lado, lo que siento es un fuego que no sé si podré controlar.

—¿Sabes que siempre estuve enamorada de ti? —dice sacándome de mis pensamientos nada inocentes.

—Solo eras una niña —respondo intentando que mi cuerpo deje de reaccionar como lo está haciendo en este momento.

—Lo sé, pero tú eras mayor que yo, y siempre me protegías de todo. Era una mimada por tu culpa —se queja con una sonrisa.

—Eras mi mimada.

Acaricio su barbilla y ella cierra los ojos. Luego los abre y vuelve a mirarme. Me quedo observando cómo me voy perdiendo en la dulce miel de su iris.

—Garret, ¿cómo tengo las pupilas ahora? —La miro extrañado ante la pregunta.

—Dilatadas.

—¿Te acuerdas lo que decíamos cuando éramos pequeños?

—Sí, pero dímelo tú.

—Decíamos que si teníamos las pupilas más grandes era porque lo que veíamos nos gustaba, ¿te acuerdas?

—Sí. ¿Las mías cómo están?

Recuerdo aquel día como si fuera ahora mismo. Los dos tumbados en el prado, ella cubierta de hierba mojada y flores. Llevaba un vestido amarillo con un lazo blanco en la cintura. Tenía el pelo suelto y yo le ponía una flor detrás de la oreja. Estaba tan bonita con la cara pálida y los labios siempre rojos que me hubiera quedado allí para siempre.

—Iguales, grandes.

Es lo último que decimos antes de que nuestras bocas vuelvan a juntarse. No me canso de besarla, es demasiado intenso lo que estoy sintiendo y sus labios son demasiado adictivos.

—Victoria, no sé si podré parar si seguimos besándonos

—musito con su frente pegada a la mía.

—¿Y si no quiero que pares?

Su voz susurrándome mientras me besa el cuello es lo más sensual que he escuchado en mi vida. La piel se va erizando conforme ella va posando sus labios en cada centímetro de mi cuerpo que cada vez arde más.

Nos levantamos del suelo y dejamos a Mimi y Silka tumbadas junto a la chimenea. La tomo en brazos y la llevo a mi habitación. No dejamos de besarnos. Ella me rodea con las piernas la cintura y yo sujeto su piel prieta. La bajo y noto como sus manos comienzan a quitarme la camisa que llevo puesta. Sin dejar de mirarnos. Nuestros ojos hambrientos solo reflejan la llama que nos enciende a los dos en este instante. Levanto los brazos ayudándole a sacar la camisa que todavía tiene algún botón sin desabrochar, quedándome solo con el

pantalón. Se agacha y me besa el pecho enredando su lengua y haciendo círculos alrededor.

Yo le bajo la cremallera del vestido que lleva puesto, y que he deseado hacer toda la noche desde que la vi. Se da la

vuelta para que acceda a su cuello y se coloca el pelo a un lado.

—Victoria, eres preciosa —le susurro al oído abrazándola por detrás y besándole la clavícula mientras deslizo la tela negra de su vestido que cae al suelo y cubre sus pies.

Ella se da la vuelta dejando a mi vista tan solo el conjunto de ropa interior que me está poniendo el corazón a mil por hora. Nos besamos juntando nuestros cuerpos, sintiendo como mi entrepierna pugna por salir de mi pantalón. Estoy tan excitado que si vuelve a rozarme creo que acabaré antes siquiera de empezar.

Le quito el sujetador de encaje negro y ella me desabrocha el pantalón acariciando con sus dedos el borde de mi bóxer. Yo cierro los ojos ante su contacto y ella introduce su mano dentro de la tela para empujarlos hacia abajo. La alzo y la tumbo en mi cama. Me coloco encima de ella con los brazos flexionados para no cargar mi peso sobre su cuerpo.

«Dios, todavía no me creo que esta mujer tan preciosa sea ella», pienso mientras mi boca invade la suya con el fuego que ahora mismo me recorre y nuestras lenguas se enredan como ya lo han hecho otras veces, pero ahora, tenerla así tumbada en mi cama, me parece un sueño hecho realidad. Enmarco su cara con mis pulgares y enredo el resto de mis dedos sujetándola por la nuca y cubriendo de nuevo sus labios con los míos. Victoria me muerde el labio y a mí me excita aún más. Desciendo por su cuello depositándole besos húmedos, pasando mi lengua lentamente por cada poro de su piel. Llego a su pecho desnudo que está terso y lo devoro con mi boca mientras amaso con delicadeza el otro que no tardo en hacerlo mío.

Su piel es suave y nívea, tal y como lo era de pequeña, pero ahora sus piernas son muy largas y sus pechos son

demasiado perfectos. Demasiado para no perder la cordura en este preciso momento.

Victoria emite un gemido que ahogo en un beso llevándome al límite. Voy descendiendo por el recorrido de su cuerpo que se mueve arqueando la espalda hasta que llego al interior de sus muslos. Los beso y paseo mi lengua por toda su extensión llegando al encaje de sus braguitas.

Introduzco mis dedos y todo es… suave. Ella me mira y sonríe.

—Láser. —Enarca las cejas sonrientes—. No tengo un solo pelo en ninguna parte de mi cuerpo. —Se muerde el labio inferior—. ¿No te gusta?

—Me parece perfecto.

—¿Y a qué esperas para verlo? —me dice mirándome con los ojos acuosos de excitación.

—No me digas esas cosas que me estoy conteniendo para no devorarte como un lobo a su presa.

—Quiero ser tu presa esta noche —susurra con la voz entrecortada.

No hace falta que diga más, le bajo el tanga de encaje con la boca y ella termina de quitarlo ayudándose con los pies. La miro y tal y como había dicho, no hay nada que tape el paraíso en el que me adentro primero introduciendo uno de mis dedos en su interior, sintiendo como mi miembro se endurece cada vez más. No aguanto mucho, pero los gemidos que salen por su boca me hacen querer probar en la mía toda su excitación. Está húmeda para mí. Recorro cada rincón de sus pliegues que están suaves y me saben al caramelo más placentero que jamás he probado.

Ella vuelve a arquear la cintura y yo le sujeto por debajo su trasero perfecto, mientras sigo degustando la miel más dulce entre sus piernas. Comienza a emitir gemidos y sé que le falta poco para desbordarse, entonces me incorporo

con suavidad y alargo el brazo al cajón de mi cómoda colocándome un condón lo más rápido que puedo. Vuelvo a extenderme sobre su cuerpo y nos abrazamos. Me acaricia por la espalda y entonces comienzo a introducirme en ella.

Poco a poco. Sintiendo como su interior aprisiona mi miembro duro y mi excitación está a punto de inundarlo todo, hasta que estoy completamente

enterrado en ella.

Con movimientos, primero lentos, saboreando cada segundo, y después aumentando el ritmo del que ya no puedo hacer más que seguir entrando y saliendo de la forma más primitiva. La habitación se llena de gemidos de los dos entre sudores y caricias que nos visten una y otra vez. Sus piernas rodeando mi espalda mientras subimos y bajamos, incapaces de quedarnos quietos. Victoria se incorpora y nos quedamos cuerpo a cuerpo sentados en la cama. Cada vez más excitados con cada fricción de nuestra desnudez hasta que llegamos al clímax. Los dos a la vez.

Nos sobreviene una corriente eléctrica que nos sacude y nos hace temblar. Cierro los ojos y empiezo a flotar abrazado a ella.

Poco a poco, el ritmo de nuestras respiraciones va bajando y sin salir de ella, la beso. Todavía estamos sudando, pero los dos sonreímos y volvemos a juntar nuestros labios.

Me desprendo del condón y lo tiro a la papelera. Vuelvo a la cama, a su lado, y la abrazo, recogiendo su cuerpo con mis brazos.

Estoy en un paraíso del que no quiero irme jamás.



CAPÍTULO 30

VIRGO CONTRA TAURO

Noto cómo la luz del nuevo día entra por la ventana y me despierta. Abro los ojos y observo cómo cae la nieve. Sonrío cuando me doy cuenta de que no estoy en mi habitación del hotel y revivo cada caricia de la noche anterior. Estiro la mano y solo siento la frialdad de las sábanas. Estoy sola en esta enorme cama. Me levanto y me coloco una camiseta que hay encima de una silla y que reconozco como suya por el tamaño. Vuelvo a sonreír acordándome de Edward.

Al momento me doy cuenta de que tengo que acostumbrarme a llamarlo Garret cuando piense en él.

¿Cómo es posible que haya cambiado tanto? No dejo de preguntármelo. Sé que han pasado veinte años y que ahora es un hombre, hecho y derecho, de treinta y cuatro, pero es que no puedo dejar de pensar en aquel adolescente que se quejaba de que no le salía la barba y de que era demasiado delgaducho. Anoche mientras recorría su cuerpo, mi cabeza se volvió loca al comprobar su cambio físico. ¡Dios, ha crecido mucho y todo en él es pura fibra! Es impresionante, realmente. Tal y como le dije, desde que lo conocí con siete

años me enamoré de él. Aquel día que hicimos galletas con mi abuela y me regaló sus caramelos de limón. Nunca lo olvidaré. Yo me moría de vergüenza porque era mayor que yo, aunque solo eran dos años más, pero siempre fue tan tierno conmigo y me cuidó tanto que era inevitable que no sintiera algo tan bonito por mi amigo, en aquel entonces. El último día que lo vi, despedirme de él fue de las cosas más dolorosas que he vivido en mi vida. Mis padres me arrancaban de su abrazo, en el que me cobijaba cada vez que lo necesitaba. Con él compartía todo, incluso fue él quien me enseñó a montar en bici, cuando mi madre se negaba a que arriesgara mis bonitas piernas por otras llenas de magulladuras. Y cuando me fui de este pueblo, al cabo de los años y sintiéndome abandonada por Edward, acabé haciendo todo lo que mi madre quería de mí. Me convertí en la muñeca que ella quería que fuese y dejé de ser lo que de verdad deseaba.

—¿Qué piensas? —Me sobresaltan unas manos grandes que me rodean por la cintura y unos labios jugosos me besan el cuello, abrazándome por detrás. Se me eriza la piel con su contacto. Percibo el olor de su perfume amaderado, mezclado con ese aroma herbal que si cierro los ojos me transporta a un bosque verde y frondoso.

No me doy la vuelta. Me gusta sentirme arropada por él.

La nieve cae por la ventana y lo hace sin descanso, cubriendo parte de los cristales, pero yo me siento segura, protegida de todo lo que pase ahí fuera.

—Estaba recordando nuestra noche. —Él me aprieta a su cuerpo y me besa de nuevo en el cuello—. Garret, ha sido increíble. Anoche por momentos, pensaba que éramos dos extraños que hace tan solo dos semanas que se conocen, pero

luego volvía a mirarte y comprendía que no había conocido a nadie en mi vida tanto como a ti.

Me gira y me abraza. Apoya su barbilla en mi cabeza mientras me envuelven sus brazos desnudos. Después nos despegamos y me besa. Vuelvo a sentir la dulzura de los besos de anoche y el calor que emanaba de nuestros cuerpos, deseosos de más.

—Victoria, desde que te vi en el bar, algo me decía que no eras alguien pasajero. Incluso esa noche no podía dejar de oler tu perfume. —Me levanta la barbilla y me pierdo en ese mar azul que tiene su mirada—. No sabía quién eras, pero algo se removió aquí dentro. —Me coge la mano y la posa en su pecho. El corazón le late muy deprisa como si quisiera salirse y yo pudiera tocarlo.

—Todavía no me creo que seas tú. Era imposible que te reconociera. La última vez que te vi no tenías esta barba. —

Le acaricio la barbilla y suspiro al notar su contacto.

—Cuando me hice mayor, me la dejé crecer y después ya nunca me la he quitado.

—Estás muy guapo con ella y me gusta sentir como me acaricia la piel. Me hace cosquillas.

—¡Así que cosquillas, ¿eh?!

Empieza a tocarme por la barriga y yo comienzo a reírme sin parar. Siempre lo hacía cuando éramos pequeños. Me perseguía por toda la montaña y cuando me agarraba me torturaba hasta que me hacía llorar de la risa.

—¡Para! ¡Por favor, para!

Me coge por las piernas y me sube a su cintura.

Comenzamos a besarnos y caemos en la cama, los dos, muertos de la risa.

—Y si no quiero parar, ¿qué me harás? ¿Me torturarás?

—¡Sií! —le digo sin dejar de reír tumbada en la cama con él encima, dejándome

sin fuerzas.



Cuando ya no puedo más, deja de hacerme cosquillas y entonces me agarra la cara y comienza a acariciar con los pulgares mis mejillas. Yo cierro los ojos suspirando ante ese pequeño roce que me eriza la piel y me traspasa. Le rodeo con los brazos el cuello y tiro de él hasta que estamos tan pegados que nuestros alientos se entremezclan. Me besa a un lado de la cara, después al otro, y sigue con la punta de mi nariz. Yo sonrío con cada roce y él también. Después hunde sus labios a los míos que lo esperan con deseo.

Recorremos cada uno la boca del otro, una mezcla de humedad, dulzura y fuego en un mismo acto. Una explosión que nos convulsiona a los dos. Desciende su mano por mis muslos y comienza a acariciar cada centímetro como si estuviera repasando un dibujo, una y otra vez, sin dejarse ninguna línea. Yo le acaricio la espalda, pero cada vez estamos más excitados y comienzo a clavarle las uñas, reviviendo los momentos de hace tan solo unas horas.

La inmensa cama de dos por dos se llena de manos, de caricias y de besos, hasta que solo se oyen gemidos por toda la habitación incendiándola como la noche pasada.

Estamos los dos en la cama después de una sesión de sexo que no recordaba tan bueno desde hace..., la verdad creo que desde nunca. Sus caricias me atrapan y no dejo de besarlo, apoyada en su pecho, con nuestras piernas enredadas.

—No quiero irme de aquí —digo antes de besarlo por milésima vez.

—No te vayas. Quédate —susurra.

—Ojalá pudiera. Aquí dentro he dejado de pensar en todos los problemas que tengo.

—Quiero ayudarte, Victoria. —Me separa de su pecho y me obliga a mirarlo—. ¿Qué sabes de esos tipos? ¿Los has visto?

—No, solo he recibido amenazas por el móvil. Pero ni siquiera sé cómo son… —Recuerdo la visita que hicieron en casa de mis padres—. Quien sí los vio fue mi madre y Rosita, la mujer que nos crio a mi hermana y a mí.

—Ya, mira, vamos a hacer una cosa, déjame su número e intentaré localizar la llamada. Puedo hablar con un amigo, es policía ya retirado, pero tiene contactos y seguramente…

—No, Garret. —No lo dejo terminar—. No quiero implicarte a ti también, esos tipos son muy peligrosos y tengo miedo. No quiero que te pase nada malo. —Lo abrazo más fuerte y cierro los ojos.

Se gira en la cama y yo hago lo mismo que él para situarme enfrente suya. Me acaricia la cara y me besa con un suave roce en los labios.

—Victoria, no dejaré que te pase nada y tampoco me pasará nada a mí. Recuerda que en mi adolescencia fui un chico malo. —Nos reímos los dos.

Y tal y como lo recordaba, sigue siendo igual de testarudo que era de niño. Imposible hacerlo cambiar de opinión.

—No me acordaba que eres muy cabezota, como buen Tauro. —Se ríe a carcajadas—. ¿Quéé?

—¡Nada! —Vuelve a reírse—. Que acabo de recordar lo mucho que te gustaban los horóscopos. Creías firmemente en ellos y yo me reía de ti diciéndote que eran inventos que ponía alguien que se aburría en las revistas.

—Pues sí, y lo sigo pensando. Y como buena Virgo, me gusta tenerlo todo bajo control y ordenado.

—Pero si siempre decías que tus padres se quejaban de que eras una desordenada con tu habitación. —Besa mi

nariz y me hace sonreír.

—Cierto, pero lo que ellos no sabían era que yo estaba intentando ordenar mi mente, y por eso no podía ocuparme de lo demás.

—Ven aquí, señorita Virgo. —Me acurruco en sus brazos y él me besa el pelo,

mientras acaricia mi espalda desnuda.

Así que como decía, como buen Tauro, si se le mete algo en la cabeza, no hay manera de hacerlo cambiar y al final ha conseguido que le dé el número de los que me están extorsionando. Y eso a pesar de que me he negado un montón de veces, pero, ante su insistencia, y sus besos, no he podido hacer nada.

Está claro que una Virgo contra un Tauro tiene todas las de perder. Es misión imposible…

CAPÍTULO 31

Telluride, año 2004.

Han pasado seis meses desde que Victoria se marchó de este pueblo y ya no quiero estar aquí. Todo está demasiado vacío y no encuentro nada ni nadie que lo llene. El señor Parker me ofreció trabajar en la tienda de ultramarinos.

Acepté. También intenté decírselo a mi padre aquella tarde que regresaba de la cantina. Sucede cuando ya no pueden sostenerlo las piernas y es cuando decide volver a casa. La mayoría de las veces lo ayudan sus amigos del bar, porque él, por sí mismo, no puede hacerlo.

Sé que no era el mejor momento para contarle que me habían contratado, pero pensé que aportar algo a la casa sería una buena noticia, ya que de él no puedo esperar nada, pero como es lógico, en el estado en que venía, lo que menos le apetecía era escucharme. Me enfadé con él porque ni siquiera era capaz de alegrarse por algo bueno para mí, para la familia, si es que a esto se le puede llamar así, pero lo que conseguí fue que otra vez me levantara la mano, dispuesto a cruzarme la cara como lo hace siempre, pero en ese instante cuando vi frente a mis ojos lo que iba a pasar, reaccioné. Ya no soy el mismo niño al que solía maltratar, ya no tengo nueve años. He crecido. Tengo dieciséis y ahora soy más fuerte que él. Antes de que su mano aterrizara en mi cara, se la atrapé doblándole la muñeca. Mientras se quejaba de dolor, sus ojos destilaban odio hacia mí y al cabo de unos segundos de retorcerse, dejé de presionar y se apartó. Luego se metió en su habitación insultándome de todas las maneras que, por desgracia, son tan conocidas ya para mí.

Al día siguiente, se levantó y se fue sin decirme palabra.

Se tomó el café y las tostadas que yo le había preparado, y después se esfumó, como todos los días, hasta la noche.

Cada semana, todos los miércoles, me llegan puntuales las cartas que me envía Victoria. Eso me da oxígeno para continuar. Me cuenta que me echa de menos y que quiere verme, pero que sus padres tienen nuevos amigos en la ciudad y no quieren oír hablar de volver al pueblo, ni siquiera en verano. Las tardes en la tienda de ultramarinos se me pasan rápido. Por las mañanas sigo yendo al instituto, aunque tenía intención de dejarlo, pero entonces recordé aquella conversación en la cocina de la abuela Margarita.

Fue una de tantas veces en que yo me veía perdido y quería rendirme…

«—Escúchame, pequeño. Quiero que pase lo que pase, nunca te des por vencido. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué, abuela?

—Pues, porque si lo das todo por perdido y te rindes, no podrás ver que a la vuelta de la esquina hay una oportunidad aún mejor. Estará esperándote un sueño increíble y que verás gracias a que perdiste el anterior. Podrás ver el que era de verdad para ti».

A veces cuando no veo salida, recuerdo sus palabras, aunque otras veces las ignoro consciente de que si la escucho no podré hacer nada como lo que estoy a punto de hacer y que me evade de mis problemas, al menos un rato...

—¡Eh, Edward, por fin llegas!

—¡Qué pasa, tío! —estrecho la mano de mi nuevo amigo.

Lo conozco del instituto, pero nunca habíamos intimado. A la abuela no le gustaba y yo por no disgustarla no me juntaba con él, pero ahora que no está y que no le importo a nadie, puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Traes todo lo que te dije?

—Creo que sí.

—Perfecto. Son las doce, es la hora.

Hace unas semanas, en el patio del instituto, Sean me habló sobre un trabajo por si me interesaba. Él y sus amigos se dedican los fines de semana a entrar en pequeños establecimientos. Me contó cómo lo hacían y que se llevan un buen bote cada uno. Quiero ser veterinario desde que era pequeño y esta es mi oportunidad para conseguir dinero y poder matricularme. Un trabajo fácil. Lo hacen en Colorado y si todo va bien, quieren ampliar el negocio más allá de sus fronteras. Allí vive su primo Bernie. Tiene diecinueve años y lleva desde los quince metido en el negocio y le va muy bien. Cuando me lo propuso, al principio dudé, pero después pensé que eso me sacaría de mi casa durante todo el fin de semana y para mí fue razón suficiente para aceptar su propuesta. Además del dinero, claro.

Vamos con pasamontañas. Ninguna de las cámaras nos puede reconocer. Es fácil. O al menos eso me ha dicho Sean y su primo.

Somos cuatro los que vamos en la camioneta de Bernie.

La matrícula la hemos tapado con espray negro. Solo tenemos que ser rápidos. Después de romper el cristal del escaparate, tenemos exactamente cinco minutos para llevarnos la caja. Pasado ese tiempo todo se llenará de policías, así que todo es cuestión de ser rápidos.

—¿Tu nombre? —me pregunta el primo de Sean mirando por el espejo retrovisor cuando hemos salido de su casa.

—Garret —digo con convencimiento. Sean arruga la frente sin entender por qué no le he dicho mi verdadero nombre, pero no dice nada.

Después le explicaré que he decidido llamarme así a partir de ahora. Mi madre siempre quiso ponerme el nombre de mi abuelo Garret, pero mi padre se lo impidió. Ahora que no está y que a él no le importo nada, no creo que tampoco le moleste que me llame como mi abuelo. Además, si le molesta, me da igual.

—Está bien, Garret, ¿estás preparado? —El primo de Sean vuelve a mirar por el espejo hacia los asientos de atrás donde estamos los dos. A su lado, de copiloto, va su mejor amigo y sin duda se les nota a los dos la experiencia que tienen. A ninguno de ellos le sudan las manos como a mí.

—¡Dale! —contesto.

—¡En marcha!

Hemos llegado a la calle donde se encuentra el establecimiento. El coche acelera y todos nos sujetamos con fuerza cuando impactamos contra los cristales de la tienda.

Todo se vuelve añicos en cuestión de milésimas de segundo.

Actuamos rápido y para cuando las sirenas de policía resuenan al final de la calle, nosotros ya hemos salido y estamos lejos de allí.

Todo ha salido bien y ha sido fácil. Varios días como este y tendré el suficiente dinero para hacerlo.

Necesito salir de aquí…

Gavriel



CAPÍTULO 32

EL REGALO QUE ESPERABA

Después de hacer huevos revueltos y pan tostado para desayunar, Victoria se está vistiendo y se dispone a marcharse. Si pudiera retenerla aquí para siempre lo haría.

Desde que se fue, con tan solo quince años, me sentí tan desgraciado que creí que todo se había acabado. Todo lo que me importaba terminaba por desaparecer

de mi vida.

En primer lugar, me sentía culpable de que mi madre se hubiera ido. El día que se fue me pidió que le diera una nota a la abuela Margarita, pero ese día conocí a Victoria, y me lo estaba pasando tan bien con ella, que me olvidé de que mi madre me había dado aquel recado. Aunque solo tenía nueve años, durante mucho tiempo me culpé por aquello, pensando que, si hubiera hecho lo que me había pedido, quizás todavía estaría con nosotros. Viva. Más tarde fue mi padre el que se encargó de hacerme sentir peor, diciéndome que yo era su gran error y que por mi culpa mi madre ya no estaba. Y no solo me lo decía con palabras, sino que siempre que podía utilizaba su fuerza física contra mí. Crecí con el cariño que recibía en la granja de los Davis,

junto a otros momentos muy duros en mi casa, con un padre borracho que me recordaba todos los días que yo no valía para nada y que además de mayor sería igual que él.

Es por esa razón que nunca he querido formalizar nada con ninguna mujer. Al final llegué a pensar que él podía tener razón. Al fin y al cabo, soy su hijo, aunque nunca me haya tratado como tal.

Sin embargo, ahora que he vuelto a encontrarla, no quiero pensar así, porque, aunque por aquel entonces la quería como a una hermana, ahora esos sentimientos han cambiado y lo que siento por ella es muy fuerte. Demasiado fuerte.

—Toma, tu móvil. —Se lo tiendo y cuando lo va a coger le atrapo la mano y la atraigo hacia mí—. No te olvides de él...

ni de mí.

—Gracias, no me olvidaré. —Me enseña el teléfono y sonríe.

Hemos hablado del asunto de la venta del hotel y por suerte, el cretino de Hank tiene el tema del papeleo parado y eso me da un poco de tiempo. Tengo que intentar contactar con ellos, de la manera que sea, pero no se lo voy a decir a ella, porque no quiero preocuparla.

Recorremos la casa sin dejar de besarnos hasta que llegamos a la puerta.

—Por favor, no hagas nada con el hotel por el momento.

Quiero intentar hacer algo, ¿me lo prometes? —La rodeo por la cintura y pego mi frente a la suya.

—Sí, lo intentaré, pero… no sé si estos tipos querrán darme más tiempo.

Abro la puerta y una bocanada de aire frío nos sorprende.

La nieve cubre mi camioneta.

—Madre mía, ¡cómo ha nevado! —Se sorprende al ver el paisaje blanco—. Y no es que en Chicago no lo haga. Mucho,

en realidad, pero jamás había visto esta nevada tan impresionante.

—Lo sé, en Telluride es bastante común quedarnos incomunicados varios días por la nieve. —La giro y la abrazo

—. Aunque no me hubiera importado que eso hubiera pasado y quedarme aquí encerrado contigo.

Nos besamos con pasión, como si nunca lo hubiéramos hecho, cuando la realidad es que no hemos dejado de hacerlo en las últimas horas…

—Deberíamos irnos —me dice todavía con nuestros labios pegados y esbozando una sonrisa.

—No quiero. —La atraigo más a mis brazos como si pudiera con ese gesto meterla dentro de mí, aunque realmente ya lo esté.

—Yo tampoco, pero tengo que llamar a mi casa. Después de las amenazas no he vuelto a hablar y tengo miedo por ellos. Quiero asegurarme de que están todos bien.

—Lo sé.

Nos volvemos a besar y lo hacemos con tanta intensidad que soy yo el que para porque si sigo besándola, creo que tendré que cerrar la puerta y meterla en mi cama de nuevo.

—Vamos. —Sonríe como si me hubiera leído el pensamiento.

Y así nos montamos en el coche camino del hotel.

No dejo de mirarla. Estoy alucinando con el regalo con el que me he levantado esta mañana. Uno que esperaba desde hacía mucho tiempo. Hoy me he reencontrado con mi primer amor. Ese que nació como una hermandad y que cada día se fue convirtiendo en amistad hasta que al final, cuando desapareció, comprendí que siempre había sido ella.

Que nunca hubo nadie más que ella…



CAPÍTULO 33

LA LLAMADA

Mi primer amor. Ignoro cuando surgió, lo único que sé es que un día lo miré y en ese instante me di cuenta de que lo quería. No sabía cuándo había sucedido, ni cómo había aprendido a quererlo, tan solo tenía la absoluta certeza de que solo era feliz, si él estaba a mi lado. En aquel momento, como no sabía lo que era, lo único que me importaba era que estuviésemos juntos, haciendo cualquier cosa, porque cuando estaba con él, el mundo dejaba de girar.

Simplemente, se frenaba en seco y nada que estuviera ocurriendo fuera importaba. Recuerdo que esperaba ansiosa que llegara la tarde y apareciese él por la puerta. Con su sonrisa, consintiéndome y dejándome ganar en todos los juegos, procurando que no me diera cuenta de que perdía por voluntad propia.

Esta noche que hemos estado juntos, retrocedí una y otra vez a mi niñez. Mientras lo besaba, estaba viendo a mi amigo, a mi primer amor, con el que compartía todas mis penas y mis alegrías, porque eso era él para mí, mi sostén.

La columna en la que me apoyaba cuando sentía que me caía.

No dejo de mirarlo mientras conduce camino al hotel. De vez en cuando, él también gira la cabeza hacia mí y me sonríe. ¡Dios, qué sonrisa más bonita tiene! Es la misma que recordaba desde hace años. ¿Cómo no pude darme cuenta de que era él? Por mucho que haya cambiado físicamente.

Por mucho que se haya dejado barba y haya dejado de ser ese chico flacucho y se haya convertido en un hombre alto y fuerte. Por mucho que no parezca la misma persona… lo es.

Es el mismo que siempre tenía una sonrisa para mí y que me miraba con esos profundos ojos color cielo.

Acabamos de llegar. Apaga el motor de su camioneta. No hago ni el amago de moverme. No quiero irme, porque cuando salga de aquí puede que suceda algo y no deseo que nada, absolutamente nada, cambie lo que pasó anoche entre los dos. Me mira y vuelve a sonreír.

—Si sigues mirándome así y sonriéndome, no querré bajarme nunca de aquí —le digo acercándome a su boca.

—No lo hagas. —Junta sus labios a los míos—. Quédate conmigo.

—Tengo que solucionar el tema de la deuda de papá.

—Déjame primero intentar hacer algo. Ya sabes que tengo contactos con la policía.

—¿Los del pueblo?

—También, pero sobre todo conozco al jefe de Colorado.

—¿En serio?

—Sí, bueno él, como ya te dije, está retirado, pero sigue teniendo mucha influencia en la comisaría.

—¿Y de qué lo conoces?

—Ya te dije que en mi juventud fui un chico malo. —Me río y se pone serio—. No me siento orgulloso de esa etapa

de mi vida, pero… pasó y no puedo hacer como si no hubiera existido.

—No sé, Garret, me da miedo que esa gente tome represalias. Hoy los tengo que llamar para pedirles nueva prórroga y a saber cuál va a ser su respuesta.

—No te preocupes, todo saldrá bien. Tú solo déjame intentar algo primero. De momento consigue que te den más tiempo, ¿vale? —Me acaricia la mejilla con el dorso de su mano y el cosquilleo me recorre de pies a cabeza.

Después me da un beso suave.

Quedamos en vernos esta noche.

—¿A las siete en la cafetería? —Asiente—. Si llegas antes que yo, pídeme doble ración de tarta —le digo asomando la cabeza por la ventanilla de su coche.

—Lo haré. —Se ríe.

—Era nuestra tarta favorita desde pequeños, ¿te acuerdas cuando la hacíamos con la abuela?

—Cada día. —Esta vez su sonrisa es tierna.

—¡Chao!

Se despide con la mano diciéndome adiós justo antes de arrancar la camioneta y marcharse.

Entro en el hotel y el señor Louis me recibe con una amplia sonrisa en la cara.

Siempre está así y a mí me parte el alma el hecho de pensar, que seguramente ya conozca mi intención de vender el hotel. Sin embargo, él sigue ofreciéndome su mejor cara cada vez que me ve.

—¡Victoria! —Una voz familiar me sorprende cuando estoy a punto de entrar en el ascensor.

Dejo que la puerta vuelva a cerrarse y en su reflejo veo a Hank que viene a mi encuentro. Me giro para enfrentarlo.

—Hola, Hank. ¿Cómo estás? ¿Llegaste bien a tu casa anoche?

—Sí, sí. —Se toca nervioso la nuca—. Victoria, yo… quería disculparme por mi actitud en la fiesta. Bebí demasiado y se me fue un poco la mano contigo.

—Ya, no te preocupes. Es pasado, aunque creo que en ese estado no debiste coger el coche.

—No lo cogí, afortunadamente. —Sonríe—. Me llevó una vecina del pueblo.

—Me alegra escuchar eso, porque sí que bebiste mucho.

Es increíble la bondad de los vecinos de este pueblo.

Todos son como una gran familia. Se ayudan en lo que necesitan unos y otros. Forman una comunidad muy unida.

Incluso para ayudar a alguien como Hank, que por lo que supe anoche no es precisamente bien recibido por estas tierras.

Vuelve a disculparse por su comportamiento de anoche y me acuerdo de Garret, con su zumo de arándanos en la mano o el vaso de leche que suele pedir de merienda.

Resulta curioso, y a la vez adorable, ver a un hombre tan imponente, consumiendo ese tipo de bebidas, pero eso es justo lo que más me gusta de él.

—En fin, quería disculparme contigo invitándote esta noche a cenar. Conozco un sitio que…

No lo dejo terminar.

—Lo siento, Hank, pero esta noche ya tengo planes.

—Ah, ya veo, supongo que, con Garret, ¿me equivoco?

Me sorprende su pregunta tan directa y personal. Apenas nos conocemos y lo que hemos hablado estos días ha sido por asuntos de negocios, por lo que no entiendo ni la pregunta ni el tono de esta.

—No, no te equivocas —contesto con sinceridad.

—Está bien, parece que otra vez, él gana y se lleva a la chica guapa.

—No sé por qué dices eso —digo confusa.

—No me hagas caso, es solo que quería que esta noche olvidáramos lo que pasó. Esta mañana cuando he despertado me he sentido mal, pero bueno… no importa, otra vez será.

—Sí, otro día.

—Por cierto, creo que en pocos días estará todo listo para la venta del hotel. —Me ve dudar y me mira fijamente—.

Porque sigue en pie, ¿no?

—Sí, claro. —Miento porque, aunque he cambiado de parecer y le he prometido a Garret que no haré nada por el momento, no puedo cerrar esa puerta. Quizás estos tipos no me den más oportunidades.

—Está bien, pues ya te dejo que descanses y te cambies.

—Me mira la ropa y compruebo que se está refiriendo a que llevo el mismo vestido que ayer noche.

Sonrío sin contestarle, aunque me ha molestado que se tome tantas confianzas personales conmigo, la verdad.

Entro en el ascensor y mantengo la sonrisa falsa hasta que las puertas se cierran y dejo de verle la cara. Aunque le he dicho que no se preocupe por lo que pasó

anoche, lo cierto es que ya no lo veo de la misma manera que hace unos días.

Por fin llego a la habitación y me quito los tacones.

¡Dios! ¡Qué descanso! Y pensar que hace quince días los llevaba todo el día y se me hacía raro ir en zapatillas de deporte o zapato bajo. ¡Increíble!

Me tiro en la cama con la sonrisa en la cara. Estoy recordando la noche pasada en casa de Garret, e incluso me ruborizo de las cosas que hicimos. Dimos rienda suelta a nuestros deseos y ahora que lo pienso, creo que nunca había sentido algo tan salvaje y a la vez tan dulce como lo que sentí entre sus brazos.

Todavía recuerdo cuando yo me abrazaba a él, de niños, en lo alto de la montaña, rodeados de flores y de hierba húmeda. Desde que descubrimos aquel lugar íbamos todas las tardes porque allí estábamos solos y nadie nos observaba, especialmente mi madre que no quería que yo fuera su amiga. Anoche, cuando vi donde estaba su cabaña, todos esos recuerdos vinieron a mi mente. Y volví a escuchar a los mismos búhos bajo la ventana que estoy acostumbrada a oír debajo de mi habitación, pero en esta ocasión pude dormir, porque esta vez estaba enredada entre sus piernas y sus brazos…

Cuando estoy a punto de cerrar los ojos, el sonido de mi móvil me despierta por completo. Voy a cogerlo con una sonrisa en la cara. Estoy segura de que es Garret el que me llama para decirme algo que vuelva a derretirme como lo hizo anoche.

—¿Ya me echas de menos? —digo con mi voz más melosa.

—¡Victoria, ha pasado algo!

La voz de Alexia me quita de un plumazo la sonrisa tonta que se había instalado en mi cara.

—¿¡Qué pasa, Alexia!?

No dice nada, solo llora al otro lado de la línea y a mí se me encoge el corazón.

Gavriel



CAPÍTULO 34

ELLA ES MI ENDORFINA

«Las endorfinas. Hay gente que las llama las hormonas de la felicidad**.** Neurotransmisores en el cerebro vinculados a la sensación de bienestar y de plenitud. Tienen un efecto analgésico. Se producen ante determinados estímulos…».

Mientras me dirijo a la consulta estoy escuchando en la radio del coche un

programa donde hablan de la felicidad, e inevitablemente me viene la imagen de ella a la cabeza, porque creo que Victoria es mi endorfina. Lo era antes y lo es ahora cuando ha vuelto a aparecer en mi vida. Vengo todo el camino pensando en ella. Esta noche, a su lado, ha sido la mejor de mi vida. Cuando la miraba dormida junto a mí, con su melena oscura flotando en la almohada y con la sonrisa dibujada en su cara tan relajada, me sentí el hombre más afortunado del universo, porque ella siempre fue el mío.

El teléfono me suena y me despierta de esta especie de letargo en el que estoy sumido, a pesar de no estar dormido. Pongo el manos libres.

—Dime, Candy, ¿qué ocurre?

—Garret, Dios te bendiga. Es Lincoln, se ha tragado algo y se le ha quedado atascado en la garganta.

—De acuerdo, tranquila, marchad a la consulta. Yo voy ahora para allí y enseguida lo atiendo.

—Sí, ya vamos de camino. No sabemos si respira.

Estamos asustados.

—En cinco minutos llego. Voy avisando a los chicos de la consulta para que lo tengan todo preparado. Supongo que habrá que intervenirlo, Candy.

—De acuerdo. Llegamos ya.

Cuelgo el teléfono y me apresuro en llegar.

Pasados cinco minutos aparco en la puerta y entro quitándome la chaqueta para no perder tiempo.

—¡Garret, menos mal que llegas! Trajeron al perro de los Queens. —El ayudante en prácticas me informa de la urgencia. Está nervioso. Solo lleva una semana de becario y todavía ciertos casos le inquietan, aunque en esta ocasión está justificada su angustia.

—Lo sé, me llamaron de camino para decirme lo que había ocurrido.

Los Queens están en la puerta y me saludan ansiosos al verme llegar. Les digo que voy a hacer lo posible por Lincoln y sin perder más tiempo me coloco la bata. Me lavo las manos exhaustivamente antes de colocarme los guantes.

Tras examinar al perro, en efecto tiene obstruida las vías altas y le cuesta respirar. Enseguida le administro la anestesia y procedo a la incisión en la garganta. Extraigo el elemento extraño; una pelota de goma dura que ha impedido que el animal la expulsara por sí solo. El becario en prácticas procede a cerrar cosiendo la incisión. Todo ha

salido bien. La acción rápida de los dueños del animal ha evitado que esta mañana sucediera una desgracia.

Salir de quirófano y dar buenas noticias no tiene precio.

Es algo que después de tantos años dedicándote a salvar la vida de los animales, valoro muchísimo porque, aunque es cierto que no han sido muchas las veces en que he tenido que decir a algún vecino que su animal no ha sobrevivido a la operación, cuando lo he hecho me ha supuesto un trago muy amargo. Por suerte hoy no ha sido un día de esos.

Lincoln se recuperará pronto y podrán llevárselo a casa. Les explico cómo ha ido todo a la familia y después de verlo dormido en la camilla se van tranquilos.

Cuando estoy preparándome un café en mi consulta, la puerta se abre y aparece Shania. Al verla, he recordado lo que pasó anoche en la fiesta y ahora mismo me siento como un canalla. Sé que no le presté la atención que se merecía porque en cuanto vi que estaba Victoria allí, toda mi energía se concentró en ella.

—¿Puedo pasar? —Asoma la cabeza por la puerta entreabierta. Siempre me dedica una sonrisa, pero esta vez su gesto es serio.

—Sí, claro, adelante.

Me levanto de la silla y rodeo la mesa, acercándome a ella para darle un beso en la mejilla, pero entonces se retira impidiendo que lo haga.

—Siéntate, por favor… Shania, discúlpame si anoche no estuve…

—¿Conmigo? —No me deja terminar—. Ya, supongo que tenías cosas mejores

que hacer.

—Shania, perdóname, pero necesito contarte quién es ella. —Me mira frunciendo el ceño sin entender a qué me estoy refiriendo—. ¿Recuerdas la amiga de la que siempre

te he hablado? ¿La que se fue de este pueblo hace un montón de años, y de la que nunca más supe?

—Sí, pero no sé qué tiene que ver con ella. Que yo sepa tu amiga se llamaba Victoria y la que conocí anoche se presentó como Sarah.

—Cierto, lo que pasa es que, en realidad, Sarah es Victoria, ¿entiendes? Anoche me lo dijo.

—No entiendo nada, Garret… Y si fuera así… ¿qué me estás diciendo que ya no la ves como tu amiga? ¿Es eso?

Siempre me habías dicho que erais como hermanos, como amigos, pero lo que yo vi anoche no eran miradas de colegas. La estabas devorando con los ojos. ¿Te la tiraste, Garret? —Se calla para que le responda, pero cuando voy a hacerlo, no deja que lo haga—. Sí, claro que sí. Por supuesto que sí.

¿Cómo puedo explicarle que mi historia con Victoria va más allá del simple polvo de una noche? ¿Cómo decirle que ella ha sido la única que un día entró en mi corazón y se quedó allí para siempre? ¿Cómo hacerle entender que ese día cerré la puerta y no he dejado que nadie más entre?

—Lo siento, Shania. No quiero hacerte daño, nunca lo he querido, pero Victoria es alguien muy importante para mí.

—Anoche volví a la fiesta. Quería hablar contigo… pero no te encontré. Tampoco la vi a ella… Claro, debí suponer que os habíais ido juntos. Te vino muy bien que yo me largara. —Se ríe.

No le digo nada, tan solo la miro pidiéndole perdón. Es verdad que no somos nada, pero me siento en la obligación de darle una explicación.

—Quiero intentarlo con Victoria —respondo finalmente.

—Es curioso cómo has cambiado tu discurso. —Vuelve a reír nerviosa—. Siempre me decías que estábamos muy bien así, sin ataduras, libres y sin compromiso, pero el problema

era yo. ¡Todo ese rollo de que no querías estar en serio con nadie era mentira, ¿verdad?!

Me acerco a ella. La veo muy nerviosa y no me gusta que esté así por mí. Tiene razón en todo lo que dice. ¿Cómo puedo culparla?

—Lo siento, de verdad. —Intento abrazarla, pero ella me rechaza empujándome.

—Déjame, me has hecho daño. Confiaba en ti, ¡maldita sea! Dijiste que siempre podía contar contigo. Lo dijiste,

¡eres un mentiroso, Garret!

Y sin más se da la vuelta y sale de la consulta pegando un portazo que retumba en todo el edificio. Quisiera ir tras ella, pero entiendo que ahora no es el momento. Lo haré cuando esté más tranquila. Sé que ahora me odia, y tiene razón.

Lo que siempre dije que no haría, al final lo he hecho.

Al final he hecho sufrir a una mujer con mi comportamiento egoísta.

Al final he sido como mi padre…

CAPÍTULO 35

Telluride, año 2005.

«Querido, Edward.

Te echo de menos.

Ayer tuve un día horrible en el instituto. ¿Sabes qué me pasó? ¿Te acuerdas de Carl? Es el hijo de los amigos de mis padres, (del que te hablé el otro día). Intentó besarme junto a las taquillas y no solo eso, sino que también me pellizcó el culo. ¿Te lo puedes creer? Le pegué un empujón y casi lo tiro al suelo. El muy

estúpido le ha dicho a todo el mundo que soy una calientabraguetas, porque dice que estaba claro que yo quería estar con él y al final lo había rechazado. Le dije que yo ya tenía novio. :) (Sí. Es lo que estás pensando, le conté que mi novio se llama Edward. Lo siento, pero necesitaba inventármelo para que me dejara en paz).

Cuando se enteró mi madre me dijo que ese chico me convenía porque era de muy buena familia. No sabes la rabia que me dio, Edward. Me dio tanta rabia que, sin pensarlo, le solté que cuando fuera mayor, me iría de Chicago y me casaría contigo. Me pegó, Edward. Creo que después se arrepintió porque no me dijo nada y se fue a su habitación. Tenía que decírselo. Ya sé que no debí hacerlo, pero no pude evitarlo…

Cuéntame cómo estás tú. ¿Sigues trabajando en la tienda de ultramarinos? Quiero verte, pero mis padres dicen que como ya no está la abuela Margarita, no tienen intención de volver a Telluride. Cuando lo pienso me pongo muy triste y entonces me doy cuenta de que ya no puedo ir arriba a la montaña y acurrucarme a tu lado. Me siento muy sola, Edward.

¿Sabes? El otro día estuve investigando los autobuses que van a Telluride. Son varias horas para llegar, pero quiero que sepas que en cuanto pueda, iré a verte. Echo de menos estar tumbada en el campo de margaritas.

Te echo de menos a ti, Edward.

Tu amiga que te quiere.

Victoria».

Cierro la carta y la guardo junto a las demás. Victoria me escribe cada semana y yo le respondo al día siguiente.

Cuando me ha contado lo que le dijo a su madre, me ha hecho sonreír. Desde que era pequeña me decía que se iba a casar conmigo y yo me reía de ella, la veía muy niña, pero ahora tengo diecisiete años y en unos meses me voy a la universidad. Estudiaré en Chicago. Así podré estar a su lado.

También echo de menos nuestras tardes juntos, y ahora dudo si lo que echo en falta es solo a mi amiga, o es algo más. No sé qué siento por ella. Sé que cuando dice que nos casaremos lo hace bromeando, pero me gusta escuchárselo decir.

Últimamente, pienso demasiadas veces que, quizás, imaginarme con ella, no sea tanto una broma para mí.

Hace unas semanas después de una de nuestras salidas nocturnas, toda la banda de Bernie, de la que ya me siento parte, fuimos a celebrar lo bien que nos había ido. El botín había sido bastante jugoso. Llevamos un año con esto y por ahora todo nos ha salido bien. Casi tengo el dinero suficiente para irme a Chicago a estudiar. Cuando lo consiga todo, lo dejaré. Ahora vivo solo. No le he contado a Victoria que mi padre está en la cárcel. Su problema con el alcohol llegó demasiado lejos. Un día conducía con tal cantidad en el cuerpo, que el coche se le fue y atropelló a un hombre.

Falleció en el acto. Le han caído veinte años de prisión.

Cuando fui a verlo, el funcionario me dijo que me fuera, que mi padre no quería verme. Le expliqué que necesitaba verlo, pero fue inútil. Había decidido por mí y me fui. Ir a la cárcel

me hizo pensar en lo que estoy haciendo. Y sé que a Victoria no le gustaría si lo supiera, pero lo hago por ella.

Quiero irme de este pueblo.

Antes me gustaba vivir aquí, pensaba que era el sitio más bonito del mundo, pero desde que ella se fue todo cambió.

Y ahora me parece el peor lugar.



CAPÍTULO 36

LA VUELTA

Hace una hora que he salido de Telluride. Alexia me llamó para darme la peor noticia que podía haber escuchado.

Incendiaron la casa de mamá.

La habíamos conservado porque era lo único que no estaba embargado. Parece

que papá tuvo un poco de luz y en su momento, dejó algo a salvo. Pero ahora no queda ni eso. Todavía no sé cuál ha sido el alcance del fuego en la vivienda, pero sea como sea, habrá que reconstruirla.

Estoy a punto de llegar a Chicago. Cuando recibí la llamada de mi hermana no me lo pensé y salí a toda prisa.

Al señor Louis le dejé un recado para Hank, por si venía a buscarme. Después le mandé un mensaje a Garret para decirle que me tenía que ir a la ciudad. No sé los días que me llevará el tema de la casa de mamá y tampoco sé en qué ha quedado la venta del hotel, porque en teoría el contrato estaba prácticamente redactado, a falta de algún detalle mínimo.

Siento que los problemas me hunden cada vez más.

Por una parte, tal y como me pidió Garret, llamé a mis extorsionadores y les pedí más tiempo. Ni siquiera me dejaron darle una explicación, pues me colgaron el teléfono y las consecuencias no han tardado en aparecer. Luego está el asunto de la venta, que está casi a punto, y ahora, para colmo, incendian la casa de mamá. Y lo que me preocupa no es solo eso, lo material, sino que tengo miedo de esa gente, porque han demostrado que no se andan con tonterías y me temo que ya he acabado con su paciencia.

No puedo más.

Intento ser optimista, pero a veces cuando lo que sucede a tu alrededor es tan malo que sientes que lo cubre todo, te impide ver si hay algo bueno debajo de tanta desgracia.

Lamentándome de mi situación, por fin llego a Chicago.

Llevo casi tres semanas en Telluride y al ver el bullicio de la ciudad, y la gente de arriba abajo, siento algo raro y no sé si será que lo he echado de menos o es otra cosa. Cuando era pequeña y nos mudamos aquí, me fastidió que mis padres me separaran de mi pueblo. Allí era feliz corriendo por las calles, o subiendo a coger margaritas a la montaña con Garret, o mojándonos los pies en el río mientras lanzamos piedras y competíamos por ver cuál de los dos lograba llegar más lejos, pero al cabo del tiempo me fui olvidando de todo y me acostumbré a vivir aquí.

Aparco delante de la casa de mis padres y el alma se me cae al suelo. La casa de dos plantas está totalmente calcinada. No queda nada. Solo la estructura. Madre mía.

Esto es demasiado.

—¡Victoria! —Mi hermana me ve llegar y sale corriendo a recibirme.

Nos abrazamos y a su espalda veo a mamá. Está sentada en los sillones del jardín. Tiene la mirada perdida. Me siento culpable por no haber podido cumplir con mi cometido en el

pueblo. En lugar de eso, me he dedicado a pasear por sus calles, a ir a fiestas benéficas y a…

Me acuerdo de Garret y no puedo evitar una sonrisa. He encontrado a mi amigo. Lo que no pensaba que iba a ocurrir en la vida. Lo había perdido y ahora lo he encontrado.

Alexia y yo nos separamos y dejo mis pensamientos para otro momento. Voy hacia mamá que me mira sin mover ni un músculo.

—¡Mamá, ya he llegado! —Sigue con la mirada perdida en el sillón, por lo que me siento a su lado—. Ya pasó todo, lo importante es que estás bien.

—Victoria, lo he perdido todo. Esta casa era lo único que me quedaba. Lo único que tu padre… —Rompe a llorar y yo la abrazo y la inclino para que se recueste en mi pecho.

—Tranquila, mamá, saldremos de esta. Te lo prometo.

No dice nada. Solo comienza a llorar como una niña pequeña. Las lágrimas me recorren la cara y a mi hermana también, contagiadas las tres por la misma tristeza.

La brigada de investigación de bomberos de Chicago llega para hacernos las pertinentes preguntas junto a la policía. Tenemos que mentir y no mencionar a ninguno de los mafiosos que nos tienen amenazadas, porque está en juego la integridad de toda la familia, incluida la de mi sobrina Alexandra. No se me olvida su foto entre las que enviaron esos tipos cuando nos amenazaron. Y está

claro que cumplen con lo que dicen. Me pregunto hasta cuándo podremos aguantar esta situación.

Después de responder, o más bien mentir, a las preguntas de los agentes de policía, entramos en la casa.

Está claro que aquí mamá no puede pasar la noche. Mi hermana se ofrece a llevarla a su casa, pero mi madre dice que prefiere irse a mi apartamento, por lo que decidimos

marcharnos enseguida. Cuanto antes nos vayamos de aquí mucho mejor.

Cuando llegamos, abro todas las ventanas para ventilar el apartamento que lleva cerrado tres semanas. Estos días he estado trabajando desde el portátil y en el bufete se han apañado bastante bien sin mí, pero ha sido poner un pie en Chicago, y han empezado a lloverme los correos electrónicos. Tengo como diez correos de Sebastián, hablándome de un caso y diciéndome que me echan de menos. No saben nada del tema de las deudas de papá. Mi madre no quiso que nadie lo supiera y eso hicimos, así que no entienden por qué me he ido a un pueblo perdido de montaña y no he dado señales de vida todos estos días. Les he explicado que solo en el hotel tengo cobertura, pero que cuando salgo de allí no me llegan los mensajes ni los correos. Lo único que no les he dicho es que en el fondo ha sido un alivio.

Es tarde y después de preparar a mamá una sopa (de sobre), le cedo mi cama para que descanse. La pobre está hecha polvo y no lo digo en sentido metafórico, realmente no se sostiene en pie.

Me tumbo en el sofá, que hará de cama al menos esta noche, y cuando estoy a punto de cerrar los ojos, el sonido de mi móvil me indica que tengo un mensaje. Por la música que he elegido para él, sé que es Garret, así que me lanzo a mi bolso para cogerlo. Supongo que habrá visto el recado que le dejé.

—Victoria, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Sí, estoy bien. Tuve que volver a Chicago, los tipos que nos extorsionan incendiaron la casa y ahora, mi madre y yo estamos en mi apartamento.

—¡Dios mío! ¿Pero estás bien? Esta mañana hablé con Jeff, mi amigo de la policía, y me dijo que van a intentar dar

con ellos. Solo necesitamos tiempo… Dime si te encuentras bien, Victoria.

—Sí, sí, estoy bien, solo cansada del viaje, pero bien. No creo que intenten nada ahora que hay policías por toda la zona. Espero que me den tiempo, aunque me temo que ellos no quieren esperar.

—Me encantaría estar ahí contigo, solo hace unas horas que no te veo y ya te echo de menos…

—Yo también a ti. No sé qué voy a hacer. Mañana me queda un día duro. Mi madre está destrozada y no sé qué hacer ni qué decirle.

—Ya, me imagino. Ojalá vuelvas pronto.

—Garret, te tengo que dejar, mi madre me está llamando. Hablamos mañana.

—Está bien. Descansa.

—Tú también.

—Soñaré contigo.

—Yo nunca me acuerdo de lo que sueño, ja, ja, ja.

—Qué graciosa, no importa, yo soñaré por los dos. Hasta mañana, Victoria.

—Era mentira. Tengo muy buena memoria. Hasta mañana, Garret.

Apago el móvil. He inventado que tenía que colgar. Mi madre está roncando en la habitación, en parte gracias a los tranquilizantes que le he dado, pero tenía que terminar la conversación.

No sé cuándo volveré y sí, claro que lo echo de menos, pero no podía decirle que no estoy segura de que Telluride sea mi lugar. Mi vida está en Chicago y la suya allí.

No podía decirle que somos de dos mundos diferentes.

Gavriel



CAPÍTULO 37

NECESITO EXPLICARTE

En cuestión de unas horas he pasado de sentirme pletórico y rebosante, a todo lo contrario. Me he sentido falto de energía, sobre todo la vital. Y el hecho de que Victoria se hubiera marchado a Chicago no me había importado cuando me lo dijo. Todo lo contrario, pues cuando me contó lo del incendio de la casa de su madre, como es lógico, entendí perfectamente que acudiera rápido allí. Pero al hablar con ella anoche por teléfono, me di cuenta de que evitó contestarme

cuando le dije que deseaba que volviera pronto. Por mucho que hayan pasado veinte años y por mucho que trate de engañarme, la conozco demasiado bien.

Estuvimos juntos siete años. Toda nuestra niñez. Y puede que parezca poco tiempo, pero es que Victoria y yo lo hacíamos todo juntos. En el colegio, nos veíamos en el patio, y, aunque éramos de cursos diferentes, yo siempre vigilaba que no le pasara nada, que ninguno de los abusones la molestara. Mis compañeros de clase, a menudo, me decían que dejara ya de hacer de hermano mayor de esa niña que no era nada mío, pero era inevitable

para mí, porque yo la veía como eso, como la hermana pequeña que no tenía. Los momentos más felices de mi infancia fueron con ella en casa de la abuela Margarita. Poco a poco fuimos creciendo y cuando llegamos a la adolescencia, empecé a verla diferente. Además, coincidió que ella se fue. Justo en ese momento yo tenía quince años y ella a punto de cumplir los trece. Empezaba a verla con otros ojos. Era mi amiga, pero su cuerpo comenzaba a cambiar y cuando se acurrucaba a mi lado en el prado, mi piel se erizaba. Tampoco ayudaba el aluvión de hormonas que campaban a sus anchas dentro de mí por aquel entonces.

Esta mañana la llamé, pero me saltó el buzón de voz.

Imagino que no podía hablar o no le apetecía. Sé que quizás sea un egoísta que no es capaz de ver la situación tan grave por la que está pasando ella y su familia, pero necesito que me deje ayudarla, como hacíamos antes, cuando el mundo era sencillo para los dos, a pesar de todo lo que sucedía a nuestro alrededor.

El teléfono suena y miro la pantalla ilusionado con ver su número, pero en su lugar lo que aparece es la imagen de Shania. Ayer, cuando estuvo en la consulta y se fue enfadada, intenté hablar con ella, pero no quiso.

—Hola, Shania —digo descolgando el teléfono.

—Hola… —Se queda callada un momento y después continúa hablando—. Mmm… ¿Podemos hablar cuando termines de trabajar? Sigo en Telluride.

—Claro, necesito explicarte lo que ha pasado. No me siento bien por la manera en que te fuiste de la consulta.

—Ya, yo también quiero hablar. ¿Te parece si estoy ahí a las cinco?

—Perfecto.



Y sin más, cuelgo el teléfono esperando que todo se aclare entre nosotros.

Son las cinco y ya se van todos los chicos. Hemos terminado la jornada. Con Victoria he intentado hablar, pero lleva todo el día con el móvil apagado o fuera de cobertura. Estoy preocupado por ella. En Chicago están esos tipos y, por desgracia, sé de lo que es capaz gente así.

La puerta se abre y aparece la persona que estaba esperando. Tiene el gesto serio, pero no parece tan enfadada como ayer cuando se fue de aquí.

—¿Cómo vas? ¿Ya has terminado?

—Sí, sí, estaba cerrando. —Me acerco a ella y le doy dos besos en la cara. Ella se gira y me devuelve un beso en la boca. Me retiro en un primer impulso y su cara se torna fría.

—Perdona, sé que no tengo derecho, pero es que me es muy difícil renunciar a ti, Garret.

—Necesito explicarte lo que ha pasado con Victoria.

—Por favor, no me la nombres. Hasta que ella apareció nos iba bien, pero desde que la viste cambiaste conmigo.

Me quedo callado un momento y sin querer me traslado a la noche que pasé en su casa el día que me encontré con Victoria en el bar. Es cierto. No sabía quién era, pero su cara y su olor dulce se me habían metido dentro de manera irremediable. Esa noche me acosté con Shania, pero lo que de verdad tenía en mi cabeza era la imagen de aquella chica morena de ojos rasgados que había conocido en la barra del Sloppy. Debí haber sabido que mi subconsciente trataba

de decirme algo. Algo tan simple como que ya nos conocíamos.

—Shania, llevo toda la vida esperando volver a verla.

Perdóname que sea tan sincero contigo, pero no quiero engañarte.

—¿Estás enamorado de ella? ¿Es eso?

—Yo… no lo sé. Solo puedo decirte que es mi amiga de toda la vida. Ella y yo éramos como una sola persona.

Sentíamos lo mismo. Sus logros y su alegría, yo las vivía como si fueran mías e igualmente, cuando sufría, yo lo hacía con ella. Éramos como siameses que sienten lo que le está pasando al otro de forma simultánea. Estábamos conectados. ¿Entiendes a lo que me refiero?

»Perdimos el contacto por mi culpa. Tú lo sabes, Shania.

—Suspira profundamente y yo continúo hablando—. Te lo conté hace muchos años y nunca me perdoné que por mi mala cabeza la perdiera para siempre. Y ahora la he encontrado y no sé qué pasará con nosotros. Ni siquiera sé qué piensa ella de todo esto, pero tengo que ser sincero contigo y decirte la verdad.

—Es muy afortunada. Daría lo que fuera porque estuvieras hablando así de mí. Incluso estaría dispuesta a ser la otra…

—Shania. —Me acerco a ella y enmarco su cara con mis manos—. No digas eso, por favor, tú mereces ser la primera y la única en una relación. Te mereces alguien que te quiera como tú sabes querer, pero… yo no soy esa persona.

—¡Pero yo necesito que lo seas, maldita sea! ¡¿Es que no lo entiendes?! —grita —. Mierda, Garret, no te das cuenta de que estoy enamorada de ti.

Shania rompe a llorar y a mí se me encoge el corazón. La abrazo fuerte a mi pecho y ella sigue llorando. Después no hablamos más. Solo permanecemos abrazados. Me duele verla así, pero sé que seguir dándole alas a algo que nunca va a pasar es cruel. Nos despedimos con un beso en la

mejilla. Ella me dice que quiere que sigamos siendo amigos y yo acepto, aunque no estoy seguro de que sea buena idea.

No sé qué pasará, pero lo único que sí sé es que extraño a Victoria y necesito estar a su lado. Al menos tengo que intentarlo.

Ya la perdí una vez por mi estupidez y esta vez no quiero que vuelva a pasar.

No. Esta vez no va a pasar.

CAPÍTULO 38

Telluride, año 2006.

Es Navidad. Todas las calles están cubiertas de nieve. Esta época antes me gustaba. Para el día de Acción de Gracias hacíamos galletas de jengibre y de chocolate. Adornábamos el hotel de la abuela con todas las manualidades que se nos ocurrían a Victoria y a mí. Solíamos coger los frutos de los abetos. Cuando ya estaban secos, los pintábamos de colores chillones y otras veces plateado o dorado, y así los repartíamos por todas las estancias. Esos momentos eran mis favoritos. Deseaba que llegara la hora en que mi padre se fuera para poder irme con mi otra familia, porque eso eran para mí los Davis. Mi madre confiaba en ellos y por eso, en la nota que me dejó el día que murió, le pedía a Margarita que cuidara de mí. Sabía que no se podía fiar del que se hacía llamar padre, puesto que no ejercía como tal.

Pero todo eso cambió hace tres años. Ese es el tiempo que llevo solo en este pueblo. De un plumazo se fueron la abuela y al poco tiempo mi amiga Victoria. Desde ese día, mi vida ha dado un vuelco demasiado grande.

Y en especial mis amistades.

Esta noche estoy decidido a que sea la última vez que trabaje con Bernie y Sean. Creo que con lo que tengo ahorrado y el trabajo en la tienda de ultramarinos, donde además me han ascendido de puesto, tendré suficiente para hacer la carrera de Veterinaria en Chicago. No se lo he dicho a Victoria en ninguna de las cartas que le envío cada semana. Quiero que sea una sorpresa. Y, como es lógico, tampoco le he dicho a lo que me he estado dedicando los últimos dos años. No me siento orgulloso de lo que hago, pero ya es tarde para lamentarme, así que después de

pensarlo mucho, esta noche será la última vez que trabaje con ellos.

Tenemos previsto asaltar unos grandes almacenes en Colorado. Ahora en estas fechas ponen en la planta de abajo las joyas más caras y calculamos que con eso será suficiente. Y aunque no lo saben todavía, para mí lo será porque es la última.

—¿Qué pasa, chaval? —Bernie me da una palmada en la espalda y lo hace con fuerza. Es su manera de saludarme siempre. Ya estoy acostumbrado, pero a veces me dan ganas de devolverle el golpe—. Tranqui, colega, que es un saludito de amigo, además ya sabes que lo que hiciste por mí fue muy importante y nunca lo olvidaré. —Al decirlo se pone de repente muy serio.

Yo asiento con una leve sonrisa. Hace cuatro semanas, en uno de nuestros «trabajos», tuvimos un percance y Bernie se hizo una herida en la pierna. Un hierro le atravesó y comenzó a sangrar. Eso nos retrasó. No podía caminar.

Todos salieron corriendo, pero él no iba al mismo ritmo.

Cuando escuchamos las sirenas de la policía, los nervios se apoderaron del grupo que no dudó en correr sin mirar atrás, incluido su primo Sean, mi amigo. Entonces yo me volví a buscarlo. Lo cargué en los hombros y salimos de allí. Al límite. Todavía estábamos dentro cuando los agentes llegaron, pero afortunadamente nos libramos. Toda la banda se había marchado, por lo que no me quedó más remedio que robar un coche para salir de allí a toda prisa. «Robo con fuerza de establecimientos y ahora también de coches. ¡Vas progresando, Garret!», me dije a mí mismo.

Bernie se desangraba. Conduje lo más rápido posible y lo llevé a casa. Lo curé y estuvo allí unos días hasta que se recuperó.

«Deuda de vida».

Eso fue lo que me dijo antes de marcharse cuando al fin recuperó las fuerzas.

Su voz me devuelve de nuevo al presente.

—Venga, todos listos. Lo tenemos todo atado, así que hoy no puede salir nada mal. ¡¿Estamos?! —grita al grupo mientras chocamos los puños.

—¡Estamos! —bramamos todos al unísono.

Procedemos a irrumpir en el establecimiento. Uno de los chicos de la banda es el mejor en temas informáticos y es el que se ocupa de que las alarmas estén desconectadas el tiempo suficiente para que podamos hacer el trabajo.

Entramos y comenzamos a llevarnos todo el botín. No podemos calcularlo ahora, pero parece que esta noche va a ser buena.

—¿Qué os queda? —dice Sean nervioso desde la parte delantera. Él se ocupa de vigilar la calle.

—Ya casi estamos listos —digo yo metiendo las últimas joyas en la bolsa. Bernie está intentando abrir una vitrina, pero se le resiste—. Déjalo, ya tenemos suficiente.

Debemos irnos. Es tarde.

—Espera, ya casi lo tengo.

Niego con la cabeza. Es peligroso seguir aquí. Cualquier coche que pase y vea los cristales destrozados puede dar la voz de alarma a la policía.

—¡Alto, que nadie se mueva!

Como por arte de magia aparece un guardia de seguridad. Ha debido de escuchar los ruidos. Sabía que llevábamos demasiado tiempo aquí.

—Tranquilo, tío. Ya nos íbamos. Date la vuelta y vuelve a tu trabajo de mierda. Te aconsejo que no te metas en problemas —grita nuestro jefe con las manos levantadas. Lo veo nervioso y no me gusta.

—Voy a llamar a la policía y llegarán en cinco minutos.

¡Que nadie haga ningún movimiento raro!

El guardia de seguridad saca el móvil sin dejar de apuntarnos con una pistola y en ese momento, en escasas milésimas de segundo, Sean saca una pistola y sin mediar palabra apunta al hombre y le dispara en el pecho. Todos lo miramos asombrados.

—¡¿Qué has hecho, estúpido?! —grita su primo.

—Iba a llamar a la policía, ¿no lo has visto? ¡No quiero ir a la cárcel, joder!

El hombre está tirado en el suelo y lo rodea un gran charco de sangre. Todos salen corriendo. Las sirenas comienzan a sonar y, tal y como pasó hace una semana, la banda al completo ha huido hacia el coche. Yo también hago lo mismo, pero cuando me giro lo que veo me hace reaccionar y vuelvo. Ese hombre se está desangrando y si no le tapono la herida podría morir. Me quito la chaqueta y hago presión en el pecho.

—Pero ¡¿qué haces?! ¡Vamos, Garret! Déjalo ahí, él se lo ha buscado.

—No puedo dejarlo, Bernie. Idos sin mí. Yo me las apañaré.

—¡Vamos, Garret! —repite Sean desde la puerta.

—¡Idos, maldita sea!

—¡Estás loco, chaval!

Es lo último que me dice mi amigo antes de irse.

Presiono la herida y veo como el hombre cierra los ojos.

Creo que ha perdido el conocimiento, o eso espero. Sitúo los dedos en su cuello y compruebo que todavía tiene latido, aunque es muy débil.

Cojo el móvil y llamo a una ambulancia.

Al cabo de unos minutos llegan los enfermeros.

La policía viene con ellos.

No me equivocaba cuando dije que esta iba a ser mi última noche…



CAPÍTULO 39

CHICAGO

Chicago. La ciudad natal de Walt Disney y donde yo me siento como si también fuera mi lugar de nacimiento. Adoro sus calles. Su gente, su clima… lo adoro todo de este sitio.

¿Sabíais que una de las oficinas de correos del centro es tan enorme que se puede atravesar en coche por su interior? Es increíble. Esto me recuerda cuando

iba a correos a enviar las cartas a Edward. Después esperaba ansiosa que llegara la suya, todas las semanas. Me contaba cómo le iba en el pueblo. Me describía los campos de la ladera de la montaña cuando, por primavera, se llenaban de margaritas y yo nos imaginaba allí, tumbados los dos, con el sol calentándonos el cuerpo.

Nunca me dijo que se hubiera cambiado el nombre.

Aunque supongo que tampoco tuvo tiempo de decírmelo.

Simplemente desapareció. Tengo todos los sobres guardados en una caja en el armario. Están amarillos de los años que llevan ahí. En la última carta todavía se pueden ver las manchas de mis lágrimas cuando las releía una y otra vez esperando que llegara la siguiente. Pero eso nunca

pasó. En 2006 dejé de tener noticias suyas y al cabo de muchos meses, deprimida por mi vida en Chicago, empecé a pensar que era absurdo esperar por alguien al que yo no le importaba lo más mínimo. Tenía que asumir que no quería saber nada de mí. Nuestra amistad le importaba lo mismo que yo, nada. Ahora aparece en mi vida. Veinte años después y la vuelve del revés. Siento algo muy profundo por él. Estoy segura de que siempre estuve enamorada de Garret, desde que lo vi el primer día en la cocina de mi abuela. Solo tenía siete años y él nueve, pero me pareció el niño más guapo que había visto en mi vida. Y después empezó a venir todos los días y me acostumbré a estar a su lado, hasta que un día, se esfumó. Como una pompa de jabón que lleva tanto tiempo flotando en el aire que al final se rompe…

—¡Eh, guapa! ¿Esperas a alguien? —La voz de Julia me saca de mis pensamientos.

—Julia, ¡cómo te echaba de menos! —Nos fundimos en un abrazo.

—Yo también a ti. ¡No sabes cuánto! —Me da un beso en la cara y me coge del brazo—. Venga, vamos a tomarnos algo, tenemos mucho de lo que hablar.

—Sí. ¡Ay, me parece increíble que estemos juntas! —le digo con las lágrimas pugnando por salir de mis ojos.

—Pero si solo hace tres semanas escasas que no nos vemos. Anda, ven aquí que creo que tienes muchas cosas que contarme.

Julia es muy alegre y tiene una capacidad asombrosa para hacerme sonreír, por muy mal que me sienta. La adoro.

Es mi mejor amiga. No sé qué hubiera hecho sin ella todos estos años. Era la primera amiga «chica» que tenía. Hasta entonces solo había estado con Edward y fue bonito descubrir que podía hablar con ella de todo. De alguna manera lo sustituyó a él.

Nos sentamos en la cafetería y pedimos dos cafés solos.

Me cuenta cómo le va en la tienda y sus últimas citas, a cuál más horrible. Sigue empeñada en «cazar» a un marido rico.

No sé qué hacer para que cambie de opinión, pero nunca he podido conseguir nada. Es una cabezota, como buena Tauro que es. Parece que solo me rodeo de gente de ese horóscopo.

—Ya lo hemos hablado, Vicky. No pienso trabajar toda la vida de dependienta. Me merezco algo mejor, ¿no crees?

—Te mereces lo mejor del mundo, pero eso no creo que sea lo que te vaya a dar tu supuesto marido rico y octogenario.

—Los octogenarios, como tú los llamas, tienen un punto muy adorable. Son como abuelitos. —Sonríe y bebe un sorbo de su taza—. Además, la mayoría lo que quiere a esa edad es compañía.

—No creo que quieran solo eso de ti.

—Pero si no pueden ni… Ya me entiendes... Tienen problemas por mantenerla… activa. —Vuelve a reír a carcajadas.

—Sabes que existen remedios en la farmacia para esos

«problemas», como tú los llamas.

—Lo sé, pero dejemos de hablar de pastillitas de color azul y hablemos de ti, ¿qué tal por el pueblo de tu abuela?

—Muy bien, Julia, es precioso, y he estado muy a gusto allí, además encontré a

un viejo amigo. —Bebo mi café y mi mente vuela a los ojos azul marino más bonitos que he visto nunca.

—A ver, mírame. ¡Qué carita es esa! ¿Un viejo amigo? —

Arruga la nariz—. No me digas que es…

—Sí, Garret.

—¿Garret? ¿No se llamaba Edward?

—Sí, bueno, se lo cambió. Por eso no lo reconocí cuando llegué a Telluride. ¡Dios! ¡Ha cambiado tanto! Me gustaría que lo conocieras.

—Ay, ay, que te veo los ojos muy brillantes… ¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Sí, Julia. La noche antes de volver a Chicago, coincidimos en una fiesta y… después… Bueno, me asusté pensando que nos seguían mis extorsionadores y me llevó a su casa…

Mi amiga hace su típico baile sentada, moviendo los hombros de forma exagerada. Las dos comenzamos a reír.

—Imagino que fue increíble, no hay más que ver tus ojos brillantes y esa sonrisa que no puedes disimular. Nunca te había visto así, amiga.

—Lo sé. Es que él y yo siempre hemos tenido una conexión muy especial, desde que éramos unos enanos.

—Sí, me contaste muchas cosas de tu infancia allí con él.

¿Y qué piensas hacer?

—¿Te refieres a mi situación con Garret? —Asiente y yo continúo—. No sé, Julia, mi vida está en Chicago. Sí, me gusta mucho ir al pueblo. Es un lugar con un encanto muy especial, pero mi trabajo, mi apartamento, mis amigos…

todo lo tengo aquí. Y Garret también tiene allí toda su vida.

Siempre ha vivido en Telluride, aunque me sorprendió, y molestó también lo admito, que estudiara Veterinaria aquí en Chicago.

—¿Por qué dices que te molestó?

—Pues porque me entero de que hizo aquí la carrera y ni siquiera vino a visitarme ni una sola vez. ¡¿No te parece increíble?!

—A ver, es un poco raro, no te lo voy a negar. Sobre todo, por la amistad que teníais los dos, pero no sé, igual no pudo hacerlo. La verdad no tengo idea.

—Yo tampoco, pero no puede pretender que yo lo deje todo ahora por él. La otra noche me dijo que cuando volvía y no le contesté. De hecho, llevo todo el día sin contestar a sus mensajes… Estoy hecha un lío, Julia. No sé qué hacer.

—Ven aquí, tonta, todo se solucionará. —Me abraza y siento que me reconforta.

Después de un rato las dos, contándonos nuestras cosas, salimos del bar. Me despido de ella y quedamos en vernos mañana por la noche. No sé cuánto tiempo me quedaré en Chicago, pero intuyo que unos días más seguro. Sobre todo, hasta que la situación de mi madre se arregle.

Llego al apartamento y la veo. Está sentada junto a la ventana. Cuando escucha la llave me mira, pero no hace ningún intento por levantarse. Se ve muy apagada. Ella suele estar muy activa y ahora está triste. Han sido demasiadas cosas juntas.

—Mamá, ¿cómo estás? He traído comida del restaurante español que tanto te gusta.

—Gracias, querida, pero no tengo hambre.

Quety adora la comida española. Mi abuela Margarita, nunca perdió la esencia de su tierra y aunque se mudó muy jovencita a Estados Unidos, siempre nos hacía comida española y mi madre, Alexia y yo hablamos perfectamente el español, incluso alguna expresión de allí nos sale de vez en cuando.

—Mamá, tienes que comer. No puedes seguir así, anoche tampoco quisiste cenar.

—¿Sabes que me han llamado los bomberos?

—¿Y qué te han dicho?

—Nada bueno, Victoria. Al parecer no podemos arreglar la casa hasta que acabe la investigación y no saben si se van a demorar dos o tres semanas todavía.

—¡Vaya! Sí que es una mala noticia, pero aquí podemos estar las dos todo el tiempo que haga falta. Por eso no te preocupes.

—Lo sé, hija, pero no te lo tomes a mal, estoy acostumbrada a más espacio y el centro de la ciudad me aturde demasiado.

Me quedo pensativa. Tiene razón. Mi madre no soportaría estar en un apartamento de sesenta metros mucho más tiempo.

Empezamos a comer. Ella a regañadientes, pero consigo que al menos pruebe bocado. No dejo de pensar en qué podemos hacer y entonces se me ocurre una idea.

—Mamá, ¿qué te parece que nos vayamos al hotel de la abuela? Hasta que lo vendamos podemos estar allí. Te sentará bien el aire de la montaña.

—¿Volver a Telluride? —Se ríe nerviosa—. No creo que pudiera, Victoria.

—¿Y si lo intentas? ¿Qué dices?

Intentarlo siempre es una buena opción, es más, yo creo que es la mejor de las opciones, seguir intentándolo, una y otra vez, aunque creas que no lo vas a conseguir.

CAPÍTULO 40

Telluride, año 2008.

Me gusta estar ocupado en el huerto ecológico. Es bonito ver cómo una semilla que has plantado hace unos meses, comienza a dar su fruto. El director me acaba de llamar para que vaya a verlo a su despacho. Me ha dicho que allí está el señor Cooper. Salgo de la tierra donde tenía hundidas las manos y me las limpio bajo el chorro de agua, frotando con fuerza para eliminar los restos. Trabajar aquí me relaja y me hace no pensar. Llevo sin hacerlo un año y medio.

Cuando llego a la puerta del director me detengo unos segundos antes de golpearla. Me pregunto qué hará aquí el señor Cooper. Es sábado y él suele venir

los lunes. Lo lleva haciendo desde que entré en este lugar. Fue la primera persona que vi cuando llegué a comisaría aquella noche. Ya han pasado muchos meses. Tenía diecisiete años y en unas semanas voy a cumplir los diecinueve.

Recuerdo ese día. Toda la banda huyó. Yo también tenía que haberlo hecho, pero cuando volví a mirar y vi aquel hombre en medio del charco de sangre, no pude. De repente pensé que quizás, lo más probable, es que tuviera una familia en casa esperándolo. La misma que lamentaría que su marido y padre hubiera muerto desangrado haciendo su trabajo. Seguramente era bueno con su mujer y sus hijos.

Todo eso pensé en escasos segundos en que me debatía si seguir a los demás o permanecer allí. Así que me quedé. Le taponé la herida y esperé a que llegara la ambulancia a la que yo mismo había llamado. Lo que vino después, era obvio que me lo merecía. En comisaría me leyeron los cargos y a las pocas semanas, después de una vista en el Tribunal de menores, me condenaron a dos años y medio en

un centro, o reformatorio, como lo llaman algunos. El día que me arrestaron conocí al señor Cooper. Era el comisario jefe de la policía de Colorado. Sus primeras palabras y casi las únicas fueron:

«Chico, estás metido en un buen lío».

Y era cierto, la había cagado a lo grande, pero no aquella noche, sino el día que acepté trabajar con Sean y su primo Bernie.

En todo este tiempo recluido aquí he pensado mucho. En mi futuro, en mi padre, que sé que sigue en la cárcel, pero sobre todo en ella, en Victoria, mi amiga. A pesar de que cuando entré en este centro llevaba dos años sin verla, sus cartas me mantenían vivo. Era el chute de energía que me hacía falta para seguir. Para no sentir mi realidad, que no era otra que saber que estaba solo.

—¡Adelante! —La voz del director me invita a pasar.

Cuando entro, veo al señor Cooper junto a él. Me sonríe con una leve mueca. Yo me siento en la silla que queda libre, a su lado.

—Buenas tardes —saludo al tiempo que me coloco bien en el asiento. Estoy nervioso.

—Buenas tardes, Garret.

—Quita esa cara, chaval, que Jeff, es decir, el señor Cooper, viene con buenas noticias para ti.

No entiendo nada de lo que pasa, pero los dos me miran y no dejan de sonreír. Me pregunto qué les hará tanta gracia.

—Bueno, creo que tienes derecho a que te diga de una vez para que estoy aquí.

—Estaría bien —ironizo.

—Bien, Garret… llevas dieciocho meses en este centro. —

Asiento pensando que me sé la cuenta perfectamente, cada

día, cada semana, y casi cada minuto que llevo aquí—. Te queda otro año para terminar la condena que te impusieron, que como sabes tuvo de atenuante el haber prestado auxilio al guardia de seguridad al que atacasteis tu banda y tú.

—Ya le dije que yo no le disparé.

—Lo sabemos, recuerda que él testificó a tu favor y por eso se te aplicó la pena menor. Aun así, como te decía, te quedan todavía doce meses para salir… Sin embargo, conocemos el buen comportamiento que has tenido todo este tiempo, no solo no metiéndote en problemas, sino ayudando en todas las ocasiones que se te han presentado…

—¿Me está diciendo que podré irme a mi casa antes?

—Sí y no. —Lo miro confundido—. Saldrás de aquí en una semana, pero solo durante el día, a las ocho deberás regresar al centro. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Además, durante el día harás trabajos para la comunidad. En tu caso, vendrás a la comisaría y trabajarás allí ayudando en todo lo que se precise.

—¿Yo trabajando con la policía? —Suelto una carcajada que retiro enseguida al ver el rostro del director.

—Eso es. Y a las ocho de regreso aquí. ¿Qué te parece?

Lo pienso unos segundos. Los pocos que necesito para decirle que sí. En realidad, no tengo nada que pensar. Hace un año y medio que no piso la calle y quiero volver a mi vida anterior, si es que puedo.

Solo pienso en volver y… en una sola persona.

¿Qué habrá sido de ella?

¿Me habrá olvidado?

Garret



CAPÍTULO 41

VUELVE

—¡Qué pasa, Garret! —Jeff se levanta del suelo donde tiene instalado el biohuerto y me da un abrazo.

—Buenas, ¡te veo cada día mejor!

—No le digas eso que se lo va a creer, además cada vez está más cascarrabias —

la señora Cooper bromea y me da un beso y otro abrazo, tan cálido como siempre.

—No le hagas caso, hijo. Está encantada de tenerme aquí desde que me jubilé.

—¡Qué remedio tengo! —Los dos se ríen—. ¿Qué se te ofrece tomar?

—Un zumo está bien, Lisa. Gracias.

—Enseguida lo preparo. —Me sonríe y luego mira a su marido—. Y a ti no te voy a traer una cerveza que ya sabes que te sube el ácido úrico. Deberías aprender de Garret que nunca ha probado el alcohol.

Se marcha con una sonrisa. Son una pareja admirable.

Llevan toda la vida juntos y han pasado por momentos muy

duros que han superado unidos. Jeff y Lisa, los señores Cooper, han sido como unos padres para mí y ellos siempre me han tratado como a un hijo. Perdieron al suyo hace mucho tiempo. Tenía doce años cuando murió a causa de una enfermedad de nacimiento, de las que llaman «raras», y que finalmente no pudo vencer.

—Dime, Garret, ¿en qué te puedo servir?

—Necesito ayudar a una vieja amiga. Hace mucho que no sabía nada de ella. —Me mira atento y asiente—. Su padre tenía deudas de juego muy importantes con un grupo bastante peligroso. Por lo que he podido investigar, con la policía de Telluride, creo que operan principalmente aquí en Colorado, aunque ella es de Chicago, pero por lo que le dijo su abogado el grupo actúa casi siempre por esta zona.

—Entiendo… y dime una cosa, ¿esa amiga es la misma de la que me has hablado todos estos años?

—Sí. Es la misma, Jeff. Es Victoria. Ha aparecido de nuevo en mi vida y yo todavía no me lo puedo creer. Pensé que nunca la volvería a ver. Pero necesito ayudarla… quiere vender el hotel de su abuela para pagar esa deuda y no puedo permitirlo. Significa mucho para mí. Tú lo sabes.

—¿Significa mucho? ¿El hotel o ella?

—Ambos.

Se levanta del asiento y al pasar por mi lado me da un golpe en la espalda. Después coge el teléfono y hace un par de llamadas. Estoy atento a todo lo que dice a quienes sea que estén al otro lado de la línea. Al colgar me cuenta que según la policía de Colorado andan detrás de un grupo de extorsionadores, jugadores de póker, que operan por todo el territorio de Chicago y sus alrededores.

Cuando me levanto para irme, la señora Cooper insiste en que me quede a comer. No puedo negarme al estofado

de Lisa. Sobre todo, porque lo hace siempre que vengo.

Sabe que me encanta cómo lo cocina.

Después de pasar la tarde en casa de los Cooper, me monto en la camioneta y me voy a casa. Acabo de pasar cerca de donde vive Shania y he tenido la tentación de subir, pero creo que, si vamos a ser amigos, debo esperar a que las aguas se calmen un poco. Está demasiado reciente la conversación que tuvimos el otro día y no quiero hacerle más daño.

Media hora más tarde llego a Telluride. Aparco al lado de mi cabaña y reviso el móvil. Tengo dos llamadas perdidas de Victoria. Entro en casa con una sonrisa boba que me ocupa toda la cara. Estoy deseando saber de ella. Solo lleva tres días en Chicago, pero la echo tanto de menos que casi no puedo concentrarme en nada de lo que hago.

Marco su número de teléfono. Solo me hacen falta dos tonos para escuchar su voz.

—Hola, Garret.

—Hola, ¿cómo estás? ¿Cómo va la cosa por Chicago?

—Bien, bien, bueno… en realidad la investigación va un poco lenta y… siento no haberte cogido el teléfono estos días, pero necesitaba pensar.

Sus palabras me producen un pellizco interno en el estómago. El hecho de que haya estado pensando, me dice que tiene que ver con nosotros. Y eso me asusta.

—¿Y puedo saber si has llegado a alguna conclusión?

—No, es decir, no sé qué decirte, pero de todas formas hablaremos en persona mejor que por teléfono. Ya pronto estoy allí.

—De acuerdo, pero ¿eso significa que vuelves ya a Telluride?

La sonrisa más grande se instala en mi cara con el solo hecho de pensar que regresa.

—Sí, pero no voy sola, mi madre también se viene unos días, hasta que podamos arreglar la casa que quemaron y pueda regresar a Chicago. No creo que soporte mucho tiempo estar allí.

Todavía me acuerdo de la señora Smith y de cómo me despreciaba. Supongo que no veía con buenos ojos que un niño sin familia como yo, fuera amigo de su hija. Y eso que ni ella ni Victoria supieron nunca de mi pasado delictivo.

—¿Cuándo vienes?

—Saldremos mañana temprano y calculo que el jueves llegaremos. Ya he buscado un hotel para quedarnos una noche en Colorado.

—No será el mismo en el que te robaron la maleta,

¿verdad? —bromeo.

—¡No, estás loco! —Se ríe a carcajadas—. Si meto ahí a Quety se muere.

—Ya me imaginaba. —Me río con ella y después me quedo callado. Los dos lo hacemos. Escucho el sonido de su respiración al otro lado del teléfono.

—Te tengo que dejar, estoy llegando a mi apartamento.

—De acuerdo.

—Garret… yo…

—Dime, ¿qué ocurre?

—Nada, es solo que… te echo de menos. Estos pocos días en la ciudad me has hecho mucha falta.

—Tú a mí también, Victoria. Mucho.

—Nos vemos pronto.

—Sí.

Cuelgo el teléfono y me meto en la ducha. Silka me sigue al baño y al momento aparece Mimi.

—¡Vuelve, chicas! ¡Victoria vuelve! —grito eufórico ante la mirada de mis perras que mueven enérgicamente las colas. Están contentas. Lo sé.

Yo también lo estoy…



CAPÍTULO 42

CITA A CIEGAS

Mañana salgo temprano hacia Telluride. Estoy nerviosa, pero también contenta de volver, aunque sea solo unos cuantos días más. No quiero confundir a Garret, pero ahora mismo me siento como una niña pequeña y caprichosa.

Ahora voy a cenar con Julia. Íbamos a quedar para despedirnos, porque no sé cuándo volveré a Chicago, pero al final lo que iba a ser una cena de amigas, se

ha convertido en una cita con dos vejestorios. Me pidió el favor de que la acompañara a una cena con uno de sus amigos.

Es un cliente habitual de la tienda que, según ella, le tiene el ojo echado. Después de ir casi a diario a su trabajo con la excusa de comprar cualquier cosa, parece que se ha decidido y la ha invitado a cenar. Le dijo que iría con un amigo por si ella también quería llevar a alguien, y

¡sorpresa! Yo soy la elegida. La verdad es que me ha dado un poco de rabia, porque quería pasar la noche con ella y no con dos extraños que, conociendo los gustos de Julia, me juego el cuello a que entre los dos suman casi doscientos

años. Por Dios, que solo tenemos treinta años, bueno treinta y dos, vale, pero de todas formas podríamos ser sus nietas.

En fin, me lo ha rogado tanto que no he tenido más remedio que aceptar. Estoy totalmente en desacuerdo con lo que hace, pero tampoco me apetecía dejarla sola con dos extraños.

Así que aquí estamos. Delante del restaurante donde hemos quedado. Miro el móvil y tengo un mensaje de Garret que me dice que cuenta las horas para verme. Sonrío como la típica adolescente que recibe notitas del chico que le gusta en la clase de química sin que el profesor la vea. Julia me mira y también sonríe porque sabe quién es el que me manda los mensajes.

Ahora también suena su teléfono. Sin querer veo la pantalla y descubro que es Alan. Vuelvo a decirle que debería darle una oportunidad a ese chico que se muere por ella, pero es muy cabezota, ya lo sabéis.

—No insistas, Victoria, ya sabes que en la vida no todo es amor. Si no tienes dinero, ¿de qué sirve estar enamorada?

—Entonces admites que lo estás…

—¡Yo no he dicho eso, no me líes!

—No, si yo no te lío, solo que te conozco desde que éramos niñas y sé que Alan te gusta, pero eres tan dura de aquí —le señalo con el dedo la cabeza—, que no lo vas a reconocer.

—Eres una pesada, ¿lo sabías? —Mira detrás de mí y de pronto se pone seria—. Allí vienen.

Me giro y veo a dos señores venir hacia nosotras. He de admitir que son hombres muy elegantes, pero estoy segura de que el camarero pensará que son nuestros abuelos.

En fin, lo que hay que hacer por una amiga no está pagado y encima lo hago en contra de mi voluntad.

—Buenas noches, Julia. —Uno de los señores se inclina y besa la mano de mi amiga.

—Buenas noches, Richard —contesta ella con una sonrisa

—. Te presento a Victoria, mi mejor amiga.

—Encantado, Victoria, es un placer.

—Gracias, igualmente —miento.

—Mi nombre es Donald, un placer compartir esta noche con dos mujeres tan bellas —dice el amigo que lo acompaña.

Estaba pensando que este hombre se parece mucho al expresidente del país. Estoy segura de que van al mismo peluquero, porque tienen el mismo color rubio platino e igual el tupé repeinado. Y para colmo son tocayos.

Al igual que el amigo de Julia, el doble del expresidente me besa la mano y acto seguido ambos nos invitan a pasar dentro del exclusivo restaurante.

Nos sentamos en una mesa de un reservado y, por el trato del camarero que nos conduce a ella, me queda claro que son clientes habituales de este sitio.

Piden una botella de Moët & Chandon. Julia sonríe satisfecha y veo como el «amigo» le acaricia la mano que tiene apoyada en la mesa. Espero que al otro no se le ocurra tocarme porque si no soy capaz de echarle la botella por la cabeza.

Empezamos a conversar y nos comentan que ambos son presidentes de dos de las multinacionales más importantes del país. También nos dicen que son viudos

y que desean encontrar a una mujer que los acompañe en su vida. No paran de hacernos ojitos a las dos.

«No sé cómo me he dejado convencer por Julia», pienso para mí, mientras sonrío a Donald de la forma más falsa.

Son las once de la noche y salimos del restaurante.

Nuestros acompañantes nos invitan a ir a tomar una copa.

Julia me mira con ojitos de «cordero degollado», pero no puedo hacerlo, en primer lugar, porque creo que Donald ha empezado a emocionarse y he visto su mano más de una vez, con ganas de coger la mía, y, por otra parte, mañana madrugo.

—¡Qué lástima! —dice Richard—. Lo hemos pasado francamente bien con dos damas tan hermosas, pero espero que no declinéis la invitación a pasar un día en mi yate.

Tengo entendido que la próxima semana el mar estará calmado y es la ocasión perfecta para pasar una velada con dos encantadoras mujeres.

—Sí, por supuesto, cuenta conmigo, Richard, iré encantada —contesta Julia emocionada.

—¿Y tú qué dices, Victoria? —Esta vez el que habla es Donald.

—Lo siento mucho, pero no sé cuánto tiempo estaré fuera de Chicago. En otra ocasión.

Mi respuesta parece que no gusta a ninguno de ellos, incluida mi amiga que me mira con los ojos entrecerrados, signo de que le ha molestado mi respuesta.

Cogemos un taxi y nada más cerrar la puerta, Julia me recrimina el hecho de no haber aceptado la invitación a pasar el día en el yate de su amigo, aunque al momento se da cuenta de que es cierto que no voy a estar en la ciudad y se relaja. Aun así, me dice que ella irá.

Está claro que esta noche mi amiga estaba en su ambiente, en cambio, yo me sentía como un pez fuera del agua.

Lo malo es que tampoco sé si ese pez, o sea yo, encontrará su sitio dentro del agua. Ahora mismo estoy muy confundida. Ignoro si quiero irme a ese pueblo de montaña

que tanta paz me da, o, por el contrario, añoro el ruido de la ciudad.

Lo único que sí sé es que echo de menos a Garret.

Y el lugar creo que, en el fondo, me da igual…

Gavriel



CAPÍTULO 43

UNA NECESIDAD

FISIOLÓGICA

No sé las veces que he pasado con mi camioneta por la puerta del hotel. Sé que Victoria está a punto de llegar y estoy deseando verla, pero he decidido dejarlo para esta noche. Sobre todo, porque ya el señor Louis y Barry, el dueño de la tienda de al lado, me han mirado como si estuviera loco. Es normal, no

entienden qué hago dando vueltas alrededor de sus establecimientos.

Tengo miedo de lo que siento y también de si no estaré a su altura. No sabe nada de mí. De lo que han sido estos veinte años en que hemos estado separados. Solo tiene el recuerdo de un adolescente al que le dio un beso, antes de montarse en el coche de sus padres y desaparecer para siempre de su vida. Pero no sabe que estuve casi tres años en un centro de menores. Se lo tengo que contar, en cuanto surja la conversación. Además, siempre estoy con la sombra de mi padre encima de mi cabeza, como un nubarrón a punto de descargar una lluvia intensa sobre mí. Por suerte

tengo a Jeff y a Lisa, que han sido como mis verdaderos padres. ¡Quién me iba a decir que aquella noche en que la policía me detuvo en esos grandes almacenes y me llevó a esa comisaría, mi vida cambiaría de forma tan radical!

Gracias a eso, conocí a un hombre que se ha portado como el padre que nunca tuve. Me ayudó mucho. Yo era un adolescente que no sabía muy bien lo que estaba haciendo con su vida. Y como se suele decir: «no hay mal que por bien no venga», y así fue. Desde que entré en el centro, Jeff se preocupó por mí. Venía todas las semanas y teníamos largas charlas en que hablábamos de todo. Y, sobre todo, donde me aconsejaba. Cuando cogí confianza con él, le conté que, en realidad, esos robos eran para mí la única manera de que algún día pudiera estudiar Veterinaria. Le dije que siempre había sido mi ilusión y también el hecho de poder hacerlo en Chicago, donde había una persona muy importante que deseaba volver a ver. Así fue como le hablé de Victoria, de nuestra infancia juntos, de mi familia, de la muerte de mi madre, y de mi padre, de él también. Incluso intentó ayudarlo en la prisión en la que estaba ingresado, pero él no quiso. Muy en su línea.

Un día, cuando apenas me quedaba un mes en mi trabajo en la comisaría, donde estaba terminando la condena impuesta por el Penal, vino con unos papeles muy sonriente. No se me olvidará en la vida. No entendía qué significaban esos documentos, hasta que vi mi nombre y el sello de la Universidad de Chicago. Me había matriculado en Veterinaria. La felicidad que sentí en aquel momento lo recordaré siempre. Al igual que a ese hombre que, sin ningún interés propio, había ayudado a un delincuente como yo a reconducir su vida y a cumplir un sueño. Mi sueño.

Estaba feliz. Y lo estaba por partida doble, por un lado, iba a estudiar lo que

siempre había querido y además volvería a ver a Victoria. No sabía nada de ella. Habían pasado casi tres años sin noticias mías, por lo que supuse que me había

olvidado, aunque he de decir que la realidad fue mucho peor.

Sumido en pensamientos de mi pasado, casi sin darme cuenta, acabo de llegar a casa y me voy directo a la ducha.

Tengo idea de ir después a verla al hotel. Supongo que ya habrá vuelto y me muero por tenerla entre mis brazos y volver a besarla. Se ha vuelto una necesidad. Como una necesidad fisiológica, como es comer, asearse, cortarse el pelo o respirar oxígeno.

Salgo de la ducha todavía algo mojado y con una toalla enrollada a la cintura como única prenda, cuando la puerta suena.

Mimi y Silka están dando vueltas alrededor de la entrada.

No dejan de moverse.

—¡Eh, quietas! —les digo acariciándolas, pero lejos de tranquilizarlas empiezan a ladrar las dos a la vez—. ¡Ya va!

Abro y ahí está ella. Mi necesidad fisiológica.

No decimos nada. Ella se lanza a mis brazos que la acogen desesperados. Nos besamos con anhelo, enredando nuestros labios y nuestras lenguas en una batalla por conquistar el terreno del otro. Cierro la puerta con el pie sin dejar de besarla. La toalla que tenía atada a la cintura cae y ella sonríe al ver mi desnudez. Comienza a quitarse el abrigo y la chaqueta. Seguimos besándonos, con desesperación, como si no hubiera un mañana ni un nuevo amanecer. Como si todo acabara esta noche. A la chaqueta y el abrigo le siguen el resto de la ropa y comenzamos a devorarnos cada centímetro del cuerpo y de la piel. A duras penas llegamos a la cama donde la tumbo, sintiendo como enreda las piernas alrededor de mi cintura. Se desprende de la ropa que le queda. Es la imagen más sexi que he visto en mi vida. Comienzo un reguero de besos sobre su suave piel que es nívea y aterciopelada. Sus mejillas están sonrojadas, producto de la excitación que ahora mismo reina en toda la

habitación. Ella se gira y se coloca a horcajadas sobre mí, con su pelo largo y

oscuro a un lado que le adorna esos pechos que son una tentación. Tiene los ojos brillantes y me vuelve a besar con intensidad. Después ella misma me introduce en su interior y comienza a moverse. Al principio despacio sintiendo cada movimiento que hace que una corriente eléctrica me traspase el cuerpo y el alma, pero después empieza a moverse con más fuerza.

—Victoria, tienes que parar ahora o no tendré tiempo de…

—No pienso parar nada… —dice con la voz entrecortada mientras sigue entrando y saliendo de mí.

Nos dejamos llevar por el momento porque sentirla sin nada que se interponga entre su cuerpo y el mío hace que todo se multiplique por mil. Es la primera vez que lo hago con una mujer sin ninguna protección, pero en este momento he dejado de pensar. Además, ella no es cualquier mujer.

Me incorporo y la abrazo. Ella sigue moviéndose hasta que un grito ahogado sale de su boca indicándome que ha llegado al límite. Dos segundos después llego al mismo sitio donde está ella, derramándome en su interior. Caemos rendidos en la cama y nos volvemos a besar. Esta vez despacio, bebiéndonos los gemidos el uno del otro.

Ella apoya su cabeza en mi pecho y yo acaricio su espalda suave.

—Perdona, Garret.

—¿Por qué me dices eso? —Separa levemente la cabeza y me mira. Está ruborizada.

—Por no poder parar. Lo siento. No sé… quiero decir, nunca me había ocurrido; no usar protección.

—Yo tampoco. ¿Te das cuenta de que ha sido nuestra primera vez? —Ella se ríe y asiente besándome después.

—Tienes razón, es la primera vez que lo hacemos, y estoy feliz de que haya sido contigo. Con mi primer amor.

—¿Tu primer amor? —La miro divertido.

—Sí. ¡No te rías! ¿Acaso pensabas que era mentira cuando te decía que estaba enamorada de ti y que me iba a casar contigo?

—Pues no sé, tenías siete años. No te tomaba muy en serio. —Le pellizco la nariz y después se la beso.

—Era de verdad. Siempre estuve enamorada de ti, pero tú no te dabas cuenta.

—Quizás yo también lo estuve siempre pero no lo sabía.

No era tan listo como tú.

—Te he echado de menos, primer amor. —Sonríe.

—Yo también a ti, primer amor.

Nos besamos y volvemos a enredarnos entre las sábanas.

A veces las palabras no expresan todo lo que sentimos, porque el sentimiento es tan grande e intenso, que unas cuantas letras unidas no son suficientes.

Nunca son suficientes…



CAPÍTULO 44

ESCALOFRÍOS EN LA PIEL Y

EN EL ALMA

Dos días en las nubes.

Flotando entre algodones esponjosos que no dejan que me caiga. Me siento como la protagonista de una de esas series de animación, como los que ve mi

sobrina Alexandra.

Tengo un lío tremendo en la cabeza que no me aclaro ni yo misma. Y es que cuando estaba en Chicago me sentía en mi hábitat. Como un pez en el agua, cómoda y feliz. Mi trabajo, mi apartamento, mis amigos, mi familia, mi… todo. Lo malo es que desde que he encontrado de nuevo a Garret, a ese

«todo» que yo creía atesorar, en realidad le faltaba lo más importante.

Faltaba él.

¿Por qué sigo negándome lo que siento por él? Hasta hace poco la respuesta era sencilla; no encajaba conmigo, a pesar de estar enamorada hasta las trancas. O al menos, en lo que yo pensaba que era mi vida. La que tenía en Chicago.

Ahora me he dado cuenta de que la felicidad que yo creía

poseer no era tal cosa. Y lo sé porque cuando estoy con Garret, las cosas son más fáciles. Veo la solución a los problemas e intento afrontarlos. Y eso es solo porque él está a mi lado, apoyándome en todo.

Mi madre no para de decirme que el pueblo la ahoga —y eso que solo lleva cuarenta y ocho horas aquí—, pero no sé por qué estoy empezando a ver en sus ojos un poco de paz.

La gente del pueblo la ha acogido como si fuera una vecina más, a pesar de renegar de su propia tierra durante años.

Ayer me sorprendió verla hablando, muy sonriente, por cierto, con un señor. Cuando le pregunté quién era, me dijo que era un viejo amigo de la infancia al que no veía desde que nos mudamos a Chicago. Y al decírmelo, noté como se ruborizaba. Me pareció raro, pues no solo sus mejillas se volvieron rojas, sino que también una sonrisa se le instaló en la cara, y por más que ella intentó cambiar la conversación, no consiguió que su reacción pasara desapercibida para mí.

Todavía no ha visto a Garret. No le he hablado de él.

Ahora estamos sentados junto al río, en la pasarela de madera donde nos dábamos un chapuzón cuando llegaba el verano y mi mente ha volado a mi

niñez, cuando él y yo veníamos aquí, a escondidas de mamá porque no quería que fuéramos amigos.

—Es curioso.

—¿El qué?

—Estaba pensando que esta escena podría ser la misma de hace veinte años. —Me acurruco en sus brazos que me acunan y me besa en el pelo—. Lo único que cambia es que ya no somos dos niños, pero todo lo demás es igual. Incluso le he ocultado a mi madre que estaba contigo aquí, como hacíamos de pequeños.

Sonríe y me coge de la barbilla para depositar un beso suave en mis labios.

—Hay alguna diferencia más, aparte de nuestra edad.

—¿Sí? ¿Cuál? —digo con voz sensual sabiendo la respuesta.

—Pues, a ver… déjame pensar… —Me sube encima suya y rodeo sus caderas con mis piernas al mismo tiempo que él me atrae más a su cuerpo—. No conocía la suavidad de tu cuello, por ejemplo —me lo besa deslizando su lengua hasta llegar a mi oreja, erizándome de pies a cabeza—, ni tampoco el sabor de estos labios dulces. —Aprisiona mi boca hundiéndola con la suya—. Y menos mal, porque si no hubiera muerto por combustión. No creo que mi «yo adolescente», con las hormonas a flor de piel, hubiera resistido al fuego que siento teniéndote así, entre mis brazos.

—Yo quería besarte desde que tenía diez años y al menos lo hice antes de irme. Estuve acariciándome los labios todo el viaje en coche a Chicago, sintiéndolos como si acabara de pasar.

—Victoria, yo te eché de menos desde que vi tu coche marcharse a lo lejos, mientras me decías adiós por la ventana. Supe en ese momento que parte de mi alma se iba dentro de ese vehículo que avanzaba sin detenerse.

He recordado aquel día cuando me marché de Telluride.

Nos prometimos no perder el contacto. Cuando empezamos a cartearnos, en cierto modo, aquello compensaba no estar con él. No era lo mismo, pero al menos al contarme sus cosas y yo las mías, sentía que estábamos unidos, como

siempre.

—¿Por qué desapareciste tres años, Garret? Bueno, en realidad no fueron tres sino veinte —suelto a bocajarro.

Él carraspea y veo como su mandíbula se tensa.

—Fueron años difíciles y yo…

—¿Te olvidaste de mí? ¿Es eso?

—¡No, Victoria! ¡Nunca te olvidé, ni un solo día desde que te fuiste!

—Entonces, ¿por qué no supe nada de ti? —Se me escapa una lágrima y me la recoge con el dedo acariciándome la cara.

—No puedo verte llorar. No lo hagas, por favor.

—¿Qué pasó, Garret?

Duda un momento, pero después empieza a hablar.

—Estuve en un centro de menores durante casi dos años.

—Me quedo atónita con lo que escucho, pero él continúa—.

Allí podría haber seguido escribiéndote, e incluso estuve tentado a hacerlo, pero me dio vergüenza contártelo.

—Pero ¿qué hiciste, Garret? Me estás asustando. ¿Le hiciste daño a alguien? No me digas que…

—Robo. Me condenaron por robo. No maté a nadie, si es lo que estabas pensando.

Siento alivio cuando lo escucho. Por un segundo pensé que había asesinado a una persona, pero cuando me ha dicho que fue por robo, me he relajado y después he pensado que él no hubiera sido capaz de algo así.

—Di algo. Te has quedado muy callada.

—Estaba asimilando lo que me has contado.

—Te dije que había sido un chico malo. —Sonríe, pero en realidad sus ojos están tristes.

Me cuenta toda la historia. Cómo conoció a la banda de Bernie y el porqué de su inicio con los robos. Me ha producido ternura, y es que a pesar de que ha cometido delitos muy graves, también me ha dicho que lo atrapó la policía por quedarse a ayudar al guardia de seguridad de los almacenes, al que habían herido y, no me ha extrañado. Si alguien tenía que quedarse a socorrer a ese hombre era él.

Ese era mi amigo.

—Te quiero, Garret. —Me mira sorprendido—. Sí, no pongas esa cara. Te quiero por lo que eres. Sé que no está bien lo que hiciste, pero te conozco y también sé que tu intención no era hacer daño a nadie, sino superarte en la vida a pesar de…

—A pesar de mi familia, de mi padre, puedes decirlo. —

Termina lo que yo estaba diciendo—. Sí, a pesar de él.

¿Sabes que murió hace cinco años? Estuvo en la cárcel bastante tiempo y cuando salió, hecho un anciano, no solo por fuera, sino también por dentro, traté de ayudarlo.

Acaricio su espalda. Sus palabras me hieren porque sé que son muy dolorosas para él. Continúa hablando, aunque le he dicho que no hace falta que recuerde esos momentos.

—Lo estuve ayudando. Pagaba el alquiler de su apartamento y le llevaba comida una vez a la semana. Él no quería nada de mí. Me echaba de su casa. Me gritaba que yo tenía la culpa de que mi madre hubiera muerto. Que todo había sido por mi causa.

—No puedo creerlo. ¡Qué injusto! Un niño de nueve años no tiene culpa de nada. Tu madre sufría una depresión muy fuerte.

—Sí, es cierto, aunque durante años me sentí responsable. Y el hecho de que mi padre me lo dijera todos los días, no ayudaba.

Lo beso.

Él también lo hace y nos fundimos en un abrazo. Siento escalofríos en la piel, como siempre que nuestros cuerpos se unen, pero también en el alma.

¿Se pueden tener escalofríos en la piel y en el alma?

Os aseguro que sí…

Gavriel



CAPÍTULO 45

COMO EN CASA

Me despierto empapado en sudor. El corazón me late a toda prisa y siento que está a punto de salir del pecho para no volver nunca más. Ha sido una pesadilla. Sin embargo, era tan real que parecía que estaba pasando de verdad. Quizás el hecho de que Victoria me contara que sigue recibiendo amenazas de esos tipos, me puso muy nervioso. Si algo le pasara a ella, yo… No quiero pensar cosas así, pero mis sueños tampoco me ayudan. Lo único bueno es que, al despertarme de

madrugada, todas las veces compruebo que está a mi lado; que su pelo descansa en mi pecho y sus piernas están enroscadas a las mías.

Llevamos así una semana. Todas las noches, cuando se despide de su madre y se mete en su habitación, Victoria sale por la escalera de incendios como si tuviera catorce años y escapara de sus padres a escondidas. Y lo cierto es que eso es justo lo que está haciendo. Lo que estamos haciendo, en realidad. Aunque ya no seamos un par de adolescentes. Yo estoy esperando en el coche. Parecemos quinceañeros. Luego nos vamos a mi cabaña y pasamos la

noche juntos. Su madre no sospecha nada porque Victoria llega por la mañana cuando ella todavía duerme. La señora Smith tiene cierto apego a las sábanas. Y no porque lo diga yo, lo dice su hija.

La investigación que la policía está haciendo del asunto de los extorsionadores va avanzando, pero yo no puedo esperar sin saber nada, porque temo por la seguridad de Victoria. Y eso no entra dentro de la paciencia que Jeff me pidió.

Son las dos y hemos quedado para ir a comer a su casa.

Quiero que conozcan a Victoria. Estoy deseando presentársela a los dos. Aunque se puede decir que ya la conocen de todo lo que les he hablado de ella.

—¿Preparada? —Apago el motor del coche. Le cojo la mano y la llevo a mi boca para besarla notando su cálida piel.

—Sí. ¿Puedes creer que estoy nerviosa? —Me río—. ¡Eh!, no te burles de mí. Quiero causarles buena impresión. Sé que te quieren mucho.

—A ti también te querrán. Es imposible no hacerlo. —Me acerco a ella y la beso en los labios.

Me pierdo en su sabor. Solo puedo pensar en cómo me gusta cada beso de su boca, y en la forma que tiene de mirarme con los ojos vidriosos.

Salimos del coche y la cojo de la mano. Este momento lo voy a recordar para siempre en mi mente. Jeff y Lisa son como mis padres. Los quiero como si lo fueran. Soy lo que soy gracias a la abuela Margarita y a ellos. Si la abuela no hubiera cuidado de mí, tal y como mi madre le pidió en aquella nota, y si aquel día no me hubiera atrapado la policía en aquellos almacenes y no hubiera

conocido a Jeff, no sé qué sería de mí en estos momentos. Es probable que siguiera metido en la banda de Bernie o quizás en otra aún peor.

—¿Estás bien? —La voz de Victoria me devuelve al momento presente.

—Sí… mejor que nunca.

Nos damos un beso justo antes de que la puerta se abra y nos reciba la cara sonriente de Lisa.

—¡Chicos, por fin llegáis! Pasad, no os quedéis en la puerta.

—Gracias.

—Ven que te dé un abrazo, muchacha. Teníamos muchas ganas de conocerte.

Lisa abre sus brazos y acoge a Victoria que muestra una sonrisa.

—¡Mujer, por Dios! Deja a la pobre chica que la vas a asustar y no va a querer venir más veces a esta casa. —Jeff sale de la cocina limpiándose las manos en un paño que lleva atado al delantal y me da un abrazo—. ¡Qué hay, Garret! ¿Mucho tráfico?

—Sí, bueno, bastante, pero hemos venido tranquilos. Ya sabes que mi camioneta tampoco corre mucho. —Me giro hacia mi chica. Me gusta cómo suena en mi cabeza—. Te presento a Victoria. Él es Jeff.

—Encantado, señor.

—Nada de señor, llámame Jeff y dame un beso. No sabes las ganas que tenía de conocerte por fin. Este chico no hace más que hablar de ti. —Los dos nos reímos —. Y no viene de ahora, sino desde que lo conocí con diecisiete años y ya tiene treinta y cuatro, así que hazte la idea de todas las veces que había oído tu nombre.

Le da un abrazo y un beso.

—Querida, vamos a la mesa que ya está todo listo. —Mi madrina coge del brazo a Victoria y la conduce al salón.

—No me habías dicho que era tan guapa —me susurra Jeff a mi lado.

—Lo es más por dentro que por fuera, créeme. —Le doy una palmada en la espalda cuando nos reunimos con ellas.

Nos sentamos a la mesa. Lisa ha hecho el estofado que tanto me gusta, aunque hay tantas cosas en la mesa que no creo que pueda probar mucho de su exquisita carne.

—No sabía lo que te gustaba, querida, y por eso he hecho un menú variado, para que te sientas como en tu casa y comas lo que más te guste.

—Gracias, señora.

—Nada de formalismos, igual que al cabezota de mi marido, a mí llámame Lisa. —Sonríe—. Para mí eres como de la familia. Garret es como nuestro hijo, así que tú…

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, cariño, pero solo por esta vez, no vayas a acostumbrarte, ¡eh! —la interrumpe Jeff.

Victoria y yo nos reímos con las discusiones de los dos durante toda la comida. No hay más que verlos para saber que se adoran, a pesar de los años que llevan juntos, y de todas las dificultades que han tenido que superar en su vida.

Le han contado miles de anécdotas de cuando yo era adolescente. Y han sacado el álbum de fotos que tienen con todos los momentos que vivimos juntos. No me acordaba de una foto que me hizo Jeff en la comisaría los meses que estuve ayudando allí. Yo estaba sentado en una mesa de su despacho ordenando los expedientes de ese día. Nunca se lo dije, pero en uno de ellos vi a Bernie, el primo de Sean.

Recuerdo que pensé que era muy afortunado por estar al

otro lado y no acabar como alguno de ellos, en busca y captura.

Son las seis de la tarde y ya nos despedimos. Viven en Colorado y aunque solo estamos a cuatro horas de distancia, me gustaría visitarlos más de lo que lo hago.

Cuando los veo tan mayores, siento nostalgia. Con ellos estoy como en casa.

Durante el almuerzo ha habido un momento en que han bromeado con la idea de que en un futuro nos casaremos y tendremos hijos, pero cuando Jeff ha notado que me he puesto tenso, ha cambiado de conversación. Es algo que he hablado mucho con él. Aunque ya casi no lo hacemos, porque siempre acabamos discutiendo. Sé que debo superar el tema de mi padre biológico, pero es algo que siempre he pensado; el hecho de que yo no puedo ser padre. Si hay alguna mínima posibilidad de que yo sea como él, no puedo permitir que ocurra.

Es algo que le insinué a Victoria la otra tarde junto al río.

No supe descifrar su cara. Tampoco me dijo nada, pero creo que no le gustó que le dijera que la paternidad no entra en mis planes.

¿Qué clase de padre sería si me pareciera en algo al mío?

Hay infinidad de estudios psiquiátricos que aseguran que muchos de los patrones familiares se repiten.

Desde la tarde en el río no hemos vuelto a hablar del tema hasta hoy que mis padrinos lo han hecho.

Creo que lo mejor es olvidarlo. Estoy de maravilla con Victoria y no quiero pensar en cosas que ensombrezcan nuestra relación.

Victoria



CAPÍTULO 46

ASÍ ME SIENTO YO

CUANDO ESTOY CON

GARRET

He quedado con Hank. Lleva varios días insistiendo en que tiene una oferta que no puedo rechazar para la venta del hotel de mi abuela. Le he dicho que hemos

cambiado de opinión y que, por el momento, mi familia y yo, no estamos interesados en venderlo. Ahora estoy con él y vuelve con lo mismo.

—Creo que te estás equivocando, Victoria, porque sé que tú eres la que has tomado la decisión.

—Perdóname, pero ahora mismo no puedo hacerlo. Algo ha cambiado…

—Imagino que el cambio tiene que ver con él, el burdo veterinario —dice burlándose, pero se da cuenta de que a mí no me hace nada de gracia—. Disculpa que sea tan sincero. Ya me he enterado de que estáis juntos.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto sorprendida de que lo sepa. Hemos sido muy cautelosos. Es verdad que siempre andamos juntos y que este pueblo no es Chicago, pero aun así…

—Es evidente, ¿no crees? No entiendo qué haces con él.

No tiene clase, es bruto, en cambio, tú eres elegante y se ve a la legua que estás habituada a frecuentar otro tipo de ambientes. Se te nota, Victoria, eres como yo.

Examino sus palabras y me niego a pensar que somos iguales. Es cierto que tiempo atrás, hubiera pensado de la misma manera que Hank; que Garret y yo no tenemos nada en común, pero eso era antes.

—No lo conoces como yo —digo con el gesto serio.

—Creo que lo conozco mucho más que tú, que solo hace un mes escaso…

—Da igual, Hank, dejemos el tema, ¿de acuerdo? —le corto porque no me apetece contarle que Garret y yo nos conocemos de toda la vida, y tampoco tengo ganas de decirle que siempre estuve enamorada de él, aunque hayamos estado separados tantos años.

—Está bien, no insistiré, aunque creo que estarías mejor con alguien… diferente. —Sonríe y no hace falta que me diga que se refiere a él mismo o de su estilo—. Está bien, dejemos de hablar de él y volvamos a lo que nos interesa…

los negocios.

—Muchas gracias por todo, Hank, pero el hotel no está en venta —insisto de nuevo.

—De acuerdo, no quiero agobiarte ni mucho menos, pero debes saber que, si cambias de opinión, mi padre y yo estaremos dispuestos a valorar una nueva oferta, aunque te aviso que no será tan jugosa como esta. Piénsalo, Victoria, creo que estás soportando mucha presión de esa gente.

Le hago un gesto despidiéndome de él con la mano, sin pronunciar palabra alguna. Creo que ya he escuchado suficiente. Pienso en lo último que me ha dicho y me parece raro, aunque me digo a mí misma que no merece la pena.

Cuando doy media vuelta, me doy cuenta de que estoy diciéndole adiós a la posibilidad de acabar con las amenazas a mi familia, pero, como le he dicho hace un minuto a Hank, algo ha cambiado. En realidad, todo ha cambiado. Hasta que no he vuelto a este sitio no he recordado lo feliz que fui aquí, sobre todo dentro del hotelito de mi abuela. Además, ya no me parece un problema que en este pueblo no haya cobertura en casi ningún sitio, ni tampoco que la mayoría de los vecinos sepan todo sobre mí, incluso si hoy me levanté con dolor de cabeza. Y es que ahora, casi un mes desde que llegué a Telluride por segunda vez, he descubierto que me encanta este lugar, que adoro el aire puro de sus montañas, ir por las tardes al río con Garret, o tumbarnos los dos en la pradera llena de margaritas, como hacíamos cuando éramos niños, aunque ahora no haya ninguna flor debido al frío, pero sobre todo lo que más adoro es estar con él. Creo que este sitio es maravilloso, pero cualquier lugar del mundo sería un paraíso porque solo él es capaz de regalarme una primavera estando en pleno mes de diciembre, o hacer de este sitio perdido en el mundo, el lugar donde me he encontrado, donde no me siento a la deriva y donde he descubierto el amor verdadero. El amor de la persona que siempre ha vivido dentro de mí.

Casi sin darme cuenta, con la sonrisa en la cara, llego al hotel. Voy a ver a mi madre que debe de estar en su habitación. Cuando abre la puerta la veo arreglada y perfumada. Está claro que la he cogido a punto de salir.

Últimamente no para quieta.

—Victoria, ¡estás aquí! Me pillas casi saliendo —me dice dándose la vuelta hacia el espejo para perfilarse el contorno

de los labios.

—Otra vez vas con…

—Clint, hija, así se llama, y sí, me ha invitado a cenar a un restaurante del pueblo.

—Mamá… —Me mira con reprobación. Ahora más que nunca quiere aparentar diez años menos, así que opto por llamarla como le gusta—. Está bien, Quety, te veo ilusionada con él y me alegro por ti.

—No digas tonterías, Victoria, solo es un viejo amigo. —

Se acerca para hablarme casi en un susurro—. Entre tú y yo, lo paso bien con él, pero es un «don nadie». Tiene una pequeña granja y vende en el mercado lo que cultiva y cría.

—Mamá, por Dios, no puedo creer lo que dices, ¿no has visto cómo te brillan los ojos? ¿no te parece importante que él sea el causante?

—Lo primero, la muerte de tu padre está muy reciente, y además… ¿qué pensarían mis amigas si me vieran con alguien como él? ¡Es que no te das cuenta!

—Tus amigas, ya, ¿cuáles, Quety? ¿Las mismas que dejaron de visitarte y de llamarte en cuanto se enteraron de que estabas sin blanca? ¿Esas, mamá? —grito, aunque me arrepiento al segundo al ver como una lágrima pugna por salir de sus ojos—. Lo siento, no debí hablarte así, yo…

—No, Victoria. —Se limpia la lágrima que al final no ha podido evitar que corra por su cara—. Tienes razón, soy una ridícula. Es verdad, no tengo amigas y además no tengo donde caerme muerta…

—Lo siento, mamá. —Me abrazo a ella y la beso.

No sé cuantos minutos pasan hasta que nos despedimos.

Le arreglo el maquillaje de ojos que se le ha estropeado y la animo a salir. Quizás he sido muy dura con ella, pero creo que tiene que ser consciente de la

realidad, aunque eso no quita que me sienta fatal.

Cuando me despido de ella, me voy a mi habitación.

Decido meter algo de ropa y me voy hacia la cabaña de Garret. Todavía me parece increíble que lo que soñábamos de niños se haya hecho realidad. Siempre hablábamos de tener una casita de madera en la cima de la montaña y eso es justo lo que veo cuando llego con mi coche. Adoro dormir entre sus brazos y también me parece mágico escuchar los búhos bajo la ventana de su habitación. Parece que siempre que estamos juntos, ellos también están allí. Garret dice que están enamorados, y aunque sé que se refiere a los búhos, también sé que siente algo fuerte por mí, igual que yo por él, a pesar de que ninguno le haya puesto ningún nombre ni haya pronunciado las palabras que al menos yo tengo en mi cabeza cada vez que sus ojos se cruzan con los míos. Solo hay una cosa que no dejo de pensar y que no me gustó escuchar de él, y fue cuando me insinuó que no quería ser padre. Lo dijo muy serio y tajante.

No lo quiero pensar, además es algo que no entra tampoco en mis planes, al menos a corto plazo.

Desecho todos mis pensamientos negativos en cuanto veo que abre la puerta y me recibe con sus brazos apresando mis labios al tiempo que los va devorando.

Nos besamos con pasión. Como si hubieran pasado siglos sin vernos, aunque sean apenas unas horas, pero es que ninguno de los dos nos saciamos nunca del otro. Sentir su cuerpo al lado del mío es una sensación parecida al escalofrío que siento al meter los pies en el río, que a los pocos segundos se acomodan sintiéndose libres, o como cuando me doy una ducha y el agua caliente recorre mi cuerpo tirando por el desagüe todos mis recelos y angustias, o el olor a tierra mojada después de la lluvia, o el sonido de las olas del mar, o llegar al final de mi novela favorita. Así me siento yo cuando estoy con Garret. Todo se resume a una sola palabra: feliz.

—Te he echado de menos —dice separándose de mí para acariciar mis labios con sus dedos y volver a besarme.

—Yo también a ti. Somos unos exagerados, ¿no te parece? Solo hace doce horas que no nos vemos.

—Lo sé, pero cuando no estoy contigo, siento frío en mi piel. La sangre se me

hiela y solo cuando te tengo entre mis brazos siento que vuelve a correr por mis venas.

Nos besamos, ahora con más intensidad. Su lengua busca la mía que lo acoge. Su sabor es dulce.

—Estás muy rico y no me refiero solo a tu físico, que también, sino a tu sabor. —Se ríe—. Creo que me gustas más que la tarta de zanahorias.

—¿Incluso más que la de Robert?

Me quedo pensativa unos segundos. Él se ríe y me abraza uniendo su cuerpo al mío y luego le rodeo el cuello con los brazos.

—Excepto esa tarta. Lo siento, pero la tarta de Robert es la mejor.

—¡Oye! —Lo callo con un beso mientras me sube los brazos ayudándome a deshacerme de mi jersey.

La siguiente prenda en cubrir el suelo es mi pantalón al que le sigue el suyo segundos después. Se quita la camiseta. Es lo único que lleva puesto a pesar de que estamos en pleno invierno. Garret siempre tiene calor, aunque dice que yo soy la única culpable de que su temperatura esté tan alta.

Llegamos a la cama entre besos y risas, dejando un camino con nuestras prendas por todo el salón que conducen a la habitación donde nos deshacemos del resto.

Su boca recorre mi cuerpo que se estremece con el contacto húmedo de su lengua. Cuando los dos estamos juntos no nos hacen falta demasiados preámbulos, porque un solo

roce nos enciende a los dos hasta un punto que nunca había sentido.

—No sé qué me pasa contigo, pero estoy todo el día imaginándote así —le digo con la voz entrecortada cuando noto que su boca está entre mis piernas—. Me has vuelto una obsesa…

Me acalla cuando una corriente demoledora me recorre de pies a cabeza, haciéndome temblar como una hoja a punto de caer. Así me siento yo, como si estuviera cayendo al vacío, porque, aunque el suelo está cerca, yo, como la hoja,

solo veo que desciendo sin saber cuál es mi destino.

Pero no me importa porque lo hago pegada a él y los dos caemos juntos.

Cuando me recupero y mis piernas ya no son gelatina, me subo encima de él. Está muy excitado y comienzo a moverme mientras él atrapa mis pechos haciendo que yo vuelva a estar a punto otra vez. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… Sin darme casi tiempo a reaccionar me recorre, esta vez con él, una descarga eléctrica que hace que los dos lleguemos al clímax del que he vuelto solo hace escasos minutos.

Caemos los dos en la cama y nos abrazamos. Apoyo mi cabeza en su pecho y él acaricia mi espalda con un solo dedo, haciendo surcos en mi piel mientras mis piernas se enredan a las suyas. Me estoy acostumbrando a tenerlo así todas las noches y las veces que no podemos dormir juntos, no soporto el tacto de las sábanas en mis pies desnudos.

Necesito su contacto. Lo necesito a él.

—Podría quedarme así toda la vida —me dice besando mi pelo—. Podría secuestrarte, aunque sería raro porque no pediría rescate por ti.

—Y yo me quedaría sin rechistar.

—Creo que a tu madre no le haría ninguna gracia que eso pasara.

—No creas, últimamente está muy ocupada saliendo con uno de los vecinos del pueblo. Parece que eran amigos de la infancia y se han vuelto a reencontrar, como nosotros. —

Subo la cabeza para mirarlo a los ojos y vuelve a besarme.

—¿Quién es?

—Clint, me ha dicho que se llama. Creo que tiene una granja. ¿Lo conoces?

—Claro, conozco a todos los habitantes de este pueblo.

Es un buen tipo. Lo único es que me extraña que tu madre esté saliendo con él. No creo que sea de su estatus.

—Precisamente hoy he discutido con ella a cuenta de eso mismo. Me dijo que era un don nadie…

—No sé por qué no me extraña. —Lo miro sin entender sus palabras—. Yo tampoco tengo suficiente estatus para estar con su hija. Nunca le caí bien.

—Lo sé, pero eso es pasado. Ya no soy la niña que hacía todo lo que ella quería. Lo fui muchos años, pero ya no.

—Sí, es pasado, pero no puedo olvidar que fue ella la que no me dejó verte cuando fui a buscarte.

—¿Cómo? ¿Fuiste a buscarme a Chicago? —Asiente—.

Nunca me lo dijo. Si supieras las ganas que tenía de verte y cuánto deseaba que fueras tú quien llegara a mi casa en lugar de tu carta. No verte me impedía casi respirar. —Lo miro esperando que continúe—. Quiero saber qué pasó, Garret.

—No vale la pena, Victoria. Tienes razón, es pasado, fue hace muchos años.

—Por favor, necesito saberlo.

—Está bien, te lo contaré.

El corazón me late deprisa. Nunca supe que vino a verme. Mi madre no me dijo nada y me llevé años llorando por Garret.

Esperando verlo una vez más…

CAPÍTULO 47

Telluride, año 2009.

Es increíble lo rápido o lento que pasa el tiempo, según se mire. Doce meses pueden ser muchos días o pocos. Ese es el tiempo que llevo trabajando en la comisaría de Jeff, el señor Cooper, aunque se ha portado tan bien conmigo que para mí es algo más que el comisario jefe de este lugar.

Creo que fue él quien consiguió que pudiera terminar mi condena aquí y no en otro sitio. Trabajos para la comunidad pueden hacerse en muchos lugares, pero

ahora sé, un año después, que él quería que yo estuviera en este sitio y comprendiera lo que es estar al otro lado, en el legal, y no en el que yo estaba cuando me pillaron robando aquella Navidad en esos grandes almacenes, hace ya casi tres años.

De no haber sido por Jeff, seguramente hoy en día estaría en la cárcel. Suerte que cuando me cogieron yo todavía no había cumplido los dieciocho y acabé en un centro de menores. Y suerte también que di con él, que en estos años se ha convertido en lo más parecido al padre que nunca tuve.

Todo este tiempo me ha servido para ver lo que quiero hacer con mi vida, y son muchos los planes que tengo para ella. Lo primero es ir a Chicago. Hace un mes que Jeff me dio la sorpresa más increíble que nunca me habían dado; me trajo los papeles de mi matrícula en la universidad y hoy, treinta días después, salgo de aquí. Cuando llegue a la ciudad voy a buscar a Victoria. Necesito saber qué ha pasado en todo este tiempo. Hace años que no sé nada de mi amiga. Ella tampoco sabe qué ha pasado conmigo y supongo que no entenderá porque he desaparecido tanto tiempo. Tengo que explicarle todo. Le contaré donde he

estado, sigue siendo la persona en la que más confío y tiene que saberlo. También tiene que saber que he pensado mucho en ella. No soy ningún niño, ya tengo veinte años y ella estará a punto de cumplir la mayoría de edad. Quiero saber si esto que siento por ella es la misma amistad que teníamos de niños, o es algo más. Sé dónde vive por el remite de sus cartas y estoy deseando verla.

—Chaval, te deseo toda la suerte del mundo —me dice uno de los policías de la comisaría al que ya considero un compañero. Todos se han portado muy bien conmigo y de todos he aprendido mucho.

—Gracias, no os libraréis de mí tan fácil. Pienso venir a menudo.

—Eso espero —dice dándome un abrazo.

Se unen todos los demás. Me despido de ellos y me voy a la salida. La última en despedirse de mí es Josefine, una expolicía que decidió quedarse allí tras su jubilación. Todas las mañanas me trae de su casa dulces para desayunar. Se ocupa de coger las llamadas y le tengo mucho cariño. Hoy, como no podía ser menos, ha traído una tarta de zanahorias, que sabe que es mi favorita, y hemos desayunado todos juntos.

Jeff está esperándome fuera en su coche. Se ha empeñado en llevarme a mi casa, o lo que quede de ella, a pesar de que le he dicho que podía coger el bus.

Hemos venido hablando todo el camino. En este tiempo nos hemos hecho muy amigos y, hoy por hoy, es la única persona en la que puedo confiar.

—Garret, tu vida pasada termina aquí, quiero que a partir de ahora persigas tu sueño y no dejes que nadie te haga cambiar de opinión —me dice sacando mi macuto del maletero cuando por fin llegamos a Telluride.

—Lo haré, Jeff. —Nos damos un abrazo los dos—. Si algún día llego a ser veterinario será solo gracias a ti. Nunca tendré con qué pagarte todo lo que has hecho por mí en estos años.

—Siempre vi que tenías buen fondo, chico. Llevo muchos años dedicándome a esto y sé cuándo una persona ha tomado un mal camino porque las circunstancias de su vida lo llevaron allí. Y no me equivocaba, estoy seguro de que serás un hombre de provecho.

—Eso espero, lo único que quiero es no parecerme a él —

insinúo refiriéndome a mi padre.

—Ya lo hemos hablado muchas veces, tú no tienes nada en que parecerte a tu padre, y debes creértelo, ¿me oyes?

—Gracias, Jeff.

—Cuídate, Garret. Estamos en contacto. Espero que te vaya bien en Chicago.

Abro la puerta de mi casa. Todo está lleno de polvo.

Mañana por la mañana me marcho a la ciudad. Recojo un poco de ropa y cojo el álbum que mi madre hizo cuando era pequeño. Saco una fotografía que tengo de los dos un mes antes de que se fuera. Está sonriente, sin embargo, sus ojos se ven tristes. Ahora lo veo, pero cuando ella se fue, solo tenía nueve años y no intuí en ningún momento que ella estuviera pasándolo mal. Una lágrima cae por mi cara que retiro con rabia.

—Te echo de menos, mamá —le digo a la imagen de los dos.

Cuando voy a cerrarlo, cae algo de la última página. Se trata de una foto que nos hicimos la abuela Margarita, Victoria y yo en la cocina del hotel, donde pasábamos muchas tardes haciendo dulces. Detrás pone «verano del 99». La guardo en la maleta...



El canto del gallo me anuncia que está amaneciendo. No he pegado ojo en toda la noche. Estoy nervioso por el día de hoy, por fin voy a ver a Victoria y después me iré al campus de la universidad. Jeff consiguió una habitación allí y estoy deseando empezar. Le he dicho que le devolveré todo lo que ha gastado en mí en cuanto pueda, pero él siempre me dice que no tiene nada mejor donde gastarlo. Aun así, se lo devolveré.

—¡Guau! —exclamo en voz alta mirando por la ventana del autobús.

—¿Es tu primera vez en Chicago? —Me sorprende la voz del chico que tengo en el asiento de al lado.

—Sí.

—Se nota. —Sonríe y yo me pongo serio—. Tranquilo, a mí me pasó igual la primera vez que vine. Soy de Oregón.

Por cierto, me llamo Ralph, estoy estudiando Medicina. —Me tiende la mano y yo se la estrecho.

—Encantado.

—¿Qué te trae a ti por Chicago?

—Voy a estudiar Veterinaria aquí. Me quedo en el campus del barrio de Hyde Park.

—Allí estoy yo también, te va a gustar.

—Eso espero.

—¿No conoces a nadie en Chicago?

—Tengo una amiga, quiero ir a verla. Tengo su dirección, aunque no sé muy bien donde queda, pero lo buscaré. Es aquí, ¿te suena la calle? —le enseño el papel con la dirección.

—Ah, sí, sé dónde es. Yo te acompaño. Tengo la mañana libre.

—No hace falta, puedo ir solo.

—Insisto, así después nos vamos juntos al campus y te lo enseño.

«La verdad es que no era mi idea ver a Victoria, después de tantos años, acompañado de un chico al que acabo de conocer, pero ha sido muy amable al ofrecerse a llevarme y creo que no me va a quedar más remedio que aceptarlo».

—Está bien, muchas gracias, Ralph.

—De nada. Hoy por ti y mañana por mí.

Media hora más tarde llegamos a la casa de Victoria.

Estoy temblando. Hace mucho que no la veo y no sé si estará enfadada por no haberle escrito desde hace casi tres años.

Cuando se abre la puerta, una señora, ataviada con un uniforme de asistenta, nos recibe con una sonrisa. Nos hace pasar cuando le digo mi nombre y que vengo a ver a Victoria. Después llama a la señora Smith.

—¿Quién busca a mi hija? —dice bajando desde las escaleras la señora Enriqueta.

—Buenas tardes, señora, soy Garret, perdón… Edward, de Telluride.

Ella me mira más detenidamente y después noto que me ha reconocido y cambia radicalmente el gesto de su cara.

—¡Ah, sí, el hijo del borracho! ¿Qué quieres? ¿Para qué has venido?

Trago como puedo sus palabras y su cara de desprecio.

Mi nuevo amigo me aprieta el hombro infundiéndome un poco de calma.

—Me gustaría ver a Victoria.

—Lo lamento, pero mi hija está estudiando fuera, muy lejos, en Europa, de hecho. Ya sabes que somos de familia española y ha ido a estudiar a la capital de España.

No puedo creer lo que me dice. El pecho se me encoge y todo se vuelve oscuro, pero me recompongo y sigo insistiendo.

—¿Podría decirme su dirección o su teléfono? Me gustaría hablar con ella.

—Eso no va a ser posible. Victoria está comprometida con un muchacho de buena familia y no quiere saber nada del pueblo ni de sus habitantes. —Me mira con desprecio de arriba abajo—. Será mejor que te vayas por donde has venido. Vuelve a Telluride, ese es tu lugar.

—Pero…

—Vámonos, Garret. Aquí no tenemos nada que hacer.

—Sí, hazle caso a tu amigo y no vuelvas más. Tu lugar es el campo y los animales, aquí en la ciudad sobras, niño.

Intento decirle que ya no soy un niño, pero nos cierra la puerta en las narices y nos vamos.

Sabía que nada sería como en el pasado, pero nunca pensé que fuera así.

Está claro que ya nada será como antes.

Gavriel



CAPÍTULO 48

UNA ADICCIÓN DE LA QUE

NO TENGO INTENCIÓN DE

SALIR

Le he contado a Victoria lo que ocurrió hace años cuando fui a buscarla al llegar a Chicago. Está furiosa con su madre. No solo me mintió a mí aquel día, sino

que nunca le dijo lo que pasó aquella tarde en la puerta de su casa, cuando me echó a patadas.

—Todavía no me creo que mi madre no me dijera nada.

Sabía cómo estaba. Me veía llorar en mi habitación cada noche. —Acaricio su pelo y la beso—. Ella sabía que tú eras muy especial para mí y aun así calló.

—Yo tuve la culpa, me fui de tu casa y me di por vencido.

No intenté buscarte de nuevo, aunque te admito que más de una vez estuve tentado en ir a verte a Madrid, pero no sabía por dónde empezar y al final me rendí.

—Pensé que te habías olvidado de mí. —Niego con la cabeza—. Pensé que ya no te importaba…

—No digas eso, Victoria. Eras lo que más me importaba.

Durante el tiempo que estuve en el centro de menores, cada día pensaba en ti, en tu sonrisa, en tus pecas, en esa naricita que tanto me gusta, en tus grandes ojos rasgados…

No me deja terminar, funde nuestros labios y su lengua busca la mía. Se sienta a horcajadas sobre mí. Estamos en el río, sobre el muelle. Es un lugar al que nadie acude porque está muy alejado del pueblo y tiene poco acceso, por eso siempre ha sido nuestro lugar favorito. A lo lejos se ve mi cabaña.

—Sabes que me vuelves loco, ¿verdad? —Voy depositando besos ascendiendo por su cuello hasta llegar a su boca.

—Tú a mí también —dice ahogando un gemido en mis labios—. Si mi madre nos hubiera dejado, habríamos sido unos adolescentes muy precoces… en el sexo. —Nos reímos sin dejar de besarnos.

—Eres tan sensual… Me haces perder la cabeza.

—Tú también a mí.

—¡Vamos! —Me incorporo con sus piernas alrededor de mi cintura y ella

empieza a reírse—. Eres un peligro para mí, si seguimos así no me va a quedar más remedio que quitarte toda la ropa aquí y ahora.

Llegamos a una zona más tranquila, si cabe. A pesar de que estábamos en una casi desierta, pero tenía que sacarla de allí. Cada roce ha ido subiendo la temperatura de nuestros cuerpos, sobre todo del mío, del que pierdo el control cuando estoy a su lado.

—Ahora sí te tengo toda para mí.

Rodamos por la hierba y me coloco encima de ella.

Enmarco su cara con mis manos, le aparto el pelo de la frente y la miro.

—Me encantan tus ojos profundos y rasgados.

—Ya sabes… abuela española y abuelo norteamericano, la mezcla explosiva.

—Bendita mezcla.

No decimos nada más. Solo la abrazo y la beso como si me fuera la vida en ello. Ella se rinde al beso cuando mi lengua busca la suya con anhelo. Su sabor es tan dulce que, si fuera por mí, pararía el reloj ahora mismo. Detendría el tiempo en este preciso instante porque todo lo que tuviera que pasar podría esperar. Solo existiríamos los dos y el mundo a nuestro alrededor habría desaparecido, como cada vez que estamos juntos.

Comenzamos a quitarnos la ropa, con prisas, sin poder esperar a lo que sabemos que vendrá, porque ambos estamos deseándolo. Mi cuerpo reconoce el suyo y lo busca con un deseo irrefrenable. Uno que jamás había experimentado con ninguna otra mujer. Como si siempre hubiera estado esperándola a ella. Porque su recuerdo nunca salió de mi cabeza a pesar de los años que han pasado. Y porque no puedo parar de pensar en Victoria, a cada minuto del día. Y ahora me pregunto cómo he podido vivir todo este tiempo sin ella.

Me baja el pantalón y yo hago lo mismo con el suyo. Sin poder controlarnos. Aparto a un lado su ropa interior y compruebo que está lo suficientemente mojada para mí. Me introduzco en su interior mientras mi boca devora sus pechos, tan excitados como lo está cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Ella arquea la espalda para darme más acceso, haciendo que sienta

aún más cada centímetro de su interior que noto cómo me acoge. Nos quedamos quietos deseando que el tiempo se alargue. Quisiera estar ahí dentro toda la vida, pero es tanto el fuego que ahora nos consume que comienzo a moverme, primero despacio, sintiendo cada entrada como la puerta al

paraíso, pero después aumento el ritmo entre jadeos y gemidos de los dos.

—No puedo aguantar mucho más, estoy casi a punto de explotar por los aires —me dice al tiempo que besa el lóbulo de mi oreja y desciende a mi cuello. Yo también siento que estoy a punto de hacerlo, pero Victoria lo hace antes y consigue arrasar conmigo llevándome al infinito segundos después.

—¡Ha sido increíble! —Mi voz entrecortada besa su boca y los dos sonreímos sin dejar de besarnos.

Caemos tumbados boca arriba, agotados y saciados de nosotros mismos. Me giro hacia ella y aparto las hojas que han caído sobre un mechón de su pelo.

—Garret, parecemos dos adolescentes que no tienen sitio donde hacer estas cosas. —Se ríe como solo ella sabe hacerlo y la atraigo hacia mí, bebiéndome su risa.

—La culpa es tuya por ser tan irresistible para mí.

Ella vuelve a reír y a mí me parece el sonido más auténtico. El que siempre me acompañaba y el que me hacía olvidarme de todo lo malo que ocurría fuera de nosotros.

Victoria ha traído una cesta.

—¿Qué traes ahí dentro?

—Algo para recuperar fuerzas. Si seguimos a este ritmo nos vamos a quedar en los huesos.

La rodeo por la cintura y la tumbo en la hierba.

—Solo te necesito a ti para mantenerme. —Le muerdo los labios y la beso con intensidad. Empiezo a notar como mi cuerpo vuelve a reaccionar pidiéndome que volvamos a hacer lo de hace tan solo unos segundos.

—¡Ey, espera! Cierra los ojos. Cuando pruebes lo que traigo a lo mejor cambias de opinión. —Me introduce en la

boca una fresa dulce y jugosa, como su boca.

—Sigo prefiriéndote a ti, aunque la fresa estaba muy buena.

—No abras los ojos, falta lo mejor. —Escucho como abre una cajita y después acerca a mi boca un trozo esponjoso de pastel de zanahorias.

—¡Mmm! Está bien, me rindo, gana la tarta de Robert —

bromeo y ella se ríe.

—Te lo dije que había algo que te iba a gustar más que yo.

Abro los ojos y la atraigo a mí. Ella me rodea las caderas con sus piernas.

—Sabes que no hay nada ni nadie que me guste más que tú, Victoria.

—Ah, ¿sí? Pues yo no sé si puedo decir lo mismo, ya sabes que esta tarta es irresistible para mí, incluso puede que más que un veterinario al que conozco, cuyo cuerpo es todo fibra y músculo. Aunque ese hombre tenga los ojos más azules y penetrantes del mundo.

Vuelve a reír y ese sonido es música para mis oídos.

Volvemos a rodar por el suelo llenándonos el pelo y la ropa de hojas y flores secas, pero nada nos importa.

Ni las fresas, ni la tarta.

Ni la ropa.

Después de una tarde de besos, caricias y risas, recogemos todo y nos vamos camino al coche.

—Garret, ¿hay alguna novedad en la investigación? —Se queda callada, pero después sigue hablando sin mirarme a los ojos—. He vuelto a recibir una amenaza de ellos. Me llegó al hotel, creo que saben dónde estoy.

—¿Cuándo se han puesto en contacto contigo? —le digo muy nervioso.

—Hace un par de días. Pensaba decírtelo, pero después…

—Tenías que habérmelo dicho, es importante, Victoria.

—Lo siento. —Veo su cara seria y me doy cuenta de que he reaccionado mal. He sido demasiado brusco con ella.

Pero solo pensar que está en peligro me hace actuar así.

—No, perdóname tú, es solo que tengo miedo por ti.

Estamos muy cerca. —La abrazo fuerte contra mi pecho y le beso en la cabeza aspirando el olor de su cabello—. Sin saberlo están dejando pequeñas pistas que poco a poco Jeff y su equipo van juntando hasta que logremos dar con ellos.

—¿Jeff también está investigando? Está retirado, ¿no?

—Sí, pero quiere estar al mando, sabe lo importante que es este asunto para mí. —Acaricio su cara y la beso—. Tú eres lo más importante.

Llegamos al hotel. Me ha dicho que está cansada y que prefiere dormir allí.

—¿Estás segura? —Ella asiente—. Te echaré de menos esta noche.

—Yo también, pero es que además quiero hablar con mamá.

—No merece la pena, Victoria.

—Sí, lo tengo que hacer, necesito saber por qué lo hizo.

—Está bien, lo que quieras.

Nos despedimos con un beso en el coche. Cuando va a salir, tiro de ella otra vez y la vuelvo a besar. No me canso de hacerlo.

Victoria es una adicción a la que me he enganchado y de la que no tengo intención de salir.



CAPÍTULO 49

ENTERRAR EL HACHA DE

GUERRA

Cada día estamos mejor. Y me refiero a Garret y a mí.

Con mi madre lo estoy superando día a día. Cuando me enteré de lo que había hecho fui a pedirle explicaciones. Se puso a llorar y me pidió perdón, y aunque

ese día no me conmovió demasiado, al final he comprendido que está cambiando para bien y eso debo reconocérselo. Han pasado dos semanas desde esa conversación.

Creo que su relación con Clint, que por cierto va viento en popa, es una de las causas del cambio en su manera de pensar. Ya no le parece un don nadie, como ella misma lo calificó la primera vez que me habló de él. Ha entendido que el dinero no es lo más importante en la vida, ni las cosas materiales.

«Esas van y vienen y, así como un día lo tienes todo, al siguiente puede que lo hayas perdido. Y como muestra de ello estamos nosotras, que de un día para otro pasamos de gozar de todas las comodidades y lujos, a estar

prácticamente en la calle», fue lo que dijo al día siguiente, reconociendo que había estado equivocada toda la vida.

Esta noche, como prueba de que cada vez estoy menos enfadada con ella, por todo lo que hizo y, agradeciendo su arrepentimiento, vamos a cenar los cuatro, ella, Clint, Garret y yo. A mi veterinario favorito no le hizo mucha gracia al principio, pero después aceptó. Creo que el hecho de que venga el novio de mi madre, al que conoce y aprecia, ha influido en que dijera que sí. Lo he convencido de que debemos enterrar el hacha de guerra y cuanto antes lo hagamos, mejor para todos.

—¿Mamá, estás lista? Ya han llegado ellos a la recepción del hotel. Me acaba de avisar el señor Louis.

—Sí, hija, ya estoy.

—Estás muy guapa, Quety.

—Victoria, no tienes porqué llamarme más así, para ti soy mamá. Siento haber sido tan poco cariñosa todos estos años, especialmente contigo y con tu hermana.

—Pues no te lo voy a negar y no por mí, sino sobre todo por Alexia, con ella…

—Lo sé. Tengo una conversación pendiente con mi hija mayor. Siento que este lugar me ha vuelto a mis orígenes y me he dado cuenta de la mala madre que he sido. —Me acaricia la mejilla—. Perdóname, hija.

Nos abrazamos. Por primera vez, a mis treinta y dos años, tengo a mi madre entre mis brazos. No recuerdo un abrazo y un beso sincero de ella en mi niñez. Siempre decía que podíamos estropearle el maquillaje, así que con el tiempo pasamos de dar besos volados, como ella decía, a darlos cada vez menos, y al final dejamos de hacerlo.

Bajamos y al llegar vemos que Garret y Clint hablan de forma amistosa. Se ve que se llevan muy bien. Miro de soslayo a mi madre sin que se percate de ello y veo como

está nerviosa. No deja de mover las manos sujetando el bolso.

Cuando llegamos a donde están nuestros chicos, se dan un beso en los labios y me sorprendo. Nunca la vi besar a mi padre. Era evidente que lo hacían, pero nunca delante de nosotras. Supongo que por petición de ella.

—Hola, señora Smith —Garret saluda a mi madre ofreciéndole la mano.

—Dame un beso, chico, si eres el causante de que mi hija tenga ese brillo en los ojos, eres bienvenido a la familia. —

Lo abraza y le da un beso en la mejilla.

No sé si estoy soñando. Si es así, por favor que nadie me pellizque, porque quiero que sea cierto lo que están viendo mis ojos. Han tenido que pasar más de veinte años para ver a mi madre sonreírle a Garret.

—Gracias —dice mi chico sorprendido.

—No me las des. Quiero que sepas que me arrepiento de la manera en que te he tratado siempre. No debí hacerlo, creo que eras un buen muchacho y yo nunca me permití conocerte. Ahora sé que te has convertido en un buen hombre.

—Gracias.

Esta vez soy yo las que las da.

Después de los respectivos besos entre los cuatro, nos vamos a cenar a un restaurante situado en el centro de Telluride. Es asombroso ver cómo está mi madre. Clint y ella no paran de hacerse carantoñas toda la noche. Garret y yo nos

miramos de vez en cuando y disimulamos una sonrisa.

Es un gusto ver a mamá así y para mí es algo nuevo.

Llevamos toda la noche hablando un poco de todo, pero era inevitable que saliera el tema que nos tiene tan angustiados. Mamá ya sabe que Garret está trabajando con la policía para dar con la gente que nos tiene amenazados.

—Estoy seguro de que vamos por buen camino. Al final siempre dejan cabos sueltos.

—No sabes el miedo que pasé cuando fueron a verme aquellos hombres a la casa. —La mano de Clint aprieta la de mi madre—. No me gustó la mirada que tenían.

—Señora Smith, quería pedirle un favor. ¿Le importaría acompañarme mañana a ver a mi amigo Jeff? —Mi madre lo mira extrañada—. Es un viejo amigo policía y la persona que está encargándose de la investigación, a pesar de que está ya retirado. Creo que sería importante que describiera a los hombres que fueron a su casa.

—Sí, por supuesto. Haré lo que sea necesario.

—Yo te acompañaré, Quety —dice Clint.

—Gracias —responde mi madre con ternura.

—Ya que hemos limado asperezas, me gustaría que Victoria viniera a vivir a mi casa. —Las palabras de Garret sorprenden a todos. A mí la primera. Lo miro con extrañeza y él me coge la mano que tengo apoyada sobre el mantel—.

Sé que ha recibido nuevas amenazas y no quiero que esté sola.

—No me has dicho nada, hija.

—No quería preocuparte, pero es cierto, ayer mismo recibí una nota en la recepción.

—¡Ay, por Dios, tengo miedo de que esos hombres te hagan algo, Victoria!

—No permitiré que te pase nada. —Garret me mira con esos ojos que siempre me sumergen en un mar en calma.

Tras una cena donde lo hemos pasado muy bien y donde nos hemos conocido más todos, incluida mi madre y yo, decidimos dar un paseo por el sendero que va al río. Hace una noche muy bonita a pesar del frío, propio de estas fechas. Mi madre y Garret se han adelantado y Clint y yo los

hemos seguido detrás. No han parado de hablar y aunque no he escuchado la conversación que han mantenido, supongo que mi madre ha seguido pidiéndole disculpas, sobre todo cuando en un momento los hemos visto parar y darse un abrazo en medio del camino. Esa imagen la llevaba esperando muchos años.

Nos despedimos de ellos dos, ya que dicen estar cansados, y nosotros continuamos.

Garret me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—Lo he pasado muy bien esta noche.

—Yo también. Nunca imaginé que vería a mi madre mirándote cómo lo ha hecho en la cena.

—La verdad es que yo tampoco. Con sinceridad pensé que nunca me aceptaría, aunque me bastaba con que lo hicieras tú.

Nos paramos y nos damos un beso. Acaricio su cara mientras mi boca se acomoda a la suya.

—Lo de irme a vivir a tu casa delante de mi madre, ¿ha sido una pedida formal? —Me río.

—Sí. Ya nos somos unos niños y no me apetece seguir raptándote cada madrugada. Además, quiero que durmamos todas las noches abrazados.

—¿Y escuchemos juntos a los búhos bajo la ventana?

—Sí, creo que deberíamos ponerles nombre, ¿no te parece? Al fin y al cabo, son los mismos los que nos visitan siempre.

—Es verdad, ya forman parte de nosotros.

Al llegar a la cabaña, nos reímos cuando vemos a nuestros amigos allí, bajo la ventana.

Gavriel



CAPÍTULO 50

LOS AMIGOS ESTÁN EN LAS

BUENAS Y EN LAS MALAS

Han pasado tres semanas desde que Victoria se mudó a mi cabaña, que ya ha dejado de ser mía para ser nuestra. Por las mañanas nos despedimos sin querer despegarnos después de haber pasado la noche abrazados entre caricias y besos. Al salir de casa siempre vamos a la cafetería de Robert. Yo me voy después de

tomarme un café y ella se queda allí trabajando. Dice que está como en casa. El dueño, cada día, le tiene reservada una mesa al fondo del local. Allí trabaja con su portátil. Los dos estamos deseando que llegue la tarde para estar juntos.

En este tiempo solo nos hemos separado dos días que tuvo que ir a Chicago por un asunto del bufete que no pudo arreglar desde aquí. Me cuenta que su trabajo le gusta mucho, pero lo que de verdad le apasiona es la fotografía.

Solemos ir al bosque y otras veces al río cuando cae la tarde. Allí hace unas instantáneas que están llenando las paredes de la cabaña.

«De nuestra cabaña».

Por otro lado, un tema que me preocupa es el asunto de los extorsionadores, aunque cada día los estamos cercando más y espero que muy pronto demos con ellos. Desde la última vez que amenazaron a Victoria, dejando un mensaje en la recepción del hotel, no han vuelto a dar señales de vida, lo que me pone un poco nervioso. No es que quiera que aparezcan, pero este silencio me resulta cuanto menos raro.

Por otra parte, desde ayer noto nerviosa a Victoria. No sé muy bien qué le pasa, pero está algo irascible. Yo creo que tampoco le gusta esta, aparente, tranquilidad.

—¡Qué hay, Robert!

—Ahí vamos, Garret.

Miro al fondo y la veo. Lo que siento cuando sus ojos conectan con los míos es igual a lo que sentía cuando éramos niños, solo que por entonces no prestaba atención o, cuando lo hacía, no entendía que significaba. Solo sabía que tenía que estar con mi amiga todo mi tiempo libre. Y

cuando no estaba con ella, era como si algo me faltara. La pieza que necesitaba para que todo encajara a la perfección.

—Hola, guapo. —Me da un beso cuando me acerco a ella apoyando mi barbilla a su hombro y rodeándola por detrás

—. Ya termino. Envío este correo y listo.

—Tenía ganas de verte —susurro a su oído.

—Ya está. —Cierra la pantalla del ordenador y vuelve a besarme—. Yo también a ti.

Salimos del bar despidiéndonos de Robert hasta el lunes.

Mañana es sábado y no trabajamos ninguno de los dos, aunque yo siempre tenga el maletín preparado por si tuviera que atender alguna urgencia de última hora.

Quince minutos después llegamos a la cabaña. Mimi y Silka al vernos, nos reciben emocionadas. Como si hubieran pasado días desde la última vez. Mis tres chicas se adoran.

Preparo un café para los dos y lo pongo en la mesa mientras nuestras amigas de cuatro patas se dejan mimar por Victoria tumbadas patas arriba en la alfombra. De pronto nos sorprendemos al verla salir corriendo hacia el baño. De un portazo cierra la puerta. Voy detrás y doy un toque para saber qué le pasa.

—¿Te encuentras bien?

No escucho nada. Vuelvo a preguntar y entonces la oigo.

Está vomitando. Abro la puerta y le recojo el pelo hacia atrás.

—Vete, Garret, no quiero que me veas así.

—Tranquila. No me voy a ninguna parte, me quedo para ayudarte.

Cuando ya no le queda nada en el estómago que arrojar, se lava la cara y salimos los dos del baño.

—Siento que me hayas visto así. No ha sido nada sexi —

bromea aún con la cara pálida.

—Victoria, estoy aquí para las buenas y las malas,

¿recuerdas?

Sonríe al recordar la conversación que tuvimos la otra noche cuando hablábamos

de nuestra niñez rememorando nuestro lema. Decíamos siempre que los amigos están en las buenas y en las malas. Tanto ella como yo nos refugiábamos en la calle cuando en casa las cosas no iban bien. Sobre todo, yo.

—Vale. No sé qué me habrá sentado mal, la verdad. Tal vez fueron los huevos revueltos de esta mañana.

—Ayer también te escuché de madrugada.

Me mira extrañada. No iba a decírselo porque tampoco quería que pensara que la estoy atosigando o algo así, pero me preocupa que esté enferma.

—Sí, supongo que anoche comimos demasiado. La culpa la tienes tú por cocinar tan bien. Suerte que yo no sé hacerlo y no te robaré tu espacio en la cocina. —Se ríe y yo la abrazo y la aprieto contra mí.

—¿Estás segura de que todo va bien?

Me mira a los ojos. Está seria, pero al momento comienza a sonreír.

—¿Y si en nueve meses fuéramos padres…? —dice sonriente, esperando una respuesta.

De pronto dejo de respirar y pasamos los dos de la risa a quedarnos completamente callados. Victoria se da cuenta de que mi semblante no es el de hace dos minutos cuando vuelve a conectar su mirada a la mía.

—¿Hablas en serio? —le digo sin estar demasiado seguro de querer una respuesta.

—Y si lo estuviera, ¿qué pensarías, Garret?

No sé qué decir. Tardo más de lo normal en contestar.

Estoy paralizado porque lo que ella insinúa está fuera de mis planes. Completamente.

—Victoria, no puedo contestarte a eso. Sabes que yo…

—Tranquilo, esta mañana me vino la regla, así que puedes volver a respirar. —

Me corta sin dejar que termine.

—¡Ey, ven aquí! —La sujeto por los hombros impidiendo que se vaya de mi lado —. Te has puesto muy seria, no quiero que pienses mal, Victoria, es solo que para mí es un tema todavía por superar, pero te prometo que lo voy a intentar. Dame tiempo, ¿vale?

Asiente con una sonrisa y me da un beso llevándose a Mimi y Silka mientras yo preparo la cena.

Me preocupa cómo ha acabado la conversación o más bien cómo la ha cerrado ella, pero, aunque no se lo he dicho, yo jamás me perdonaría que un niño sufriera lo que yo tuve que padecer con el mío. Este tema lo he hablado con Jeff y él siempre me dice que yo no soy como mi padre, pero a veces tengo dudas. Sé por experiencia que las pautas de conducta se suelen repetir de padres a hijos. Mi abuelo fue muy cruel con su propio hijo. Eso me contaba mi madre cuando trataba de justificar el carácter de mi padre.

Y está claro que la historia se repitió. Por aquel entonces yo era pequeño, pero con el tiempo, fui creciendo y me di cuenta de que el motivo por el que él fue así conmigo quizás era debido al referente que tuvo en su familia.

No quiero que eso llegue a pasar por ningún motivo. Y

puede que no sea mi caso, pero no me gustaría que la historia se repitiera otra vez. Sé que Victoria no me lo perdonaría nunca y eso no lo podría soportar.

No puedo perderla.

Ella es lo más importante que tengo en mi vida.

Victoria



CAPÍTULO 51

INTUICIÓN

Dicen que la intuición forma parte de nuestra vida. Una percepción íntima e instantánea que aparece ante nosotros de manera evidente. Algo sutil. Como esta sensación nerviosa en mi estómago que me confirma que es cierto. La misma que le susurra a mi mente, que no hace falta que espere los cinco minutos que indican las instrucciones de la cajita que tengo entre mis manos. Aun así, voy a mirar, esperando a equivocarme y a que mi intuición falle.

Pero no falla.

Nunca lo hace.

Y ahí están. Las dos rayitas. Una es muy tenue, así que repito la prueba. Seguro que está defectuoso. Otra vez los cinco minutos de antes dando vueltas en mi habitación del hotel.

Y otra vez mi intuición vuelve a acertar. Vuelven a salir las dos líneas rojas. Las que indican lo que yo ya sabía hace una semana y que he ido retrasando para no ver esa imagen.

Estoy embarazada.

No sé cómo ha podido suceder. Tomo la píldora y siempre usamos protección, a excepción de aquella primera vez en que nos dejamos llevar y después fue imposible volver atrás, pero no entiendo cómo tomando anticonceptivos ha podido pasar. De repente, como si me hubiera venido un flash a la cabeza, me acuerdo de esos días que estuve enferma y tuve que tomar antibióticos. De todas formas, es absurdo pensar en el cómo y el cuándo. Lo cierto y verdad, es que estoy embarazada.

Me toco la barriga y le sonrío a la imagen que me devuelve el espejo.

«¿Y ahora qué hacemos? Te confieso que no tengo ni idea. Lo único que sí sé, es que no es un buen momento para ti, pequeño… o pequeña, quién sabe. Tu padre no quiere saber nada de ti. No me lo ha dicho con estas palabras, pero lo sé. Solo recuerdo la cara que puso ayer cuando se lo insinué, bromeando. Aunque yo ya sabía que estabas aquí dentro», me digo a mí misma frente al espejo.

Tengo que pensar. Necesito pensar. No puedo decirle esto a Garret. Ahora no.

Me he pasado por el hotel antes de volver a la cabaña.

He tenido que ir a una farmacia fuera del pueblo. Estoy segura de que, si la hubiera comprado en la de aquí, ahora mismo lo sabrían Garret y todos los vecinos. Ir a por una prueba de embarazo en un lugar donde todo el mundo se conoce, y sobre todo donde saben que la forastera está saliendo con el veterinario del pueblo, al que por cierto todo el mundo adora, deja poco margen para la duda.

—Hola, cariño, ¿qué te pasa? Te veo pálida.

—Nada, mamá. Estoy un poco cansada. Eso es todo. ¿Tú cómo estás?

Ella sonríe porque la respuesta a mi pregunta son esos ojos brillantes que últimamente siempre tiene y el causante tiene nombre y no es otro que Clint, su novio. También el hecho de que las amenazas hayan cesado nos tiene más tranquilos a todos, pero, si os soy sincera, estoy un poco extrañada de tanta tranquilidad, sin embargo, también pienso que igual esos tipos se han dado cuenta de que no tenemos ese dinero y a lo mejor nos dan una tregua… Qué absurdo, ¿a quién quiero engañar? Sé que eso es algo improbable, aunque de ilusiones también se vive. Eso dicen.

De todas formas, ahora mis problemas son otros. Estoy embarazada de un hombre del que estoy enamorada.

Perdidamente. Mi amigo de la infancia. Pero por desgracia sufre el síndrome de Peter Pan. Un hombre que se niega a madurar y asumir las responsabilidades de su edad.

—Muy bien, hija, para qué te voy a mentir. Estoy mejor que nunca. —Sonríe como una niña pequeña a la que le han comprado un helado a la salida del cine —. Me alegro de que hayas venido, quería hablar contigo.

—Dime.

—Me voy a vivir con Clint. —Se sonroja y vuelve a sonreír

—. Sé que tu padre hace poco que nos dejó y sé que es pronto, pero…

—Mamá… —la corto para que no siga disculpándose—, me parece la mejor noticia, de verdad. Te mereces vivir tu vida. Todavía eres joven y se te ve tan feliz que me emociona mucho, en serio.

—Gracias, Victoria. Todo te lo debo a ti.

—¿A mí? ¿Por qué? Yo no he hecho nada.

—Si tú no me hubieras traído a este pueblo al que me negaba a volver, todavía estaría llorando sola, sin marido, sin amigas y sin nada.

—Nunca estarás sola, mamá. Siempre tendrás a alguien contigo.

—Sí, a mis hijas. —Aprieta mi mano—. Ya he hablado con Alexia. Me ha perdonado por todo lo que ha sufrido con mis desprecios todos estos años.

—A nosotras nos tendrás para lo que necesites, pero con lo de que siempre tendrás a «alguien» no me refería a mi hermana y a mí. —Me mira extrañada, frunciendo el ceño y con una ligera sonrisa—. Me refería a ti, mamá. Nos tenemos que querer a nosotros mismos porque somos los únicos que nunca nos fallaremos. Tú no te has fallado, ¿lo ves?

—Te quiero, Victoria.

—Y yo a ti.

—Cuando me instale en casa de Clint, queremos hacer una cena para celebrarlo. Ve diciéndoselo a Garret, cariño.

Ese muchacho es muy bueno para ti y estoy muy contenta de que estéis juntos.

—Sí, mamá… Esto, mira, yo venía precisamente a decirte que me voy unos días por trabajo a Chicago. Tengo un asunto importante que tratar en el bufete y no puedo retrasarlo más tiempo.

—Está bien, querida, pero… ¿seguro que te encuentras bien? ¿Tú y Garret estáis bien?

—Sí, mamá, tranquila.

No le miento, pero en realidad le digo una verdad a medias. ¿Estamos bien? Sí, lo estamos, pero no es cierto del todo, porque estoy segura de que en cuanto sepa lo que está creciendo dentro de mí, nada será como antes.

Lo mejor es desaparecer unos días.

Necesito pensar en mí y en él.

No estoy segura de querer seguir siendo la Wendy de esta historia.

Gavriel



CAPÍTULO 52

EL VACÍO

La sensación de estar desconectado de los demás. La sensación de soledad. La que nace de lo más profundo de tu ser. Esa sensación que tiñe tu vida de colores oscuros, de grises de todas las gamas. Un sentimiento que se anuda en mi estómago y me comprime el pecho, faltándome el aire para respirar.

Una sensación que solo puedo sentir como «el vacío».

Un vacío donde todo carece de sentido. Todo lo que me rodea pierde el valor si no está ella. Nuestra cabaña ha perdido el olor a las mil cremas que Victoria había colocado en el baño. El mismo olor que invadía mis fosas nasales cuando ella se metía cada noche en mi cama y se acurrucaba a mí. Ahora esas sábanas están frías.

Doce días han pasado desde que se fue. Solo me dejó una nota en la que me decía que se iba por trabajo unas semanas. Y si solo hubiera leído eso no tendría este sentimiento que me comprime el pecho, porque cuando seguí leyendo también me decía que necesitaba pensar en

nosotros. En lo que éramos. ¿Por qué tiene que pensar en los dos? Yo tengo claro lo que somos y sobre todo lo que ella es para mí.

Al final de la nota terminaba diciendo que no sabía si podía ser mi Wendy.

«Mi Wendy».

¿Qué se suponía que significaba eso?

Llevo todos estos días pensando en lo que me quería decir y creo saberlo. Sé que el día que insinuó que podía estar embarazada, no estuve a la altura. Quizás me comporté como el eterno niño que nunca crece. Como el niño que un día fui y el adolescente que no asume sus responsabilidades. Debió de ver mi cara de alivio cuando me dijo que había sido falsa alarma.

No dejo de pensar en ese día.

¡Y yo no soy así, joder!

Estoy llegando a casa de Jeff y Lisa. Son lo más parecido a unos padres que he tenido y en estos momentos necesito hablar con ellos.

—Hola, cariño, pasa. —Lisa me abre la puerta y me hace pasar con un beso y un abrazo.

—¡Eh, chico, menos mal que te dignas a visitar a estos viejos!

Sonrío. Es cierto que suelo venir una vez a la semana a verlos, pero desde que se fue Victoria no he aparecido por aquí. Necesitaba ordenar mis ideas antes de

hablar con ellos para contarles todo. No saben nada.

—Lo siento. He estado un poco liado.

—No te disculpes, hijo, y no le hagas caso a este viejo —

murmura mi madrina antes de ir al jardín.

Nos sentamos los tres en la mesa del porche. En esta casa siempre me he sentido en paz, en armonía, y ahora me

hacen más falta que nunca.

—Y dime, ¿qué ocurre, Garret? Y ¿por qué no ha venido tu chica contigo? —Me conocen demasiado y saben que algo no va bien.

Les cuento todo lo que ha pasado. Que ella se ha marchado y que yo reaccioné mal cuando ella me tanteó con el tema de la paternidad.

—Sé que tu padre te marcó desde que eras pequeño, pero nosotros te conocemos y sabemos que eres un buen hombre. —Lisa me aprieta la mano y yo la cubro con la mía.

—Lo sé. Si me pareciera en algo a él no podría soportarlo.

—Mira, Garret, te pondré un ejemplo de una actriz muy famosa a la que escuché hace tiempo. —Los dos prestamos atención—. La vida es como una película y todos somos los protagonistas de la historia de nuestra vida, ¿me entiendes?

—Asiento y él continúa—. Lo que quiero decir con esto es que al mismo tiempo que somos los protagonistas de nuestra vida, también somos los secundarios de la vida de otras personas. Y aunque parezca triste, tú fuiste un secundario en la vida de tu padre. No dejes que él sea también el actor principal de la tuya.

Sus palabras me hacen reflexionar.

—Por una vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con mi marido —bromea Lisa—. Cariño, he visto cómo miras a esa chica y me recuerda mucho a cómo lo hacía Jeff conmigo.

—¿Cómo? ¿Insinúas que ya no te miro así? —Se acerca a ella y la besa.

—Ya sabes a lo que me refiero, ¡viejo cascarrabias!

Los tres nos reímos. Siempre están bromeando el uno con el otro, pero se nota que siguen enamorados como el primer día.

Pasamos la tarde allí entre risas viendo fotos del álbum que Lisa saca de vez en cuando.

Me despido de ellos con las ideas mucho más claras de las que ya traía. Hablar con ellos siempre me hace bien.

Le he dado muchas vueltas a todo ese asunto. A mis miedos

irracionales,

a

mis

condiciones,

a

mis

inseguridades… y me niego a que mi pasado y mi infancia me sigan atormentando. No sé si estoy preparado para ser padre y tampoco sé si alguna vez lo estaré, solo sé que no puedo vivir sin Victoria y sin todo lo que venga de ella.

Lo quiero todo porque es la mujer de mi vida. Siempre lo ha sido.

Me pidió un tiempo para pensar, pero ya no quiero darle más y tampoco quiero estar ni un solo día de mi vida más sin ella. Desde ayer la estoy llamando, pero no me contesta y tampoco me devuelve las llamadas. Estoy desesperado, así que he tomado una decisión. Me despido de mis amigas peludas que me miran con ojos tristes.

—Ya lo sé, mis chicas. —Las acaricio y ellas mueven la cola en respuesta—. Os

prometo que pronto estará con nosotros. Ahora tengo que irme. Portaos bien, ¿de acuerdo?

Las escucho ladrar cuando cierro de un portazo la puerta de la cabaña.

La casa de Clint está a las afueras de Telluride. Necesito hablar con Quety y que me diga dónde puedo encontrarla.

Cuando llego los veo a los dos sentados en el balancín de la entrada. Están cogidos de la mano y se miran con ojos de enamorados. Un pellizco se instala en el centro de mi pecho recordando a Victoria. Me acerco a ellos intentando disimular mi estado de ánimo.

—¡Hola, Clint…, señora Enriqueta!

Los dos se levantan y me miran alarmados. Supongo que les sorprende que esté aquí.

—¿Qué ocurre, Garret? —La madre de Victoria se acerca.

Se ha puesto pálida al verme—. ¿Le ha pasado algo a mi hija?

—No, tranquila. Es solo que no me coge el teléfono. Llevo desde ayer llamándola y nada.

—Anoche hablamos cuando estaba llegando a su apartamento y nos despedimos como todos los días. ¡Dime qué pasa, Garret! —Me coge de las manos y las aprieta—.

Mi hija no me cuenta nada, pero está muy triste y yo sé que no está bien, aunque me lo quiera ocultar para no preocuparme.

—Hace casi dos semanas que se marchó a Chicago. Metí la pata y necesito hablar con ella. La quiero, señora, y necesito que lo sepa.

—Lo sé, muchacho. —Me sonríe y mira a Clint que le da un beso en la sien—. Yo también la llamé hace un rato y no me daba señal su móvil. Llamaré a Alexia a ver si ella sabe algo.

Entramos en la casa y hace la llamada. Veo su cara de preocupación y sé que

algo va mal. Si le pasa cualquier cosa a Victoria, no me lo perdonaré nunca.

Cuando cuelga, me confirma lo que me temía.

Victoria ha desaparecido.

Y ahora el vacío que he sentido todos estos días, lo ocupa todo.



CAPÍTULO 53

PEQUEÑO GUISANTE

Treinta y seis horas antes…

—Bueno, ya hemos llegado, ¿me vas a decir ya qué tenías que contarme? Me tienes intrigada, Vicky.

—No, me dijiste que antes me contarías tú qué fue eso tan malo que te ha pasado

con tu último «abuelo» —

contesto recalcando la edad de su pretendiente.

Las dos nos reímos. Ella me da un empujón en el hombro antes de sentarnos a comer. Julia y yo no hemos podido quedar desde que llegué a Chicago, hace ya diez días. Mi amiga estaba de crucero con uno de sus «amigos», como ella los llama, aunque yo prefiero llamarlos abuelos. Llegó de las islas griegas hace dos noches y me dijo que cogió un vuelo y lo dejó allí tirado en el barco, a él y a todos los que iban con ellos. Algo fuerte debió pasarle para que regresara ella sola. Por lo poco que sé, con este último la cosa no iba mal. Según me decía Julia era todo un caballero y se portaba muy bien con ella.

—Está bien, te lo cuento, pero prométeme que no me dirás «ya te lo dije».

—Te lo prometo. ¡Venga desembucha!

El camarero nos trae las bebidas y pedimos una pizza para compartir además del tomate con gorgonzola que tanto nos gusta a las dos. Julia me propuso ir a un restaurante japonés, pero le dije que no me apetecía. Se extrañó porque a las dos nos fascina el sushi, pero en mi estado prefiero no comer nada crudo. Podría haber optado por platos de pescado cocinado, pero no es lo mismo y sé que al final lo iba a pasar mal. Mejor evitar tentaciones. Me he comprado tres libros prenatales y me estoy haciendo una verdadera experta. Hoy se lo contaré todo.

—¿Te acuerdas de que te dije que era un caballero?

—Sí.

—Pues era todo mentira. —Se come unos palitos de pan y continúa explicando —. El crucero empezó bien, ya sabes, ríos de champagne —dice en perfecto francés— y comida de diseño, pero cuando llegamos al puerto de Mikonos, después de dejar Santorini, llegó una amiga para incorporarse a la travesía. Íbamos unas cuantas parejas, entre ellas Donald, ¿te acuerdas de él?

—¡Cómo olvidarlo! Todavía recuerdo la noche que quedamos con ellos en aquel restaurante. ¡Qué hombre tan baboso! Pero bueno, sigue contando.

—Vale, pues eso. Lo estábamos pasando muy bien. Esa gente está forrada, Vicky. —Pongo los ojos en blanco, pero ella no me hace caso y continúa—. En

fin, que todo bien, hasta que una noche, cuando estábamos en el camarote, llamaron a la puerta. Era Margot, la amiga que se incorporó al crucero en Mikonos.

»Yo no entendía nada. No sabía qué hacía ella allí. Hasta que después de tomar unas copas de champán los tres, la

señora se quitó el vestido y se quedó en ropa interior. Me quedé estupefacta, pero más aún cuando se acercó a mí y empezó a quitarme la cremallera del que llevaba yo puesto.

Al principio no pude reaccionar. Me quedé bloqueada…

hasta que mi ropa aterrizó en el suelo.

—Ay, Julia, qué mal trago.

—Horrible, Vicky, el caso es que le dije que qué demonios hacía y ella me dijo que me relajara, que lo pasaríamos bien. Cuando miré a Richard, asintió. Entonces me dijo que él estaba allí para mirar mientras Margot y yo nos lo montábamos delante de él. ¿Qué te parece?

—Te lo dije, Julia.

—¡Ey, prometiste que no me lo dirías! —protesta.

—Lo siento, tienes razón, perdóname.

—No, tranquila, si es verdad, soy una estúpida. Me he dado cuenta de que no todo en la vida es el dinero. Esa gente ha perdido el norte.

—Lo primero no eres estúpida, y lo segundo sí, el dinero no es lo más importante en la vida. En todos estos meses, en el pueblo de mi abuela, he comprendido que se puede ser feliz con muy poco, y sobre todo me he dado cuenta de que la mayoría no son cosas materiales. Te puedo decir que he sido más feliz allí, rodeada de personas maravillosas, que con todos los amigos de Chicago y todas las fiestas del club, porque esa gente te da lo poco que tienen y siempre con una sonrisa.

—Lo sé, nunca te he visto con esos ojos tan llenos de brillo —me coge de la

barbilla y me mira—, pero ahora los veo apagados. ¿Qué pasa, amiga?

—Lo que me pasa es que estoy enamorada hasta las trancas. Eso es lo que me pasa. —Me limpio una lágrima que corre por mi mejilla.

—¡Ey! ¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema, Vicky?

—El problema es que estoy enamorada de Peter Pan. —

Me mira con cara de incredibilidad—. Sí, me refiero a Garret, no quiere asumir las responsabilidades de un adulto, ¿me entiendes?

—Pero si por lo que tú me habías contado es un tipo bastante maduro, eso es lo que yo te había entendido.

—No quiere ser padre. Una vez hablamos del tema y me dijo que no se veía preparado y que no creía que pudiera estarlo nunca.

—Entiendo, pero tampoco creo que debas agobiarte por eso. Por lo que te conozco nunca ha sido la ilusión de tu vida ser madre, ¿no? No sé, podéis hablarlo más adelante y si ninguno quiere, pues no pasa nada. Hoy en día no necesitamos ser madres para ser felices, Victoria. Eso es lo que tú siempre me decías, que no te veías teniendo un hijo con Sebas.

—¿Y si ya no tuviera elección?

Se queda callada y me mira arrugando la frente. Yo sonrío.

—¡¿Cómo?! ¿No me digas que estás…?

—Sí, es justo lo que estás pensando, Julia. Estoy embarazada.

—¿Que voy a ser tía? ¡Qué ilusión más grande! —Me abraza fuerte y yo comienzo a llorar como una tonta.

Supongo que serán las hormonas. Al menos eso he leído en uno de los libros que compré; «tendrás la sensibilidad a flor de piel».

Se separa y al verme llorando vuelve a abrazarme. Me echo sobre su pecho y ella me acaricia el pelo. Sabe que ahora solo necesito desahogarme en silencio. Me

conoce muy bien.

Cinco minutos después le cuento que me he ido de Telluride hace diez días y que Garret no sabe nada del

embarazo.

—Creo que debes decírselo, Vicky. Él tiene derecho a saberlo. Lo quiera o no es el padre de ese bebé.

—Lo sé, pero me siento mal. No debimos dejarnos llevar aquella noche. Fue culpa mía y ahora tengo un pequeño guisante creciendo dentro de mí, y, a un padre para el que la noticia será un disgusto.

—Un precioso guisante al que mimará su tía Julia, no lo olvides. Porque supongo que querrás tenerlo…

—¿Quieres que te sea sincera? —Ella asiente y me coge de la mano—. Cuando me enteré de que estaba embarazada me sentí la mujer más feliz del mundo, pero segundos después, al pensar en Garret, esa felicidad se esfumó y lo que llegué a sentir fue horrible, Julia. Desee que ese niño no estuviera dentro de mí. ¡Lo pensé! Y me siento la peor persona del mundo por eso.

—Mira, no eres la peor persona del mundo, simplemente eres persona, sin más. Todos pensamos cosas de las que luego nos arrepentimos, pero no por eso somos tan horribles como tú te ves. Además, si hubieras decidido no tenerlo, estarías en tu derecho igualmente.

—Lo sé, Julia. Pero ¿cómo puedo no querer tener a este bebé si es fruto del amor y es parte del hombre del que he estado enamorada toda mi vida?

—Te entiendo, bueno, creo entenderte. No he tenido la suerte de conocer el amor como tú.

—Porque no has querido. Te empeñas en no verlo cuando lo tienes delante de tus narices.

—Bueno, no hablemos de mí —me corta—. Entonces, ¿no se lo piensas decir?

—De momento no, Julia. Necesito estar preparada para dar ese paso y todavía no

lo estoy.

—Vale, ya sabes que estoy contigo. Que estamos juntas en esto, ¿de acuerdo? A ese bebé no le va a faltar amor nunca, ¿me oyes?

Nos volvemos a abrazar. No sé qué haría sin ella. Siempre ha sido mi apoyo, sobre todo cuando perdí a mi mejor amigo. Ahora vuelve a repetirse la historia.

Después de despedirme de Julia, miro el reloj y me doy cuenta de que es tarde. Llamo a mi madre de camino a mi apartamento, como cada noche. Alguna vez se me olvida y se preocupa, dice que solo quiere oír mi voz. Me siento feliz de tener la madre que tengo, a pesar de que ha tardado mucho en darse cuenta de que existíamos Alexia y yo.

—Adiós, mamá… Sí, mañana te llamo, no te preocupes.

Voy a cenar con Alexia en su casa, así que será más tarde.

Yo también te quiero.

Cuelgo la llamada y busco las llaves de mi apartamento.

Nunca las encuentro. Tengo que comprarme un llavero de esos gigantes que ocupe todo el bolso. Siempre lo digo, pero nunca lo hago.

—Disculpe. —Una voz suena detrás de mí.

—¿Sí?

—¿Podría decirme dónde puedo encontrar una farmacia por esta zona?

Cuando me giro, la cara del tipo me da escalofríos, pero intento disimular. Le indico que a dos calles hacia el norte hay una, pero entonces, en escasos segundos, alguien me sujeta por la espalda y me tapa la boca.

De pronto todo se vuelve borroso…

Gavriel



CAPÍTULO 54

TE VOY A ENCONTRAR

Veinte horas de camino me separan de ella. Estoy preocupado por Victoria. Su madre y su hermana también lo están. Suele devolver las llamadas si no puede coger el teléfono. Pero llevan, como yo, muchas horas sin noticias.

Son las cinco de la tarde y calculo que mañana al mediodía estaré en Chicago y podré verla. La voy a abrazar hasta que me duela el cuerpo. La necesito tanto

que estos días me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ella. De mis miedos y mis inseguridades ya me ocuparé cuando esté a su lado.

Ahora lo único que me importa es que esté bien. Suena el teléfono y veo que es Jeff. Le dije antes de salir que me iba a la ciudad porque temía que algo le hubiera pasado a Victoria.

Pongo el manos libres.

—Dime, Jeff. ¿Qué sabes del teléfono?

—Garret, la señal está a las afueras de Chicago. Aún tenemos que acotar todavía más el terreno, pero no

desesperes, pronto daremos con él. ¿Sigues sin saber nada de ella?

—Nada. La he llamado mil veces y me salta el contestador todo el rato. Tengo miedo, Jeff. Si algo le pasa, yo…

—Escúchame, Garret, no le pasará nada. Confía en nosotros. Tengo a todo el mundo volcado en esto. A lo mejor olvidó cargar la batería de su móvil y está con una amiga.

No desesperes, hace pocas horas que desapareció.

—Ojalá tuvieras razón, pero me temo que no. Es muy raro. Ella no tiene el móvil inoperativo jamás. Y si me dices que está a las afueras de Chicago, peor me lo pones.

—Descansa en mitad del camino, son demasiadas horas al volante.

—No pienso parar. Necesito llegar cuanto antes. Por favor, infórmame de cualquier novedad, ¿vale?

—Descuida y por favor, si te notas cansado para, Lisa y yo estamos preocupados.

—Dile que se quede tranquila, que estoy bien.

—Escucha, Garret, he avisado a la policía de Chicago.

Tengo amigos allí y van a estar pendientes de cualquier cosa que ocurra. Si averiguas algo, llámame e irán hacia allí.

—De acuerdo. Cualquier novedad te aviso. Descuida.

—Está bien. Hablamos, hijo.

Cuelgo la llamada y continúo con mi camino. Mi cabeza proyecta una y otra vez la imagen de su sonrisa cuando se despierta y me ve observándola cómo duerme, de sus brazos rodeando mi cintura cuando estoy haciendo la cena para los dos, o de su cuerpo desnudo en la ducha mientras ambos nos enjabonamos después de hacer el amor bajo el agua.

Golpeo el volante.



¡Maldita sea, no tenía que haberla dejado tantos días allí sola!

Tengo que controlarme o no podré hacer nada si sigo con este estado de ansiedad. En cuanto llegue he quedado con Alexia y con su amiga Julia. Ayer salieron a cenar y fue la última persona que la vio. Tenía esperanzas de que alguna de las dos me avisara de que había aparecido, pero son las doce de la noche y no hay noticias.

Mierda. Si algo le hubiera pasado, no me lo voy a perdonar en la vida.

Acabo de llegar. Por fin estoy en Chicago. La última vez que estuve aquí fue hace más de seis años cuando terminé Veterinaria. No he vuelto desde entonces. No tengo muy buenos recuerdos de este lugar. Es verdad, que hice amigos en la universidad, pero para mí siempre fue la ciudad donde perdí a Victoria. En parte, gracias a su madre, que nos mintió tanto a ella como a mí, pero cuando veo el cambio que esa mujer ha dado no me ha quedado más remedio que perdonarla. Creí que nunca lo haría, pero entiendo que es la madre de la mujer de la que estoy enamorado, y sé que para ella es importante y la hace feliz, así que para mí también lo es.

Alexia me ha indicado la dirección del apartamento de su hermana. Hemos quedado allí para vernos.

Cuando llego, veo a una chica que se parece mucho a ella y que recuerdo al verla que es su hermana, no ha cambiado tanto desde que vivían en Telluride. A su lado, hay otra mujer con el pelo pelirrojo que imagino que es Julia, su mejor amiga.

—Hola, soy Garret y tú debes de ser Alexia. —Le ofrezco mi mano, pero ella me da un beso y un abrazo.

—Hola, sí, soy la hermana de Victoria. Te recuerdo, eres Edward, el amigo de mi hermana, has cambiado mucho, pero sigues teniendo la misma mirada de entonces. —Sonríe levemente y después se gira hacia la otra chica—. Perdona, ella es Julia, la mejor amiga de Victoria.

—Encantado.

—Igualmente. —Nos damos un beso y después subimos al apartamento de Victoria con las llaves que trae su hermana.

Al subir, veo la esencia de ella por toda la estancia y su olor. Creo que podría reconocer su fragancia a algodón dulce entre un millón.

Según Julia, todo está como lo dejó. Hace dos noches las dos salieron juntas del apartamento antes de ir a la cena.

Dice que no está el bolso ni el abrigo que llevaba puesto cuando se vieron. La piel se me eriza consiguiendo que la ansiedad y la intranquilidad se alojen en mi cuerpo. Las manos me sudan y la mandíbula se me tensa. Cada vez estoy más seguro de que la desaparición de Victoria tiene que ver con los extorsionadores de su padre. Está claro que la paz que habíamos tenido no era más que la antesala de todo lo que iba a pasar.

Te voy a encontrar, Victoria.

Aunque sea lo último que haga.



CAPÍTULO 55

¿DÓNDE ESTOY?

Intento abrir los ojos, pero me cuesta horrores hacerlo. Poco a poco lo estoy consiguiendo. No sé qué me pasa, ni porque siento esta pesadez en los párpados. Tengo la sensación de haber pasado una noche de fiesta, haberme acostado a las ocho de la mañana y que el despertador haya sonado a las diez. Pero no es nada de eso. Cuando por fin puedo enfocar la imagen, no estoy en mi cama, ni esta es mi habitación.

Ahora que veo al tipo que me está mirando, lo recuerdo todo. Fue el mismo que anoche me preguntó por una farmacia cerca de mi apartamento. Tiene una cara difícil de olvidar. Recuerdo cómo me taparon la boca y después nada más. Seguro me dieron algún tipo de droga. Solo pienso en mi pequeño guisante y en si estará bien.

—Vaya, vaya, por fin despertó la bella durmiente. —El tipo se acerca a mí y el olor a alcohol casi me echa para atrás. Si no fuera porque estoy sentada en el suelo con la espalda pegada a la pared, me hubiera caído seguro—. Ya era hora, llevas inconsciente doce horas seguidas. Había

pensado que a lo mejor me había pasado con el tranquilizante.

«Mierda, lo sabía. Me han drogado. Estoy asustada».

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —digo apartando la cara de la suya, evitando el nauseabundo olor que desprende.

—Tranquila, muñeca. Aquí estás segura. —Pasea un dedo por mi escote y empiezo a ponerme nerviosa, pero no pienso mostrárselo. A estos tipos les excita que la víctima esté asustada y aunque tengo ganas de llorar como una niña, no lo voy a hacer. Solo estoy pensando en mi bebé y me aterra que algo malo le pueda pasar.

—Ni te atrevas a tocarme o soy capaz de…

—¿De qué eres capaz, muñequita? —Se ríe con ganas, pero yo le aguanto la mirada—. Reconozco que tienes agallas, a pesar de la apariencia de fragilidad que tienes. —

Vuelve a meter la mano por el escote y comienza a tocarme mientras yo aparto la cara y cierro los ojos—. Si te portas bien conmigo, puede que te deje salir antes de lo que piensas.

Se acerca a mi boca con intención de besarme, pero entonces un fuerte golpe hace que deje de manosearme. El ruido proviene de la puerta del lugar en el que estoy y que desconozco.

—¡Marcus, déjala! —grita otro tipo con una cicatriz que le cubre el rostro entero.

El asqueroso que me estaba tocando se aparta sonriendo con cara de cínico.

—Tranquilo, jefe. Solo estaba dando la bienvenida a nuestra invitada.

—¡Ya sabes que no quiero que la toques, a ella no, estúpido! Todavía nos tiene que dar lo nuestro.

—¿Eres el que me estaba amenazando? ¿Al que mi padre le debía el dinero?

—¡Bingo! Pero te equivocas en algo, todavía me lo debes, que yo sepa tu familia no ha pagado la deuda.

—No tenemos ese dinero. He intentado vender propiedades, pero no es fácil. Es demasiada cantidad.

—Cierto, el bueno de tu padre no tenía límites. Creo que si hubiera podido se hubiera apostado a su mujer y sus hijas también. Por cierto, nos costó dar contigo, pero te encontramos en un pueblo demasiado pequeño para una chica de ciudad como tú. ¡Quién lo diría!

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—De momento nada, pero te doy cuarenta y ocho horas para que vendas el hotel de tu abuelita. Me consta que había alguien interesado en su compra y tú te negaste. Mis hombres hablaron con él y lo corroboraron.

—¿Tus hombres hablaron con Hank?

—Así es. Está dispuesto a volver a hacerte una generosa oferta. Un tipo ambicioso el tal Hank.

Se me eriza la piel solo de pensarlo. No puedo creerme lo que estoy oyendo. Ahora entiendo por qué Garret no quería que Hank estuviera cerca de mí. No tiene escrúpulos.

—¡No pienso venderle el hotel de mi abuela!

—Oh, sí lo harás. —Se vuelve a acercar el asqueroso de antes y de forma instintiva le escupo a la cara. Me da una bofetada y siento que la mejilla me va a estallar.

El jefe se acerca a él y lo echa de la habitación a empujones. Siento cómo me arde la cara del golpe de ese animal, pero ahora solo pienso en mi pequeño guisante.

—Disculpa los modales de Marcus. —Sonríe como si le importara bien poco lo que ese tipo haga conmigo, aunque a decir verdad parece que este es más razonable y menos

bruto que el otro—. Retomando la conversación, tu amigo Hank ha redactado un bonito contrato de compraventa que nos ha facilitado ya firmado y todo. Solo precisa de tu rúbrica.

—Yo no puedo hacerlo. El hotel pertenece a mi madre y ella es la dueña.

Se acerca a mí y me coge de la barbilla. Noto como aprieta ligeramente y después me mira a los ojos.

—No me tomes por idiota. Olvidas que sé muchas cosas de tu familia y de ti. —Me aprieta un poco más, pero yo aguanto el dolor—. Sé que tu madre te dio un poder notarial para vender y hacer lo que quieras con cualquiera de sus propiedades. Igual que hizo con tu padre. De todas formas, si insistes, podemos hacerle una visita. Por lo que me han contado es muy feliz con uno de los granjeros del pueblo. Parece que se le han ido los aires de reina que tenía.

—¡Suéltamee! —logro decir hasta que deja de apretarme la cara—. Está bien lo firmaré… pero deja en paz a mi familia.

—Veo que nos empezamos a entender. Buena chica.

Me acaricia la cara antes de dar media vuelta y volver por donde ha venido. Entonces es cuando comienzan a emanar millones de lágrimas de mis ojos. Como si al cerrar la puerta se hubiera abierto el dique de un embalse lleno de agua.

«Ojalá estuvieras aquí, Garret. Daría lo que fuera por estar contigo delante de la chimenea con Mimi y Silka a nuestros pies».

No dejo de pensar en él. En lo idílico que era nuestra situación hasta hace tan solo unos meses. Cuando pasábamos el día haciendo el amor en cada rincón de nuestra cabaña, y recordando nuestra niñez juntos en el río o en la montaña. Pero

era demasiado bonito para ser tan

real. Era una utopía que habíamos construido como un castillo de naipes, tan débil que un simple aire podría derrumbarlo. Me duele en el alma tener que vender el hotelito de mi abuela. Pero voy a luchar por él. Juro que lo haré. Cada vez que pienso que el cretino de Hank ha hecho un contrato de compraventa de una forma tan ruin, me dan ganas de abofetearle la cara hasta que me duelan las manos, pero creo que hay un pequeño detalle del que no es consciente y es de que la firma es bajo coacción y pienso demostrarlo. No sé cuánto me costará, pero lo haré. Como que me llamo Victoria Smith.

«Lo haremos juntos, pequeño guisante». Me acaricio la barriga y sonrío. Por un momento he olvidado donde estoy.

Pero la realidad es cruda.

Gavriel



CAPÍTULO 56

ESTO TENGO QUE

HACERLO SOLO

Está oscuro, pero puedo vislumbrar algo a lo lejos. Es Victoria. Está atada a una silla y la tienen amordazada.

Corro hacia ella, pero algo me lo impide. Alguien me sujeta por las piernas y no

consigo avanzar.

—Tranquila, amor, voy a por ti.

—¡No! ¡Suéltala! ¡Juro que te mataré!

—¡¡No!!

Me despierto empapado en sudor en la fría habitación del hotel en el que me quedé anoche. Miro el reloj y solo han pasado dos horas desde que me acosté, pero no pienso perder

el

tiempo

durmiendo

mientras

ella

está

desaparecida. Sujeto la cara con mis manos y estiro todo lo que puedo mis ojos intentando que el dolor físico supere el que estoy sintiendo por dentro. No puedo perderla de nuevo justo ahora cuando la había recuperado. He tenido la culpa

de todo lo que está pasando por ser un idiota y seguir con mis miedos como cuando era un niño.

Son las dos de la madrugada. Es tarde, pero necesito saber si Jeff tiene alguna novedad con la localización del móvil de Victoria. Decido mandarle un mensaje. Le escribo y a pesar de la hora que es, enseguida se pone en línea y comienza a escribir.

Jeff:

¿Estás despierto, Garret?

Yo:

Sí, no puedo dormir.

Siento si te he despertado.

Jeff:

Tranquilo, ya sabes que duermo poco.

Lisa está dormida a mi lado,

por eso no te llamo.

¿Tenéis alguna novedad de Victoria?

Yo:

Ninguna.

¿Qué hay del localizador del teléfono?

Jeff:

La señal se pierde en unos almacenes

abandonados a las afueras de la ciudad,

pero es difícil ubicarlos con exactitud.

Los chicos están trabajando en ello.

Yo:

Mándame la ubicación que

tengas, Jeff.

Jeff:

¿Qué vas a hacer, Garret?

No puedes ir solo allí.

Yo:

Escúchame, no voy a exponerme.

Solo iré y si veo algo sospechoso

llamaré a la policía de Chicago.

Jeff:

Está bien. Te la mando,

pero prométeme que los llamarás.

Yo:

Cuenta con eso.

Estamos en contacto.

Dos minutos después recibo la información que le he pedido. Me pongo los vaqueros, la camiseta, me calzo las deportivas y la chaqueta. Bebo un sorbo de leche que hay en el office y salgo de la habitación.

No es mucho lo que tengo, pero me basta con estar al menos cerca de la zona donde ella está.

La camioneta la tengo aparcada justo en la puerta, por lo que enseguida me monto y arranco. Cada minuto que no sé nada es un puñal que se me clava rasgándome por dentro.

No tengo ninguna duda de que esto que siento por Victoria es amor de verdad. ¿Cómo no puedo quererla ahora si ya lo hacía cuando era un niño aun sin saberlo? Hay tanto espacio vacío cuando ella no está, que no puedo asumirlo.

No quiero asumirlo.

Creo saber la zona donde están esos almacenes. Calculo que estaré en una hora allí. Esta ciudad es demasiado grande. Estoy acostumbrado a las calles de Telluride y esto no me gusta, aunque sería capaz de mudarme aquí si Victoria me lo pidiera. La seguiría, aunque fuera al fin del mundo. La necesito tanto que

ahora mismo estoy temblando y esta incertidumbre está acabando conmigo.



Ayer su amiga Julia no dejaba de llorar. No paraba de decir que Victoria necesitaba ahora más que nunca estar a salvo. Lo repetía una y otra vez y cuando le pregunté por qué decía eso, me dijo que ella misma me lo explicaría cuando la encontráramos.

Le he dado muchas vueltas a lo que dijo, pero ahora deshecho esos pensamientos de mi mente. Ahora necesito estar concentrado en lo que importa y eso es solo Victoria.

Acabo de llegar. Por aquí no hay ningún movimiento, pero estoy seguro de que es la ubicación que Jeff me envió al teléfono. Apago las luces de la camioneta y reduzco la velocidad. Comienzo a dar vueltas, pero no veo nada sospechoso, hasta que al fin vislumbro algo detrás de esos contenedores. Sí, es un tipo con cara de delincuente. Estoy seguro de que allí está Victoria, si no qué diablos hace alguien en la puerta de un almacén a las tres de la mañana.

Me bajo del coche con sigilo. Voy a dar la vuelta e intentaré entrar por la ventana. Sé que le dije a Jeff que avisaría a la policía, pero no puedo poner en peligro a Victoria. Estoy seguro de que si vienen alarmarán a los que la tienen retenida.

«Perdóname, Jeff. Esto tengo que hacerlo solo».

Camino despacio, pero no me doy cuenta de que hay una lata en el suelo y al pisarla hago ruido, más del que yo hubiera querido. Mierda, maldita hojalata. Por suerte el tipo de la puerta no se ha enterado de nada, así que me tranquilizo.

Intento entrar, pero la ventana está cerrada. No me queda más remedio que hacerlo por dónde está ese hombre. He cogido un machete que guardaba en la

camioneta para cortar cuerdas. Esto me servirá para entrar ahí. Me acerco despacio, muy despacio.

—No te muevas o te corto el cuello. —Sujeto al tipo por la espalda y le pongo la hoja afilada en la garganta mientras le retuerzo la mano entre su cuerpo y el mío —. Calladito o ya sabes lo que pasará. Ahora vamos a entrar y me vas a llevar a donde tenéis a la chica.

—No vas a salir de aquí, hijo de perra —murmura mientras yo aprieto más el cuello haciéndolo callar.

—Andando, silencio o te mato. —Vuelvo a apretar el brazo y él gime de dolor, pero comienza a andar.

Entramos en el almacén. Está oscuro y apenas distingo algo en el interior.

¿Dónde estás, Victoria?

Victoria



CAPÍTULO 57

CIERRO LOS OJOS COMO

CUANDO ERA PEQUEÑA

No sé cuánto tiempo llevo en este lugar. Huele a humedad y polvo por todas partes y siento frío. Me abrazo a mí misma infundiéndome valor. Ignoro cuándo vendrá el hombre que me tiene secuestrada con el contrato, pero ahora mismo quiero que todo esto termine. Tengo miedo del tipo que está en la puerta. Ese

hombre ha intentado en más de una ocasión tocarme y hasta ahora el que deduzco que es su

«jefe» lo ha impedido, pero no sé hasta cuándo me va a proteger. Tampoco creo que a él le importe lo más mínimo. Y

tampoco tengo la garantía de que si firmo todo esto acabará. Y si lo hará de manera satisfactoria para mí y para mi pequeño guisante. Todavía no me he hecho ninguna ecografía, pero por el tiempo de embarazo que tengo, supongo que tendrá ese tamaño, así que hasta que decida su nombre lo llamaré así; mi pequeño guisante.

Sin poder evitarlo, comienzo a llorar. En qué momento he llegado a este punto de mi vida. Es cierto que nunca había

entrado en mis planes ser madre, pero ¡demonios, tampoco había imaginado que sería así! Se lo he ocultado a todos, a mi hermana, a mi madre y lo peor de todo, al padre de mi guisante. Tan solo lo sabe Julia y quién sabe si ahí quedará todo.

La puerta se abre y mi cuerpo se pone en tensión. Es de noche por lo poco que veo por la pequeña ventana que tengo detrás llena de telas de arañas. Tengo que prepararme para lo peor. Hace rato oí que se fue un coche y el malnacido de la puerta me dijo que me portara bien, que después me haría una visita. Supongo que ha llegado la hora. El corazón me late a más velocidad de la que creo que soporte y las manos me sudan. Me encojo con las rodillas pegadas al pecho como si así pudiera protegerme de ese animal. Cierro los ojos como cuando era pequeña y creía que, si lo hacía, nadie podía verme.

Escucho pasos, pero no quiero abrir los ojos hasta que de pronto suena esa voz que siempre me ha consolado desde que era una niña. Debo estar soñando. No puede ser real.

—Victoria, soy yo, abre los ojos.

Obedezco sin estar segura de saber si es un sueño y entonces lo veo. Es Garret. Está aquí.

—¿Eres real? —le digo frotándome las lágrimas que no he dejado de soltar en toda la noche.

—Sí, soy yo, mi amor. ¿Estás bien? —Asiento y él me abraza fuerte. Después me besa—. Voy a sacarte de aquí.

Me levanta y lo abrazo con fuerza. Todavía no me creo que esté pasando de verdad.

—Había un hombre en la puerta…

—No te preocupes. Lo he atado y está encerrado en la habitación de al lado, pero será mejor que salgamos de aquí. Supongo que no estará solo y pronto vendrán los demás.

Volvemos a abrazarnos. Quiero sentir su cuerpo al lado del mío y quiero que no deje de abrazarme nunca más. De repente siento como su cuerpo se queda frío y me suelta. Lo miro a los ojos y entonces lo veo. El jefe de los delincuentes está detrás apuntando con un arma a Garret en la cabeza.

—No esperaba compañía esta noche. Parece que el caballero viene a rescatar a la damisela en apuros.

Nos separa a los dos y entonces Garret se da la vuelta. La cara de mi secuestrador se vuelve pálida. No entiendo qué está pasando, pero baja la pistola y deja de apuntarlo. Todo es muy confuso. Observo a los dos y están mirándose fijamente.

—¿Tú?

—¿Garret? ¿Qué demonios haces aquí? ¿La conoces?

—Sí, claro que la conozco. Es mi novia. —Sonrío como una boba al escucharlo llamarme así. Sí, reconozco que no es la mejor situación, pero no lo he podido evitar. Me ha hecho mucha ilusión cómo me ha llamado—. Hace mucho que no te veía y lo menos que esperaba era encontrarte aquí, Bernie.

—Te perdimos la pista. No he vuelto a Telluride desde que Sean… bueno desde que mi primo murió. Incluso he mandado a mis hombres al pueblo para… ya sabes…

—Para amenazarme —añado—. ¿Se puede saber de qué os conocéis?

—Te dije que no estaba muy orgulloso de mi pasado. —

Me acaricia el brazo—. Bernie forma parte de él.

—Te perdimos la pista cuando entraste en la cárcel. Lo siento, colega, pero no debiste quedarte a auxiliar a aquel policía. Podrías haber sido mi mano derecha. Tenías madera de líder.

—Me alegro de que me cogieran, gracias a eso la vida me cambió.

Estoy perpleja con lo que estoy escuchando. Ahora lo entiendo todo, este es el cabecilla de la banda en la que estuvo metido Garret cuando era adolescente.

—Siento que nos hayamos vuelto a encontrar en estas circunstancias. No tenía ni idea de que tuvieras una relación con ella —los dos me miran—, pero su padre contrajo una deuda demasiado grande con nosotros, Garret.

—Deberías irte. La policía está a punto de llegar.

—¿Los has avisado? —exclama alarmado y por primera vez veo miedo en sus ojos.

—No, pero están detrás de vuestra pista y no tardarán en dar con vosotros. Escúchame, Bernie, nosotros nos vamos a ir los dos por esa puerta y tú nos vas a dejar salir sin mover ni un dedo.

—Lo siento, pero no puedo dejar que os vayáis —Vuelve a apuntarnos con la pistola y yo empiezo a temblar. Garret me pone delante de él y avanza sin titubear dándole la espalda al tipo que lo tiene encañonado.

—Bernie —se gira antes de abrir la puerta por la que salimos—, me lo debes. Lo sabes.

Las piernas me tiemblan y me falta el aire para respirar.

Caminamos sin mirar atrás hasta que llegamos a su camioneta.

Cuando nos montamos, Garret arranca sin decir nada hasta que salimos de allí. Miro por el espejo retrovisor y veo a ese hombre como sigue apuntándonos con el arma. Su cara indica que se está debatiendo en si hacerlo o no. Por suerte no lo

hace. Después de dejar atrás el polígono industrial en el que estábamos, me coge de la mano y se la lleva a la boca para besármela.

—¿De verdad que estás bien? ¿Te han hecho algo? —Me mira durante unos segundos para volver la mirada a la carretera.

—Estoy bien. He pasado mucho miedo, Garret.

—Lo sé y no sabes cuánto lamento no haberte encontrado antes. Vamos a tu apartamento. Tenemos que hablar.

—De acuerdo. —Miro por la ventana y después lo observo. Tiene la frente fruncida. Lo conozco y sé que está frustrado por lo que ha pasado, como si él fuera el culpable.

Tenemos que hablar. Acaricio mi barriga y sonrío, pero Garret no se da cuenta. Está concentrado en sus pensamientos.

Gavriel



CAPÍTULO 58

TENEMOS QUE HABLAR

Llevo todo el camino hacia su apartamento pensando en todo lo que ha pasado. Verla allí en aquel almacén oscuro y frío me ha roto por dentro. Si algo le hubiera pasado no me lo hubiera perdonado en la vida. Ahora mismo solo tengo ganas de volver allí y hacer una locura. Todavía no me creo que Bernie y su banda estuvieran detrás de todo.

Acabamos de llegar al apartamento. Ya hemos avisado a todos de que Victoria está sana y salva. Les he pedido que esta noche la dejen descansar. La verdad es que han sido muy comprensivos, sobre todo su hermana y su amiga Julia, que estaban deseando verla. Han sido momentos muy duros. Le quito el abrigo a Victoria y veo como todavía está temblando.

—¡Eh, ven aquí! —La abrazo como si se me fuera la vida en ello. Esta sensación de tenerla entre mis brazos es para mí el paraíso. Mi paraíso. Ella llora y yo la aprieto más fuerte contra mi pecho.

—No dejes nunca de abrazarme, Garret.

—Nunca, te lo prometo. Pero tú prométeme que nunca más te irás de mi lado.

—Tenemos que hablar…

—Sí, pero antes te voy a preparar un baño. —Le beso la punta de la nariz y después los labios suavemente.

Abro el grifo del agua caliente mientras observo como ella se mira en el espejo y vuelve a soltar una lágrima. Me acerco y le limpio la cara con mis dedos.

—Eres maravilloso. Gracias por estar aquí.

—No tienes que agradecerme nada. Te quiero, Victoria, y cuidarte me hace feliz. —Me besa y después se mete en la bañera que he llenado de espuma—. Voy a preparar algo de cena y voy a tardar un rato, así que tómate tu tiempo,

¿vale? Tienes que relajarte.

—Sí, tienes razón. Estoy hecha un asco.

—Estás preciosa, como siempre.

Nos damos un beso y salgo del baño. Cuando cierro la puerta, suelto todo el aire que llevaba conteniendo desde que la vi en ese lugar. Tengo que intentar quitarme esa imagen de la cabeza.

Preparo una sopa caliente y unos huevos revueltos.

Añado un bol de fresas que había en la nevera.

Me sonríe cuando sale del baño, envuelta en el albornoz y con el pelo mojado. Aún con ojeras bajo sus ojos, la veo tan preciosa que el estómago me da un vuelco. Y no sé si esta sensación serán las famosas mariposas de las que hablan en las comedias románticas, pero es algo que solo he sentido con ella. Y me gusta.

—Huele muy bien, gracias. —La rodeo con mis brazos y aspiro su olor.

—Tú hueles mejor.

—Ahora sí, después de la ducha. —Se ríe.

—Vamos a la mesa que la comida se enfría.

Comemos en el sofá del salón. Está muy cansada, se le nota en los ojos y la veo muy pálida.

—¿Te encuentras bien? No tienes color en la cara.

—Nunca he estado mejor en mi vida. Garret, yo…

necesito hablar contigo.

—Espera, Victoria, antes de que lo hagas es preciso que me escuches tú a mí.

—De acuerdo.

—Quiero pedirte perdón. He sido un imbécil. He dejado que la sombra de mi padre me tapara por completo, pero alguien, al que respeto y admiro, me dijo algo así como que esta es mi vida y que tú y yo somos los protagonistas de nuestra historia. Perdóname por haber tardado tanto en darme cuenta.

—Te quiero, Garret.

—Yo también te quiero. Nunca he querido a ninguna otra más que a ti. Desde aquel día que te vi haciendo galletas en la cocina de tu abuela cuando tenías siete años. —Ella quiere decirme algo más, pero yo la interrumpo porque necesito que sepa que quiero estar con ella bajo cualquier circunstancia—. Victoria, cuando

me insinuaste el tema de la maternidad… sé que no estuve a la altura. Quiero que sepas que mis miedos los quiero superar contigo y, sé que el día que seamos padres, puede que no sea el mejor del mundo, pero a tu lado me siento capaz de vencer todas mis inseguridades y mis miedos absurdos.

—¿Me estás diciendo que ya no te da miedo serlo?

—Sigo sintiendo vértigo, no te lo voy a negar, pero estos días, solo en nuestra cabaña, he entendido que no puedo vivir sin ti y eso implica todo lo que venga de ti y de mí, como un bebé. No sé si seré buen padre, pero quiero serlo de nuestros hijos. Cuando tengan que venir.

—Garret, vas a ser el mejor padre del mundo. —Me coge de la mano y la lleva a su barriga—. El mejor de nuestro pequeño guisante.

Me quedo perplejo. Ella sonríe y asiente a mi pregunta silenciosa.

—¿Estás…? ¿De verdad?

—¡Sí! Lo estoy. Lo estamos.

—Te quiero.

—Y nosotros a ti.

La cojo entre mis brazos y nos besamos. Un beso lleno de ilusión y de amor. Hace tanto tiempo desde la última vez que nuestros cuerpos estuvieron así, que sentimos que la temperatura empieza a subir con rapidez. Ella comienza a quitarme la camisa y yo desato el nudo de su albornoz. Solo lleva las braguitas puestas y siento cómo ardo de deseo, pero pienso en el bebé y me detengo.

—¿Por qué paras? —susurra mordisqueándome el lóbulo de la oreja—. No lo hagas.

—¿Crees que le haremos daño?

—Tranquilo, estos días he leído mucho y podemos hacerlo sin problema. —Sonríe—. Creo que te voy a prestar uno de los libros que me he comprado. Te van a hacer falta.

—Victoria, soy el hombre más feliz del mundo.

—Yo también.

Volvemos a besarnos y esta vez no paramos hasta que llegamos a la habitación.

Poco a poco nos deshacemos del resto de la ropa. Entro en su interior muy despacio, sintiendo cada centímetro de su piel en la mía, confundiendo lo que es parte de ella y lo que es mío, mientras nos devoramos los dos. Atrapo sus pechos y los succiono con delicadeza mientras ella ahoga un gemido y me masajea el pelo introduciendo los dedos en

mi cabeza. Poco a poco aumento la intensidad de mis movimientos que empezaron por cien y ya van por mil. Un baile que los dos conocemos muy bien, entre caricias, sudor y placer. Victoria se da la vuelta y se sitúa sobre mí, llevando el ritmo y conduciéndome a esta locura a la que cada vez estoy más lejos de aguantar. Y no lo hacemos. Ni ella ni yo. Cuando llegamos al punto máximo grita mi nombre y a los pocos segundos lo hago yo, entre escalofríos que nos dejan desmadejados.

Recomponemos el aliento abrazados. Rodeo su cuerpo con mis brazos y pego su espalda a mi pecho con las manos unidas.

—Te echaba de menos, Victoria.

—Y yo a ti, pero también echaba de menos algo que no tengo en este apartamento.

—¿Qué es?

—Echo de menos escuchar los búhos bajo la ventana.

—Ah, ¿sí? —Le beso el hombro y la abrazo más fuerte—.

Pues recuerdo que la primera vez no te gustaron nada.

—Ya, pero tú me has creado la necesidad y ahora me gusta escucharlos por la noche abrazada a ti. Prométeme que siempre los oiremos.

—Te lo prometo. Siempre estarán los búhos bajo nuestra ventana.

EPÍLOGO

Telluride, tres años y medio después…

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve en Chicago. Cuando pasó todo lo de mi secuestro tuve claro que mi vida tenía que cambiar. Me di cuenta de que es demasiado corta y que puede dar un vuelco de un día a otro. En un solo instante. Y esto que parece la típica frase hecha que todos hemos escuchado, no lo es, porque a mí me sucedió así.

Lo primero que hice fue dejar el bufete. Es cierto que me gustaba mi trabajo, pero no me llenaba. Creo que me entendéis si habéis estado en mi situación alguna vez. A veces sientes que lo que haces te pesa y que solo te sirve para subsistir. Ese planteamiento es normal, pero cuando esas veces se van haciendo demasiado rutinarias, ahí es el momento en el que la cabeza te hace el famoso «clic» y reaccionas. Necesitaba hacer algo que me sirviera para subsistir, sí, pero también que hiciera que mi corazón saltara de felicidad al hacerlo. Eso solo lo he podido hacer con la fotografía. Y ya tengo un proyecto entre manos con una revista en Colorado. Al principio serán colaboraciones, pero quizás con el tiempo vaya a más.

La fotografía siempre me apasionó y ¿cuál es el mejor sitio para desarrollar mi gran pasión?

Sí, Telluride.

Este pueblo me devolvió la ilusión y cada día soy más feliz, además aquí es donde de verdad lo fui cuando era niña, y al regresar de mayor esa alegría volvió a mí, en parte gracias a mi amigo, a mi compañero, al amor de mi vida.

Vine con intención de vender el hotelito de mi abuela y al final fue ese mismo lugar el que me retuvo aquí. Mi madre y Clint se hicieron cargo de él. Casi todo lo lleva mamá.

Después de su experiencia, comprendió que debía estar al tanto de todo lo que ocurriera con el negocio, aprendió contabilidad y le encanta. Seguimos conservando a los mismos empleados, los que siguen guardando la esencia que un día mi abuela dejó en este lugar tan mágico.

Cuando volvimos al pueblo, pusimos una denuncia contra Hank. Pudimos

demostrar que estaba detrás del contrato de compraventa fraudulento, y aunque lo condenaron, gracias a sus contactos pudo pagar la cuantiosa fianza y librarse de la cárcel, sin embargo, fue repudiado por todo el pueblo y nunca más regresó.

Bernie, en cambio, no tuvo la misma suerte. La noche en que Garret me rescató, logró escapar. Él y su banda se fueron de allí antes de que llegara la policía, pero meses después los atraparon en uno de sus robos. Llevaban tras su pista tiempo y finalmente los cogieron. Garret me explicó por qué aquella noche no hizo nada por detenernos. Parece que tenían lo que llamaban «una deuda de vida». Hace años lo salvó de una muerte segura, arriesgándose y llevándolo a su casa para curar sus heridas. Así que le devolvió el favor.

Al final resultó ser un hombre de palabra después de todo.

Mi hermana Alexia, finalmente dio el paso y se divorció de su marido. No lo ha pasado muy bien, sobre todo por Alexandra, mi sobrina. Su secreto salió a la luz y lo que siempre sospeché era cierto. Las cuentas no salían y aunque mi sobrina supuestamente nació con siete meses, la realidad es que cuando conoció a mi cuñado, ella ya estaba embarazada. Aún no nos ha contado quién es el padre, pero por lo poco que nos ha dicho, debe de ser alguien importante. El círculo de amistades de mis padres, por aquella época, era de las esferas más altas de la sociedad

de Chicago. Sé que cuando esté preparada me lo contará.

Es cuestión de tiempo. Estoy segura.

De Julia os contaré que por fin ha dejado de lado la absurda obsesión de «pescar» un marido rico, y también por suerte se ha olvidado de su negocio de vender ropa íntima usada. Ahora está fuera dos años haciendo un curso de Marketing y Publicidad. Siempre le gustó, pero nunca se atrevió a hacerlo. Con Alan, el camarero que está enamorado de ella mantiene correspondencia. Tanto por carta como por teléfono. Sé que está loca por él, pero sigue siendo una tozuda y no quiere reconocerlo, aunque me alegra que esté formándose tanto en lo personal como en lo profesional, como ella misma dice. Quién sabe qué les deparará el futuro a los dos, pero estoy segura de que, si su destino es que estén juntos, aunque se separen, volverán a estar unidos.

En cuanto a Garret y a mí, deciros lo que ya supongo que sabréis. Sí, somos muy felices. Hace tres años que nació la pequeña Margarita. Teníamos claro ese

nombre en cuanto supimos que nuestro pequeño guisante iba a ser una niña. A los dos nos unió mi abuela y lo tuvimos claro. Si era niña se llamaría como ella.

Nunca he creído en eso que todos llaman destino, pero estoy segura de que a veces las personas se encuentran en el lugar y en el momento que deben estar, por la razón que sea. Y puede que sean eso que llaman algunos: almas gemelas, predestinadas a encontrarse, ¡quién sabe!

Lo único que sé es que Garret es el mejor padre que mi hija podría haber tenido, a pesar de sus miedos cuando supo de su existencia. El único defecto que tiene es que la consiente demasiado, pero es que la adora. Todos adoramos a la pequeña Margarita. Es un ángel de pelo oscuro y ojos azules como su padre. Le encanta coger insectos para

llevarlos a un sitio mejor, según dice ella misma. Creo que ha heredado la pasión por los animales de Garret.

—¡Vamos, mamá! —Margarita me coge de la mano y tira hacia mí. Estamos junto al río, le encanta que vengamos aquí y nos mojemos los pies.

—Venga, vamos a ver quién tira la piedra más lejos. —

Garret la coge y la sube a sus piernas. Siempre gana la enana porque nos gusta verla contenta. Ella se ríe y a nosotros nos encanta verla así de feliz. Mimi y Silka revolotean alrededor ladrando y moviendo la cola sin parar.

Ya no son tan jóvenes, pero todavía tienen energía para rato.

Saco fotos de cada uno de los gestos de los dos en el río.

Me recuerda cuando éramos niños y veníamos a hablar de nuestras cosas mientras lanzábamos piedras. Sé que Garret también me dejaba ganar a mí, igual que hacemos ahora nosotros con nuestra hija.

Después de pasar la tarde junto al río, los tres nos vamos a la cabaña. Las dos perras salen corriendo al bebedero de agua, están sedientas tras haber estado toda la tarde corriendo por el prado.

Garret acaba de bañar a Margarita y después de la cena la acostamos. Es uno de nuestros momentos favoritos del día, cuando los tres nos tumbamos en la cama y

le leemos un cuento.

—Papá, hoy no los escucho, ¿se habrán ido?

—No, pequeña, seguro que no tardan.

—¡Sí, es verdad, mira, mamá, ya están ahí! —Se levanta de la cama sonriente—. ¡Los oigo!

Vuelve con nosotros y se acurruca a los dos dispuesta a que le contemos el cuento que ayer no pudimos terminar porque se quedó dormida.

Ahora ya somos tres a los que nos gusta escuchar a los búhos bajo la ventana.

Nuestros búhos…

Fin

NOTA DE LA AUTORA

El trauma que sufre Garret en esta historia es algo común. Lo que se conoce como la repetición de los patrones familiares. La infancia de nuestro protagonista fue dura creciendo en un entorno donde el comportamiento de la figura paterna no fue como se espera de protección y de cuidado. Todo lo contrario, creció al lado de un padre cuya conducta era destructiva y tóxica para un niño.

Por eso, siempre anidó en él un gran miedo; repetir esos mismos comportamientos en las personas que quería y de ese modo se negaba a ser padre, por su temor a dañar a sus seres queridos, como le había ocurrido a él en su niñez.

Para superarlo era preciso que trabajara en sus heridas del pasado y eso es algo que requería de tiempo y de voluntad. Pero afortunadamente, lo primero que se debe hacer es reconocerlo y ahí es donde empieza la transformación.

Por suerte Garret pudo contar con el amor de Victoria para lograrlo y fueron felices para siempre.

AGRADECIMIENTOS

Búhos bajo la ventana es mi sexto libro publicado y mis agradecimientos por suerte no han cambiado pues sigo contando con la misma gente que me apoya desde que en el año 2022 me lancé a publicar mi primera novela Desayuno con Audrey.

Gracias a toda mi familia que me apoya en todas las locuras que se me pasan por esta cabeza que nunca descansa. Ellos saben que el día que eso pase ya no estaré en este mundo.

No quiero repetirme como las veces anteriores, pero quiero agradecer a mis amigas, Caty, Majo, Yenis, las de verdad, que siempre están ahí.

A mis compañeros de trabajo que siguen apoyándome, gracias a todos. A el grupo de Las Antonias, y las Aventureras por Barbados. Gracias siempre, chicas. Os quiero mucho.

Gracias, nuevamente a mis amigas autoras, Lidia, Galya, Rosmary, Rosana, Isa, Arantxa, Eva, Esperanza, Elisabeth, Rocío… y a todas las demás que he ido conociendo en estos años de escritora.

A @deco_cathy por sus maravillosos jabones y marcapáginas,

gracias

por

su

paciencia

y

su

profesionalidad.

A la comunidad Bookstagram que tanto cariño me ha dado. Cada vez sois más y me es imposible nombraros a tod@s, así que millones de gracias a todos, sin vosotros esto no sería posible.

A mi correctora, Sandra, gracias por ser mucho más que eso para mí y hacerme sentir tan cómoda cada vez que

trabajamos. Le agradezco su profesionalidad, pero sobre todo su calidad humana.

Y, por último, como siempre, a ti, querido lector, que has llegado hasta aquí. Gracias por leerme. Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como yo lo he hecho al escribirla. Si te ha gustado, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon, de esa forma me ayudas a seguir cumpliendo mi sueño. Y esto es todo, nos vemos en las letras.

Un beso.

Esther.

ACERCA DE LA

AUTORA

Nació en Sevilla y, a pesar de que siempre le apasionó el periodismo, la vida la llevó por otro camino y acabó estudiando Derecho. Desde hace años, vive en Tenerife, su segundo hogar, una isla de la que se enamoró desde que llegó.

Escribir es una de sus grandes pasiones y la que intenta compaginar con su día a día.

Siempre le gustó la escritura, pero no fue hasta febrero de 2022 cuando se atrevió a publicar su primera novela Desayuno con Audrey, a la que le seguiría meses después, Surfeando Olas de Chocolate. En 2023 publicaría dos novelas más, Corazones de Colores y su primer thriller, Operación Tejas Verdes, el cual fue número uno en los más vendidos en su categoría durante varias semanas. En junio de 2024 continúa con el género del thriller romántico y publica su quinta novela titulada Operación Veleta de papel.

Le encanta leer, escribir, la música y el helado de Stracciatella.

Si quieres estar al día de todas mis novedades,

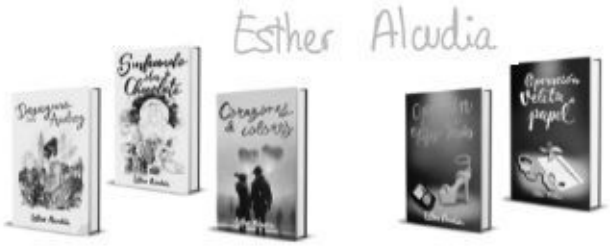
sígueme en mis redes

sociales:

Instagram: @losbookdeesther

Facebook: Esther Alcudia.

Tik Tok: @estheralcudia7



BIBLIOGRAFÍA

• Desayuno con Audrey (2022)

• Surfeando olas de chocolate (2022)

• Corazones de colores (2023)

• Operación tejas verdes (2023)

• Operación veleta de papel (2024)

DISPONIBLES EN AMAZON

Document Outline

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33

- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Epílogo
- Nota de la autora
- Agradecimientos
- Acerca de la autora
- Bibliografía